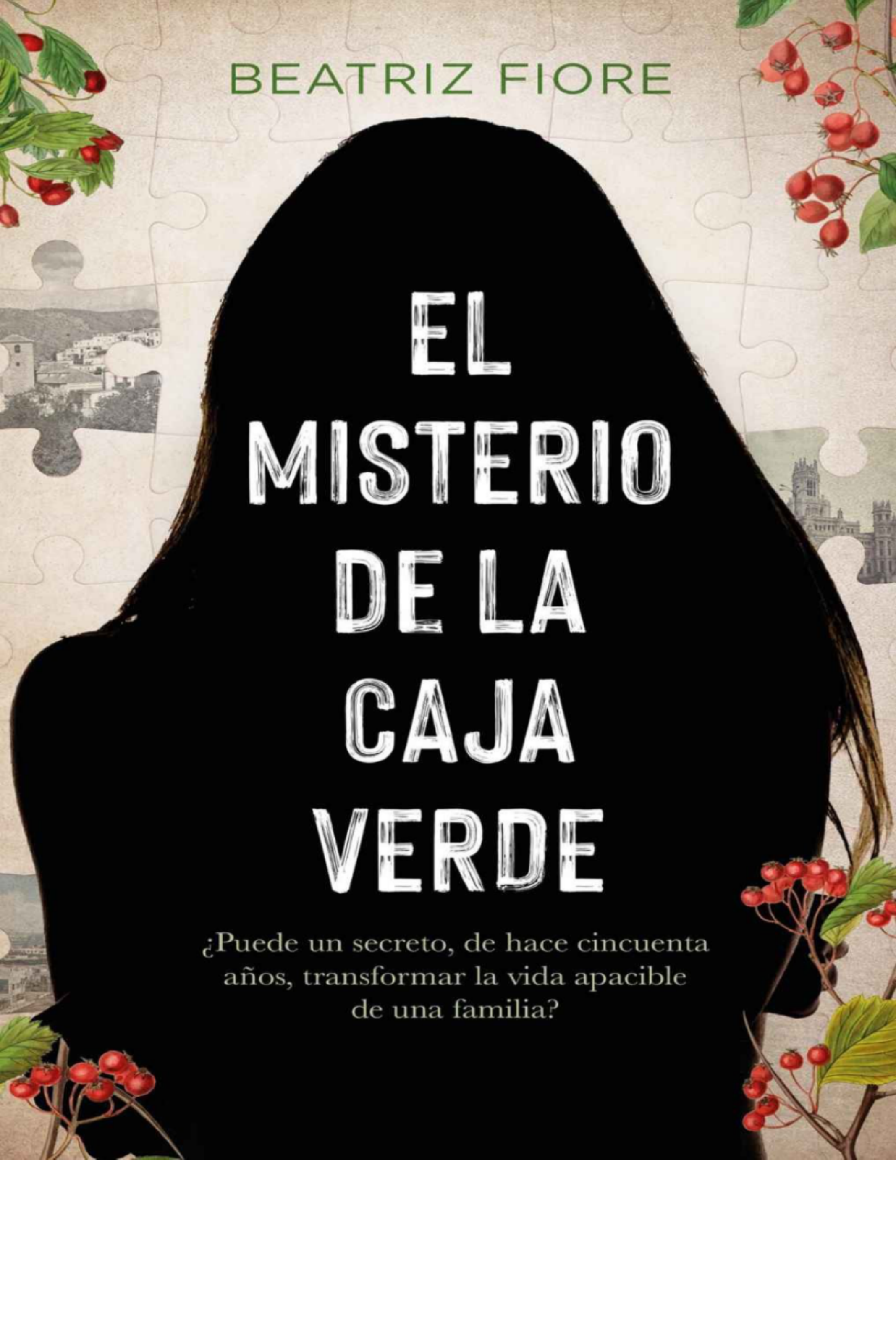

BEATRIZ FIORE
EL MISTERIO DE LA CAJA VERDE
¿Puede un secreto, de hace cincuenta años, transformar la vida apacible de una familia?

Contenido

El misterio de la caja verde

Título: El misterio de la caja verde
© 2021, Beatriz Fiore
Edición: 2021, Beatriz Fiore
Maquetación: 2021, David Lorenzo García
Corrección: 2021, Azaroa Sánchez
Diseño de la cubierta: 2021, Pedro Viejo
ISBN: 978-84-09-31422-5
Registrado en Safe Creative: 2106108056883

1ª edición: junio, 2021

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

Beatriz Fiore, nació en 1991 en pleno corazón de La Alpujarra granadina. Si te fijas solo en los documentos, verás que es licenciada en Traducción e Interpretación de inglés, francés y portugués por la Universidad de Granada y especializada en traducción editorial y romántica. Autora del podcast literario «Déjame besarte con letras. El podcast de Beatriz Fiore» y finalista al mejor blog literario en los XIV Premios 20 Blogs.

Si te centras en su corazón, te dirá que le apasiona escribir y leer desde que era pequeña, y no concibe una vida sin libros, naturaleza y la creatividad que le infunde recorrer el mundo con el mínimo equipaje.

A los quince años se marchó del calor del hogar paternal. Ha vivido en varias ciudades como Liverpool (Reino Unido), Braga (Portugal) o Málaga, hasta que decidió volver a la luz de sus raíces donde vive en mitad del campo con su compañero de vida y sus perras Pepa y Lola.

El misterio de la caja verde es su primera novela publicada. Una historia con la que te invita a reír, soñar y enamorarte de la magia que esconden las segundas oportunidades.

Puedes seguirle la pista en:
www.beatrizfiore.com
Instagram: @dejamebesarteconletras

A mi abuela Carmen,
por ser la mujer más valiente y generosa que conozco
y el pegamento de nuestra familia.

1. Pandora estaba lista

El drama se desató un veinte de agosto. El sol calentaba, sin compasión, la olla en la que se había convertido el pueblo. Un torrente desenfrenado empapaba la espalda de Matilde mientras se dirigía a su casa con una rueda de churros y un litro de chocolate, sí, caliente.

Olía a fuego, a tierra desgastada y a río seco. Olía a pan recién hecho, a pollo asado y a tomillo viejo. Los pocos turistas que se habían atrevido a adentrarse en ese pueblo de la Granada profunda cruzaban las calles pegados a fachadas que proyectaban poca sombra. La fuente de la Plaza Mayor tenía una baba amarillenta que cubría una de las cabezas de las ninfas dormidas. Un grupo de avispas zumbonas tampoco se apartaba de ella.

Matilde se detuvo unos segundos en el banco junto a la fuente para recuperar el aliento. La operación de rodilla le hacía andar más despacio de lo que su desparpajo le gritaba. Maldijo a sus nietos.

—Anda que se han dignado a venir ellos. Muy valientes para trasnochar, pero que poquito saben madrugar.

Cuando Matilde cruzó el umbral de su ansiada casa, las chicharras habían dejado de improvisar para cantar a pleno pulmón. La permanente de su amado pelo dorado, de bote, sí, pero igual de bonito que cuando era una mozuela, se había deshecho. Tuvo que sacar el pañuelo de tela, que llevaba remetido en la cinturilla del pantalón, para acabar con el sofoco que le atenazaba el rostro.

Soltó los churros y el chocolate sobre la mesa de la cocina, un mantel de hule de flores descoloridas y con algún que otro roto presidía la estancia. Se agachó para coger un jarrón del armario central como si estuviera descendiendo al mismo Infierno. «Malditos huesos». Mientras hurgaba entre los cacharros y sin encontrar su tan amado jarrón, halló una caja verde que no había visto antes. «¿Quién habrá dejado esto aquí?».

Se olvidó del jarrón y de las flores, que había cortado en uno de los jardines de la plaza. Puso la misteriosa caja verde al lado de los churros e intentó abrirla.

—Mierda, está echada con llave. ¿Y quién la tendrá? ¡Niños! ¿Queréis levantaros ya? ¡Que son más de las doce! —gritó con los brazos en jarras.

Ana, su hija mayor, apareció con la melena castaña recogida en un moño bajo informal, un toque de rímel le abría la mirada. Conchita, la

menor, no contaba con esa luminosidad natural en el rostro y la mala noche que había pasado solo había conseguido incrementar la pesadez de sus ojos verdosos. El pelo, en corte *garçon*, estaba encrespado y sin brillo.

La pinta de los nietos también era dispar. Carlota, única hija de Conchita, irrumpió en la cocina con una sonrisa cargada de energía y un abrazo muy sentido para su abuela. Las pecas, que resaltaban en su tez tostada junto con su cuerpo diminuto, le hacían parecer una niña de siete años en vez de diez.

Rebeca y Nacho, hijos de Ana y los adolescentes de la familia, estaban hechos un cuadro. Despeinados y todavía en pijama se dejaron caer en bloque sobre las sillas de enea de la cocina.

—¡Cómo puede hacer tanto calor! —exclamó Rebeca—. No hay quien duerma… Mamá, esta noche el ventilador nos lo quedamos nosotros. Es que no entiendo por qué solo hay uno con el horno que es esta casa y te lo tienes que quedar tú.

—¿Alguno sabe de quién es esta caja? —replicó la abuela sin prestar atención a las quejas de su nieta.

—Ni idea, ¿dónde estaba, mamá? —contestó Conchita cogiendo la porra de los churros antes de que su hermana se hiciera con ella.

—En el mueble que hay debajo del fregadero. ¿Habéis sido alguno de vosotros tres? —inquirió a sus nietos—. Mira que os tengo dicho que no toqueteéis los armarios.

—¿Nosotros? ¿Para qué vamos a esconder una caja en la cocina? Si ahí la puede encontrar cualquiera —contraatacó Nacho sin despegar los ojos del móvil, era la segunda revisión a sus redes sociales, la primera ya la había hecho en el baño.

—¿Tendrá dinero? —La imaginación de Carlota se disparaba.

Matilde la agitó y un estruendo metálico fue la respuesta.

—¡Uuuu! Eso suena a pasta. Si la abrimos, ¿nos lo podemos quedar? —Nacho soltó el móvil durante unos segundos.

—Mira que eres convenido —le acusó Rebeca.

—Vamos a dejar la caja donde estaba y a desayunar, que los churros fríos no hay quién se los coma —sugirió su tía.

—Hija, mira que eres aburrida y remilgada. ¿Cómo nos vamos a quedar sin saber qué hay en la caja? Como para que me dé un parraque y me vaya con la intriga, no Señor. A ver, ¿alguno de vosotros sabe abrir cerraduras?

—Abuela, ¿nos estás incitando a robar? —contestó Rebeca desconcertada.

—Ay, de verdad. Cómo va a ser robar si está en mi propia casa. El dueño de la caja si no quería que la abriera pues que no la hubiera dejado en mi cocina, ¡faltaría más!

Matilde comenzó a recorrer la casa buscando algún objeto con el

que poder satisfacer esa ansia de conocimiento, el resto de la familia desayunaba sin esperarla.

—A ver, tengo un par de horquillas, la radiografía de la rodilla y un martillo. ¿Creéis que será suficiente?

—Abuela, ¿y si ha entrado un ladrón y la ha dejado ahí? —propuso Carlota.

—Claro, para que le cuidemos el botín —resopló—. Venga, Nachete, da el do de pecho y abre la maldita caja.

—¡Abuela, que no me llames Nachete, que tengo ya dieciséis años!

—¡Qué barbaridad de familia! Os escocéis con cualquier cosa.

Nacho introdujo las horquillas en la cerradura. Trasteó durante unos segundos y un clic iluminó la cara de su abuela. Sin embargo, la suerte no estaba de su lado, una de las horquillas se había partido. Rebeca, dos años menor que su hermano, le quitó la caja y comenzó a golpearla con el martillo. Al tercer porrazo, se le escurrió de las manos y el golpe se lo llevó el dedo gordo. Ella lloraba, los demás gritaban y Matilde, con las manos clamando al cielo, no dejaba de dar vueltas maldiciendo la poca maña que habían desarrollado sus nietos.

—Al final lo tendré que hacer yo como siempre.

Cogió la radiografía y cuando estaba a punto de introducirla por el lateral de la caja, otra idea le cruzó la mente. Le resbalaban las manos entre el sofoco de agosto y la adrenalina que le atizaba las venas. Desde que descubrieron que su vecina Virtudes había tenido un lío con otro viudo del pueblo, que no terminó precisamente bien, no había vivido una aventura que le alegrase la rutina. Y eso que ella no era de chismes, pero, a veces, mantener el mismo patrón, de la casa al campo y del campo a la casa, se le hacía asquerosamente previsible.

Salió de la despensa con un destornillador plano y un trozo de salchichón para el esfuerzo, no todo iba a ser trabajar esa mañana. Sus hijas se intercambiaban miradas desaprobatorias, no entendían ese afán por descubrir qué había en esa vieja caja de metal, pero también conocían a su madre y ni el Papa le iba a sacar la idea de la cabeza. Metió el destornillador en la cerradura y, con un golpe fuerte de martillo sobre el pomo, esta cedió.

—¡Lo conseguí! Si es que no se os puede pedir nada, sois unos blandos.

Levantó la tapa ante la mirada intensa del resto de la familia. Contuvieron la respiración y un nerviosismo enamoradizo les apretó el estómago.

Tres chicles duros, cinco mecheros sin gas, un paquete de tabaco medio abierto, un puñado de chapas viejas y una foto antigua de una joven escuálida, con el pelo recogido en un moño bajo y un vestido largo de cuello cerrado, era el botín que les saludaba.

—Pues menuda mierda de tesoro —replicó Nacho.

A Matilde se le cayó la casa encima ante tal varapalo, ¿de quién era tanta porquería y quién era la muchacha que sonreía a la cámara? Intentaba encontrar una explicación sin dejar de moverse de un lado para otro como si esos pasos hipnóticos consiguieran aligerar el lío que tenía entre manos. El resto de la familia echaba más brasas a aquella mañana infernal divagando sobre la procedencia de la muchacha cuando el abuelo entró en la cocina.

—¿Se puede saber a qué viene tanto alboroto? —Soltó sobre la mesa un par de lechugas de la huerta—. ¿Qué hacéis con mi caja?

—¿Esta basura es tuya? —Matilde le miró incrédula.

—¿Me meto yo con tus rulos?

—Ya me puedes estar explicando quién es esta. —Le dio con la foto en la cara.

—No hay nada que explicar —respondió encogiéndose de hombros y se dirigió a la esquina opuesta alejándose de su mujer.

—¿Qué me estás queriendo decir? —contestó Matilde golpeando la mesa con fuerza—. Tienes la foto de una muchacha que no sé quién diablos es escondida en una caja, ¡en mi casa! ¡Sí, no me mires así, Paco! ¡En mi casa! Y tienes la santa cara de decir que no hay nada que explicar. Eso no te lo crees tú ni *harto manteca*. Ya puedes estar abriendo esa boca.

—¿O qué?

—¿Encima te pones flamenco?

Las hijas y nietos soltaron los churros que se habían quedado como ellos, tiesos. La ira se había adueñado de Matilde que, roja como el fuego, desprendía ardor en cada una de las sílabas. Paco, que al principio se había alterado al encontrar su caja de los tesoros sobre la mesa, se tornó distante como si ese cuento fuera un chisme de vecinas que a él ni le iba ni le venía.

El tictac del viejo reloj de aluminio incrementaba la tensión minuto a minuto. Tictac, y Paco sin hablar; tictac y Matilde sin saber; tictac y sus hijas blancas como la pared; tictac y sus nietos sin poderse mover.

—A ver, papá, seguro que estáis montando un drama y no es para tanto. ¿Qué es, una antigua novia? Pues no pasa nada, si todos tenemos un pasado —repuso Ana con tono de juez de paz.

—Y dale, que no es ninguna novia.

—¿Y entonces quién es? Ay, Paco, no me digas que tienes otra hija por ahí. No me digas que tú también fuiste uno de esos con novias en cada puerto. Te cuelgo aquí mismo, te lo juro, te cuelgo con las longanizas y los ajos secos.

Paco se limpió con la mano derecha el reguero de sudor que le bajaba por la frente. La camisa celeste se le había adherido como una segunda piel y el olor a problemas le había atravesado. Se subió las gafas como si con ese gesto pudiese ganar tiempo. Estaba arrinconado,

no le quedaba otra salida que contar la verdad; eso o ir buscándose otra casa y, a ver, el tema era delicado porque su Matilde no era solo su mujer, su Matilde era lo mejor que le había pasado en la vida. Que sí, que habían tenido sus más y sus menos, y Matilde era mucha Matilde, a ella no la mangoneaba nadie y eso es lo que a él le había vuelto loco siempre, esa fuerza, esa garra contra el mundo. No podía, no quería perderla.

Matilde fue su primer y único amor. Todavía había días en los que se preguntaba cómo había conseguido conquistar a esa mujer huracanada. La veía pisar las calles del pueblo con estilo y confianza cada mañana hacia el trabajo. Ella no pertenecía a esa época, no agachaba la cabeza ni perdía el tiempo entre bordados a las puertas de las casas. Era la única mujer del pueblo que trabajaba fuera, en un anejo cercano, la única que había desafiado con dientes su lugar deseado y la que demasiadas veces pagó consecuencias que no debería haber pagado. Ay, su Matilde. Y ahí estaba esa conversación que llevaba cincuenta años guardando, esa historia que se presentaba nítida cada noche, esa otra vida le había estallado de pleno en la cara, sin avisar. Si es que era tonto, ¿para qué había movido la caja?

—Es mi hermana.

—¿Qué hermana? —dijo Conchita abriendo los ojos como si se quedara ciega—. Si solo tienes a tu hermano Sebastián.

—Eso digo yo —alegó Matilde llevándose las manos al pecho—. ¿De qué hermana estás hablando? Nunca has mencionado que tuvieras una hermana. Explícate, Paco, porque nos estás liando.

—Es mi hermana María. Mi hermana pequeña, mi niña María. —Y dos lagrimones se entrelazaron con los ríos de sudor que ya iban desbocados—. Se marchó hace cincuenta años una noche de primavera, apenas había estrenado los diecinueve, y nunca más supimos de ella.

—¡Qué fuerte! ¡Esto sí que es un secreto y no los que guarda Rebeca en su diario!

—¿Has cotilleado mi diario? ¡Eres idiota! ¿Por qué tocas mis cosas? —Lanzó un churro a la cabeza de su hermano que recibió de vuelta.

—¡Queréis callaros! —gritó Matilde revolviendo los armarios de la cocina—. Necesito una copita de anís y mi abanico. Ana, cógelo del segundo cajón. A mí me va a dar algo, ¡me va a dar algo! Señor, esta familia no sabe qué hacer para acabar conmigo.

Ana se levantó de un salto. Sacó el abanico y dos copas más, ella y su padre también necesitaban ese trago.

—Papá, venga, explícate con calma. —Vertió el líquido transparente—. María se fue, pero ¿a dónde?, ¿se marchó con alguien?

—No lo sé. —Bajó la mirada lastimera que le estaba ahogando.

—¿Desapareció así sin más?, ¿y no la habéis buscado? —inquirió

Conchita—. Ahora la que necesita otra copita soy yo.

—Sebastián tiene la carta que dejó antes de irse.

—¿Y qué dice la carta? Paco, por Dios, que estamos en un sinvivir.

—Que quería ser libre.

—¿Libre de qué? Paco, ¿qué pasaba en tu casa? Mírame, hombre, mírame.

Pero Paco ya era un ovillo que hipaba mientras su mente se alejaba hasta esa foto, la única que se llevó de casa de sus padres en la que seguía viviendo Sebastián. Carlota, que no había despegado los labios, se dirigió hasta su abuelo y en ese reguero de calor y llanto se sentó en su regazo para abrazarlo.

—Ana, coge las llaves del coche.

—¿A dónde vamos? —Frunció los labios.

—A buscar a Sebastián, como me llamo Matilde esto se aclara, ¡vamos que se aclara!

2. Un resquicio de luz

La idea de Sonsoles se me había pegado al alma desde hacía días, pero ¿cómo me iba a marchar tan lejos dejándolos solos? Tampoco podía contárselo, no lo entenderían, especialmente Sebastián. Desde que nuestros padres murieron en ese horrible accidente hacía seis meses había ocupado el papel de protector incansable, me asfixiaba.

Me sabía de memoria cada desconchón de la casa, ¿solo había venido a esta vida a limpiar y servir a mis hermanos y después a un marido? No, me negaba. No quería el mismo destino que el de mi madre y el de mi abuela. Alguien tendría que romper las cadenas de esa dinámica y esa iba a ser yo.

Añadí la harina tamizada al resto de ingredientes, seguí removiendo hasta que la masa se volvió homogénea. Un olor a limón y azúcar había impregnado la cocina, solo me quedaba meter el bizcocho en el horno de leña y preparar el chocolate para la merienda. Un par de lágrimas, que me habían pillado desprevenida, se colaron en la masa.

Me marchaba esa misma noche, estaba decidido.

3. La cueva del ogro

Tardaron solo cinco minutos en llegar a la casa de Sebastián, pero la tensión, que presionaba el ambiente, había consumido el poco aliento con el que habían salido. Apenas faltaban unos minutos para que el reloj de la iglesia tronara con fuerza las tres de una tarde insoportable. Ana, Matilde y Paco habían realizado el escaso trayecto en coche, mientras que el resto de la familia Manzano soportó un paseo al infierno rural.

Paco tenía la boca seca y en la camisa un mar de arrugas. Matilde se bajó del coche con decisión, levantó la cabeza, se colocó con fuerza el bolso sobre el hombro derecho y enganchó a su marido por el brazo contrario para que el miedo a enfrentarse al ogro de Sebastián no le hiciera correr calle abajo.

La mente de Ana era un hervidero de dudas: ¿qué habría sucedido con esa tía que no conocía?, ¿seguiría viva? y ¿en qué momento se le ocurrió que pasar las vacaciones en el pueblo iba a ser un remanso agradable de descanso y buena comida con la que reponerse?

Llamaron tres veces al timbre, pero allí no abría nadie. Matilde, con un par de tazas menos de paciencia, empezó a aporrear la puerta cuando sus nietos y su hija Conchita aparecieron chorreando por la cuesta.

—Mamá, ¿por qué no has venido a recogernos? ¿Es una especie de castigo por habernos peleado por el estúpido diario de Rebeca? —Nacho se tiró agotado al escalón de la puerta de Sebastián.

—Deja de quejarte ya, que no has hecho otra cosa desde que hemos pisado este maldito pueblo. —Ana se apretó con la mano derecha el puente de la nariz, la izquierda en su cadera.

—¿Qué tiene de malo el pueblo? No será esa ciudad vuestra tan llena de planes, pero tampoco es para que vengas a menospreciar el hogar de los demás.

—Conchita, ¿otra vez vamos a empezar una discusión que no nos lleva a ninguna parte?

—¡Queréis callaros ya! A mí me da igual si os gusta o no el pueblo, aquí a lo que hemos venido es a que el condenado de Sebastián hable o calle para siempre, cómo no abra juro que tiro la puerta abajo.

Varias discusiones se empezaron a calentar mientras los timbrazos y golpes no cesaban, las vecinas se asomaron a las ventanas, unas resguardadas por los visillos, otras a cara descubierta. Diez minutos

después, Sebastián apareció con la camisa con un par de cercos de sudor seco y tres botones menos en la parte que más presión ejercía su enorme barriga.

—¿Se puede saber qué hacéis montando jaleo? ¿Es que no me puedo echar la siesta?

—Tira para dentro, tira, que tienes mucho que explicar y no hace falta que se entere medio barrio.

Matilde le pinchó con el dedo índice en el pecho. Sebastián se hizo a un lado retorciendo los labios y dejó que la marabunta de gritos y miradas cargantes se abriera paso.

—¿Qué queréis? —escupió al llegar al patio con columnas blancas y un par de limoneros que había en mitad de la estancia—. ¿No pretenderéis que también os invite a café?

—Ay, hijo, tú tan amable. El día que te mueras las vecinas se preguntarán por qué no lloramos.

—Matilde, por favor, que es mi hermano.

—Un hermano que tiene un secreto muy bien guardado, ¿no es así, Sebastián?

—Yo no sé de qué me estás hablando. —Apoyó la espalda contra una de las columnas y se cruzó de brazos. Su ceño fruncido y la mirada oscura solo intimidó a Paco.

—Sabemos que la tía María se marchó, dejó una carta y tú eres el único que puede decirnos qué ha sido de ella —requirió Conchita con suavidad.

—A mí no me vengáis con cuentos después de cincuenta años. María se fue. Punto.

—Vamos a ver, Sebastián, que no tengo el cuerpo para tonterías. ¿Qué dijo María en esa carta, a dónde se fue y por qué? Acaso no tienes corazón, hombre de Dios, mira cómo está tu hermano.

Paco se había sentado cabizbajo en una silla de propaganda de plástico rojo, la aparición de María había avivado ese dolor que llevaba tantos años enterrando, enfrentarse a Sebastián incrementaba la presión que sentía en la garganta al no haber sido capaz de pedir explicaciones sin que el resto de la familia tuviera que salvarlo. Sus nietas, incapaces de soportar el estado deplorable de su abuelo, se colocaron a su lado sujetándole las manos para que no cayera derrotado. Nacho no quitaba ojo a los aperos del campo que había en las paredes del patio ni al resto de objetos dispares que se encontraban desperdigados por las esquinas. Un olor a aceite sucio le revolvió el estómago.

—A Paco ya se lo conté en su momento, tú no eres quién para remover el pasado.

—Mira, Sebastián. —Sacó pecho—. Me parece muy bien que hayas mangoneado a tu hermano toda la vida, pero, ay, amigo, conmigo no

vas a poder, así que ya estás mirando entre toda la basura que tienes metida en esta casa.

—La carta solo decía que se iba, ¿qué más da el resto de los detalles?

—¿Pero tú te estás escuchando, cacho de carne con patas? ¡Que es tu hermana, tu hermana! ¿Cómo va a dar igual? ¿Tan poco corazón tienes que no quieres saber si todavía puedes abrazarla?

—Sebastián, por favor. —Paco alzó la mirada—. Enséñame la carta. En su momento te creí, pero lo que ha pasado hoy me ha hecho reflexionar, ¿no habrás estado cincuenta años ocultándome dónde está mi niña María?

Estaba acorralado, su hermana había dejado mucho más que una carta de despedida; había depositado una puerta con la esperanza de que la entendieran, pero Sebastián la cerró de golpe dejando a Paco dentro sin la posibilidad de ir tras ella.

Nacho empezó a abrir cajones sin preguntar, Rebeca y Carlota se unieron a la tarea mientras que el resto de los Manzano miraban con rabia a ese ogro sin remordimientos.

—Esto ya sabía yo que iba a pasar. Y no, no hay ninguna carta que ver porque la tiré.

—¿De verdad pretendes que nos creamos eso? ¿Tú tirar algo? Si no entran más chismes en esta casa porque no queda espacio.

—Sebastián. —Paco se acercó a él, le sostuvo la mirada por primera vez en años—. Si de verdad alguna vez te he importado, dame la carta, deja este juego barato porque no tengo otros cincuenta años para seguir esperando.

Observó a su hermano de arriba abajo, aunque era cinco años mayor que Paco, este le sacaba un palmo. Tras unos segundos en los que el oxígeno se cotizó caro, se coló en uno de los dormitorios que daban al patio. Después de rebuscar durante unos minutos, sacó no solo una carta, sino un cofre de taracea repleto de ellas que le tendió a su hermano con un gesto demasiado brusco, que terminó por golpearle el pecho.

—Sebastián, ¿qué es esto? —Un par de lágrimas de rabia habían aflorado en el rostro desencajado de Paco.

—Las cartas de María. ¿No es lo que estás buscando con tanta desesperación?, ¿remover el pasado?, ¿estás ya contento? —Las aletas de la nariz de Sebastián se movían con cada inspiración ruidosa, apretaba los puños como si intentase controlar no abalanzarse sobre su hermano.

—No lo entiendo, no lo entiendo.

Paco movía la cabeza sin dejar de abrazar el cofre. El resto de su familia acallaba. Matilde se mordía el labio por dentro para no matar allí mismo a su cuñado, pero en ese punto sabía que si no dejaba que

fuese Paco quien se enfrentase por una vez a su hermano, ella terminaría recibiendo el odio por parte de ambos.

—¿Cómo has sido capaz de mentirme durante tantos años? ¿Con qué derecho has decidido por mí, por María? ¿Quién te crees que eres para jugar con la vida de los demás? ¡Dímelo!

—¿Encima tengo yo la culpa? La que abandonó a su familia fue ella, no yo. Si no llega a ser por mí, ¿cómo hubieras salido adelante? Si eres tan calzonazos que hasta tu mujer te dice cómo tienes que pensar.

Matilde abrió la boca para replicar, pero Paco la detuvo.

—Siempre te había defendido, Sebastián, siempre había pensado que detrás de toda esa fachada de arrogancia y menosprecio había un corazón tímido que no quería que le hicieran daño, pero hoy me has confirmado lo que todo el pueblo sabe, que estás podrido. —El peso del cofre, que había despertado por primera vez sus reacciones más primitivas, le ayudó a acercarse todavía más hasta su hermano. Percibió desconcierto en sus ojos, incluso le dio pena—. ¿Sabes qué? No me extraña que se fuese, ella no fue tan ciega y estúpida como yo.

Salió de la casa sin esperar una respuesta, se ahogaba, y la rabia que le había infundido el coraje de enfrentarse al ogro de su hermano se diluía dejándole un temblor desesperante en las piernas y una nube espesa en la mente: ¿Ese veinte de agosto había encontrado, por fin, el tesoro con el que llevaba años soñando o solo era una herramienta más con la que retorcer la pesadilla de no saber qué pasó con su niña María?

4. La última merienda

Intenté controlar la torpeza de mis manos mientras les servía el bizcocho con una buena taza de chocolate caliente. Sebastián protestó como de costumbre, ¿existiría algo que le agradase a ese hombre agrio? Ignoré sus comentarios sobre la cantidad de azúcar que necesitaba la masa y me planté la misma línea fina en los labios de los últimos meses.

Paco sí celebró cada bocado, cómo iba a echar de menos a mi hermano del alma y su forma de llamarme «mi niña María». Cuando me cogió de la mano mirándome fijamente a través de esos ojos pardos como el tronco de los olivos que cultivaba, casi le susurré ese plan tan descabellado. No descarté que hubiera intuido que un resquicio de esperanza había disminuido la pesadez de mis ojos y de las ropas enlutadas.

La única prenda de color que sobrevivió a la aberración de teñir de negro cada pliegue era el pañuelo de los domingos de mi madre. La pena me dejó a manos de las vecinas, y las tradiciones por llorar a los muertos pesaron más que la ilusión de exprimir el tiempo que le quedaba a los vivos. Una diminuta maleta vieja, que había escondido debajo de la cama, ocultaba ese pañuelo, que todavía olía a azahar, junto con un par de vestidos, los zapatos buenos y una foto de la familia al completo en plena feria.

Bendito día.

Me costaba creer que solo dos años separasen esa imagen de la cocina que estaba a punto de abandonar. La Plaza Mayor adornada con guirnaldas y banderines. El olor de las brasas en una de las esquinas se entremezclaba con el de los buñuelos y garrapiñadas de los puestos de los feriantes. No había un alma de este pueblo que no estuviera escuchando los pasodobles, el replique de los caballos. Nos sacaron esa imagen un par de horas antes de que mi padre y mis hermanos se marcharan a ver los toros, yo preferí acompañar a mi madre junto con algunas de las vecinas a supervisar que no había detalle suelto para la romería que nacería al alba. Velamos a la virgen durante la noche entre rosarios y chismes, entre copas de aguardiente y roscos de vino, entre sombras y luces de colores.

La noche.

A ella y a la Virgen me aferré para que el plan que había ideado con Sonsoles terminase con la felicidad de aquel día de feria. El miedo

me comía los huesos.

—María, tranquilízate, es la solución perfecta. —Estábamos sentadas en el banco de madera de roble del patio de la casa de Sonsoles. Ella bordaba sus iniciales en una servilleta blanca, yo no era capaz ni de enhebrar la aguja.

—¿Y si no me lo perdonan nunca?

—Es imposible que estén enfadados eternamente, ya verás que cuando sepan que eres feliz se alegran de tu decisión.

—Ay, Sonsoles, ojalá no me arrepienta, pero es que me ahogo entre tanta casa encalada. Necesito más.

—Y lo tendrás, hazme caso. —Me dio un par de palmaditas en la mano.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Juntas sería más fácil.

—María, yo no dispongo de tu alma aventura ni de los reaños suficientes. Me gusta la idea de seguir en el pueblo, de formar una familia.

La rugosidad del papel que Sonsoles me había dado al visitarla después de esa última merienda, me trajo de vuelta a la cocina que en unas horas abandonaría. Pasé la mano por el escondite, era como si el doblez de la falda ardiese llegando a achicharrar mi piel blanca. Un sutil abultamiento para el resto, para mí la confirmación de que no estaba soñando, que esa salida era real. A pesar del miedo y de los fantasmas oscuros, que se intentaban colar en mis entrañas, una sonrisa diferente se empezó a dibujar en mis labios. Un movimiento casi imperceptible que volvía a darle forma a mis pómulos apagados.

¿Cómo sería mi nueva vida?

Escuché entrar a Paco, aparté las ensoñaciones y me centré en terminar de preparar la cena. Sebastián seguiría en la taberna.

5. Las primeras cartas

Hicieron el trayecto de vuelta sin soltar palabra. Paco abrazaba el cofre como si los restos de María estuvieran descansando dentro, Matilde movía la pierna derecha con un tamborileo que a su hija Ana empezaba a taladrarle la cabeza. Al resto les tocó deshacer el camino otra vez andando, al menos en esta ocasión era cuesta abajo y los latigazos fustigadores de ese sol de verano no les escocían tanto.

Se reunieron en la cocina, la verdadera alma de la casa. La mesa seguía puesta con los restos de churros y chocolate de ese desayuno accidentado que había cambiado el rumbo de la familia. Conchita la despejó y trajo agua fría con limón para levantar el ánimo, no habían vuelto a probar bocado desde ese desayuno convulso, tampoco la escena estaba para festines. Cada uno ocupó una silla, el cofre en el centro de la mesa. Con los nervios despuntando solo les faltaba encender un par de velas y correr las cortinas para revivir cualquier ritual de brujería.

—Yo no aguanto más. Paco, abre alguna de las cartas que por mucho que las estemos adorando no se van a leer solas.

—¿Y si no es bueno lo que dicen? —Se sujetaba la cabeza entre las manos sin apartar la vista del cofre—. ¿Y si es otra puerta de sufrimiento?

—Pues en familia le haremos frente. —Le agarró la muñeca e hizo que le mirase—. Aquí nadie se queda tirado sin una mano que lo levante. Venga, que no podemos vivir con esa pena. —Acompañó cada palabra con la misma dulzura que la primera vez que le confesó que lo quería.

Paco sacó las cartas del cofre y las fue colocando sobre la mesa mientras las revisaba, comenzó a leer la única que estaba abierta.

19 de abril de 1970

Queridos hermanos:

Siento no haberme despedido como debía, pero sabía que si me detenía nunca me dejaríais marchar, más después del adiós de papá y mamá, pero yo en este pueblo cerrado no soporto quedarme ni una hora más.

Ojalá podáis entenderme, ojalá me perdonéis por esta locura, ojalá sigáis queriendo a esta hermana vuestra que se aleja, pero seguir fingiendo solo me trae amargura, y no, no quiero más. Ya no soy esa niña pequeña que necesitaba ayuda cuando se raspaba las rodillas jugando en la plaza.

Ni la muchacha que tiene que guardar luto por el qué dirán. Mis sueños son tan dignos como los vuestros, no tengo que conformarme con bordar y estar en la cocina. Y voy a volar, voy a volar como un pájaro sin mirar atrás.

Me duele en el alma tener que pagar el precio de dejaros, pero os prometo que cuando encuentre el camino os seguiré escribiendo, y ojalá algún día seáis capaces de perdonarme y volar conmigo para así comprobar que la felicidad que he perseguido ha merecido la pena.

Os quiero, María.

Ni el deshielo de Sierra Nevada llevaba tanta agua como la que se estaba acumulando en esa cocina. La carta la terminó de leer Ana porque su padre con las primeras frases ya se había atragantado. Con la última sílaba todos se abrazaron, incluso Nacho, que intentaba achacar el picor de ojos a las horas frente a la pantalla. Después de unos minutos de mares bravíos, Conchita preparó una cafetera cargada para sumar fuerza y seguir desgranando el misterio de la caja verde.

—¿Y a dónde se fue, abuelo? —Carlota acercó su silla.

—No lo sabemos, corazón, eso es lo que estamos intentando averiguar. —Le acarició la cabeza, la suavidad de su pelo castaño claro y el sutil aroma a almendras que desprendía le recordó a cuando María tenía su edad.

—Papá, ¿qué carta quieres que abramos ahora? Yo sigo leyendo, no te preocupes.

Paco contó más de 135, todas ellas enviadas desde Madrid, salvo la que la propia María depositó en la entrada de la casa de la que se marchó, y una que provenía de Tenerife; se decantó por esa.

7 de febrero de 1975

Queridos hermanos:

Después de años de cartas y ninguna respuesta, me doy por vencida. Cada mañana abrazaba la esperanza de que vuestras letras me encontrasen, pero ninguna de ellas ha llegado a escribirse.

No os culpo, lo entiendo.

Empiezo una nueva vida en una tierra sin pasado, pero con un futuro por escribir, y vuestra negativa es un dolor que no quiero seguir sosteniendo en el tiempo. Si no me deshago de los fardos de dolor, jamás podré experimentar qué es la felicidad sin puertas a medio cerrar.

Siempre os llevaré en mi corazón, no importa que me quede fuera, sé que me queréis, y yo os seguiré queriendo también hasta el final.

María.

—Ay, mi niña María —resopló—, si Sebastián me hubiera dado las cartas, ¿cuánto sufrimiento le hubiéramos ahorrado? Si la que me

tenía que perdonar era ella por no haber estado a la altura que se merecía, ¿cómo no me di cuenta de su sufrimiento?

—¿Seguirá viva? —preguntó Nacho.

—Ojalá, ojalá que sí porque nada me haría más feliz que volver a abrazarla.

Matilde no había abierto la boca desde que empezaron a viajar a través de las cartas. Tenía la mirada clavada en el cofre y los ojos envueltos en pena y rabia. Su hermetismo los tenía descolocados, era muy extraño que ella no dijera nada, parecía que, por fin, se había despojado de la coraza dejando visible el alma.

—Coged la maleta. —Se levantó decidida—. Nos vamos a Tenerife.

6. primer atardecer en Madrid

Estaba a punto de cruzar el umbral de mi nueva vida. Las últimas luces de la tarde vestían de oro esta ciudad que me resultaba inmensa. Un trajín constante de viandantes con prisa hacia alguna parte contrastaba con la lentitud que habían arrastrado mis pies hasta ese destino incierto. La noche anterior me había marchado de casa, sin embargo, sentía como si un siglo se hubiera instalado entre el pueblo y Madrid.

Sebastián apareció pasadas las once de la noche, apestaba a vino. Aguardaba su llegada limpiando hasta los cimientos del que siempre sería mi primer hogar, al menos así tendrían algo de margen hasta que se hicieran con las riendas de cómo dirigir una casa y yo un grado menos de culpa por abandonarlos. Me sobrecogió su voz tosca en la segunda refriega a los cubiertos. Muda, le planté un plato de sopa de ajos tostados recalentada y un trozo de jamón, ni así se le quitó el olor a vinagre que llevaba pegado a la camisa. Solo cuando escuché su tercer ronquido conseguí relajar los hombros, Paco hacía dos horas que descansaba.

Estuve a punto de frotar los lamparones que ennegrecían esa camisa de rayas azules; opté por no tentar a la suerte con el ruido del agua. Me paseé una vez más por cada una de las estancias, abrí las puertas de los dormitorios y les lancé un beso desde el marco de madera oscura. Me senté una hora más en el patio, la luz plateada de la luna llena hacía resplandecer las paredes y columnas encaladas. El olor de los limoneros, de la primavera, me hizo más dulce la espera.

Recé por mis hermanos, no por mí.

Sabía que si no me faltaban las fuerzas daba igual dónde me encontrase, saldría adelante, pero me desconcertaba cómo se las apañarían para llevar la casa y el campo cuando nunca antes habían puesto siquiera la mesa para almorzar. Intenté no enredarme en lo que iba a dejar, de qué me servía lamentarme si la única ayuda que les podía enviar eran plegarias y, ojalá, que buenas noticias en la próxima carta.

A medianoche cerré los ojos y la puerta principal en un mismo movimiento. Solté el aire mientras acariciaba la madera fría, di la vuelta y enfilé la calle agarrando con fuerza la maleta. Apreté el paso hasta dejar atrás esas casas blancas con tejados rojizos, el cacareo de las acequias y fuentes me acompañaba, todavía me quedaba una hora

y media más andando hasta alcanzar el próximo pueblo, allí cogería un autobús que me acercara a Granada.

A pesar del calor que ofrecía el sol de abril a pleno día, el frío seco de la noche me abrazó, ni siquiera el traqueteo de mis piernas ni la carga de la maleta consiguieron que templara los huesos. Cada pocos metros me detenía a comprobar que ninguna sombra me siguiese, tan solo vislumbré la danza de las ramas de olivos y almendros. Un par de búhos ulularon, el silbido del viento del norte se afilaba en los tramos de la carretera en la que los pechos de la montaña estaban al descubierto.

Rescaté los rescoldos de fuerza que todavía estaban vivos, y me giré por última vez para contemplar la silueta del pueblo que me había visto nacer, pero al que me juré no volver. Antes prefería morir que bajar de nuevo la cabeza.

Cuando las primeras motas de las casas vecinas, apiñadas en la falda opuesta de la montaña, se abrieron nítidas ante mis ojos, sentí como un par de piedras se soltaban del fardo de culpa que estaba arrastrando.

Era la única opción.

Me escondí en las escaleras de la calle paralela a la parada del autobús y esperé a que ese coche largo despertara, una vez en Granada solo me quedaría subir a un tren hasta la majestuosa Madrid. Palpé la bolsa de tela que portaba escondida en el sostén. En ella se encontraba el papel, que me había dado Sonsoles hacía unas horas, en el que iba cosida mi esperanza junto con una parte de los ahorros familiares. Ojalá me perdonasen también por dejarles el bote, que escondíamos en la alacena, sin apenas pesetas.

Cuando me acomodé en uno de los asientos grisáceos de las filas traseras del autobús, otra piedra se deslizó. La luz blanquecina de la mañana, junto con el cantar de los gallos, anunciaba en esos pueblos de la sierra otro día más de siembra, para mí, la muda de una piel que se me había quedado pequeña.

Una vez en Granada, anduve otra hora más hasta la estación de tren sin detenerme a calmar los gritos de mi cuerpo por un café caliente, necesitaba alcanzar las taquillas cuanto antes y cruzar los dedos para que quedase algún billete disponible. Cuando esa muchacha morena y de ojos brillantes me tendió el pasaje para el tren de las doce, le apreté con fuerza la mano con la que me lo tendió y la observé con la mirada acuosa.

El tren iba a rebosar. ¿También huían buscando una nueva vida en Madrid? Una madre con dos niños, que no llegarían a los cinco años, intentaba que no corrieran por el pasillo. Un señor con sombrero de fieltro negro y ceño fruncido se acomodó frente a mi asiento y me miraba desconfiado sin dejar de toquetearse el bigote. Una pareja de

ancianos comía un trozo de pan con queso que hizo crujir de nuevo a mis tripas. Todavía guardaba en una bolsa de tela dentro de la maleta un trozo de salchichón de la matanza del año anterior y un mendrugo, prefería esperar un poco más.

Me apretaban los zapatos y comencé a notar cómo florecía una rozadura en mi tobillo izquierdo, no consentí aflojarlos como si fuese la condena por buscar mi propia felicidad; un recordatorio del precio y sus consecuencias. Intenté resistirme al hipnotismo del traqueteo del tren, sin embargo, el vigor, que me había acompañado desde que cerré la puerta, se había diluido dejando paso a un cansancio denso que me nublaba.

Me dejé mecer.

Volví a abrir los ojos cuando el tren se acercaba a Madrid. La mayoría de los pasajeros con los que había comenzado el viaje ya no estaban en el vagón, a cambio, otros cuerpos ocupaban los asientos.

Acudí a un baño de la estación para refrescarme y recuperar el papel con mi destino más inmediato. A la salida evité coger un taxi, no quería derrochar el flotador que me daría aire en caso de apuros. El primer detalle que me sobrecogió al pisar la calle fue el ruido, no era capaz de escuchar el canto de ningún pájaro, solo el crujir del asfalto, los gritos, las carreras de los que suponía llegaban tarde. Me quedé unos segundos, quizá algo más que minutos, a pocos metros de la salida de la estación. Sentí que esa ciudad era capaz de tragarme, pero, también, de brindarme el horizonte que yo había dibujado en sueños.

A pesar de la fatiga, del hambre y del dolor que me rajaba la piel del tobillo y subía por la pierna como una culebra antes de ser atrapada, caminé aspirando con cada sentido las maravillas que Madrid tenía para mí. Salté, tan veloz como pude, por esos cruces que parecían creados para gigantes de zancadas kilométricas. Estaba convencida de que, si mis hermanos hubieran sido testigos de esas avenidas por las que me adentré, tras un sinfín de explicaciones, hubieran pensado lo mismo que yo al verlas: lenguas grises en las que la única idea de que la primavera había brotado eran unos árboles raquíticos sin flores en sus ramas pero de un verde esperanza abrumador. Aunque contaban con un regalo que el pueblo nunca podría albergar: la majestuosidad de unas fachadas con tantos detalles que consiguieron que me pellizcara varias veces en el brazo para comprobar que seguía pisando Madrid y no había caído en el embelesamiento de una ciudad extranjera.

No tuve que esforzarme en dibujar una sonrisa durante ese trayecto, la metamorfosis estaba a punto de culminarse y, aunque me había perdido varias veces a pesar de las indicaciones, estaba por fin frente al portal 35.

7. Un viaje a la India sin salir de Madrid

La familia Manzano entró en Barajas al día siguiente después de más de seis horas asfixiantes de coche y demasiadas visitas a las gasolineras. Cuando no era Matilde porque se orinaba, a los niños se les dormían las piernas. El destino les tendió un primer caramelo, no todos serían tan dulces, su vecino Joaquín les dejó la furgoneta para viajar los siete sin tener que cometer ninguna negligencia, no querían tentar demasiado al rosario y acabar en una cuneta, o peor, entre rejas.

Antes de lanzarse a la carretera, Ana intentó comprar los billetes por internet, no había disponibilidad en varios días, así que jugaron la baza de plantarse en el aeropuerto por si quedaban plazas libres de última hora.

—Señorita, siete billetes para Tenerife, por favor —dijo Matilde con la sonrisa puesta.

—El próximo vuelo disponible es dentro de cinco días, lo lamento, con la temporada alta no nos quedan demasiadas plazas.

—¡Cinco días! ¿Cómo va a ser eso? Paco, ¿tú la has escuchado? Señorita, eso no puede estar bien, no podemos esperar cinco días. —Clavó las manos en el mostrador—. Es de vida o muerte, necesitamos subirnos a cualquiera de esos cachorros volantes. ¡Cualquiera!

—Lo siento muchísimo, en nuestra compañía no hay más opciones para los próximos días. Si quieren, pueden consultar con el resto de las aerolíneas, quizá cuenten con más suerte.

Matilde iba a replicar cuando la mano de Paco le tiró con cariño del codo. Se miraron unos instantes que parecieron dos siglos y se fundieron en uno de esos abrazos que levantan aplausos.

—Si he esperado cincuenta años, por cinco días más no pasa nada. —Le sujetó el rostro antes de depositar un tímido beso—. Dile a la muchacha que nos dé los billetes, las niñas han estado preguntando y el panorama es incluso peor en otras compañías.

—Paco, ¿y qué hacemos cinco días en Madrid?

—Conocer la ciudad, siempre estás diciendo que no salimos del pueblo, pues vamos a disfrutarla. ¿No te has dado cuenta de que es el primer viaje que hacemos en familia? Míralos.

Sus hijas y Nacho estaban desplomados en unos bancos cercanos cargados de maletas y una bolsa de rafia con tortilla de patata y filetes empanados, Matilde no estaba dispuesta a volar con la barriga vacía ni

a comer sándwiches envasados. Al vestido de lino *beige* de Ana no le cogía una arruga más, Conchita pasaba las manos sobre los vaqueros oscuros en un movimiento continuo, como si así arrastrara los nervios de su cuerpo. El cansancio había arramblado, no quedaba ni una pizca de adrenalina con la que habían salido del pueblo, hasta su nieto había abandonado el móvil y dormitaba sobre el hombro de su madre.

Carlota y Rebeca eran las únicas que desprendían una energía contagiosa, sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, esperaban soltando grititos con los aviones que veían despegar y aterrizar a través de las enormes cristaleras.

Matilde deshizo el nudo que había formado con las manos, se tragó la angustia de perder el control y compró los siete billetes para Tenerife que le costaron la pensión del mes, pero no dijo nada, tenían que alcanzar a María como fuera, aunque la aventura les dejara a pan y huevos cocidos a la vuelta.

—Venga, id levantando el campamento que nos vamos a ver Madrid.

—¿Pero no íbamos a Tenerife? —repuso Nacho.

—¿Qué quieres, que nos colemos en el próximo vuelo? No quedan billetes hasta dentro de cinco días. Nuestra investigación tendrá que esperar, pero, mientras, podemos pasar unos días de descanso.

—¿Y dónde nos vamos a quedar?

—Chiquilla, pues en la casa de tu hermana, que nunca nos ha invitado y alguna vez tendrá que ser la primera de que conozcamos esa ciudad que tanto le maravilla y de la que no quiere salir.

A Ana le entraron los siete males. No se había planteado tener que alojar a su familia en el piso interior de dos habitaciones que había alquilado en Lavapiés hacía cinco meses. Nacho y Rebeca se miraron en cuanto su abuela mencionó su casa: ¿cómo iban a entrar en ese trastero de lujo si ni siquiera contaban con espacio suficiente para ellos?

—Vamos a estar un poco justos, mamá.

—No te preocupes, que donde entran tres, entran siete. Venga, hija, no te pongas relamida y llévanos a casa, tengo los pies para la guillotina.

Dejaron la furgoneta de Joaquín en un aparcamiento de larga estancia y cogieron el metro que les acercó hasta Lavapiés. Matilde estaba escandalizada, no comprendía por qué no podían entrar con la furgoneta en el centro de la ciudad. Ana, por mucho que le explicaba que no era un vehículo autorizado y que si entraban con él acabarían con una multa, sentía cómo le taladraban la crispación y las palabras malsonantes de su madre. «Buf, y no hemos llegado al piso, la que se va a montar».

Salieron del metro empapados en sudor, con los semblantes

derruidos y el ansia de alcanzar un baño limpio. Los sentidos de los nuevos visitantes a Madrid se despertaron con el olor a curry y especias que invadía el barrio, aromas de distintas cocinas del mundo se arremolinaban por esas calles empinadas y sombrías que rodeaban el piso de Ana. A Matilde todo le parecía exótico, su vena más aventurera estaba desatada, quería probar cada plato que veía anunciado a las puertas de los restaurantes.

Subieron por turnos hasta el tercero sin ascensor. La escalera de madera era tan diminuta que les costaba manejarse con las maletas, el crujido de los escalones los introdujo en una película de terror. Ana suspiró, incluso rezó, antes de abrir la puerta.

—Bienvenidos a nuestra casa —sacó su voz más alegre.

—¿Este zapatero se puede considerar casa?

—Matilde, deja tranquila a la niña que bastante tiene con aguantarnos cinco días en, en… —a Paco se le atascaban las palabras — aquí.

—¿Y tú criticando que no quiera salir del pueblo? Si este piso es como mi salón.

—Eh, con nuestro piso no os metáis que vivimos muy bien. —Nacho se envalentonó.

—No, si ahora entiendo por qué nunca nos habéis invitado. —Conchita volvió a atacar. Había encontrado un filón con el que devolverle a su hermana los reproches y desplantes que le hacía por seguir anclada a la vida rural, incluso después de que su exmarido Evaristo se fuese una mañana a sembrar, a los pocos meses de nacer Carlota, y poco más supiera de él.

—Antes teníamos otra casa más grande, aunque también estaba más lejos. —Rebeca suspiró.

Nadie añadió ninguna palabra más, sabían que acababan de toparse con un hueso doloroso. Dejaron las maletas debajo de la mesa del salón para ganarle metros al piso. Matilde y Paco ocuparon la habitación de Ana, los tres niños juntaron las camas de Rebeca y Nacho, y las queridas hermanas tuvieron su suite especial en el sofá cama. Un mundo ideal para dormir cinco noches en un piso sin aire acondicionado y con todas las ventanas dando a un ojo de patio estrecho, qué días más intensos se avecinaban.

Esa noche, a petición de Matilde, fueron a cenar a uno de los restaurantes indios. Eligieron el favorito de Ana y sus hijos a tan solo un par de calles del piso. Matilde estaba emocionada con la idea de tragarse el mundo en cada bocado, ese mundo que se había resignado años atrás a no ver más allá de las montañas del pueblo. Aunque la tachaban de moderna, nunca quiso gastar dinero en ella. Todo era para sus hijas, para que crecieran y volaran por esos cielos que ella

trazaba en sueños. El día que Ana anunció que se marchaba a estudiar a Madrid, le llenó de gozo. Las vecinas le decían que si no le daba pena tener a la mayor tan lejos, pero ella castañeaba de alegría.

Conchita había salido a su padre y del pueblo no había quien la moviera. No entendía el ansia de descubrir nuevos lugares ni la necesidad de cargar con una maleta de aeropuerto en aeropuerto como si se tratase del juego de la oca. Para ella la rutina, el campo y la tranquilidad era el rosario al que se ceñía. Dos gotas de agua que no podían ser más distintas, dos hermanas separadas incluso durmiendo bajo el mismo techo.

Matilde celebró la llegada de cada plato con nombre sugerente como si un espectáculo de Bollywood se estuviera celebrando en la mesa y, aunque echó en falta un poquito de pan rústico para mojar las sopas que quedaban de las salsas, aquel festín que le ardía en la boca le devolvió a esa niña traviesa que seguía habitando su cuerpo. El aroma intenso de las especias embriagaba la calle, si cerraba los ojos, y dejaba de escuchar los quejidos de su marido e hija pequeña, era como estar caminando entre puestos de comida callejera en la mismísima India. ¡Qué alegría! Viajar sin poner un pie en ninguna parte, explorar sin levantarse de la silla.

Paco y Conchita no estaban experimentado el mismo viaje estelar. No soltaban el vaso de agua y cada cucharada les parecía una tortura volcánica que no había forma humana de digerir.

—Verás las almorranas…

—¿No te gusta, abuelo? Nosotros venimos todos los viernes, ya verás cómo vas a alucinar con el pollo *Tikka Masala* —comentó Rebeca sirviéndose más arroz.

—Sí, sí, muy rico, cómo no me iba a gustar pelarme el estómago.

—Anda, Paco, con la de picantes que te zampas con las migas y ahora te quejas. Si estás entrenado, luego nos damos un paseo con un helado fresquito y te quedas nuevo.

Cenaron entre bromas, relajados y olvidando por unas horas que un cofre repleto de cartas había cambiado su rumbo hacía tan solo un día.

La verdadera fiesta india arrancó de madrugada. La cola en el diminuto baño de ese piso interior era como la de los pubs en sus momentos álgidos. Los madrileños veían a sus invitados pasar por colores y estados diferentes a cada minuto. Porrazos en la puerta, gritos, bailes de piernas, risas nerviosas. Durmieron mal y poco. El ánimo con el que despertaron no admitía más que gruñidos y caras asqueadas. Ana, en un intento de levantar la energía, les propuso un paseo por El Retiro, un lugar aparentemente inofensivo.

¿Qué podía salir mal en un parque?

8. El portal 35

Llevaba cinco meses sirviendo en casa de doña Rosa y todavía me sentía extraña entre estas paredes azuladas. Era domingo, en cuanto le sirviera el café acompañado de galletas de mantequilla dispondría de cuatro horas libres para disfrutar de Madrid. El respiro que me ayudaba a recordar que no era una mera fregona.

El día que crucé el portal 35, una bocanada amarga me subió hasta la garganta. Me la tragué obviando su sabor y caminé con convicción hasta la portería. Gregorio, un señor adorable con la vista bastante perjudicada, me recibió con la calidez del que también ha puesto tierra de por medio.

—Buenas tardes, busco a doña Rosa.

—¿De parte de quién?

—Me llamo María Manzano, vengo recomendada por Isabel, la otra muchacha del servicio.

Le mostré el papel que me había entregado Sonsoles tras cartearse con su prima. No nos conocíamos, solo sabía por Sonsoles que su prima le había propuesto que se viniese a la capital a servir en la casa en la que ella llevaba trabajando dos años. Mi amiga declinó la oferta y me la cedió a mí.

—Es el tercer piso a la derecha, la acompaño.

Gregorio subía los peldaños de la escalera de mármol blanco y negro con una agilidad pasmosa para lo poco que veía. Su voz cantarina rebotaba en las paredes formando un gorgoteo que me recordó a los pájaros del pueblo en plena primavera. Me alivió el sabor amargo.

—Este es el piso de doña Rosa. —Tocó a la puerta con dos golpes secos.

—Buenas tardes, Gregorio.

Una muchacha con el pelo negro como la noche recogido en un moño estirado apareció en el umbral. Sus ojos, también oscuros, parecían tragarse cualquier vestigio de luz. El uniforme le quedaba grande acentuando con más ahínco su delgadez.

—Esta señorita es María Manzano, dice que viene a unirse al servicio.

—Ah, sí, la estábamos esperando. Gracias, Gregorio.

El portero desapareció tras dedicarle una sonrisa amiga. Le tendí la mano a modo de saludo, una sacudida con un regusto similar a la

bocanada al aterrizar en el portal me pilló por sorpresa.

—Así que tú eres la amiga de mi prima. —Me escudriñó sin ocultarse—. Entra, a doña Rosa no le gusta que se hable en el rellano.

Sonsoles me había contado que su prima trabajaba como interna en casa de una familia acomodada, no imaginé que tanto lujo cupiera en un mismo espacio. Cientos de piezas doradas se intercalaban en los distintos muebles caobas que vestían aquel piso. Decenas de cuadros religiosos me observaban mientras Isabel me mostraba las estancias, cada vez más abarrotadas, hasta que llegamos a la única habitación sin ventana que hacía las veces de cuarto de la plancha y dormitorio para el servicio.

Dos camas de ochenta separadas por una tímida mesita de noche con una lámpara de latón; frente a ellas, un armario escuálido y la tabla de planchar. Había cambiado mi hermosa casa por un cuartucho sin ventilación. No me amilané, me dije que ahorraría lo suficiente para seguir progresando, solo sería el primer escalón.

—Coloca la maleta sobre la cama, más tarde podrás guardar tus cosas en el armario, te he dejado libres un par de baldas. Ven, nunca hay que hacer esperar a doña Rosa.

Asentí y la seguí hasta una terraza con vistas a una selva de la que no me había percatado mientras localizaba el portal 35. Me quedé hipnotizada: ¿cómo existía tal vergel en plena ciudad? Doña Rosa estaba leyendo el periódico cuando traspasamos las cristaleras que se abrían a la terraza. Sobre la mesa de seis comensales había un jarrón rebosante de rosas rojas y un cenicero con dos colillas consumidas.

—Disculpe que la interrumpa, doña Rosa, ella es María, la nueva chica del servicio.

—Al fin apareces —dijo levantando la vista—. ¿Vendrás bien aseada y sin piojos? Sabe Dios la mugre que tiene que haber en los corrales de los que provienes. Isabel, explícale las normas y su cometido, me duele demasiado la cabeza como para inmiscuirme en minucias.

Volvió a dirigir su atención al periódico, agaché la cabeza sin pronunciar palabra a esa señora de pelo cardado y perfume denso y seguí a Isabel hasta la cocina. Me explicó que los dos hijos de doña Rosa se habían mudado hacía un par de años a Santiago y San Sebastián para controlar las fábricas de su difunto padre. Recalcó que debía ser un fantasma, mimetizarme con los objetos que en ese instante me resultaron con menos brillo que a mi llegada. Doña Rosa padecía unas jaquecas terribles y molestarla podía provocar un despido fulminante, o peor, que no pagase el mísero jornal en dos meses.

Seguí escuchando atenta cada una de las peticiones extravagantes que aquella señorona esperaba del servicio y volví a repetirme que

sería temporal, que era capaz de encontrar un lugar con más dignidad.

A la semana siguiente envié la primera de las veinte cartas que había escrito desde que mi rumbo había cambiado de dirección hacía cinco meses.

25 de abril de 1970

Queridos hermanos:

Ya estoy instalada en la que a partir de ahora será mi casa en Madrid. Es un lugar maravilloso, un paraíso rebosante de tesoros y cuadros que impiden que se vea un resquicio de desnudez en las paredes. La señora de la casa, doña Rosa, es un cielo de mujer y con un gusto exquisito. Nunca faltan las flores en la decena de jarrones ni las visitas para merendar. Isabel, la prima de Sonsoles, es mi compañera de cuarto y seguro que muy pronto, además, una buena amiga. Es un dulce de niña.

La ciudad no descansa nunca. El trajín constante en las calles me sobrecoge, parece una feria sin fin. Un lugar ha conseguido robarme el corazón en tan solo un vistazo, El Retiro, un auténtico océano verde que acalla cualquier ruido.

La primera vez que lo vi fue desde la terraza de la casa, ¡qué impresión! El domingo estuve paseando entre sus jardines e imaginé cómo sería vuestra visita en la ciudad. Deseo con todo mi corazón que mi marcha no os haya dolido demasiado, ya veis que me encuentro bien y feliz.

Prometo escribir cada semana, espero con ansia vuestras cartas.

María.

Después de depositar la bandeja con el café y las galletas sobre la mesa de la terraza, apreté el paso hasta la habitación que compartía con Isabel. Me cambié el uniforme por un vestido negro de manga tres cuartos con la falda de vuelo, no me entretuve en deshacerme el moño tirante y me dirigí a ese parque que me hacía respirar.

Apenas había salido de las calles del barrio en esos meses, prefería exprimir las cuatro horas en mi oasis, agudizar la oreja para enterarme si en alguna otra casa necesitaban un par de manos extra. Seguía ahorrando hasta la última peseta, había desechado la idea de cambiar el luto de mi vestuario, necesitaba avanzar y esos vestidos con estampados de fantasía y lunares o los pantalones de campana que marcaban las caderas eran lujos innecesarios. Estar en la casa de doña Rosa era como haber viajado diez años atrás, un contraste tan diferente al color y la algarabía con la que me topaba al sentir la ciudad más allá de esas paredes azuladas.

Ya habría tiempo para el derroche.

Cuando entré en el parque distinguí a Isabel acercándose hasta un muchacho alto y espigado que sujetaba un escueto ramo de margaritas. ¿Acaso tenía novio? Antes de alcanzar su posición, vi que se detuvo. Mi instinto me lanzó a esconderme detrás de un pequeño

seto que me quedaba a la derecha. Se giró. No me vio. Un par de pasos más y estampó su boca contra la de ese figurín que la apretaba como si fuese un globo a punto de perderse en el cielo grisáceo que cubría esa tarde Madrid.

Permanecí unos minutos más en mi escondite siendo testigo del amasijo de besos que la pareja se regalaba hasta que decidieron cambiar de escenario. Me sentí tentada a seguirlos, me había quedado pasmada con esa pasión desinhibida de mi compañera de cuarto. ¿Llegamos a conocer a las personas que nos rodean?

Desde el primer día que puse un pie en esa casa, Isabel había sido el vivo ejemplo de la rectitud, ni sonrisas ni intentos de entablar amistad. Cada una se ceñía a sus tareas como autómatas que cumplían con un patrón interminable. Alguna noche, una vez ya metidas en la cama, había intentado charlar sobre su paso por Madrid o los sueños que la llevaban a esmerarse tanto cada día. Sin embargo, Sonsoles no me avisó de que su prima fuese un bloque de hormigón infranqueable; quizá me reprochaba que era yo, y no Sonsoles, la que ocupaba la cama contigua.

Cuando perdí de vista a la pareja de amantes, salí de detrás del seto y deambulé por el parque. La temperatura a finales de septiembre se había suavizado y el aire comenzaba a regalarnos ciertas briznas gélidas. ¿Sería muy duro el invierno en Madrid?

El estanque estaba repleto de familias y parejas que sonreían mientras paseaban en las barcas. Me senté en un banco frente a ellos. Una mujer con el pelo chocolate y una cascada de rizos, que descansaba sobre sus hombros, ayudaba a un niño de unos siete años a mover el remo. El padre sujetaba a una niña bastante más pequeña que también quería alzar ese enorme palo de madera. La tozudez de esa niña con coletas me hizo sonreír.

En la barca que me quedaba más cerca distinguí a una pareja de ancianos que apenas se movían del sitio, casi diría que se dejaban mecer por el trasiego del resto. En un descuido, la señora sacó un trozo de pan y, a pellizcos, lo lanzaba a las carpas.

Intenté discernir cómo sería la vida de estos desconocidos y cómo deseaba que fuese la mía. Esos cinco meses me habían servido para afianzar la semilla que se plantó en mi ser sin que me diera cuenta y que explotó como una primavera adelantada después de quedarme huérfana.

Quería ser libre.

Quería exprimir cada segundo.

Quería ver el mundo más allá de los trapos del polvo y las horas en la cocina.

Quería enamorarme, sentir cómo era que me ardiese la boca, pero que el precio no fuera echar raíces en una casa en la que mi voz

valiese menos que un mueble viejo.

Quería que mis hermanos me perdonasen el atrevimiento y contestasen, al fin, a alguna de mis cartas. Seguía esperando volver a sentir «mi niña María», aunque solo fuese a través de tinta y papel. Quizá algún día, incluso, podríamos pasear juntos en una de esas barcas.

9. Peces y barcas

Madrid estaba prácticamente vacía ese viernes 22 de agosto, solo los turistas cargados con cámaras, palos selfies y ansias de fotos blogueras, eran las únicas almas que circulaban bajo un sol fustigador que derretía hasta las pestañas.

La ducha gélida que experimentaron la mayoría de los Manzano, excepto Nacho y Rebeca, que sabían que el calentador de veinte litros no daba más que para dos duchas templadas, no ayudó a aliviar el malestar estomacal e incrementó la frustración e incertidumbre por los retos que les depararía ese viaje. Se colocaron la primera muda que encontraron en las maletas, no estaba el tema para ponerse quisquillosos.

Salieron sin desayunar, el estómago lo tenían cerrado después del festival indio, y pasearon por el Barrio de las Letras antes de aventurarse hasta ese maravilloso pulmón que oxigena la ciudad.

—Ya estáis dibujando unas sonrisas en esas caras de acelgas, que sí, que la noche ha sido movidita y todo lo que queráis, pero no he venido hasta aquí para escuchar vuestros lloros. Os tomáis un Almax y arreando.

Matilde se giró. El vestido, suelto hasta la rodilla en tono berenjena que le acentuaba el dorado del tinte y el azul marítimo de sus ojos, se elevó unos centímetros como el de una reina en pleno baile. Enfiló la calle con decisión, no se sentía pequeña en esa gran ciudad, era una estrella. Una estrella que, por supuesto, no se despegaba del bolso y llevaba casi todo el efectivo en una bolsita de tela enganchada con un imperdible en el sujetador, pero una estrella que nunca se rendía.

La fuerza del ciclón Matilde contagió a su familia, que no necesitaba esforzarse para sonreír viéndola caminar como la gran señora que era por Madrid. Nacho, el alma *influencer* de los Manzano, cerró uno de los vídeos de YouTube, que había ido encadenando desde que se levantó, y aprovechó el hipnotismo que generaba su abuela para sacar algunas de las fotos más bonitas y naturales de una familia que, aunque a veces se entendía a gritos y encontronazos, era una familia que peleaba unida.

Después de casi media hora caminando, llegaron al Retiro empapados de sudor y unas gotas extra de alegría con las que se habían despertado. Cuando alcanzaron la zona del estanque, Carlota, que había estado dispersa por mucho que su prima parloteara a su

alrededor, gritó dando saltitos.

—¡Vamos a pasear en las barcas, por favor, por favor!

—¿Por qué no? —respondió su tía—. Hace tantos años que no subimos…

Dirigió una mirada nostálgica hacia Rebeca y Nacho, sus pequeños cachorros, quienes desde que habían entrado en la adolescencia, el síndrome del ridículo se había erigido como una montaña. Decidieron repetir los mismos grupos que para dormir: los niños en una, Conchita y Ana en otra, y Matilde y Paco en la última. Un par de barcas más estaban ocupadas en la otra punta del estanque. El blanco y azul de las pequeñas embarcaciones contrastaba con el tono turbio del agua.

—Ay, Paco, qué romántico, por favor. Cuando se lo cuente a Virtudes se va a morir de envidia y no del amago de infarto que le dio cuando nos enteramos de lo del amante.

—Sí, muy romántico, pero la sudada que me estoy pegando para mí se queda.

—Anda, calla y relájate. ¿Cuándo nos hemos visto en otra como esta?

Sus nietos apenas habían conseguido avanzar unos metros cuando comenzaron a dar vueltas sobre sí mismos.

—Rebeca, ¡para! Te he dicho que tenemos que remar a la vez. ¡No tienes ni idea!

—¿Y qué te crees que estoy haciendo? Eres tú que vas tarde.

—Chicos, ¿y si paráis un poquito? Creo que me estoy mareando.

Carlota, medio tumbada sobre la barca, se aferraba al bordillo intentando controlar los sudores fríos que descendían hasta su maltrecho estómago; sus primos no escuchaban sus ruegos. Conchita y Ana se peleaban por llevar el mando. Empezaron con pequeños susurros y empujoncitos muy sutiles, pero igual que Madrid se calentaba bajo un sol de los que aprieta y no ventila en agosto, ellas desataron a sus dragones internos.

—Conchita, ¿quieres dejarme a mí? Que yo he pasado muchas tardes aquí con los niños y sé lo que hago. Suelta los remos.

—Claro, cómo no ibas a ser tú; la perfecta, la de la ciudad, la que manejase la barca.

—¿Me estás queriendo decir algo? Porque solo quería dar un paseo tranquilo.

—¿Que si te quiero decir algo? Pues sí, que ya no me aguanto. Estoy harta de que me mires por encima del hombro, que te creas superior por vivir en un piso de mierda en una ciudad que con lo que pagas por una ronda de cervezas te monto yo una fiesta con vino del bueno. Hasta el mismísimo moño me tienes.

Y las manos, normalmente sosegadas del alma tranquila de Conchita, se movían como si estuviera bailando la *Macarena*. Se

incorporó con la idea de sacudirse la blusa y los nervios, un movimiento inocente que provocó que ese cascarón de nuez agrandado se tambaleara y a un grito de Matilde estuviera de caerse al agua.

—Paco, las niñas ya se están peleando otra vez. Míralas, míralas, tendrán poca vergüenza, no saben cómo romper la magia. Tira para allí que les voy a decir cuatro cosas.

Suspiró por no lanzar los remos al fondo y salir corriendo sobre el agua, y pusieron rumbo a toda vela hacia esas hijas que a ese ritmo se iban a quedar calvas. Cuando recorrieron la mitad de la distancia, vieron por el rabillo del ojo que Rebeca y Nacho se encontraban de pie enzarzados en una guerra de remazos, mientras que Carlota dejaba los restos del indio para las carpas.

—Ay, Señor, que se matan o me matan a mí. Una de dos. ¡Qué he hecho para merecerme a esta familia! Dímelo, Señor. ¡Dímelo!

Matilde se incorporó para que sus nietos captaran con más fuerza el sermón cuando el taconcito, de esos zapatos que se había comprado hacía un par de años para una ocasión especial, se le encajó con una de las tablas y cayó de boca y sin manos sobre el agua.

—¡Matilde, Matilde! Que no sabes nadar, Matilde, ¿dónde estás? —gritaba Paco desesperado hasta que vio aparecer la cabeza de su bella amada—. Ven aquí, ven, agárrate a la barca y te ayudo a subir.

—Los mato, Paco, te juro que salimos hasta en los periódicos.

Intentó colocar la pierna izquierda para hacer impulso y volver a recuperar el equilibrio y la compostura. Tal era el chute de adrenalina que llevaba en su cuerpo lozano que se había olvidado hasta del dolor de la rodilla, pero la vida no siempre juega en nuestro equipo, a veces es un diablo aburrido que en vez de matar moscas con el rabo se entretiene en mover barcas en un estanque cualquiera. El empeño por sacar a Matilde no concluyó tan romántico como esa pareja de tortolitos esperaban, con un mal movimiento de cadera cayeron los dos al agua.

—¡Idiota! ¡Mira qué has hecho! —Rebeca le pegó un empujón a Nacho.

—¿Yo? ¿Crees que tengo poderes invisibles para lanzarlos al agua? Si me hubieras dejado los remos seguro que estarían secos y disfrutando. Encima que el plan era una mierda tú lo has coronado.

—¡Eres un niñato! —Y esta vez el empujón iba cargado de rabia y con la intención de que sus abuelos no fueran los únicos chapoteando.

—¡Serás imbécil! Te vas a enterar.

Nacho se incorporó y tiró del vestido vaporoso de su hermana. Ella intentó contrarrestar el empellón, pero con lo que no contaba era que, además de caer golpeándose las espinillas con el borde de madera, su vestido favorito dejase de tener falda.

Conchita y Ana se quedaron paralizadas, el bochornoso teatro que estaban interpretando había congregado a más espectadores que el estreno de *El Rey León*. Sin embargo, ni cuando la familia Manzano estaba zozobrando se pusieron de acuerdo y un giro de remo en el sentido equivocado acabó parando en la cara blanquecina de Conchita. La batalla campal se decretó en tan solo treinta segundos, los justos para que la accidentada volviese a enfocar la cabellera de su hermana.

El barullo que armaron los Manzano en aquella mañana de un verano sin nombre, cómo había vaticinado Matilde, salió en los periódicos. Habían estrenado Madrid por todo lo alto, aunque, tampoco, sería la única aventura.

10. Cafés de domingo

A últimos de octubre conocí a Adelina, una chica asturiana cuatro años mayor que yo y, aunque le sacaba una cabeza, las curvas de su cuerpo voluminoso irradiaban una sensualidad que mi escuálida figura jamás podría alcanzar.

Trabajaba como cocinera en la casa de una familia adinerada que hacía casi una década que se había instalado en Madrid desde Tenerife. Nos habíamos cruzado un par de veces por el parque, me quedaba hipnotizada observando su seguridad férrea al caminar, hasta que ese domingo decidió sentarse a mi lado.

—¿No estás helada? —preguntó con un fuerte acento.

—El frío me despeja la mente. —Sonreí.

—Pues yo necesito un *cafetu* que me reviva las manos, ¿te vienes?

Asentí y seguí a esa mujer de ojos vivarachos y caderas pronunciadas hasta una cafetería a dos calles de allí. La mezcla de nuestros acentos unidos a los suspiros de la cafetera creaba una melodía festiva.

—¿Ya sabes si odias o amas esta ciudad? —Se llevó la taza a los labios.

—Apenas la conozco, no llevo mucho tiempo por aquí, pero me maravilla sentirme invisible. En el pueblo era… diferente.

—El mío tiene más vacas que habitantes, sé de lo que hablas. —Le dio otro sorbo al café—. Mercedes, la señora de la casa en la que sirvo, está a punto de parir al quinto, no entiendo el afán por llenar el mundo de bocas.

—Seguro que hay mucha alegría.

—Sí, y tareas para aburrir, lo mismo se fríe un huevo que toca jugar a los trenecitos, aunque pagan bien y me tratan como a una igual.

—¿Y no necesitan a nadie más? —Se me iluminó el corazón.

—Un par de manos nunca sobran, pero el servicio está completo.

Disimulé una sonrisa mientras removía el café que se había quedado frío. Adelina continuó contándome las últimas travesuras que le habían hecho los niños mayores, de siete y ocho años, como cambiarle los tarros de la sal y el azúcar.

—Entonces, ¿cuándo vamos a salir a que descubras si amas u odias esta ciudad?

—Pues es que solo tengo cuatro horas libres los domingos.

—Sí que son ratas, no importa, habrá que andar más deprisa.

Ese día invitó ella.

—*Mocina*, ¿en qué piensas? —dijo Adelina al llegar a mi lado y sacarme del trance en el que me había quedado sumida—. Te estaba haciendo gestos desde la acera de enfrente, estabas en Babia.

—Perdona, no te había visto.

—No hace falta que lo jures. Anda, vamos, que ya es hora de que nos movamos de barrio, ¿o necesitas tres domingos más para que hagamos algo con más gracia que tomar café *negru* y pasear por el parque?

—Es que no conozco nada más.

—Pues eso, habrá que ponerle remedio. Tranquila, *mocina*, relaja ese entrecejo que todavía no es hora de que te salgan arrugas, si vamos aquí al lado.

Adelina tiró de mí y encarrilamos la calle Alcalá hasta Cibeles. Me quedé pasmada unos instantes contemplando a la diosa, era tal su magnetismo que hasta el sol apagado de casi finales de noviembre se rendía ante sus pies. ¿Cómo era posible que unas manos fueran capaces de crear tanta belleza?

Mi amiga volvió a tirarme del codo y me guio por el Paseo del Prado, el olor a castañas asadas me recordó a la llegada del invierno en el pueblo. Decenas de personas discurrían a nuestro alrededor con los abrigos prietos y el paso ligero. Una bocanada de aire nos sobrecogió a la altura del Museo del Prado consiguiendo que nos apretásemos del brazo. Deambulamos quince minutos más por las calles del Barrio de las Letras hasta alcanzar un portal rojizo. Un muchacho, con media melena azabache, estaba asomado en el balcón.

—Adelina, al final viniste.

—Abre que nos vamos a morir de *fríu*.

El crujido de las escaleras de madera era tan intenso que juraría que estaba a tres pisadas de abrirse un socavón. El piso segundo izquierda era diminuto, alcanzamos el salón en tan solo tres pasos. Un olor a tabaco y alcohol seco generaba una nube densa. Apreté la nariz y me agarré las ganas de abrir las pocas ventanas que iluminaban aquella ratonera.

El muchacho de pelo azabache y pantalones acampanados estaba sentado en el suelo liando un cigarro que, tras una calada, lo ofreció a los otros dos que había desparramados alrededor de una mesa coja en la que no se distinguía un trozo de madera de la cantidad de botellas de sidra y cerveza vacías.

—Abrid esa ventana que los cerdos viven con menos mierda.

—Adelina, relájate que no estás en la casona. Anda, ven.

Ese chico, que nos había abierto la puerta, le tendió una mano que

esta rechazó. Adelina apartó un par de periódicos arrugados y se sentó en un sillón marrón con demasiadas manchas. Seguí plantada en el umbral observando a los otros dos muchachos. El del pelo rubio ceniza me sostenía la mirada. El tercero, con media melena rizada y barba desaliñada, ni se había inmutado con nuestra presencia, seguía escribiendo sobre un papel amarillento, solo se detenía para lamer un nuevo trago de su botellín de cerveza.

—María, no te quedes ahí como un florero, ven. Estos son Andresín —el del pelo azabache—, Pedro —el que escribía—, y Rafael —el que me miraba fijamente—. ¿Tan poco caballerosos sois que no nos invitáis a un *culín* de sidra?

Me senté con las piernas muy juntas y las manos quietas sobre el regazo en la esquina opuesta del sofá en el que se encontraba Adelina. Andresín se arrastró hasta alcanzar las pantorrillas de mi amiga, pasó un dedo sobre sus medias tupidas consiguiendo que la que se paralizase fuese yo.

—Cuidado con esas manazas que tienes. —Adelina dibujó una sonrisa—. No hagas que te las corte.

—No seas perversa, llevo toda la semana esperándote. Dijiste que vendrías después de pasarte por el mercado.

—¿Y me traigo al niño también? No tenía excusa para no dejarlo acompañarme a la compra, qué ganas tengo de que los cuatro vayan al colegio —refunfuñó—. Espero que el que está de camino no sea muy llorón o entonces voy a necesitar siestas y no sidra.

Se mojó los labios, Andresín se incorporó feroz y le atravesó la boca. Cuando se separaron, yo seguía sin respirar. Adelina me guiñó y volvió a clamar por el *culín* de sidra. Rafael se levantó y pasó junto a mí. Descorrió una cortina ajada y una ínfima cocina apareció tras ella. Sacó un par de vasos anchos y otra botella verde sin etiqueta.

Me tendió el primero, un olor ácido me atravesó la garganta sin que el líquido llegase a rozar mis labios. Adelina se lo bebió de un trago. Quería salir de aquel antro y volver a mi oasis, pero no sabía cómo excusarme sin que mi amiga se ofendiera. Aguanté el chaparrón de preguntas, cigarros que circulaban y besos de ese par de cuerpos ardientes. Apenas ofrecí unas palabras, me sentía fuera de lugar, desnuda incluso sin haberme despojado del abrigo de paño.

—¿Hace poco que has llegado a Madrid? —Rafael se sentó en el brazo del sillón que quedaba a pocos centímetros de mi cuerpo.

—Unos meses. —Me separé con disimulo.

—Sigues teniendo acento, ¿también cocinas como Adelina?

—No, yo me encargo de la limpieza en otra casa. ¿Y vosotros? —Me daba igual la respuesta, solo quería que dejase de analizar cada pliegue de mi rostro.

—Andresín y yo también nos vinimos de Asturias, estábamos hartos

de la mina. Trabajamos de lo que sale, pero al menos no estamos bajo tierra. Pedro es el intelectual, míralo, si pudiera se acostaría con sus propias poesías, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Crees que la inspiración no me da para escuchar tus tonterías? —Elevó la mirada unos segundos, sus ojos melosos captaron una ráfaga de luz, se aclararon—. No escuches los lloros de ese pobre infeliz, no sabe hacer otra cosa que quejarse. ¿Cuál es tu parte favorita de Madrid?

—El Retiro. —Tragué saliva sin dejar de tamborilear sobre el vaso intacto.

—Ese lugar tiene muchas historias escondidas, aunque hay otros rincones que también te dejarán sin habla.

—Por favor, Pedro, quítate el papel de poeta atormentado. —Rafael le lanzó una colilla—. ¿Lo ves? Más empalagoso y nace merengue.

—No todos podemos competir con tu sentido de hombre de las cavernas.

—¿Han aparecido los niños de mis señores y no me he dado cuenta?

—Adelina, olvídalos, si ya los conoces, vamos a mi habitación que llevas semanas haciéndome pasar mucho *fríu*.

—Hoy no, ¿acaso se dejan solas a las visitas?

Dos horas más tarde volví a respirar el aire gélido de Madrid. Un par de gotas sueltas me refrescaron el rostro y me aferré a ellas para que el perfume de taberna rancia se disipara antes de cruzar el portal 35.

—*Mocina,* no corras, ¿tan malo ha sido?

—No soy ninguna cría, Adelina, solo que no estoy acostumbrada a tanta efusividad.

—Eso es porque todavía llevas puesta la censura del pueblo. Dos meses más en Madrid y tu mirada será distinta, menos rígida.

—¿Es tu novio?

—¿Andresín? Qué más quisiera ese muerto de hambre, solo es un amigo para pasar el rato. ¿Tú te crees que voy a soltar las cadenas de una casa en la que almuerzo como una reina, aunque trabaje como una mula, por un tipejo que no es capaz ni de llenar la nevera? No, *mocina*, ya tuve bastante con mi padre. Mientras nadie vea ni hable, pienso jugar hasta hartarme.

11. Los secretos tienen las patas muy cortas

Era mi primera Navidad fuera de casa. Los recuerdos se apelotonaban provocando que hubiera derramado el café varias veces. Por suerte, solo había caído en la bandeja de plata antes de trasladarla de la cocina al salón y pude limpiarlo sin que nadie se percatara del traspiés. No necesitaba añadir más quejas a la lista de doña Rosa, especialmente a dos días de Nochebuena. Sus hijos tampoco iban a aparecer en estas fechas tan señaladas y las jaquecas se habían incrementado hasta el punto de retenerla en la cama prácticamente toda la semana.

Mis hermanos seguían sin contestar a ninguna de mis cartas, no decaía en mi empeño. Sabía por Sonsoles que el revuelo que calentó las horas de costura y cháchara en la puerta de mis queridas vecinas se había apagado, y que ellos no habían mencionado mi nombre desde entonces. Mantenía la esperanza de que esas fechas familiares ablandasen la coraza.

La que sí parecía estar contenta era Isabel. Una sutil elevación de sus labios le había dulcificado el rostro, cómo sería verla sonreír de par en par. La había observado varios domingos más en el parque con el muchacho de las margaritas, la última vez incluso pasearon en las barcas. Me picaba la lengua por preguntarle, aunque fuese por avivar la rutina.

Isabel había dejado una merluza con verduras en el horno y una sopa de ave hirviendo en la cazuela pequeña para acudir a la llamada de doña Rosa. Estaba vigilando la comida y repasando la cubertería de plata por tercera vez cuando escuché el primer grito.

—¿Crees que voy a darle cama a putas y maleantes?

—Doña Rosa, no sé de qué me habla.

—Claro que lo sabes bien, ¿o es que no te has pavoneado lo suficiente por el barrio con el esmirriado ese que te pretende? Gregorio no suelta prenda, aunque con lo cegato que está tampoco me extraña, pero para qué me iba a mentir Chelo.

—Se ha tenido que confundir, se lo aseguro.

—¿Encima insolente? Mi amiga tiene más clase que tú, y si dice que te ha visto besuqueándote cerca del portal es una verdad más grande que el pueblucho del que vengas.

Sostuve la cuchara unos instantes, vi mi reflejo. Dudé. La devolví al cajón con delicadeza y me acerqué hasta el salón en el que Isabel

imploraba de rodillas que no la despidiese, que era un terrible malentendido. Doña Rosa permanecía en el sillón orejero con los brazos cruzados y la espalda tiesa. El olor de la laca de su cardado aumentaba la sensación de asfixia. Sus ojos negros y diminutos, dos botones abrasadores que se relamían con cada palabra repulsiva que salía por su boca.

—Doña Rosa, disculpe mi atrevimiento, pero Isabel sale a pasear conmigo cada domingo y le juro que ningún muchacho la ha tocado. —Bajé la mirada y recé para que el capote que le estaba echando no acabase con un estoque para mí también—. Estoy segura de que doña Chelo le ha avisado con la mejor de las intenciones, pero de verdad que no era Isabel.

Intenté no morderme el labio, ni mover cualquier músculo que pudiera delatar que estaba mintiendo. Las manos, entrelazadas en la espalda, eran un par de ríos que arrastraban el miedo atroz a terminar durmiendo en plena calle en mi primera Navidad en Madrid. Levanté unos centímetros la mirada y observé cómo doña Rosa se había girado hacia la cristalera que daba a la terraza. Los últimos rayos de sol teñían el cielo de púrpura.

—Levántate —arrancó—, más vale que sea verdad porque puedo encontrar a dos muertas de hambre como vosotras en cualquier esquina.

—Gracias, doña Rosa. —Isabel se incorporó sin levantar la cabeza y se limpió las lágrimas con un pañuelo de tela que sacó del mandil—. Le prometo que ha sido un terrible error, nadie más la va a importunar, ¿verdad, María?

—Por supuesto, cuente con ello.

—Id a ver qué le queda a la cena, solo faltaría que el piso huela a pescado carbonizado.

Volvimos a la cocina en silencio, recuperé mi labor con los cubiertos e Isabel se aseguró de que a la merluza le quedaban todavía diez minutos para estar en su punto.

—Gracias. —Comenzó a despumar la sopa, le temblaba la mano.

—No hay que darlas. —Froté un tenedor—. Sé que no es asunto mío, pero quizá sí que deberíais ser más discretos, yo también os he visto en el parque.

—Se terminó, o se casa conmigo o no lo quiero ver más. Una mala reputación en una casa es la ruina —bajó más la voz—, a las muy brujas no les tiembla el pulso para echarte como un perro y no llevo deslomándome media vida para acabar rogando otra vez.

Dejé que el borboteo de la sopa fuese el único sonido que rellenase la cocina. Me vino a la mente la propuesta de Adelina, no me iba a quedar otra opción que rechazarla.

Dos domingos atrás apareció con Andresín y Pedro en la que se

había convertido en nuestra cafetería, a Rafael le habían salido un par de chapuzas que no podía rechazar si quería comer algo más allá de pan duro y cebollas esa semana. Cuando Adelina me dijo, después de la visita a ese piso roñoso, que mientras nadie viese ni hablase jugaría hasta hartarse, pensé que se refería precisamente a no salir de esas paredes desconchadas.

—Me los he encontrado de camino. —Parecía que me había leído la cara—. Un café no es nada indecente, relájate —susurró.

Adelina se sentó a mi lado, ellos ocuparon las sillas de enfrente quedando justo de espaldas a la puerta y a las cristaleras. Esa vez no olían a cerrado y no detecté ninguna mancha en la ropa.

—¿Qué tal estás? —comentó Pedro—. ¿Ya has conocido Madrid más allá del Retiro?

—No, y la verdad no entiendo el empeño que tenéis en que me aleje del barrio.

—*Mocina*, ¿qué mosca te ha picado?

—Perdona, es que parece que no hay más preguntas. —Sorbí el café a pesar de que me pelé el paladar intentando calmar los nervios.

—Podríamos ir un día al cine —sugirió Andresín.

—Pero si no tienes casi ni para el alquiler. —Adelina movió la cabeza en señal negativa—. Pasear es más barato y menos oscuro.

Los amantes comenzaron una conversación sobre precios y lugares neutrales en la que no me apetecía participar. Pedro captó mi atención al sacar un trozo de papel y un lápiz mordido. Me miró un instante y escribió un par de líneas que terminó por guardarse en la chaqueta de pana cámel.

—¿Qué pone?

—¿En dónde? —Se giró como si no supiera a qué me refería.

—En la nota. Eres poeta, ¿no? ¿Qué has escrito?

—Un retazo de inspiración. —Sus ojos melosos reían—. No me gusta compartir mi trabajo hasta que no está depurado.

—¿La inspiración no pierde su esencia al corregirla?

—Todo lo contrario. Es como una de esas piedras preciosas que se encuentran ocultas bajo la tierra, un fogonazo te lleva a excavar hasta ellas. Puedes quedarte con las piedras menos valiosas de alrededor, sin embargo, quitando un par de capas más se encuentra la verdadera belleza.

Los ojos de Pedro habían subido de intensidad, sentía cómo se fijaba en mi boca mientras hablaba. Un ardor me picó en los labios e instintivamente me llevé la mano hasta ellos. Aparté la vista de ese muchacho bohemio que hablaba de piedras y poesía como si lo único importante en la vida fuese llenarse los bolsillos con ellas. Volví a depositar las manos sobre la taza, el calor que todavía guardaba la loza me infundió el vigor para no marcharme y parecer una mojigata.

Los tres eran mayores que yo y no hacía falta ser un lince para saber que mi cuota de experiencias era tan básica como la de una niña recién salida de la escuela, mientras que ellos conocían el jugo de la carne como si fuese un manjar tan accesible que no haberlo probado me teñía de bicho raro. El camarero secaba los vasos con un trapo blancuzco, de vez en cuando se fijaba en nuestra mesa. ¿También veía que no conseguía quitarme el cartel de soy nueva a estrenar en la ciudad, en las huidas o con los hombres?

—*Mocina*, ¿qué me dices? —escuché de repente a Adelina.

—¿Qué has dicho?

—¿Otro día más en Babia? Así no hay quién hable contigo. —Se giró unos centímetros y nos quedamos de frente—. Andresín y Pedro quieren hacer una fiesta para Nochevieja después de las uvas, ya sabes, para celebrar el año nuevo. Mercedes nos ha dado libre esa noche, recién parida tampoco tendrá ganas de que estemos trasegando por la casa y, oye, las oportunidades hay que cogerlas al vuelo.

—No tengo ni idea de si puedo salir.

—¿Eres una reclusa? —sugirió Pedro con una sonrisa que no me hizo ninguna gracia.

—No, soy una trabajadora decente y yo no pongo las normas.

—¿Y por qué no cambias de trabajo? No eres ninguna esclava, ¿cuántos años vas a esperar para sentir la magia de andar por la ciudad a la hora que te venga en gana?

—¿Te parece mejor plan vivir con la soga de no saber qué comer mañana?

—Al menos no estoy sometido al yugo de nadie.

—A ver, tranquilos, que lo que queremos es una fiesta y no un funeral —añadió Adelina intentando sosegar el tono turbio que había adquirido la conversación.

El ardor excitante que me había erigido los labios se tornó en una furia que me pedía paso para descargarse. Me mordí por dentro el labio superior haciendo gala de mis buenos modales, si aquel poeta muerto de hambre pensaba darme lecciones le quedaba mucho campo que arar.

Me incorporé con la calma que fui capaz de reunir, dejé las monedas que cubrían mi parte y salí de la cafetería dando las buenas tardes. Adelina me reclamó, le dije sin girarme que ya nos veríamos al domingo siguiente. El aire glaciar golpeó sin delicadeza la agitación de mis mejillas, sería una niña, pero no era ninguna tonta. Agarré el par de lágrimas que se llevaban acumulando durante los últimos meses y me apreté el abrigo.

Nada estaba saliendo como yo había planeado y encima un idiota que escribía en papeles deshechos se veía con la necesidad imperiosa de hacerme sentir un despojo sin anhelos. Qué sabía él de mí, qué

sabía de las noches solitarias en una casa que parecía un campo de minas, esquivando cada fragmento con el corazón encogido por si una metedura de pata acababa volando el clavo ardiendo al que me agarraba. Qué sabía de los látigos invisibles que me daba el cartero cuando no pronunciaba mi nombre.

—María, ¡espera! —escuché su voz ahogada, no me giré—. Perdóname, no tenía que haberte hablado así, a veces la pasión se me va de las manos.

—Las palabras sin pensar suelen ser las que más verdad guardan. —Arranqué a andar con más garbo.

—Para, por favor. —Se plantó frente a mí cortándome el paso—. No soy un patán insensible, te lo juro. —Se tocó la barba oscura y asilvestrada—. Pero me mata que a los que les sobra el dinero traten a los demás como si les debieran cada gota de oxígeno que respiran.

—Pedro, no necesito explicaciones y, si no te importa, me apetece aprovechar el par de horas que me quedan antes de volver a mi cárcel para recorrer otra vez ese parque del que no me separo. —El sarcasmo que salió por mi boca me sorprendió a mí misma.

—¿Tanto te ha dolido mi comentario? —Me sujetó por los hombros consiguiendo que no pudiera apartar la vista de esa mirada gatuna que ronroneaba descarada.

—Es que me tratáis como a una cateta. —Aparté sus manos y me envalentoné gracias al rescoldo de furia que todavía no había apagado el frío de Madrid, si quería oírme lo iba a hacer—. Que no quiera estar danzando de un lugar a otro, ni beber hasta que se me difuminen los recuerdos no quiere decir que no sepa que esta ciudad tiene mucho más que ofrecer que una tarde de paseo viendo vidas ajenas. ¿No te das cuenta de que termino deslomada y lo único que quiero es recuperar fuerzas? No sabes nada de mí para juzgarme como lo has hecho.

—En eso llevas razón, no te conozco, pero me gustaría. ¿Te puedo acompañar en ese paseo?

Su sonrisa dulce, a pesar de la dureza de la barba, y el tono infantil con el que me lo pidió, me desarmó. Cerré unos instantes los ojos y negué con la cabeza. Terminé claudicando.

Atravesamos el par de calles que nos separaban del parque en silencio. Un olor a churros y chocolate que provenía de una cafetería cercana se entremezcló con el clamor a lluvia que se avecinaba. A pesar del trajín de los transeúntes y los coches que se dejaban ver a media tarde, podía escuchar cómo su respiración era lenta y profunda en contraste con la mía, que se agitaba cada vez que se acercaba unos centímetros.

Alcanzamos la Puerta de Sainz de Baranda cuando los últimos rayos de sol se resistían a marcharse. En ese instante la idea de deambular

por mi oasis sin la claridad cegadora del día no me pareció tan atractiva.

—Habías dicho que hay otras zonas preciosas, en dos horas tengo que estar de vuelta, pero ¿te apetece enseñarme alguna que esté cerca?

—Sígueme.

Cogió mi mano haciéndome cambiar de sentido. Le solté en el mismo instante en que recuperé el equilibrio, me subí las solapas del abrigo fingiendo que tenía frío, aunque una lumbre desconocida me ruborizaba las mejillas.

Repetimos a toda prisa el mismo recorrido que hice con Adelina el día que lo conocí, aunque antes de torcer a la derecha en busca de ese portal rojizo, que provocó que nuestros caminos se cruzaran, siguió recto unos cuantos metros más. Casi necesité correr para seguir sus enormes zancadas. Solo cuando alcanzamos el corazón del Barrio de las Letras descendió el paso, para entonces ansiaba deshacerme del abrigo y los zapatos.

—¿Por qué corres tanto? —Me faltaba el aliento.

—Para apurar cada segundo, ven. —Intentó volver a cogerme de la mano, pero esta vez las guardé en los bolsillos—. Cierra los ojos, yo te guío.

—Preferiría tenerlos abiertos.

—Eres dura, eh. —Sacó su sonrisa canalla como la de un niño que ansía rebozarse en dulces mientras oculta la última de sus trastadas—. Lo único que se me ocurre entonces es que camines de espaldas, son tan solo unos metros, es imposible que te caigas.

—¿Todos los poetas tienen las mismas extravagancias o esta es de tu cosecha? —Iba a añadir una pega más, pero decidí dejar de discutir y seguir la iniciativa de Pedro de apurar cada segundo. Más me valía volar a la vuelta—. Ni se te ocurra dejar que me caiga.

—Jamás haría eso. —Los nervios de encontrarme a solas con un hombre que no era uno de mis hermanos amortiguaron su promesa.

Apenas caminé cien metros sin apartar la vista de la de Pedro, la oscuridad que ya vestía las calles consiguió recordarme que nadie hablaría de mí, nadie criticaría esa ocurrencia tan estrafalaria porque no había ni un alma en esa ciudad a la que yo le importara.

—Ya estamos, cierra los ojos y gírate muy despacio.

Una plaza, tres veces más grande que la del pueblo, se abría ante nosotros. Un imponente edificio blanco cargado de ventanas y rebosante de detalles ornamentales en su fachada hacía las veces de faro, era inevitable cegarse con él. El resto de los edificios que la bordeaban quedaban tan lejanos a esa belleza que parecían que se habían arrodillado ante tal despliegue de hermosura. Varios jardines laterales y otro central semicircular terminaban la estampa.

—Es preciosa, ¿dónde estamos?

—En la Plaza de Santa Ana, la bomba que le da sangre al resto del barrio.

—¿Y eso por qué?

—Porque frente a ti tienes la estatua de Calderón de la Barca y a tu espalda el Teatro Español. Por estas calles han transitado las mentes más ilustradas de la literatura y me parece increíble poder sentir el mismo suelo que ellos pisaron, anclarme a la viveza de sus obras.

—¿Te gustaría ser como ellos? —Caminábamos muy despacio contemplando aquella plaza desde todos sus ángulos.

—¿Quién no querría ser un grande? Dejar una huella tan profunda que no importe que hayan acontecido tres siglos, todavía sigue tan vivo como si fuese ayer cuando dejó el tintero a medias. ¿Por qué te ríes?

—Eres tan pasional cuando hablas de escribir que me resulta muy tierno.

—¿Tierno? ¿Podías llamarme algo peor?

Seguimos caminando unos minutos más hasta que nos sentamos en uno de los bancos centrales desde el que podía contemplar tanto ese hotel que llamó mi atención, el cual llamaban de los toreros, según me contó Pedro, como el Teatro Español. La ira que había albergado casi una hora antes se había disipado dejando, a cambio, una incipiente curiosidad por la vida de mi acompañante.

—¿Se vive bien de escribir poesía?

—Ojalá, lo que me da de comer son las horas eternas que trabajo en una taberna del barrio. De momento, no he conseguido publicar ninguna —respondió sin apartar la vista de los pies.

—¡Serás bandido! Tú también estás con la soga al cuello y tienes la desfachatez de menospreciar la casa en la que sirvo.

—No es lo mismo, como acabas de decir tú sirves y yo trabajo para conseguir llegar a final de mes mientras me desvivo buscando una salida a mis obras.

—Señor intelectual, ¿me puede explicar la diferencia entre servir y trabajar? Porque la verdad, me parece que requiere el mismo esfuerzo, los dos estamos en un lugar en el que no queremos estar.

—En eso llevas razón, aunque la taberna me inspira, tenías que ver los personajes que pasan por allí. No siento que nadie controle mi vida y, sin embargo, en la tuya sí que veo que hay una mano que la dirige, ahí está la diferencia.

—Yo también estoy buscando otras opciones, a ver si te piensas que he dejado el pueblo para complacer a una señorona desagradable y maleducada.

—¡Me encanta!

—¿El qué?

—Cuando sacas la fiera que llevas dentro y que, por lo poco que te conozco, sueles mantenerla bien atada.

—Qué tonterías dices, lo único que quiero es que no se rían de mí. Ya he tenido bastantes experiencias con las vecinas esparciendo sus opiniones voluntariosas. Este no era mi plan ideal, pero de momento es el único que tengo.

—¿Y qué te parece la idea de Nochevieja?, ¿te animarás a venir con Adelina?

12. Matilde se escapa

Después de la aventura en El Retiro, Matilde enmudeció. El resto de la familia Manzano se miraba sin saber qué decir, Matilde callada no era una buena noticia. Una bomba se estaba cociendo y en cualquier momento podría desatar una afrenta peor que la que habían experimentado en el estanque.

A la mañana siguiente, dejó una nota sobre la encimera de la cocina y salió sigilosa de la casa. Quería estar sola, perderse por unas calles que no sabían de su existencia ni de las batallas a las que año tras año le había tocado enfrentarse.

Estaba agotada, no enfadada. Hacía mucho tiempo que había dejado de culpar al mundo de la oscuridad que se ceñía cada vez que intentaba alejarse demasiado del tiesto. No se rendía a aceptar ese lugar que la sociedad le había impuesto desde que se puso sus primeros zapatos, pero luchar contra un muro constante agota hasta el más fuerte de los titanes.

Deambuló durante horas hasta que su estómago le pidió clemencia. Encontró un asiento libre en una de las terrazas que ocupaban la mitad de una plaza preciosa. Desde el asiento a la sombra, que le estaba ayudando a recomponerse de la caminata, se quedó enganchada a la fachada de un hotel blanco que presidía la plaza. «Cuánto lujo, ahí ha tenido que dormir y lo que no es dormir gente del faranduleo», pensó.

—Un café con leche, por favor.

Cuando el camarero le sirvió el café y la cuenta en un mismo gesto, una mujer, que cruzaba la plaza paseando un pequeño *teckel* chocolate, llamó su atención.

Una nube de incógnitas cruzó su mente: ¿habría pisado María esa misma plaza?, ¿cómo sería ella?, ¿tendría perro como esa señora que se alejaba? Le dio un sorbo al café y dos lagrimones resbalaron por sus mejillas sonrojadas. María había sido una mujer valiente y robusta para marcharse sola de un pueblo en el que acabó enterrada hasta por su propio hermano. ¿Qué habría pasado si también ella lo hubiera dejado todo como su cuñada?

En ese momento, soñaba con poder disfrutar de ese mismo café, las dos solas, compartir secretos. Estaba convencida de que María habría sido una gran aliada, ¿cómo era posible que nunca la hubiera visto por el pueblo?

Voló hasta su infancia. Había crecido en un pueblo cercano, a algo más de una hora. Apenas una decena de casas encaladas y más animales que vecinos fue la cuna de su personalidad hasta que su padre decidió que era hora de avanzar. Llegó con doce años, nunca se interesó por otros niños, solo quería trabajar para ver un mundo que pensaba que tenía que contar con más colores que los campos de olivos y amapolas en primavera.

María era seis años más pequeña que ella, si es que todavía vivía, no se habían cruzado en la escuela porque Matilde, cuando se instaló en ese nuevo hogar, dejó a un lado los libros para sembrar y lavar en el cortijo de un anejo cercano. Si se cruzaron por las calles estrechas y serpenteantes tampoco lo recordaba. En realidad, no se acordaba de esos primeros años como si un letargo espeso se hubiera apoderado de su mente. Solo había campo, animales y sábanas que frotar. Viajaba con una imaginación desbordante, tanto que cuando paseaba por el pueblo no veía a la gente, solo bultos de huesos y músculos con los que no chocarse.

La primera noción que tuvo de Paco calculó que fue unos meses más tarde de la marcha de María. Un chico espigado, con el semblante rígido, con el que empezó a cruzarse varias veces en semana en una pequeña fuente que desapareció tras las últimas reformas para modernizar el pueblo. Tardaron otro año más en pronunciar una palabra, lo último que necesitaba era enamorarse, anclarse a un lugar del que anhelaba escapar. Sin embargo, a veces los sueños buscan caminos más rebuscados.

Una melodía lejana la trajo de vuelta al presente. Un hombre de pelo cano y gafas de sol de carey hablaba por teléfono jugando con la cucharilla del café. Fue consciente de que llevaba horas sin mirar el móvil, que había apagado al salir de casa. Lo encendió y se encontró con treinta y dos llamadas perdidas. Suspiró, volvió a colocarse su armadura y descolgó el teléfono.

—Mamá, ¿se puede saber dónde estás? Llevamos toda la mañana en un sinvivir, cómo te vas por ahí sola si no conoces la ciudad.

—¿Me estás llamando cateta? Preguntando toda la vida se ha llegado a Roma, no como ahora que vivís pegados a esos cacharros controladores.

—Vale, mamá, solo estábamos preocupados, ¿dónde estás que vamos a buscarte?

—Pues en una plaza preciosa.

—Madre mía, será por plazas —resopló Ana—, ¿no pone el nombre en alguna placa?

—Y yo qué sé, da igual, ya os busco yo a vosotros —dijo riéndose con su pequeña travesura adolescente.

Se encontraron en la Puerta del Sol. Cuando Matilde apareció por

la Calle de Carretas, el resto de la familia Manzano soltó el aire que llevaban reteniendo desde que habían encontrado la nota de la fugitiva. Se aguantaron los reproches para evitar que un nuevo vendaval irrumpiera en la mente inquieta de Matilde y caminaron sin rumbo hasta que la sed hizo mella.

—Yo no sé vosotros, pero necesito una cerveza fresquita, ¡qué calor hace aquí! Para que luego digan que en el sur no paran de cantar los grillos.

No esperó la respuesta de nadie, se plantó en la primera terraza con sombra. Se recostó sobre una silla de aluminio, incómoda como ella sola, colocó el bolso sobre su regazo y pidió la cerveza más grande.

—Ya podéis ir cambiando esa cara que parece que me quedan dos días de vida. Sí, me he escapado a mis setenta y cinco años, menudo drama, y sí, me apetece bañarme en espuma blanca. ¿Tengo que esperar a ser mayor de edad o qué pasa?

—Matilde, por favor, que nadie se está metiendo contigo, es solo que nos has dejado el corazón en un puño. —Paco le acarició el dorso de la mano.

—A mí sí que me vais a volver loca como sigáis con espectáculos tan lamentables como el de ayer. ¿Esa es la educación que os he dado? Porque si es así que me den los papeles que dimito.

—Abuela, a mí me ha parecido increíble que te hayas largado a la aventura, ¿a que Madrid mola mucho? —contestó Nacho antes de sorber su refresco de naranja.

—La verdad es que me lo he pasado pipa, qué alegría es eso de que nadie te conozca. Cuando os he llamado estaba pensando en entrar en una peluquería a hacerme un cambio, por poco no me veis con el pelo rosa. —Y con ese humor ácido con el que Matilde predicaba, intentaba maquillar las lágrimas, la tristeza y la carga de tantas batallas.

—Mamá, tienes unas cosas, yo creo que Madrid te está afectando demasiado, si es que nosotras somos más de pueblo. —Conchita se colocó las gafas de sol y enderezó la espalda intentando encontrar algún punto cómodo en esas malditas sillas.

—Hija, Madrid me está sentado como nunca —puntualizó.

—¿Y si visitamos los lugares de los que hablaba la tía María en sus cartas? —interrumpió Carlota tras captar la mirada dolida de su abuela.

—¡Me encanta! Cómo se nota que eres la lista de la familia. —Le pellizcó la rodilla.

Carlota tenía una conexión especial con sus abuelos que los demás se afanaban por imitar, pero la magia es así de caprichosa, quien con miradas y sensaciones entiende, sabe destapar las palabras.

Cuando regresaron a casa, después de comerse unos bocadillos de calamares que les supieron a gloria, especialmente a Matilde, sacaron

las cartas del cofre que las cuidaba. Dispusieron esos 135 trozos de vida sobre la mesa y eligieron uno al azar.

13. Madrid es una fiesta

Todavía estaba a tiempo de meterme en la cama y no cometer la segunda locura del año, pero mis pies siguieron el desbordamiento de los latidos de mi corazón y no me detuve. Me quité los zapatos y los sujeté con la mano izquierda mientras Isabel abría con sigilo la puerta del piso de doña Rosa. El frío traspasó las medias y terminó subiendo por el vestido azul marino con rayas verticales anaranjadas, que me quedaba bastante por encima de la rodilla, y que mi compañera atesoraba para una ocasión especial. El cinturón acentuaba las pocas curvas de las que disponía. Por una vez, me atreví a dejarme el pelo suelto y la cascada de ondas castañas me coronaron media espalda.

Cuando me miré en el espejo me vi más liviana que cuando salí del pueblo, incluso me ruboricé al ver la algarabía de mis piernas al descubierto. En Madrid muchas chicas vestían con menos preocupación que en la cuna en la que crecí, pero que las viera lozanas y distendidas cuando salía a pasear no quitaba que yo todavía me sintiera una impostora de moderna.

—Disfruta mucho de la fiesta, no te preocupes por doña Rosa, le he puesto en la tila unas gotas extras del sedante que usa para dormir.

—Isabel, esto es una locura, y más después de la bronca que te armó la semana pasada. Cómo me pille…

—No lo va a hacer, además, te debo una y qué mejor peaje que entrar en el año nuevo por todo lo alto. Si yo estuviera en tu lugar, no lo dudaría. Coge las llaves y acuérdate de volver antes de las siete, que es cuando Gregorio comienza la jornada.

Cerró con tanto sigilo que el sonido fue imperceptible. Solté una bocanada de aire y no encendí la luz del relleno para evitar que alguna vecina fisgona pudiese descubrirme. Bajé las escaleras de puntillas aguantando la respiración tantos segundos como fui capaz. Cuando salí del portal, me apresuré a colocarme los zapatos y a andar ligero pero sin llegar a correr. Solo cuando me quedé fuera de la visión del portal y de la terraza de doña Rosa, sentí que mi cuerpo se destensaba.

La relación con Isabel había cambiado de color desde que le cubrí los besos del muchacho de las margaritas. La invité a que se uniera a mis paseos con Adelina, pero no había querido aceptar. Las confesiones nocturnas florecieron y ese muro áspero empezó a desmenuzarse.

Hacía un par de días, en una de esas charlas sin gritos ni olor a laca, le confesé la idea de la fiesta. A ella se le encendió la voz y a mí las ganas de esconder la cabeza debajo de la almohada. Más me valía que la suerte estuviera de mi lado.

Apreté el paso hacia el portal rojizo sin detenerme a felicitar el año a los que habían salido a festejar u olvidar con alcohol cualquiera de sus penas. Alcancé mi destino con la respiración desbocada, coloqué las manos sobre las caderas intentando tragarme cada resquicio del aire ártico de Madrid. Miré al balcón, donde apareció Andresín por primera vez, y vi cómo un juego de sombras danzaba al son de la música que se escapaba de los cristales.

Aporreé varias veces la puerta del piso, nadie contestaba. Bajé de nuevo a la calle a ver si alguien se asomaba a la ventana, estaba empezando a impacientarme y a sentir cómo ese ardor por la carrera hasta llegar allí se había diluido dejándome a merced de una bruma que me hacía castañear. Al quinto pensamiento de cuestionarme qué demonios hacía, una voz gruesa desde la esquina hizo que volviera a sentir los pies.

—¿Qué haces ahí parada?

—Esperando a que alguien me abra la puerta. —Miré hacia el balcón—. ¿De dónde vienes con esas cajas?

—Un préstamo que he tomado de la taberna, nos hemos quedado secos antes de lo previsto. Pasa.

Pedro se hizo a un lado. Sentí cómo su mirada me atravesaba al compás de los crujidos de la escalera. Cuando entramos en el piso, una decena de personas ocupaban el salón, también se entreveía luz por debajo de la puerta de dos de los dormitorios. No vi a Adelina por ninguna parte, tampoco a Andresín.

Me acomodé en la esquina más cercana al balcón, apoyé la espalda contra la pared e intenté disimular que no sabía qué hacía en esa fiesta sin mi amiga.

—¿Quieres una? —Pedro apareció con dos botellines de cerveza. Acepté—. ¿Qué tal se porta tu primera Navidad en la capital?

—Fría —contesté llevándome el vidrio a los labios.

No quería contarle que una parte de mi ser se alegraba de estar fuera de las tradiciones, la misa del gallo, los vasitos de anís con mantecados y las vecinas y, por supuesto, de no estar cerca de una casa cargada de recuerdos; aunque mis padres hacían algo más de un año que me habían dejado huérfana, seguía sintiéndolos pegados a mi piel como la mañana que se marcharon. Sin embargo, también extrañaba el calor de mis hermanos, la chimenea chisporroteando hasta la madrugada, los villancicos desafinados, el cordero al horno y las natillas en la cazuela.

El pueblo me había dado a las personas que llenarían mi infancia

de alegría, pero también la angustia de ver cómo mis hermanos hacían a voluntad y yo a merced de lo que tocaba. ¿Habría sido mi camino diferente de haber nacido en una ciudad tan grande y espabilada como Madrid o también se me habría quedado pequeña?

—Es Navidad, ¿no? Si no hiciera frío perdería su gracia.

—¿Y eso por qué? Una Navidad en agosto tampoco estaría mal.

—Se perdería la magia de abrazarse, de darnos besos hasta desgastarnos con tanta felicitación, y otra cosa, María, ¿te imaginas comiendo mazapán en plena ola de calor? Conmigo que no cuenten.

—Entonces supongo que a tu Navidad le falta un toque de nieve.

—Más bien un abrazo tuyo, ni siquiera nos hemos felicitado el año.

Me rodeó con fuerza y mi cabeza se perdió alrededor de su cuello, su melena rizada me rozó la coronilla y su barba descuidada se amoldó a mi frente. Olía a jabón. De la camisa marrón entreabierta le brotaba una madeja de vello y su cuerpo delgado pero firme se ancló al mío como una pieza de puzle perfecta.

—Feliz 1971, María —me susurró en la oreja. El roce de sus labios sobre mi piel hizo que mis pezones se endurecieran y, aunque lo más sensato hubiera sido apartarme, remoloneé unos segundos más, desconcertada por el tira y afloja en el que se había sumido mi razón y mi cuerpo.

—Feliz 1971, Pedro el poeta.

Los primeros acordes de el *Himno a la alegría*, de Miguel Ríos, arrancaron y, en ese abrazo del que no nos habíamos desprendido, comenzamos a bailar. Fue justo en ese bamboleo cuando fui consciente de que había algo más en Madrid que me había fascinado además del Retiro.

La seguridad que Pedro emanaba me contagió, supongo que los estragos de perder la cuenta de las cervezas también cumplieron su parte. Llegaron más canciones, más manos que gritaban y bailaban, más felicitaciones de un año en blanco. No recuerdo cómo, pero terminé bailando subida encima de la mesa coja *Tu nombre me sabe a yerba*, con la voz de Marisol. Me fundí con ella. Movía mi melena libre sin pensar en nada más que Madrid era una fiesta en la que me estaba encantado ser invitada.

Mis ojos se encontraron con los de Pedro con un toque de timidez y deseo, me ayudó a bajar de la mesa y su boca quedó tan cercana a la mía que pude sentir cómo el aire que exhalaba se colaba en mi garganta. Estaba a punto de saber qué era besar a un hombre cuando Adelina, tres horas después, salió de uno de los dormitorios subiéndose el tirante ancho de su vestido de lunares.

—¡*Mocina*, has venido! —Me abrazó con tanto ímpetu que temí que las cervezas recorrieran el camino de vuelta.

—Con lo pesada que has estado, cómo para perderme la fiesta.

—¡Pero qué melena tienes! ¡Ay, *mocina*! —Volvió a abrazarme.

—¿Mucha sidra? —le dije moviendo las cejas un par de veces al ver salir a Andresín con la camisa del revés.

—La justa para empezar el año con buen pie.

Busqué a Pedro con la mirada, por los aspavientos que hacía y su ceño fruncido deduje que la conversación con Rafael no era de placer. Intenté captar alguna palabra suelta entre el griterío y la música ensordecedora, pero la única voz que distinguía era la efusiva de mi asturiana querida.

—*Mocina,* ¡vamos a bailar que nunca más vamos a ser tan jóvenes y libres!

Me hizo girar sobre mí misma un par de veces, en una de ellas Rafael había desaparecido y Pedro se acercaba junto a Andresín y otro par de cervezas. Mi amiga tenía razón, era libre, no iba a servir eternamente en casa de doña Rosa. Iba a seguir volando, aunque en ese instante no supiera a dónde.

Cuando los primeros destellos de luz se colaron en aquel piso diminuto del Barrio de las Letras, estaba borracha de alegría, de cerveza y de sentir la piel de Pedro desarmándome tras horas de baile.

—¡Mierda! ¿Qué hora es?

—Las siete menos veinte.

—Tengo que irme, no puedo llegar más tarde de las siete o se acabó la fiesta.

—Te acompaño.

—No, no hace falta, no me va a pasar nada, si ya es casi de día.

—María, déjame que te acompañe. —Me besó la mano y la suavidad de sus labios me estremeció las piernas, ¿cómo sería perderme en su boca?

Cogí mi abrigo del sofá con manchas y seguí el rastro del poeta. Salimos a la calle ansiosos, como si durante esa noche hubiéramos perdido la capacidad de respirar. Me acerqué a él sin llegar a tocarlo. Anduvimos deprisa, el resonar de mis zapatos amortiguaba el silencio denso que se había anidado después de ese beso casto.

—Ha sido una fiesta increíble, me alegro de haber venido —dije a la altura del Paseo del Prado, que tan desértico era todavía más imponente.

—Estoy seguro que haber entrado en el nuevo año a tu lado me va a traer suerte.

Cuando traspasamos la Puerta de Alcalá, el sol había dejado de ocultarse, no me apetecía despedirme, pero tampoco quería estirar la noche hasta romperla.

—Pedro, es mejor que siga sola. Doña Rosa no sabe que me escapé y si me ve contigo no hay excusa que valga.

—¿Te veo el domingo en el parque?

—Me parece bien, tienes dos días para depurar ese trabajo que no me querías enseñar.

Sonreí desde el estómago, sentí cómo se contuvo y nos alejamos sin que nuestros cuerpos comprobasen qué pasaría si además de encajar en un abrazo de Nochevieja podríamos hacerlo con más intimidad.

Me acerqué al portal 35 y vi cómo Gregorio salía con un par de cubos de basura. Aproveché su falta de visión y ese descuido para colarme y esconderme en el primer tramo de escaleras. Una vez ahí, recobré el aliento, me quité los zapatos y subí con el mismo sigilo con el que esa Nochevieja había huido a la que sería mi primera fiesta en Madrid.

14. Melenas al viento

Doña Rosa no se enteró de mi salida de Nochevieja ni de que Isabel le había subido esa noche la dosis del sedante, de hecho, amaneció tan repuesta que nos sorprendió dándonos el día libre a pesar de ser viernes.

Tan solo había dormitado dos horas, pero aproveché ese regalo anticipado de Reyes para proponerle a Isabel darnos el lujo de comer fuera por una vez, y volví a sacar de debajo de la cama esos zapatos que me recordaban la euforia que había vivido hacía unas horas. Mi cuerpo rebosaba energía, ni siquiera un incipiente dolor de cabeza me iba a amargar el brillo que reflejaba Madrid esa mañana de Año Nuevo.

Las dos nos dejamos las melenas al viento; para mí una de las tantas señales transformadoras de que me estaba convirtiendo en una mujer diferente, más segura y con las ideas claras. Huir sí había sido la mejor opción, incluso sin que mis hermanos contestasen a las cartas. Mantenía una fe ciega de que algún día esos campos de olivos que nos separaban se volverían a encontrar, aunque fuese a través del papel.

Salimos del portal con una sonrisa tan amplia que hasta Gregorio se percató del halo de luz que nos rodeaba. Un día entero para nosotras.

—¿Dónde te apetece que vayamos? —dijo Isabel antes de cruzar en la esquina de Avenida de Menéndez Pelayo con Calle de O'Donnell.

—A cualquier sitio, quiero empacharme de Madrid.

Isabel hizo realidad mis deseos. Llegamos hasta Cibeles y, desde ahí, tomamos el Paseo de Recoletos. El cielo lucía limpio, de un azul tan intenso que parecía que un cuadro se hubiera cambiado de puesto. El calor que irradiaba el sol nos hizo quitarnos los pañuelos del cuello y anudarlos al bolso cuando hacía tan solo unas horas esas mismas calles se vestían de frío y escarcha.

Los árboles, todavía desnudos, creaban un juego de sombras raquíticas que camuflaban algunas de las grietas del suelo. Daba igual la zona que descubriese, un gesto se repetía en cada una de ellas; me quedaba eclipsada con la grandeza de las fachadas, desde las blancas y cargadas de adornos, que me hacían imaginar las vidas tranquilas y distinguidas de sus habitantes, como las más sencillas con balcones enrejados.

Nos desviamos por Calle Prim y atravesamos Augusto de Figueroa

hasta dar a Fuencarral. Los comercios estaban cerrados y las calles, poco a poco, se iban llenando de gente que se abría al nuevo año. Cuando, por fin, alcanzamos la Plaza del Dos de Mayo, nos dejamos vencer en uno de los bancos.

—Te vas a ir del piso de doña Rosa, ¿verdad? Te lo leí en la cara nada más llegar.

—Quiero algo mejor, Isabel, cuando me vine del pueblo pensaba que iba a ser diferente. Hui de la soga de un tiempo que avanza demasiado despacio en la sierra profunda, quiero sentirme como anoche, como hoy. Sin miedo a represalias, a cambios de humor por un plato torcido.

—Ya… —Dieron las doce en la iglesia de las Maravillas—. Eso mismo me decía cuando llegué, pero al final me he amoldado y lo que me da miedo es precisamente el cambio.

—¿Puede haber algo peor? Porque lo dudo mucho. —Me coloqué un mechón de pelo tras la oreja—. ¿No has vuelto a saber nada del muchacho?

—¿De José? Salió huyendo como una rata cuando le dejé las cosas claras, fui una estúpida, me creí cada promesa de amor, y mira, lo único que quería es un buen rato los domingos y si te he visto no me acuerdo.

—Quién iba a decir que doña Rosa te haría un favor.

Nos reímos, me percaté de cómo Isabel destensaba el rostro. Estaba dolida, pero sobreviviría. Estuvimos un ratito más en silencio disfrutando de las caricias del sol hasta que mi compañera se incorporó con brío y me animó a buscar algún bar en el que poder brindar.

Nos adentramos en el laberinto de calles aledañas hasta que nos topamos con una taberna pequeña de grandes cristaleras y un llamativo color granate en su cartelería hizo que Pedro me viniera a la mente: ¿cómo sería verlo detrás de la barra? ¿También despuntaría el lápiz mordido con esos instantes de inspiración fugaces, que le hacían hablar con esa pasión que me enternecía?

El local era muy estrecho y alargado, tras la barra metálica había una pared repleta de toneles de madera clara y botellas de vino. Nos acomodamos en una esquina y, ante la sugerencia del camarero, nos tomamos un par de *yayos* y una tapa de callos con garbanzos. Ese cóctel de casera, ginebra y vermú seco, como nos relató el camarero de pelo cano y barriga prominente, nos terminó de templar y, con el segundo, las risas pasaron de ser tímidas a una cascada atronadora.

—No me puedo creer que mi prima se cayera de culo en una chumbera. —Isabel sujetaba su *yayo* mientras un par de lágrimas de risa le resbalaban por la cara.

—Fue para verlo, su madre y la mía se pasaron media tarde

quitándole pinchos, la pobre no paraba de llorar. Yo me cubrí la cara con una de las columnas del patio de mi casa para que no me viera morirme de la risa. Tendríamos unos doce años y desde entonces no nos dejaron que fuéramos con ellas a por chumbos.

—Me hubiera encantado verla, solo estuve un par de veranos en el pueblo, bueno, en realidad de Toledo me he movido poco hasta que llegué a Madrid, pero con mi prima Sonsoles siempre he tenido una conexión especial, aunque fuese por carta. A ver si la animamos a que venga a vernos, ¿no sería estupendo?

«Y ya de paso que se traiga a mis hermanos, o por lo menos a Paco». Nos tomamos otra ronda más de *yayos* y un par de pinchos de tortilla, a un paso estuvimos de tocar las palmas porque cantando bajito sí que salimos de la taberna. Seguimos el resto de la tarde paseando cogidas del brazo como viejas amigas mientras desgranábamos cada rincón de esa ciudad que me estaba enseñando que los sueños, si se persiguen con garra, se llegan a cumplir.

15. Tardeo en Malasaña

La carta ganadora les hablaba de un día de Año Nuevo por el barrio que, a partir de los 80, se empezaría a conocer como Malasaña. Después del bajón de adrenalina tras la huida matinal de Matilde y el llenazo de los bocadillos de calamares del almuerzo, decidieron que una siesta les recargaría las piernas y el espíritu para lanzarse tras el rastro de María.

Los niños cayeron rendidos en pocos minutos, igual que Matilde y Conchita. Sin embargo, Paco sentía que se ahogaba. Abrió la ventana de la cocina que daba al patio de luces, se apoyó sobre el marco y cerró los ojos.

—Papá, ¿estás bien? —Ana se acercó con dos cafés.

—Sí, cariño, un poco abrumado.

—Somos los dos igual de malos para encauzar los sentimientos, ¿lo sabes? —Se acurrucó sobre su hombro.

—Eso me temo. —Le besó la coronilla—. ¿Por eso no nos cuentas nada del divorcio con Pablo?

—Es… complicado. —Soltó el aire de golpe y fijó la vista en la oscuridad del café solo—. No es que nos hayamos dejado de querer, pero ese amor ya no es el mismo.

—Todos los matrimonios pasan por altibajos.

—Lo sé, cuando nos enamoramos como locos en la universidad pensaba que seríamos invencibles, sin embargo, hemos terminado convirtiéndonos en compañeros de casa, no de vida, y así no podíamos seguir.

—¿Y tú estás bien? Eso es lo único que me importa.

—Sí, papá, necesito más tiempo para adaptarme a esta nueva etapa. —Repasó con la mirada la diminuta cocina—. Pero estoy bien, de verdad, seguimos siendo grandes amigos, eso facilita la situación, aunque Nacho no lo ha encajado muy bien.

—Es un hombrecito maravilloso, lo aceptará.

—Si te escuchara llamarlo así le daría un ataque. —Se le escapó una carcajada—. En fin, la vida es así, ¿no? Superar las pruebas que nos tiene preparadas, como la de la tía María. Es increíble que hayas cargado con ese peso tú solo durante tantos años, ¿por qué no lo compartiste, aunque fuese con mamá?

—Me sentía avergonzado por haber protegido en exceso a mi niña María, no quería que tu madre pensara que iba a ser un marido

autoritario que la quería mantener encerrada para que no le pasara nada malo. Ahora lo pienso y es ridículo. María necesitaba que la quisiéramos, no que la tratáramos como si fuese una muñeca de porcelana que puede romperse si se expone demasiado. Hasta que conocí a tu madre, era una marioneta que seguía sin replicar las ideas casposas de Sebastián; la relación con él siempre ha sido… extraña.

—No te atormentes más. —Lo abrazó—. Seguro que le ponemos un final feliz a estas cartas.

—Claro. —Estiró los labios y se tragó los miedos que le carcomían: ¿seguiría viva?, y de estarlo, ¿querría perdonarlo?

A las seis y media pasadas y, tras una buena ducha congelada que les quitase los restos pegajosos de la siesta, se adentraron en Malasaña. Un manto de nubes grisáceas bajó la temperatura un par de grados.

—Esperemos que no caiga una tormenta de verano —dijo Matilde al mirar a ese cielo apelmazado—, no tengo el cuerpo para otro remojo como el de ayer en el estanque. ¿Queda mucho?

—Menos de cinco minutos —contestó Ana con una sonrisa.

—Niña, ¿sale muy caro un reloj de esos que te dicen lo que andas? Que así cuando vuelva a la revisión de la rodilla le pueda dar al médico con él en la cara, ¿pues no me dijo la última vez que no estaba andando lo suficiente? Si con este viaje se me van a desgastar hasta las suelas de los zapatos.

—Mamá, tienes unas cosas.

—Que no me estoy quejando, eh, que yo estoy hecha un roble y este viaje es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo, ¿o no, Paco? —Él asintió—. Pero una tiene su orgullo y no quiere que la llamen vaga a la ligera.

—Matilde, te podrán calificar de muchas cosas, pero vaga sería la última. —Le besó la mano con ternura.

En la Plaza del Dos de Mayo apenas había gente, solo un pequeño grupo de jóvenes haciendo botellón en una de las esquinas. Dieron una vuelta despacio, observando el color anaranjado y rojizo de las fachadas que la rodeaban. Eligieron un banco frente a la escultura de mármol blanco, los adultos se acomodaron en él, los jóvenes de la familia remoloneaban de pie con el móvil.

—¡Hala! Hay un gimnasio Pokémon aquí. —Rebeca alzó las manos en señal de victoria—. Nacho, vamos a hacernos con él.

—Yo ya no juego con esas chorradas, eso es para críos como tú.

—Cada día estás más insoportable, a ver si cumples los dieciocho y te largas. Carlota, ¿quieres jugar?

—Mamá, ¿me dejas tu móvil?

—Vale, solo veinte minutos.

Las dos primas se sentaron en las escaleras contiguas y comenzaron la batalla.

—Nacho, no seas tan borde con tu hermana.

—Que sí, mamá. —Se parapetó de nuevo con el móvil.

—¿No os parece una locura estar viendo lo mismo que María contaba en su carta? Es como viajar en el tiempo. ¡Vamos a hacernos una foto! —gritó Matilde.

Media hora más tarde y con un buen puñado de instantáneas para el recuerdo, siguieron recorriendo el barrio. Llegaron a una plaza pequeña cuajada de terrazas de los bares contiguos, pero sin una silla libre, el trasiego de camareros con copas de balón no cesaba. En una de las esquinas de la plaza, un grupo emergente de música *indie* tocaba entregado como si hubiera vendido todas las entradas del Wizink Center. Cuando terminaban cada canción, los jóvenes soltaban sus copazos sobre la mesa y aplaudían con entusiasmo.

—¡Pero si esto es como la verbena del pueblo! —Matilde se quedó con la boca abierta—. Paco, ¡cómo no hemos venido antes a Madrid! Nachete, mira a ver si encuentras alguna mesa libre que no nos podemos ir tan rápido de aquí.

Nacho se tragó la réplica para evitar que la coletilla de que estaba insoportable se le acabase tatuando en la frente. Se acercó más a la zona de las terrazas y revisó cada mesa para ver si alguien se marchaba con la fiesta a otra parte. Diviso cómo una pareja, a la que se le habían ido los besos de las manos, se apresuraba a pagar. A él no le daba tiempo a alcanzarla, se encontraba en el lado opuesto de la plaza, pero su abuela, que era la única de la familia que lo estaba mirando, se encontraba a tan solo unos pasos.

—¡Abuela! —Le hizo señales con la mano—. ¡Allí!

Matilde captó la advertencia de su nieto, se apretó el bolso y salió a la carrera a por esas sillas de aluminio estrafalarias con pinta de tampoco ser las más cómodas de la ciudad. Le dolía la rodilla tras la caminata que llevaban, se había negado en rotundo a volver a coger el metro después del trayecto del aeropuerto a Lavapiés. Alegaba que nada bueno se gestaba bajo tierra y ella no había recorrido media España para morir en un vagón con olor a sobaco veraniego antes de saber qué había pasado con María. Agarró el respaldo de una de las sillas con fuerza y maldijo el traspiés que había dado con los adoquines, un pinchazo le subía por la ciática.

—Señora, esta mesa es nuestra —dijo una muchacha morena con los labios tan hinchados que Matilde pensó que el cuerpo se le estaba dando la vuelta.

—Eso porque tú lo digas. —Se sentó.

—Señora, ya se puede estar levantando, ¿sabe lo que es esperar dos

horas de pie con estos tacones?

—Si te duelen los pies para que te los pones, el dolor de mi rodilla sí que es un problema y no el que te vayas a matar con esos andamios.

—¡Señora! ¡Que se levante! —A la muchacha morena se le encendió la cara, el vestido diminuto y estrecho parecía explotarle en cada bocanada. Miraba al resto de sus amigas, también embutidas en mordazas de licra, pero ellas solo hacían gestos de que se callara y no montara un espectáculo.

—Mira, muchacha, me importa un pepino si has estado dos horas esperando, pero te voy a regalar un consejo, aunque no lo quieras, porque lo estás pidiendo a gritos y, la verdad, me estás quemando los nervios. En vez de perder el tiempo por conseguir un sitio, créalo tú misma. —La muchacha apretó el entrecejo, su respiración sonaba como la de un miura, pero antes de soltar su perorata, una de sus amigas tiró de ella—. *Ea*, camarero, si es tan amable, quiero una copa de esas que parecen piscinas.

—Mamá, ¿tú te crees la que has armado por una mesa? Será por bares.

—Ya, pero es que yo quería esta y, ¿sabes qué, Conchita? Que me he cansado de que me digan lo que una señora puede y no hacer.

16. Los primeros poemas

—Sabes que por mucho que mires el reloj no avanza más rápido, ¿verdad? —dijo Isabel mientras recogíamos la cocina después del almuerzo de doña Rosa.

—¿No te parece curioso el tiempo? Lo lento que transcurre cuando una quiere estar en otro sitio y lo rápido que avanza cuando se está en la gloria.

—¿Y a dónde quieres ir con tanta prisa? —Me lanzó el trapo con el que secaba la encimera—. Porque me juego el jornal de esta semana que no es por ver a tu amiga Adelina.

—Pues Adelina tiene la culpa.

—¿Qué ha hecho la asturiana? Al final sí que me vas a animar a conocerla.

—Me presentó a un chico que no consigo sacarme de la cabeza. —Me ruboricé y apreté los labios para que la sonrisa no se disparara.

—¿Cuántos años tienes, diecinueve?

—En marzo cumplo veinte.

—Da igual, tengo tres más que tú y sé lo que te digo. José no ha sido el primero que se ha echado atrás cuando ha escuchado la palabra compromiso.

—Pero, Isabel, yo no quiero un compromiso, o por lo menos, no de momento. Si precisamente me fui del pueblo para no ser la chacha de mis hermanos y después de un marido, ¿crees que voy a tirar estos meses de tragar y tragar por un hombre? Quiero un trabajo mejor, disfrutar del amor sin ser dueña de nadie.

—María. —Se ladeó quedándonos de frente, apoyó la cadera contra la encimera y alargó la mano derecha hasta la mía—. Solo digo que el amor ciega y esos sueños de libertad se olvidan en cuanto los pies se despegan del suelo.

Salí del portal 35 cuando el reloj de cuerda de doña Rosa dio las cuatro, más me valía que no se me ocurriera hacerlo un minuto antes. Me dirigí hasta la puerta del Palacio de Cristal, Pedro ya estaba allí apoyado en una barandilla contemplando el pequeño estanque sin patos.

—Estás preciosa. —Me cogió la mano y la besó con tal parsimonia que creí que mis pies se desmayaban.

—Siempre tan tierno —contesté intentando apelar a esa palabra

que le sacaba su lado más sarcástico.

—No me mates de esa manera, te lo ruego. Dos poemas se acaban de romper en pedazos. —Se llevó la mano al bolsillo donde solía guardar sus escritos.

—Y además melodramático, ¿has conseguido abrillantar esas obras de arte o todavía tengo que esperar un par de semanas más?

—Con esos calificativos tan poco varoniles que me regalas no me dejas otra opción que ocultarlos.

—¿Así que varonil? Pues no es de ser muy caballeroso dejar a una señorita con la miel en los labios. —Le sostuve la mirada un instante, cada vez me sentía más cómoda entrando en sus juegos de palabras.

Rodeamos el estanque y nos dirigimos a un banco que quedaba casi oculto tras unas ramas bajas. No sabía dónde colocar las manos, si estaba demasiado tiesa. Pedro parecía más relajado que yo. Apoyó la espalda contra el banco, estiró la pierna izquierda mientras que la derecha, la que rozaba mi muslo y me hacía palpitar, la dejó flexionada. Me miró un par de veces de reojo y sacó de su inseparable chaqueta de pana cámel esos papeles amarillentos con los que llevaba soñando desde que lo vi anotando algunas líneas mientras me miraba.

¿Qué importa despertar si mañana mi cama sigue vacía
y las noches recordando tu piel son demasiado largas?
¿De qué sirve respirar si tu fragancia se ha diluido al alba
y las manchas de tus besos son flores apagadas?

Leí otro más.

Quiero besar el lunar que corona tu frente
y sacarte a bailar cada treinta y uno de diciembre.
Quedarme enredado en tus ojos de miel
mientras la luz los viste de día.
Encontrar sin rodeos el puente
que me devuelva la alegría.

Le devolví esos pedazos de alma, repasé a los que paseaban cerca de nosotros cómo si temiera que hubieran descubierto esa parte de desnudez. No necesité deshacerme de ninguna prenda para sentir el tacto de su piel, las palabras habían encontrado un camino más profundo con el que taladrarme.

Me levanté del banco y comencé a caminar con la intención de que esa atmósfera de verano se contuviera. No era capaz de permanecer quieta, todo estaba sucediendo demasiado rápido, apenas había visto un par de capas, sin embargo, la atracción que ejercía era más intensa que las barreras que me quedaban puestas.

—¿Te han ofendido?

—No. —Negué también con la cabeza—. Son demasiado bonitos, es solo que… —Mi mente buscaba una explicación racional con la que

mantener los pies en el suelo—. No estoy acostumbrada a que me vean así.

—Quizá porque no se han detenido a admirar la naturaleza que brota en ti.

Acarició mi brazo e hizo que me detuviera. Siguió subiendo por el cuello y enredó sus manos ásperas pero firmes entre mi melena. Podía notar el pulso de su muñeca sobre la nuca, la fina línea que nos separaba del abismo.

Me besó.

El primer roce de nuestros labios fue muy lento, yo todavía mantenía los brazos inertes, pero él siguió apretándome contra su cuerpo hasta que mis manos, guiadas por la lluvia que refrescaba mi boca, se acoplaron alrededor de su torso. Me bañé en esas sensaciones desconocidas que sacudían mi cuerpo. Me sentía borracha y sedienta al mismo tiempo.

—Eres todavía más dulce de lo que había presentido en mis poemas.

No añadí ninguna palabra con miedo a que aquella primavera adelantada se deshiciera como el hielo de las cumbres de las montañas de las que me marché. Lo abracé aspirando ese aroma único que desprendía y me acuné en su pecho mientras seguía relatando palabras que mi mente no llegó a absorber. Cuando nos desenredamos, caminamos durante un rato por los senderos menos transitados del parque. El día se empezaba a despedir.

—¿Cómo es tu pueblo? Tengo mucha curiosidad por ver lo que tus ojos recorrieron.

—El lugar en sí es precioso. Centenares de casas se arremolinan en las faldas de una de las montañas que cubren la sierra. Desde lejos es como un panal de abejas encalado que brilla al ritmo de un sol que nos ahoga en verano pero que nos protege del frío más extremo en invierno. El campo está repleto de olivos y almendros, si vieras cómo visten cada rincón de colores y terciopelo durante la floración…

—Un rincón especial.

—Lo es, pero también demasiado pequeño. El ritmo no se parece al de aquí.

—¿No te gustaría volver algún día?

—Lo dudo, el día que me marché dije que era para siempre, volver sería asegurar que no he conseguido crear ese camino propio con el que tanto sueño.

—Volver también puede ser la constatación de haberlo conquistado, ¿no crees?

17. Mi lado salvaje

Ese primer beso no fue la excepción. Continué acudiendo junto a Adelina a aquel portal rojizo en el que estaba destapando una parte que como mujer no era consciente de albergar.

Las primeras veces no quise moverme del salón, charlábamos sobre cómo nos había ido la semana, me acurrucaba entre sus brazos y me leía algunos de sus poemas. No había terminado de acostumbrarme al zumbido que emitía mi cuerpo cuando estábamos cerca. Era como si cada músculo se estuviera despertando de un letargo, aunque, a veces, el rubor y la vergüenza de estar adentrándome en un jardín impuro me perseguía durante los días que no estábamos cerca, hasta tal punto que intentaba convencerme de que ese sería el último domingo que lo visitaba.

Nunca lo cumplía.

El ansia fue desplegando sus alas con más fuerza poniendo a prueba mi fe y mis creencias. Me distraía en mis tareas y los traspiés se amontonaban. Doña Rosa me gritó varias veces, sin embargo, huía de su voz de pito y me refugiaba en los besos que engrandecían mis labios.

Un martes por la tarde, después de quemar una blusa con la plancha, sentí que, si no volvía a ese piso, que ya no me parecía tan rancio y desvalido, no sería capaz de soportar el peso del resto de la semana.

Quería más.

—Isabel, necesito que me hagas un favor.

—¿Has roto otro plato? —dijo con un tono seco—. Si te mantienes en ese aturdimiento mental en el que has caído va a ser imposible cubrirte más las espaldas. Doña Rosa no es tonta y menos las vecinas, ya viste lo que pasó conmigo.

—Lo sé, intento concentrarme, pero es que no puedo apartarlo de mi cabeza. Es como un fantasma que aparece en cada rincón, te prometo que tendré más cuidado.

—¿Qué quieres entonces?

—Que me cubras esta noche como a final de año. Necesito verlo.

—María, ¿te estás escuchando? ¿A dónde se ha ido la mujer sensata y cauta que apareció en esta casa?

—Vamos, Isabel, solo una vez. Siempre he sido la niña buena, la que no se perdía una misa, la que echaba una mano a cualquier vecina

sin poner mala cara; solo quiero un poco de aire, nada más.

—Créeme que te entiendo y por eso sé que te vendría mejor una ducha fría que un paseo nocturno tras los brazos de un hombre. —Suspiró—. Está bien, te cubro, pero no hagas que me arrepienta.

Serían las nueve y media cuando aparecí en el portal de Pedro, un océano de dudas se instaló en mi pecho cuando la adrenalina de la aventura prohibida empezó a replegarse: «¿y si no estaba?, ¿y si parecía desesperada?, ¿y si Isabel llevaba razón y me estaba metiendo en un juego en el que con cada paso perdía más el control?».

Antes de resolver esas incógnitas, vi la silueta de Pedro en el salón, grité su nombre. Se asomó al balcón con el semblante fruncido que terminó por vestirse de sorpresa.

—¿Todo va bien?

—Sí, ¿traigo un mal presagio siguiéndome los talones? —Me giré fingiendo horror.

—Que aparezcas un martes sin avisar no es precisamente un hábito.

—¿Y si me abres y lo debatimos?

Subí las escaleras con la energía traviesa renovada, era escuchar la voz de ese chico con barba y mi lado más salvaje se desbocaba. Me estaba esperando en la puerta, no llegué a culminar el último escalón cuando me cogió por la cintura y me besó con fuego. Entramos en el piso y nos dirigimos a su dormitorio. Al atravesar el salón, Andresín y Rafael apenas elevaron la cabeza para saludarme, me percaté de que habían repetido una de sus grandes hazañas cuando les sonreía el dinero: cubrir la mesa de botellas verdes.

Ya en el dormitorio, me senté en el borde de la cama, con los nervios se me olvidó despojarme del abrigo. Pedro cerró la puerta y se abalanzó sobre mí.

—¿Tan mal beso para que se te escapen esas risitas? —Se movió a un lado apoyándose sobre el brazo.

—Me estabas haciendo cosquillas con la barba.

—Vaya, la señorita tiene cosquillas.

Volvió a besarme, su lengua se entrelazó con la mía y un gemido ahogado se escapó de mi garganta. Hizo que me incorporara y, mientras recorrían cada centímetro de mi cuello con su boca, me quitó el abrigo y sacó mi blusa de la falda. Introdujo sus manos heladas por debajo de la tela, ascendió por mi espalda recreándose en las caricias. Mis pechos se endurecieron, había perdido el control de la respiración y un gemido se unió a la humedad que afloraba entre mis muslos.

Mis manos, como autómatas, desabrocharon cada uno de los botones de su camisa, descubrí un torso firme con un remolino de vello que descendía hasta desaparecer entre sus pantalones. Comenzó a deshacerse de los diminutos botones de mi blusa hasta que se le

acabó la paciencia y me la sacó por la cabeza. Sentí otro espasmo en el bajo vientre cuando hundió su cabeza entre mis pechos minúsculos.

—Ah, yo… no sé si estoy preparada.

—Tranquila. —Me besó con delicadeza—. No hay prisa. Ven.

Me llevó de nuevo a la cama, nuestros cuerpos se acoplaron y apoyé mi cabeza en su pecho. Acariciaba mi brazo, depositaba besos sueltos, yo hacía círculos con los dedos en el bosque de su torso.

—Perdona si he ido demasiado rápido, verte ha sido lo mejor que me ha pasado hoy.

—¿Problemas en la taberna?

—No, no importa, no quiero que nos rompa este momento. —Se removió.

—Pedro, no soy una chica para pasar el rato. —Me elevé lo suficiente para buscar dónde había quedado mi blusa.

—¿Quién ha dicho eso? —También se incorporó apoyando la espalda en el cabecero—. Solo que no quiero que el poco tiempo que paso contigo sea hablando de un desgraciado que no tiene ninguna intención de buscarse la vida.

—¿Hablas de Rafael?

—¿Cómo lo sabes?

—Os vi discutir en Nochevieja y el día que os conocí tampoco tuve la sensación de que fueseis amigos del alma.

—Y no lo somos. —Se llevó la mano a la barba—. Se ha plantado esta tarde borracho en la taberna pidiéndome dinero como si le debiera algo. A mi jefe no le ha hecho ninguna gracia el espectáculo. No será el trabajo de mi vida, pero hasta que una maldita editorial quiera publicar mis poemas no me queda más remedio que seguir poniendo cañas.

—¿Por qué no te buscas otro piso?

—Me fascina el barrio, no quiero moverme de aquí. Además, los que llegaron después fueron ellos, maldita la hora en que se largaron los anteriores.

—Entonces tendrás que hablar con él.

—Sería como pedirle un milagro a Lourdes. Da igual, ven, quédate un rato más, el resto del mundo puede esperar.

Regresé a casa de doña Rosa casi a las siete de la mañana, la euforia de sentir a Pedro en una noche que me estaba prohibida dio paso a un sueño profundo del que me desperté sobresaltada cuando el vecino de arriba tiró de la cadena. Anduve lo más rápido que pude, ni siquiera era consciente de que los botones de la blusa iban desparejados.

Gregorio estaba de espaldas abriendo la portería, me colé como una gata sibilina; bendita la ceguera de ese hombre. Si me escuchó, hizo

oídos sordos. Subí las escaleras de dos en dos y, antes de abrir la puerta, recé para que no se notara que llevaba la piel tatuada de besos y caricias.

—¿Has visto la hora que es? —dijo Isabel cuando entré sofocada en el cuarto.

—¡Lo siento, lo siento! —Me quité los zapatos y el abrigo.

—Procura llegar al menos a una hora decente, que un día de gracia vale, pero no termines tomándolo por costumbre.

—Isabel, de verdad, lo siento. Me quedé dormida… —Me interrumpió.

—Cámbiate, la he escuchado entrar al baño.

Me puse el uniforme con la rapidez que me permitían los flanes que tenía como manos, me recogí el pelo en un moño estirado que, desde los últimos meses aborrecía, y seguí a Isabel hasta la cocina. Cuando doña Rosa nos reclamó, el agua fría con la que me había lavado la cara en el fregadero se llevó los restos de mi aventura.

No sería la última.

18. La noche madrileña

—Guapetón, ¿nos llenas? —dijo Matilde después de dos rondas de gintonics en copa de balón todavía en la terraza de la plaza de Malasaña en la que se enfrentó a la chica morena.

—Mamá, ¿no crees que ya hemos bebido suficiente? No quiero ni pensar por cuánto nos va a salir la broma.

—Conchita, hay que ver, ni de vacaciones te relajas. Ya puestos me da igual dejarme la pensión de dos meses que de un año, para qué quiero ahorrar tanto si no sé cuántos telediarios me quedan. —Le dio un sorbo largo a su copa—. Ana, ¿qué hace la juventud en Madrid un sábado por la noche?

—Cenar y tomar algo en un pub, bailar; lo que en cualquier ciudad.

—Decidido, quiero conocer la noche madrileña.

—¿No se te habrán subido demasiado los *gintonics* a la cabeza? —Conchita la observaba preocupada.

—También he decidido quién se va a quedar con los niños, Conchita.

—¿Y por qué yo?

—Porque a cada paso que doy me tratas como una señora mayor y esta noche quiero volver a tener veinte años como María en sus cartas.

—Abuela, si quieres ser joven otra vez tienes que cenar hamburguesa con extra de queso y un montón de patatas fritas. —Nacho tenía ganas de poner a prueba a su abuela, sabía que para la comida era muy clásica—. Un *youtuber* al que sigo colgó ayer en Instagram una foto de una hamburguesa tan grande que no le cabía en la boca. Está cerca, ni diez minutos andando. —Consultó el móvil—. ¡Toma ya! Se puede reservar para dentro de media hora.

—Eso sí que es un auténtico milagro madrileño. —Ana soltó una carcajada.

—No me he enterado de la mitad de la explicación, pero yo me fío de ti, reserva, reserva. —Se frotó las manos con entusiasmo.

El local estaba decorado en tres colores: negro, marrón y blanco; una atmósfera entre hípster y minimalista. Varias bicicletas colgaban de las paredes de ladrillo desnudo, enormes lámparas industriales quedaban suspendidas sobre las mesas. Estas, de tipo rancho, estaban encajonadas entre bancos acolchados. El personal vestía de negro, ni una pizca de luz en el uniforme, salvo las enormes sonrisas que

dibujaban al cruzarse con los comensales.

—Nacho, ¿seguro que aquí se come? Si ya ni en el pueblo se visten de oscuro para los entierros, esto es el mundo al revés.

—Es que ahora se ha puesto de moda que la atención se ponga en la comida y no en la decoración —apuntó Ana.

—¿Y es que antes se iba a cenar a un restaurante para ver los cuadros? Da igual, que pinten de negro hasta el techo si la comida está buena.

Se dejaron aconsejar por uno de esos camareros simpáticos, pero Nacho tenía razón, aquellas hamburguesas eran demenciales, ni siquiera apretándolas se podían morder de un bocado.

—¿Os acordáis cuando los niños se ortigaron? Cómo chillaban los pobres, qué *faltica* de campo tenían.

—En eso llevas razón, mi infancia en el pueblo no tuvo nada que ver con la de Rebeca y Nacho. Allí podíamos ir solas a la plaza, al colegio…

—¡Ves! —Conchita movió la cabeza—. El pueblo tiene sus ventajas.

—¿Y cómo fue tu infancia con la tía María, papá? —Obvió la puntilla de su hermana.

—María nació cuando yo tenía nueve años y Sebastián catorce, fue nuestra princesita. Era un bebé precioso, apenas lloraba, siempre me echaba los brazos cuando volvía del colegio o de trabajar en el campo con mi padre. Uno de los recuerdos que guardo con más cariño fue una tarde que pasamos los cinco en el río, creo que ella tendría tres o cuatro años. Mi madre había preparado tortilla de patatas, filetes, ensalada de tomate y un par de tortas de azúcar, no os hacéis una idea de la mano que tenía para la cocina, perdóname, Matilde, pero mi madre hacía magia.

»No sé qué mes sería, pero era verano y de los pocos días que mi padre se cogió libres. —Se le humedecieron los ojos—. María se quedó embobada con el agua, introducía un pie y, con lo fría que estaba, salía corriendo hasta la toalla en la que descansaba mi madre. Yo la llamaba desde la poza en la que me estaba bañando con Sebastián y mi padre, me costó un buen rato que se metiera, parecía un cangrejillo con su bañador rojo. Ojalá tuviera una foto de ese día para que la vieseis.

—Ya la vemos en tu cara. —Ana se echó sobre su costado emocionada.

—Un brindis por María. —Matilde alzó el vaso gigante que le habían puesto de refresco—. Para que la siguiente juerga que vivamos sea con ella.

Salieron del restaurante con los estómagos a punto de estallar. A Paco revivir el pasado le había dejado revuelto y declinó la oferta de

su mujer de ir a bailar y rememorar sus noches de verbena, a cambio, convenció a Conchita a que se uniera con su madre y su hermana. Veía como los años y las diferencias habían abierto una zanja y temía que siguiera creciendo sin control, hasta tal punto que no llegasen a reconocerse, como le ocurría a él con Sebastián.

—¿Estás seguro de que no quieres venir, papá? Si casi prefiero quedarme con los niños viendo alguna película online.

—Seguro. —Le dio un beso en la mejilla y le susurró—. Hazle caso a tu madre y, por una vez, desmelénate.

La familia Manzano dividió su camino en Tirso de Molina. Las tres fiesteras, guiadas por Ana, siguieron caminando hasta un pub cerca de la Plaza de San Andrés. La música de la movida se escapaba cada vez que alguien abría la puerta. El local contaba con dos alturas y una bola gigante de discoteca presidía el centro junto con un pequeño escenario al fondo. El color rojo intenso de las paredes unido al juego de luces le recordó a Matilde a una película que transcurría en un cabaré. Durante la primera media hora, las hermanas estuvieron tensas, se miraban y sonreían fingiendo que aquella noche madrileña era un planazo, Matilde estaba tan atenta a cualquier movimiento en el local que no les prestaba atención.

—¿Habéis visto a aquellos muchachos que les va a explotar la camisa con tanto músculo? ¿Y esa pareja que antes se estaba besando con otra? ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué no habré nacido yo en esta época?

De repente, se apagaron las luces y una voz profunda dio paso a un fogonazo de luz blanca que iluminó el escenario. Un golpe de humo ocultó unos segundos a las bailarinas, detrás de ellas apareció un *drag queen* con un vestido azul eléctrico de lentejuelas que le dejaba la espalda al aire, y unos zapatos tan altos que Matilde pensó que esos sí que eran unos tacones como para no esperar por una mesa en Malasaña y no los de la morena insolente. El público gritó y aplaudió eufórico, Matilde los imitó, sus hijas ni se inmutaron, como si los vasos anchos llevasen pegamento en vez de *gintonics*. La energía del local cambió, un chute de brillo hipnótico que conseguía que hasta las caderas más arrítmicas se movieran con alegría.

—¡Esta canción me encanta! —gritó Matilde, que comenzó a imitar los pasos más sencillos de las bailarinas—. ¡Vamos, que la música no muerde! —incitó a sus hijas.

Se miraron sin pronunciar palabra, en el fondo de sus corazones se echaban de menos, aunque se habían acostumbrado tanto en ahondar en sus diferencias que no se daban cuenta de que sí que había más razones para bajar el hacha y abrazarse con ganas. Ana sucumbió a la petición de su madre, arrancó a bailar obligándose a olvidar cualquier drama familiar. Dos estribillos más tarde, la que claudicó fue su hermana.

La noche empezó lenta, sin embargo, se les fue de las manos.

—¡Una ronda de chupitos! —farfulló Matilde por quinta vez.

—No me entra, mamá, te lo juro. Es olerlo y se me sale el estómago por la boca.

—El último, lo prometo. —Acercó el chupito al centro—. Por las mujeres de esta familia, porque esta aventura nos haga más fuertes.

19. Un cambio de aires

22 marzo de 1971

Queridos hermanos:

Estoy tan contenta que me faltan las palabras. ¡He conseguido otro trabajo! Mañana me traslado a la nueva casa y estoy que no quepo en mí. ¿Os acordáis de mi amiga Adelina, la chica asturiana? El domingo pasado no pudo hacerme mejor regalo de cumpleaños, ha logrado que la familia para la que sirve me contrate.

Estaba muy contenta en casa de doña Rosa, como os he contado en otras cartas, menudo cielo de mujer, pero me apetece tanto trabajar en un lugar con más alegría y los niños son el vivo reflejo. En diciembre nació el quinto, y con la repentina marcha de la muchacha que realizaba la limpieza y el cuidado de los niños, sobre todo por las noches para que la madre pueda descansar mejor, pues claro, necesitaban a alguien con urgencia porque Adelina no puede hacerse cargo, bastante tiene ya con la compra y la cocina. ¿No os parece maravilloso?

Estoy tan nerviosa que se me atropellan las palabras, seguro que os alegráis por mí. Eso sí, voy a echar mucho de menos a Isabel porque, aunque quedemos algún domingo para merendar, esas charlas que manteníamos antes de irnos a dormir se van a quedar atrás. No os imagináis lo mucho que me ha ayudado a sentirme en casa en esta ciudad enorme.

¿Cómo estáis vosotros? Sonsoles me ha contado que se casa con Jacinto el de Margarita y que os ha invitado a la boda, espero que no declinéis la invitación. Me encantaría ir, pero ya veis que con el nuevo trabajo me es imposible salir ahora mismo de Madrid. Acordaos que los trajes de las celebraciones están guardados con alcanfor en la caja marrón del altillo. Sacadlos un par de días antes para que les dé el aire.

¡Que no se me olvide! Si me escribís tenéis que hacerlo a la nueva dirección, la que he puesto en el remitente. En cuanto esté instalada os escribiré de nuevo.

Rezo por vosotros cada noche, os quiero.

María.

20. Un año en Madrid

Hacía un año y seis meses que había dejado de ser la hija de Pilar y Agustín, hacía un año que había llegado a Madrid y, de nuevo, me quedé sin familia, esta vez eran mis hermanos. Seguían sin contestar a ninguna de mis cartas, ya iban más de cuarenta y tres.

Hubo semanas en las que les envié hasta tres seguidas por si la insistencia de mi llamada ayudaba a que me perdonaran; otras, me quedaba en blanco sin ser capaz de rellenar apenas el encabezado. Intentaba no enredarme con los pensamientos turbios que me visitaban algunos amaneceres cuando el ruido no era capaz de cubrir un silencio que a veces me resultaba imposible de masticar.

Después de los seis meses de luto en el pueblo, prácticamente sin salir de casa, conseguí calmar mi pena, aunque eso no significara no echarlos de menos, especialmente a mi madre. Sin embargo, la ausencia de mis hermanos era más dolorosa y patente, sus corazones latían, sus manos labraban, solo faltaba que perdonaran a la que seguía siendo su hermana.

Esta ciudad, en la mayoría de las horas, había conseguido regalarme el brote tierno de la esperanza. No había pasado ni lugares con recuerdos pegados a sus paredes. Cada día era una oportunidad distinta para forjar un camino a mi medida, aunque eso significase pagar el precio más alto.

Esas primeras semanas en mi nuevo hogar fueron un caos dulce. Mercedes y Ricardo nunca quisieron que les añadiera el don o doña, tenían rutinas menos exigentes que las de doña Rosa. Él pasaba días, incluso semanas, fuera de casa por negocios, y cuando estaba dividía el tiempo entre los libros de su despacho junto a su pipa, y las tardes de golosinas y parque con su familia numerosa.

Mercedes era reservada, aunque su sonrisa relajada le iluminaba la cara. Apenas cruzamos palabras durante ese primer periodo, sus hijos la dejaban tan agotada como a mí, que me pasaba horas recogiendo juguetes, prendas y cojines para que minutos más tarde, cuando arramblasen de nuevo en la habitación que había dejado limpia y repuesta, la volviesen a convertir en una jungla.

La ayuda de mi querida Adelina fue crucial en esos días en los que las dudas me acosaban. Ponía un toque de cordura a esos niños traviesos y un poquito malcriados, pero lo mejor era que ya no me tenía que conformar con cuatro horas libres los domingos, disponía

del día entero.

Las escapadas nocturnas que inicié en casa de doña Rosa se perpetuaron también en la de Mercedes y Ricardo. No quería reconocer que Isabel tuvo razón aquella tarde cuando me dijo que me estaba nublando, que había dejado de ser una chica cauta para lanzarme a la locura del primer amor. Pero quizá si Isabel hubiera conocido a Pedro hubiera entendido por qué la razón no me respondía. Ese poeta con los bolsillos casi vacíos había conseguido que sintiera que mi cuerpo estaba vivo. Sin embargo, nunca quiso verlo, ni a él ni a Adelina, ni siquiera a mí. Cuando salí de aquel portal 35, tanto las paredes azuladas como la que se convirtió en mi confidente nocturna, dejaron de existir. Hasta Sonsoles me dejaría de escribir unos meses más tarde, aunque en este punto yo todavía era una ignorante.

Mi día a día había cambiado tanto en un año que a veces el futuro me abrumaba, ¿volverían mis hermanos a mi vida? ¿Pedro se quedaría en ella? ¿Adelina mantendría ese juego peligroso con Andresín?

Quedaba tanto por vivir en Madrid.

21. Aquella tarde

La primera vez que Andresín mencionó ir al cine, Adelina se cerró en banda y yo me sumergí en los dedos veloces de Pedro que escribían en uno de esos papeles amarillentos que ya me había acostumbrado a ver e, incluso a veces, a leer.

El asturiano necesitó bastantes meses desde esa conversación de diciembre para que mi amiga aceptara, por fin, que una tarde de cine los cuatro podía salir bien. Ese domingo de finales de abril rescaté una de mis blusas más veraniegas y de las pocas que me había decidido a comprar rebosante de color. Otra de mis pequeñas revoluciones.

Cuando alcanzamos la puerta del cine para la primera sesión de la tarde, nuestros acompañantes ya estaban allí. Una risa boba irrumpió en mis labios al percatarme de que habían intentado planchar las camisas y que el olor a colonia barata se percibía desde dos calles más atrás. A pesar de que no eran los galanes más boyantes de Madrid, se me encogía el corazón con sus esfuerzos.

—Ya tenemos las entradas —dijo Andresín.

—Vaya, os habéis tomado en serio que sea una cita —le chinchó Adelina.

—Solo hay una pega —prosiguió este.

—No me digas, ¿tenemos que pagarnos nuestra parte?

—Anda, tonta, que este mes no voy tan pelado y para invitarte al cine y hasta merendar me llega, el problema es que la sesión está hasta los topes y no quedaban cuatro asientos juntos. A nosotros nos ha tocado al fondo de la sala y a ellos en la segunda fila.

—¿Y por qué no disfrutas con Pedro del fondo y yo me siento con la *mocina*?

—Que te gusta hacerme de rabiar. —La rodeó por la cintura, pero Adelina fue más rápida y le quitó las entradas.

—¿Qué me vas a dar a cambio de sentarme contigo? Mira que la *mocina* es un partidazo, habla poco y no ronca, así que, aunque se duerma en la película, no molesta.

Andresín se acercó hasta ella, le apartó el pelo de la cara y le susurró unas palabras al oído que hicieron que mi amiga se pusiera roja y le diera un pequeño ataque de tos de la risa nerviosa que le había sorprendido. Pedro no había dicho nada todavía, mientras ese par de tortolitos seguían con sus secretos íntimos, se acercó un poco más a mí.

—Esta semana no me has hecho ninguna visita.

—El bebé ha estado con gases y nos ha mantenido en vela a media casa.

—¿Sería mucho pedir si esta noche te quedaras a dormir? —Me acarició el rostro.

—Sabes que no puedo, ¿qué excusa se inventa Adelina para volver sola?

—Podrías decirles que necesitas ir unos días al pueblo, no sé, resolver algún asunto familiar. Me vuelvo loco imaginándote una semana entera para mí. —Me envolvió entre sus brazos y rozó mis labios con el dedo índice.

—Pedro, no tentemos a la suerte. —Tragué saliva intentando contener el impulso que me pedía que me adentrase en el juego oscuro de su boca—. ¿No sabes que las mentiras se castigan convirtiéndose en realidad? Solo me faltaba que pasara alguna desgracia y verme obligada a volver.

—Dios no está en todas partes, si lo dices por eso. —Me apretó más fuerte y pude sentir cómo se cuerpo se endurecía—. ¿Tú crees que va a perder el tiempo con nosotros?

—Anda, vamos para dentro que aquellos dos no nos esperan y tienen las entradas.

Una pinta de frustración se coló entre los pliegues de mi blusa y me empujó del cine hasta el primer encontronazo que tuvimos. Una noche de las que alargué mi visita amorosa hasta el alba, Pedro me descubrió murmurando mientras me quedaba dormida. Cuando me preguntó qué decía y le confesé que rezar por mis hermanos como cada noche, una risotada de incredulidad rebotó en la cama.

Yo sé que una buena cristiana no se hubiera esfumado de su casa ni estaría corriendo en mitad de la noche para acurrucarse con un hombre con el que no está casada, sin embargo, mi madre siempre me decía que, si actuamos desde el amor más profundo de nuestro corazón, Dios ni castiga ni ahoga. ¿Y qué estaba haciendo si no? Bastante confusa y dividida me sentía cuando mi parte racional llevaba la batuta, como para que el hombre con el que estaba perdiendo los resquicios de inocencia me juzgara por los retazos de raíces que todavía colgaban de mi ser.

Intentó abrazarme de nuevo, pero me aparté un tanto brusca con la excusa de que la película estaba a punto de comenzar. Adelina nos dio las entradas y nos despedimos hasta el final de la sesión. Nos sentamos en el lateral izquierdo de la segunda fila. Pedro estiró las piernas en el pasillo en cuanto bajaron las luces, yo me encogí y traté de poner el foco en esa película de la que no recuerdo ni el título ni las escenas con nitidez, había sucumbido a mi propio cine mental.

La dualidad entre el querer y el buen hacer me sacudía con más

fuerza cuando sentía que los cimientos que estaba construyendo con Pedro eran de barro y no de cemento. Nunca quise encontrar un hombre al que doblegarme, pero había momentos en los que el poeta conseguía que me olvidara de mis sueños y me adhiriera a los suyos.

Él quería vivir de sus obras, instalarse en otra capital europea y seguir la estela de los grandes literatos. Habíamos ido dando pequeños pasos, pero no habíamos cruzado todavía la gran frontera y mientras sentía el calor de su piel desnuda contra la mía, extendidos en su cama, me relataba el mapa que anhelaba de su vida.

Hablaba con tanto ímpetu que yo también comencé a imaginarme viviendo con él en París, Roma o Berlín. No sabía nada de la cultura ni del idioma de otros países, sin embargo, la nebulosa en la que me sumergía cuando mi poeta salía a escena me ayudaba a divagar que todo era posible. A la vista estaba, ¿no había comenzado yo sola una vida en Madrid? Tampoco sería tan diferente si la comenzábamos juntos, aunque fuese en un territorio tan distinto para mí.

Cuando esas nubes, que me dejaban ciega, se diluían y podía ver mi camino con más luz, no me imaginaba con él en el extranjero. Quería construir un negocio que fuese mío, ser la dueña de mis pasos y que él estuviera a mi lado como compañero. No quería renunciar a él, pero tampoco verme arrastrada por una estela que no me representaba. Así pues, la mayoría de mi energía intentaba colocarla en el presente, en el ya iremos viendo qué pasa. El futuro me resultaba demasiado ambiguo, demasiado abierto.

No sé cuánto tiempo llevábamos de película cuando sentí las manos firmes de Pedro ronronear sobre mi falda. Primero fueron caricias tan sutiles que podía sentirlas traspasar la tela más por lo que veían mis ojos que por lo que mi piel captaba. Me quedé inmóvil siguiendo con la mirada el trazo serpenteante de sus dedos, ni los aparté ni le incité a que continuase, pero no desistió.

Apoyó el codo en el brazo de la butaca que compartíamos, dejó caer el peso de su cuerpo, mientras con la otra mano aumentaba la cadencia de sus movimientos. En una escena en la que el público gritó y se tapó la cara con las manos, aprovechó para colarse por debajo de mi falda. Si lo apartaba, los espectadores que quedaban a nuestro lado se percatarían de que allí había juego sucio, por lo que lo dejé hacer intentando no mover ni un ápice de mi cuerpo y así no delatar que aquella travesura, que al principio me resultó indecorosa, terminó por golpearme con un placer que bien merecía la pena de cumplir cualquier castigo.

Salí de la sala con dos coloretes incandescentes y la súplica de que nadie se hubiera percatado de cómo convulsionó mi cuerpo. Me excusé unos minutos en el lavabo para refrescarme y recuperar el ritmo sereno de mi respiración. Me miré al espejo y el reflejo me

sorprendió. No solo era la blusa estridente, ni la melena suelta, ni siquiera la vergüenza entremezclada con el placer de dejarme hacer en un lugar público. Eran mis ojos, estaban distintos, quizá más despiertos. Los escudriñé al detalle, su color miel con algunas vetas entre amarillas y verdosas, las pestañas tupidas como mariposas negras, la viveza de la mirada. No recuerdo si fue por lo que ocurrió en la sala, si por todos los pequeños retales que había ido desechando desde que me instalé en esa ciudad hermosa, pero estaba convencida de que las flores que empezaban a brotar en mis entrañas nada tenían que ver con la María que se marchó a escondidas una fría noche de abril hacía poco más de un año.

—¿Y Adelina y Andresín? —pregunté al salir del aseo.

—Se han ido a tomar algo, que para una vez que el pobre la puede invitar no quería desaprovechar la oportunidad. Ha dicho que te ve a las ocho en el portal de vuestra casa.

Eran algo más de las seis cuando entramos por el portal rojizo. Subimos las escaleras intercalando escalones y besos, besos y escalones. En el piso no había rastro de Rafael. Empujamos la puerta del dormitorio sin despegar nuestros labios. Nos desvestimos por turnos, una prenda cada uno. Primero fue mi blusa y su camisa, después mi falda y sus pantalones. Lo último, la ropa interior.

Nos contemplamos desnudos durante unos minutos. Nuestros ojos recorrieron cada centímetro de piel que poco después andarían los labios mientras nos deslizábamos en la cama. Las oleadas de espasmos me estremecían. Quería más. Pedro se colocó sobre mí, su lengua se cobijó junto a la mía. Por momentos, perdía la conexión con mi cuerpo, me transportaba fuera de la habitación para volver de golpe a habitarlo con un latigazo cegador.

—¿Segura?

Asentí.

Los primeros envites se adentraron en la delgada línea entre el dolor y el placer. Una sensación extraña que me hizo derramar un par de lágrimas. Pedro las recogió con los dedos y se las llevó a la boca para saborearlas. Intensificó su dulzura y paciencia hasta que mi cuerpo se amoldó por completo al suyo y experimenté que podía alcanzar sus versos sin que pronunciara una letra.

22. El rastro

—Venga, coge una carta —le dijo Rebeca a Carlota. La más pequeña de la familia cerró los ojos, deslizó la mano por el reguero de cartas que había sobre la mesa y eligió la que quedaba en el borde superior.

—Abuela, ¿la quieres leer tú?

—Mejor el abuelo. —Se sujetó la cabeza entre las manos.

—Parece que alguien ha exprimido la noche madrileña.

—No lo sabes tú bien, si hasta Conchita se subió a bailar al escenario. Paco, si vieras cómo se mueve la niña, yo no sé por qué se esconde tanto.

—¡Calla, mamá!

—¿Por qué me voy a callar si no hay nada de lo que avergonzarse? Si tuviera tu edad no quedaba bar vivo, tú no has hecho nada malo y ya es hora de que te dediques a ti y no a esperar a nadie. —Le dio otro sorbo al café zanjando el tema, no quería empezar otra batalla sobre la huida de Evaristo, el exmarido de Conchita, y como esta se había obcecado con el campo y la rectitud extremista, no había quién le abriese los ojos para que recuperara las riendas—. ¿Leéis la carta o no?

7 mayo de 1971

Queridos hermanos:

¿Cómo os encontráis? Me imagino que el campo estará precioso con los olivos y naranjos en flor. Si cierro los ojos soy capaz de sentir el aroma a polen y primavera, incluso veo varios jarrones de casa rebosantes de color gracias a los rosales de mamá. Cómo echo de menos esos pequeños detalles…

Esta semana ha sido tranquila, los niños se han portado un poquito mejor, Ricardo les ha prometido un regalo especial si se comportan bien de aquí a final de curso. Esta que empieza sí que va a ser movida, nos toca limpieza a fondo para el bautizo del pequeño. Aunque no lo van a celebrar en casa, todo tiene que estar impecable para las fotos y las visitas de la familia.

El domingo aproveché para ir al rastro. Es como el mercadillo del pueblo, pero mucho más grande. Me fascinó la cantidad de objetos antiguos que vendían. Había un señor con un puesto de artilugios para labrar el campo, Sebastián, estoy convencida de que alguno te habrías

comprado, eso sí, a un precio mucho más bajo, con lo que te gusta un trato.

Yo me quedé prendada de un espejo de mano, era en color crema con flores rosáceas, pero lo terminé dejando, no me hacía falta.

Hoy no me entretengo mucho que, como os decía, nos toca sacarle brillo a la casa.

Os mando un abrazo inmenso.

María.

—¡Es nuestro día de suerte! —exclamó Rebeca.

—¿Por qué gritas tanto?

—¡Abuela! No lo entiendes, ¡hoy es domingo! —Dio varios saltitos.

—¿No me dirás que tu madre se ha vuelto santera a estas alturas y os arrastra a misa con ese entusiasmo?

—¡Qué va! Si ni hemos hecho la comunión, ¿no te acuerdas o es que te están dando achaques de memoria como al abuelo de mi amiga Miriam?

—Que achaques, ni achaques, solo me duele un poquito la cabeza, nada más. Déjate de cuentos y explícate.

—Los domingos es cuando ponen el rastro del que habla la tía María en la carta, ¡es perfecto! ¿Votos para ir?

—Rebeca, de qué vale votar si vamos a hacer lo que ellos quieran, eres más ilusa…

—¿Ya estamos, Nacho? Ni una mañana tranquila.

—Dios mío, agotáis hasta a las piedras. —Matilde se levantó a buscar en su neceser una pastilla que le apaciguara la tronera que le apretaba la cabeza.

—Entonces, ¿vamos o no? —contestó Rebeca haciendo pucheros.

—Sí, corazón. —Su abuelo se acercó hasta ella—. Quiero ver cada paso que ha dado mi niña María.

Esa mañana era imposible adentrarse en Madrid sin gafas de sol, unos con más necesidad que otros de acallar esa luz cegadora que realzaba los colores y la temperatura. Un reguero constante de gente se dirigía hacía el mismo lugar, se unieron a esa conga absortos en sus pensamientos, las únicas que cuchicheaban eran Carlota y Rebeca.

Paco había dormido mal y poco, su mente se mantuvo viajando de un recuerdo a otro desde que Ana le pidió, mientras cenaban en la hamburguesería de moda, que le narrara parte de su infancia con María.

Revivió aquella tarde en la que la pequeña de la casa se encaramó a un almendro como si fuera un mono. Observaba las formas de las nubes y narraba en voz alta las aventuras de esos animales que distinguía. Una suave brisa mecía las hojas que producían un silbido musical. Vio como María partía las cáscaras verdes de las almendras

con la boca, todavía no habían endurecido su capa y se comía uno tras otro esos frutos blancos a pesar del sabor avinagrado. Le advirtió de que no habían madurado lo suficiente y terminaría por dolerle la barriga. No le hizo caso. Al atardecer, María se acercó con el rostro pálido y doblada por la mitad hasta el sillón en el que se encontraba Paco. No le recriminó que se lo había advertido, dejó que se sentara en su regazo y le dio un suave masaje en la barriga mientras le cantaba una de sus canciones favoritas.

También se acordó del día que se le cayó su primer diente. Gritaba y corría por la casa con ese diminuto trozo blanquecino como si fuera un gran trofeo. Quería saber cómo se podía poner en contacto con el Ratoncito Pérez para llegar a un acuerdo, a su amiga Sonsoles le había dejado bajo la almohada unos calcetines y ella quería, al menos, una tableta de chocolate.

A Conchita le quemaba la indirecta de su madre. Ella no tenía la culpa de que Evaristo se hubiera evaporado sin tener el coraje de hablarle a la cara, que le enviara los papeles del divorcio a través de un abogado porque del Caribe no se pensaba mover. A pesar de los casi diez años que habían transcurrido, arrastraba un retal de culpa del que no conseguía desligarse. Su hermana también se lo había echado en cara varias veces, pero ¿cómo daba el primer paso si no sabía hacía dónde quería ir?

Ana rumiaba qué hacer con Nacho. Desde el divorcio, la relación con Rebeca había dejado de ser de apoyo y confidencias a reproches y malas contestaciones. Vivía pegado al móvil, como en ese momento mientras caminaban hacia el rastro, y, aunque sus notas seguían siendo excelentes, había creado una burbuja que a veces lo aislaba demasiado. Tampoco quería arrancárselo de cuajo y que la acritud que crecía sin que nadie consiguiera podarla se adueñara de los últimos resquicios de paz de los que disfrutaban.

Por su parte, Matilde intentaba mantener la coraza irónica de la que hacía gala, pero la historia de María le había avivado las ganas que ella misma tuvo de volar lejos. Ansiaba hablar con su cuñada, conocerla más allá de esas cartas en las que la vida parecía brillarle con garbo. La envidiaba. A veces demasiado.

—¡Ya estamos! —Rebeca dio un salto y abrió los brazos como si les diera la bienvenida a un gran espectáculo.

—Cuidado con los bolsos, seguro que hay más de uno con la mano bien larga.

Los primeros empujones y tropiezos tardaron menos de un minuto en suceder. La jaqueca de Matilde no le daba tregua, respiró profundo y contuvo al demonio que le pedía que le soltara cuatro gritos al siguiente que le pisara el juanete. Pasaron de largo de los puestos de ropa hippie y gótica, se detuvieron unos instantes en otro de abanicos

pintados, pero no compraron ninguno.

Cambiaron de calle y por poco no perdieron a Carlota, que se había quedado absorta con un puesto de antigüedades de la esquina. Se amoldaron al ritmo ajeno, paraban unos segundos, observaban los objetos del puesto de turno y seguían. El calor se tornó más pegajoso, el olor a falta de ducha subió tres grados y el rugir de las voces que se querían hacer oír les estaba matando, especialmente a las fiesteras.

—Os juro que me encanta seguir las huellas de María, pero como no paremos un rato me va a dar un tabardillo.

—Mira, allí hay una terraza a la sombra. Un café y como nueva, mamá.

—¿Puedo volver a uno de los puestos? —preguntó Carlota.

—Tú sola ni hablar —sentenció su madre.

—Rebeca, Nacho, acompañad a vuestra prima que para algo somos los anfitriones. Y sin replicar. —Les advirtió también con la mirada.

—Mami, ¿me das dinero? Te prometo que no es para ninguna tontería.

Carlota era un dulce de niña, nunca pedía nada, siempre se mantenía en un segundo plano, en silencio y observando las reacciones de los demás. Empatizaba en exceso y eso la llevaba a cobijarse, casi a diario, en su jardín interior. Cogió el billete que su madre le tendió sin hacer preguntas y echó a andar dando saltitos seguida por sus primos.

Veinte minutos más tarde, estaban de vuelta.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—No exactamente, pero creo que puede valer —respondió con una sonrisa gigante.

Le tendió a su abuelo un paquete circular envuelto con papel de periódico. Cuando retiró el papel, una esfera azul marino con flores de estilo japonés brillaba en la mano de Paco.

—Ábrelo —animó a su abuelo. Tras un suave crujido, aparecieron dos espejitos, uno en cada parte de la esfera—. No es igual que el que le gustó a la tía María, pero seguro que le hace la misma ilusión cuando se lo regales, porque la vamos a encontrar, ¿verdad, abuelo?

—No lo sé, corazón, pero por falta de amor no va a ser.

23. San Isidro

Uno de los recuerdos más divertidos y felices de mi paso por Madrid fue mi primer San Isidro, bueno, en realidad era el segundo, pero el primero que pude acudir a la pradera ya que el año anterior doña Rosa no vio necesario que Isabel y yo disfrutáramos del festivo más allá de las paredes atestadas de su casa.

Aquel sábado 15 de mayo de 1971, Adelina y yo tuvimos el privilegio de contar con todo el fin de semana libre y un dinero extra con el que nos sorprendieron Ricardo y Mercedes. Esa semana estuve ansiosa, mi querida asturiana no paraba de parlotear sobre lo maravillosa que era esa fiesta, cómo la pradera se atiborraba de gente como si fuera un campo de flores.

Esa mañana el sol brillaba con fuerza como si también se alegrase de aquel jolgorio. Caminamos casi una hora hasta alcanzar la pradera soñada, no contábamos con el traje típico, pero nos apañamos con nuestras faldas y blusas más bonitas y coloridas. Unos días antes, compramos un pañuelo blanco que nos anudamos al cuello cubriéndonos la cabeza y, a pocos metros de pisar esa hierba verde, nos hicimos con un par de claveles rojos.

—Qué guapas estamos, *mocina*. No hay nada como un toque de color para que se alegre el cuerpo. Ni mantón de manila nos hace falta.

—Esto es inmenso, y yo que pensaba que la feria de mi pueblo era la más bonita.

—Te dije que no nos la podíamos perder, ya sabes, allá donde fueres haz lo que vieres.

El olor de las brasas en las que estaban asando morcillas, chorizos y churrascos se entremezclaba con los calamares fritos y las garrapiñadas. Mirase para donde mirase, solo divisaba ríos de gente engalanada. Una jarana constante que dejó mudos a los pájaros.

—Estos no aparecen y no puedo seguir oliendo tan rico y que no me reclamen las tripas.

—¿Tú crees que los vamos a encontrar entre tanta gente? Ya hace una hora que tenían que haber llegado.

—Y si no ellos se lo pierden. Anda, vamos a por unos bocadillos de calamares y un par de cervezas, ya que los esperamos que sea con la barriga contenta.

Nos sentamos a la sombra cerca de la fuente que habíamos

indicado como punto de encuentro. El frescor de la hierba y las cervezas nos ayudaron a bajar el calor que nos subía por las mejillas. Cada bocado crujiente de ese manjar grasiento me supo a pura gloria, con qué poco se podía tocar el cielo.

—Adelina, esto está buenísimo.

—Pues espérate aquí que voy a por un par de chorizos y una morcilla a medias, y digo yo que otro par de cervezas tampoco le hace daño a nadie.

Cuando me tragué el último trozo de chorizo creí que me reventaba la falda, a mi amiga le quedaba todavía un golpe de gracia.

—¿Qué me dices de unas tontas y unas listas?

—¿De qué me estás hablando?

—*Mocina*, pues de qué va a ser, de las rosquillas, con baño de azúcar o sin nada. ¿Qué prefieres?

—Pero si no me entra ni un alfiler, menudo saque tienes.

—Anda, para el dulce siempre queda hueco, a ver si con un *pocu* de grasa te reponemos esas carnes que cada día estás más seca.

Apareció con una bolsa de rosquillas y dos vasitos de vino dulce. Una vez quedaban solo las migas para las palomas y cansadas de esperar a esos hombres que no aparecían, nos acercamos hasta una zona más plana donde la gente ya había comenzado a bailar el chotis. Observamos a esas parejas que se movían al compás con los pies prácticamente anclados al suelo. Estuvimos tentadas a bailar juntas, pero el flaqueo de piernas que nos había dejado la mezcla de alcohol y calor nos hizo cambiar de idea.

—Creo que hay un grupo de música más animado al fondo, ¿o el año pasado se colocaron en otra zona? Da igual, algo encontraremos.

Cogimos otros dos vasitos de vino dulce para animar la búsqueda. No tardamos mucho en encontrar un grupo que tenía al público entregado. Nos rendimos al ritmo de sus canciones pegadizas, incluso mis caderas, normalmente tímidas si no había alcohol de por medio, se convirtieron en las de una brasileña. Apenas distinguimos la letra de las canciones, pero nos sobraban ganas de exprimir cada compás.

—¿Sabes que me gusta de Madrid? —dije en un momento de euforia.

—¿Haberme conocido y añadirle sal a tu vida?

—Eso también. —La cogí por la cintura y apoyé mi cabeza sobre su hombro—. Pero me refería a ver que hay tantas posibilidades que no necesito quedarme con la primera que aparezca.

—¿Estás hablando de Pedro?

—No lo sé, la vida en general, Adelina. A veces juego a imaginarme cómo sería mi día a día en distintos lugares. Si me hubiera quedado en el pueblo, si me casara con Pedro, si me decidiera a quedarme soltera, si me marchara al extranjero…

—Muchas películas tienes en la cabeza, deja de pensar tanto y disfruta más, *mocina* mía, que con lo que llevan soportando ya nuestros cuerpos no hay que añadirles trabajo extra. Que pase lo que tenga que pasar y el día que se apague el mundo que nos pille en una verbena como esta.

Rompimos a reír tan fuerte que hasta los huesos nos rechinaron. Seguimos bailando el resto de la tarde, estaba convencida de que nos tocaría regresar descalzas porque a esas alturas había dejado de sentir los pies.

Ese día no aparecieron Andresín ni Pedro, sin embargo, si ellos hubieran compartido ese San Isidro con nosotras, no hubiera disfrutado tanto de Madrid ni de mi asturiana favorita.

24. Unos días sin niños

25 de julio de 1971

Queridos hermanos:

¿Qué tal lleváis el verano? Espero que no apriete tanto como lo está haciendo por aquí, ni abriendo las ventanas desde que cae el sol corre una brisa de aire. Me atrevo a asegurar que aquí hace más calor que en el pueblo solo por la cantidad de asfalto y cemento, hay zonas en las que ni siquiera hay un mísero árbol que dé sombra.

¿Sabéis algo de Sonsoles? Hace semanas que no contesta a mis cartas y estoy preocupada por si le ha ocurrido alguna desgracia, tampoco he vuelto a ver a Isabel, supongo que estará muy ocupada, así que ella no me ha podido dar noticias de su prima.

El mes de agosto voy a tener una especie de vacaciones. Ricardo y Mercedes se marchan con los niños a Tenerife para ver a la familia y nos han pedido a Adelina y a mí que les cuidemos la casa, de ahí que no pueda acudir a visitaros, ganas no me faltan.

Estoy muy contenta en la casa, aunque tampoco os voy a mentir, hay días que termino agotada con el trajín de los niños. Como la semana pasada, que fue el cumpleaños del mayor, nueve años sopló, y tuvimos a diez niños más corriendo por los pasillos. La mejor parte es que la tarta que encargaron para la fiesta era tan grande que sobró más de la mitad y Adelina y yo nos pudimos comer un buen pedazo después de cenar.

¡Ah! No os había contado que Adelina me ha enseñado a hacer fabada, no es el mejor momento para comerla, porque con este calor a ver quién aguanta una digestión tan pesada, pero me ha hecho muchísima ilusión probar un plato diferente. A cambio, le he prometido que le voy a enseñar a preparar el puchero de hinojos de mamá. Cómo la echo de menos…

Espero que os encontréis bien y acordaros de que ahora es el mes perfecto para pintar la casa, no sé si lo llegasteis a hacer el verano pasado, pero falta le hacía.

Os envío un abrazo enorme.

María.

25. Algodón de azúcar

Cuando la familia al completo se marchó a Tenerife, me turné con Adelina para cuidar la casa. Dormir con Pedro tres noches alternas, se convirtió en una rutina dulce de la que no me cansaba.

Desde que había decidido anclarme a no escuchar los planes de futuro del poeta, vivía más relajada, siempre habría tiempo para decidir qué hacer. Primero necesitaba que publicasen alguno de los centenares de poemas que había escrito y, de momento, lo único que acumulaba eran cartas negativas. Me había acostumbrado a colocarme un escudo de silencio los días que recibía alguna de esas misivas. Aguantaba su rosario de frustración, sus desplantes. Había aprendido que no era mi culpa, solo su forma de desahogarse.

Cuando se calmaba, dejaba el halo melodramático en el que se sumía y me colmaba de halagos y caricias. Cualquiera que no conociese a Pedro se sorprendería de cómo un tipo, con pinta chulesca y gesto duro gracias a su melena y barba salvajada, podía caer en un estado tan deplorable, incluso llegué a sentir tanta lástima al verlo como un gato indefenso que hubiera pagado de mis ahorros parte de la publicación de cualquiera de sus versos.

—¿Qué te apetece hacer mañana? —Estábamos desnudos en la cama, tenía la cabeza apoyada sobre su pecho, él dibujaba círculos desde mi clavícula hasta la mitad de mi barriga.

—¿Quieres que vayamos a merendar a uno de esos cafés literarios que tanto te gustan? Quizá encontremos a otro editor y le puedas enseñar tus poemas, los últimos en los que has trabajado son maravillosos. —Me giré unos centímetros para depositar una cadena de besos sobre su cuello, quería fundir de nuevo el colchón.

—No, ya me pasaré otro día, bastantes tardes complicadas hemos tenido con las malditas cartas de rechazo, ¿no te parece? Quiero aprovechar que no hay horarios para disfrutarte. —Con un movimiento rápido hizo que me quedara boca abajo, sus dedos descendían hábiles desde mis hombros hasta perderse en mi entrepierna. Acercó la boca a mi oreja, comenzó a susurrarme mientras su mano experimentada me sacaba de aquella habitación en el Barrio de las Letras—. ¿Te gustaría un poco de algodón de azúcar y noria?

—¿Me vas a llevar a una feria?

—Más o menos. —Y sin pisar una sola atracción, esa noche saboreé

el cielo.

Accedimos al parque de atracciones a media mañana, la ilusión salía a borbotones por mis poros, salvo los cuatro cacharritos que ponían en la feria del pueblo nunca había visto tantas atracciones juntas y, mucho menos, de aquellas dimensiones.

—¡Cómo no hemos venido antes!

—No me había acordado, solo hace un par de años que lo abrieron y salvo en esa fecha no había vuelto, ya sabes que lo mío es otro tipo de adrenalina, pero contigo quiero compartirlo todo. —Entrelazó sus manos con las mías, nos besamos con la mirada para después hacerlo con los labios—. ¿Por cuál te gustaría empezar?

—La noria, es inmensa.

Esperamos veinte minutos de cola, a su lado sentía que el tiempo volaba demasiado deprisa. Lo escuché hablar sobre otros literatos que le inspiraban como Machado, Lorca o Quevedo y la pasión con la que articulaba cada palabra impregnó mi piel. Salvo las cartas que escribía a mis hermanos, nunca había sentido esa necesidad de compartir la vida a través del papel. Estaba convencida de que Pedro moriría de pena si dejase de recrear el mundo en versos, había descubierto que, igual que yo necesitaba ser dueña de mi destino, él no era capaz de comprender un día sin tinta, y si algo había aprendido de mi amado poeta es que lo que sentimos se enquista si no lo soltamos ya sea en lágrimas o letras.

Solo nosotros dos ocupamos una de aquellas manzanas metálicas que colgaban de la noria. El bamboleo avivó las mariposas que revoloteaban en mi estómago, subimos despacio, lo agradecí, el resto de los visitantes se tornaron en diminutas hormigas agrupadas alrededor de las atracciones. Los árboles frondosos, que copaban la Casa de Campo, se transformaron en un mar cegador, como el amor por mi poeta. No necesitaba divisar el horizonte para obnubilarme con su grandeza.

—¿En qué piensas? —Él también mantenía la vista en ese vergel.

—Me has hecho creer de nuevo que en cualquier estación puedo encontrar belleza. —Un rayo de sol se coló en ese beso—. Eres musa, amante, amiga.

Faltó la última etiqueta, no dejé que un término arruinase una mañana tan gloriosa como esa. Cuando bajamos de la noria nos acercamos hasta la montaña rusa. Contaba con cuatro alturas de curvas y un par de bajadas que me pusieron los pelos de punta al escuchar el sonido estridente de los frenos y los gritos excitados.

—¿Subimos o prefieres otra atracción más tranquila?

Una bola de incertidumbre me apretaba la garganta. Desde que descubrí qué era que mi cuerpo vibrara, quería experimentar

cualquier sensación que me demostrara que estaba viva, que mis músculos reaccionaban más allá de sostener mis huesos, sin embargo, el miedo a que un fallo convirtiera esa diminuta carcasa en un simple amasijo de hierros me oprimía. Lo medité dos segundos más y tiré de su mano.

—Vamos antes de que me arrepienta.

Grité tanto que creí que los pulmones se me saldrían por la boca, pero a pesar de la quemazón, una electricidad nueva me empujó a repetir tres veces más. Después de esas descargas continuas, recorrimos el resto del parque sin prisa. En uno de los puestos, Pedro compró palomitas y algodón de azúcar, en ese instante mi estómago rugía por un plato contundente como los que preparaba Adelina, pero aquella mañana de agosto también aprendí que los besos cuanto más dulces más intensos.

26. Luces de Bohemia

Era martes por la tarde, hacía algo más de dos semanas que Mercedes y Ricardo se habían marchado a Tenerife y yo ya estaba enamorada perdida de esa rutina bohemia con mi poeta.

—Qué fácil se acostumbra una a las vacaciones. —Adelina depositó dos tazas de café con una lágrima de leche sobre la mesita auxiliar que había en el balcón del salón y se sentó en la silla contigua a la mía. Las dos apoyamos los pies en la barandilla.

—Y eso que seguimos cuidando de la casa igual, ¿cómo serán unas verdaderas vacaciones en la playa? ¿Tú has visto el mar?

—Sí, mi pueblo está a pocos kilómetros del Cantábrico, no se me olvidará jamás la primera vez. Fuimos a pasar el día en familia, de los pocos que hacía un sol que achicharraba en verano. Seguí a mis primos hasta el agua, jugamos a saltar las olas hasta que una me pilló desprevenida y me revolcó en la orilla. Los muy *carapijos* ni se dignaron a ayudarme. Conseguí arrastrarme y salir del rompeolas, el bañador lo tenía *llenu* de arena y en las rodillas un par de raspones. Mi padre se acercó, elevé los brazos para envolverlo; la hostia que me dio no la vi venir.

—Lo siento, Adelina.

—No hay nada que sentir, *mocina*. Mi padre era un cabrón y eso no lo podía solucionar nadie, pero mira, he salido más dura que el hierro.

—Yo nunca he visto el mar, del río del pueblo no he pasado.

—Algún día nos iremos las dos de vacaciones, ya lo verás, te vas a hartar de marisco y playa. Eso sí, no me pidas que me meta contigo en el agua.

Después de tomar café con mi asturiana, dejé el uniforme sobre la cama, aunque no estuvieran Mercedes y Ricardo seguíamos guardando al menos ese decoro, y me coloqué un vestido amarillo de caída recta que me quedaba un par de centímetros por encima de la rodilla. Lo compré con el primer sueldo en la nueva casa, cuando vi ese color intenso y alegre decidí que sería un símbolo de que la suerte me reía con ganas.

Pedro tenía la tarde libre, nos encontramos en la Puerta del Sol. Nada más verme me hizo dar una vuelta sobre mi misma.

—¿Por qué siempre haces lo mismo cuando llevo este vestido?

—Porque pareces una flor y así veo cómo se mueven tus pétalos.

—Anda, deja de inventar. —Lo abracé y aspiré su aroma.

—He estado pensando en lo que me dijiste el otro día sobre imaginar qué historias hay detrás de las fachadas y creo que mi plan te va a encantar. —Su sonrisa amplia le marcó las primeras arrugas que asomaban alrededor de sus ojos, su melena me pareció más enredada.

—Sorpréndeme.

—¿Conoces la obra *Luces de Bohemia*, de Valle-Inclán?

—¿Si digo que no seré una inculta?

—Ni hablar, aunque quizá te gustaría que te deje algunos libros.

—La lectura no es mi fuerte, pero me fío de ti. ¿Qué pasa con esa novela?

—No es una novela, es un esperpento en el que Valle-Inclán hace una crítica, entre otros temas, de cómo la vida literaria es prácticamente imposible en la sociedad española.

—Muy halagüeña no es… ¿no te desanima como poeta?

—Cuando decidí que quería vivir de la poesía ya tenía claro que habría renuncias, pero me reafirmo en que prefiero comer ligero y vestir siempre con la misma chaqueta a matar mis versos. No me mires así. —Me acarició el rostro—. Aunque sea despacio la sociedad cambia, estoy convencido de que el sitio para la poesía también crecerá. Vamos, quiero que veas Madrid a través de sus páginas. Te prometo que el paseo no será muy largo.

Tiró de mi mano, recorrimos apenas unos metros hasta la esquina con Calle Montera.

—En este lugar, Valle-Inclán habla de la taberna de Pica Lagartos. Max, el protagonista, le da a un niño su capa para que la venda mientras que en la calle ocurre una guerra del proletariado.

—Sigo pensando que no es una historia muy alentadora.

—No la juzgues todavía.

A pocos metros, al comienzo de Calle Alcalá se volvió a detener ante un edificio que ya no existía, el Café Colón. Pedro narró que en esta escena el ambiente era más burgués, un recuerdo a la vida parisina. Hubiera sido magnífico haber descubierto ese verdadero lugar.

Antes de continuar por la Calle de Espoz y Mina hizo que me detuviese a admirar uno de los edificios más elegantes de Sol, el de Gobernación. Su fachada blanca con toques rojizos y su emblemático reloj eran inconfundibles.

—Max fue a ver al ministro de turno —bajó la voz—. Lo que nos quiere contar es la malversación de fondos, la poca profesionalidad del ministro. No tengo muy claro que la situación haya cambiado demasiado desde entonces.

Me contuve a hacer alguna apreciación, mis padres me inculcaron

muy bien que nunca debía mostrar mis ideales, mucho menos en plena calle donde los oídos eran más finos de lo que aparentaban.

Caminamos despacio, dejándonos empapar por los sonidos y figuras con los que nos cruzábamos. Esa búsqueda del tesoro que en un principio no me interesó demasiado, cautivó mi curiosidad a cada paso.

—Este es el callejón del Gato, fíjate en esos dos espejos, ¿qué ves?

—Nuestra imagen, pero amorfa.

—Valle-Inclán lo llamó esperpento. Usó a su protagonista para decirnos que «España era una deformación grotesca» y que incluso las imágenes más bellas, como tú, pierden su esencia al mirarse en ellos. Por suerte, son solo unos espejos, porque yo cada día me maravillo al verte.

Aquel beso visceral fue uno de los tantos que dejamos escondidos por las calles de Madrid. Cuando nos separamos me ardían los labios, subí la vista, su mirada se relamía. Seguí elevando mis ojos, ni una nube en el cielo, ni un amago de tormenta que pudiera romper el hechizo de haber hallado el primer amor sin colocar el freno.

Antes de atravesar dos paradas más, la calle Príncipe y más tarde la calle San Cosme, cruzamos la Plaza de Santa Ana y el recuerdo de nuestra primera conversación a solas me hizo cosquillas. Para Pedro, el Barrio de las Letras rezumaba literatura, para mí la certeza de que el vuelo con el que me alejé del pueblo estaba mereciendo la pena.

—Esta es la parroquia de San Lorenzo.

—No te hacía muy cristiano.

—Y no lo soy, ya lo sabes, pero no te he traído hasta aquí para escuchar misa, sino porque es el telón de una de las últimas escenas de la obra. Max está a punto de morir, pero antes define su teoría del esperpento y otra crítica a España. Su compañero en esta obra, Don Latino, lo abandonó en la calle, muriéndose, y encima le robó la cartera.

—¿Me estás queriendo decir que no podemos fiarnos de nadie?

—No de todo el mundo, menos si hay dinero de por medio o promesas vacías.

«Eso deseo, Pedro, que las tuyas no estén huecas».

27. La montaña rusa del demonio

—¿Y si hacemos una locura? —dijo Nacho tras tragar un trozo de pollo asado.

—¿Acaso hemos hecho algo normal en lo que llevamos de viaje? —repuso su tía.

—Me refiero a alguna aventura sin que nos guíen las cartas, un recuerdo que solo sea nuestro. —Aunque iba de tío duro, hasta él había notado cómo los ojos de su abuelo se enturbiaban cada vez que mencionaban a María.

—Pero es que es muy divertido convertirnos en detectives —contestó Rebeca.

—Cómo no ibas a ser tú la que protestara. —Puso los ojos en blanco.

—Venga, Nacho, no la tomes con tu hermana. Tienes razón, esta mañana ya hemos ido al rastro, podemos aprovechar la tarde para desconectar. ¿Qué se te ocurre?

—Ir al parque de atracciones. —Omitió añadir la coletilla: como cuando íbamos con papá—. Seguro que los abuelos no se han montado en la montaña rusa.

—Cómo lo sabes, yo de los *cacharricos* de la feria no he pasado, pero es que tu abuelo ni a la noria se ha querido subir, con lo románticas que son esas escenas en las películas.

—¿Veis? Si es que me tenéis que querer —dijo con tono chulesco.

—Siempre te hemos querido. —Su madre le acarició la mano y le dedicó una mirada en la que depositó el resto de las palabras que no sabía cómo decirle.

Terminaron de comer, recogieron los envases desechables del pollo asado y las patatas, que habían comprado al volver del rastro, y salieron entusiasmados con la idea de una tarde de diversión y algodón de azúcar.

Cruzaron las puertas del parque de atracciones sobre las cinco de la tarde, había pequeñas colas formadas en algunas de las atracciones, pero no lo suficientemente largas como para maldecir no haber comprado el pase de oro.

—Uy, estos cacharros sí que son altos —dijo Matilde atónita ante una de las montañas rusas.

—No vamos a empezar tan fuerte, abuela, que no queremos que

salgas corriendo.

—¿Por quién me tomas? Soy capaz de montarme en cualquiera de esas bestias. ¿Qué te apuestas?

—Ja, ja, ja. Seguro.

—¿No me crees? Ya lo verás, si me subo en cada una de las atracciones que tú digas te toca preparar la cena, que ya está bien de comer de restaurantes, y me das un masaje en los pies, los tengo en carne viva.

—Y si no cumples tu parte, ¿qué gano yo?

—Pide por esa boquita.

Nacho torció los labios hacia la izquierda, estaba indeciso. Cuando iba a verbalizar su deseo, se fijó en cómo el resto de su familia lo observaban expectantes y otra idea loca se le iluminó.

—Que saltemos juntos en paracaídas.

—Corazón, para eso hay que ser mayor de edad. —Su madre apretó los labios en un amago de sonrisa.

—¡Joder! Siempre con el mismo rollo.

—¡Esa boca!

—Vale, vale, pues entonces… que te pintes el pelo rosa. ¿No dijiste el otro día cuando te escapaste que casi te haces un cambio de *look*? Pues ahí va un último empujón.

—Eso no es justo —repuso su hermana—, lo que ha pedido la abuela es un triste masaje de pies, lo tuyo se pasa.

—¡Hecho! —Matilde alargó la mano para sellar la apuesta.

—¡Pero, mamá!

—Ni peros, ni peras. Yo he puesto mis condiciones y él las suyas, así son los tratos, aunque ya te digo, Nachete, que esta noche vas a conocer a mis juanetes. —Empezó a reír tan fuerte que le faltaba el aire—. ¡Ay, Dios mío, que me meo yo sola con el chiste que he hecho!

Se lanzaron directos a las atracciones de agua, la primera: el aserradero. Paco no estaba muy convencido de esa travesura, pero se obligó a sí mismo a no poner mala cara ni a protestar. Por muy demenciales que fueran las atracciones, su familia se esforzaba para que él se reuniese con su hermana, como mínimo, tendría ese detalle con ellos. Necesitaron dividirse en dos grupos para entrar en esos troncos flacuchos, él se quedó con sus nietas en uno y el resto en el segundo.

—Abuela, ¿estás preparada para gritar?

—Anda, si tampoco parece para tanto, no quieras asustarme.

—Ahí viene la bajada, ¡suelta las manos!

—¡Ahhhh! —gritaron los cuatro.

El golpe de agua los dejó empapados, la permanente de Matilde, que ya llevaba unos días decaída, terminó por chafarse.

—¡Qué fría está! Pero, oye, qué gustazo, ¿cuál es la siguiente?

En los rápidos sí pudieron subir los siete en el mismo *rosco*. Las carcajadas tronaban como una bandada de pájaros que acababa de encontrar un campo de maíz. Descendían por ese falso río sintiendo que realmente estaban atravesando el de su pueblo en el que tantas veces habían visto recorrer a turistas armados con canoas.

—¡Sillas voladoras, sillas voladoras! —Arrancaron a bailar Rebeca y Carlota tras consultar el mapa.

—¿Me tengo que subir ahí? Se me va a ver hasta el alma. —Matilde miraba su falda de flores turquesa todavía húmeda.

—¿Ya te estás rindiendo, abuela?

—Ja, qué más quisieras. Total, aquí no me conoce nadie y si me ven las bragas, pues eso que se llevan.

Pocos metros antes de subir a la atracción, Nacho se encontró con un compañero del instituto que también estaba pasando el día con su familia. Hablaron unos minutos, intercambiaron golpes en los hombros. Dos gritos más tarde de su abuela, para que no se hiciera el loco y se quedara sin montarse, le tendió el móvil y salió corriendo.

La leve brisa que corría esa tarde junto con el movimiento de las sillas voladoras les provocó una risa nerviosa que les nacía en el estómago. En un momento concreto, Nacho gritó que abrieran los brazos como si fueran pájaros y su amigo, advertido, disparó una decena de fotos en las que la familia Manzano volaba relajada, olvidando las cargas.

Cuando terminó el paseo, Nacho recuperó su móvil y los dirigió, al fin, a las temidas montañas rusas. El rugir de las gargantas, aunado con el sonido perturbador del tren de la mina, consiguió que los nervios de Matilde se tensaran mientras aguardaban su turno.

—Es seguro, ¿verdad? Pasa sus revisiones y sus cosas.

—Obvio, abuela.

—Claro, claro, imagino. Es que parece que lo hubiera construido un gigante con palillos de los dientes.

—Uhhh, huele a que alguien va a teñirse el pelo de rosa. —Le hizo cosquillas.

Matilde, aunque había vuelto a rezar después de la aparición de las cartas, realmente no era muy creyente, sin embargo, se santiguó por si acaso el poder divino existía y le amortiguaba el golpe. Empezaron a subir muy despacio. *Track, track, track*. A continuación, una bajada sencilla, que le hizo vibrar la barriga, otra subida y unos metros en línea recta la relajaron haciéndole creer que aquel paseo se había terminado. De repente, se acercaron a la primera caída de vértigo. Matilde gritaba sin soltar el mango de sujeción, Nacho, manos en alto, chillaba eufórico.

Si con las atracciones de agua y las sillas voladoras, el pelo cuidado de Matilde había pasado a mejor vida, tras el tren de madera si

hubiera dicho que había metido los dedos en el enchufe nadie lo hubiera dudado.

—Madre mía, cuando se lo cuente a la Virtudes no se lo cree.

—Ya verás en el abismo.

—Hijo, que todavía no me he muerto como para que me entierres.

—No, abuela. —Negó también con la cabeza aguantándose la risa —. El abismo es aquella montaña rusa.

Una serpiente metálica de un color anaranjado tan intenso como el fuego mostraba con orgullo sus bucles endemoniados y los gritos escalofriantes de quienes se atrevían a subir.

—Nacho, creo que la broma de la apuesta se te está yendo de las manos —le advirtió su madre—. La abuela no tiene edad para montarse ahí, ¿quieres que le dé un infarto?

—¡Ya estáis otra vez con que soy una vieja! ¿Sabéis qué? Que me voy a montar por cada una de las veces que me han dicho que no podía hacer algo, por cada mirada criticona, por cada intento de salirme del tiesto para terminar mordiéndome la lengua, pero, aunque me he dado cuenta demasiado tarde y ya estaba resignada a apagar mis días sin moverme del pueblo, lo voy a hacer porque me siento más viva que nunca. —Se cruzó de brazos.

—Abuela, de verdad, no pasa nada, podemos dejarlo aquí y tú ganas, sin trampas, te lo prometo. No quiero que te pongas enferma.

—Nacho, mírame, nunca he sido más feliz y más dueña de mí misma como ahora, solo deseo que vosotros no tardéis tanto en crear la vida que queráis y no la que os digan que debéis vivir.

Antes de seguir a su nieto para acceder a la atracción, se detuvo a mirar a su familia. Sostenía la mano en el pecho, los ojos humedecidos y una sonrisa limpia, estaba orgullosa del hogar que había creado, pero si se quitaba la coraza de ironía, de coraje arrollador, quedaba esa esencia que había acallado durante años.

«Vamos, Matilde, que a jóvenes de espíritu no nos gana nadie», se dijo a sí misma. Se adentró en el abismo, Nacho le precedía, mientras el resto de los Manzano los esperaban con el corazón apretado. Un chico moreno con varios tatuajes tribales en los brazos les ayudó a acomodarse, comprobó los cierres de seguridad y les prometió que sería una experiencia alucinante.

En la primera caída, Matilde no fue capaz de gritar por mucho que se esforzaba, su garganta estaba vacía como si entre los pulmones y las cuerdas vocales se hubiera perdido el aire. No se había recuperado todavía de esos gritos fallidos cuando comenzaron los *lupins*. «Aquí me quedo tiesa, ¡cómo puede ir tan rápido, por Dios!». Cuando volvieron a estar bocarriba, Nacho le agarró la mano con fuerza y, en un impulso, las elevaron.

—¡Sácalo, abuela, sácalo!

—¡AHHHHHHHHHHHHHHH! —gritaron al unísono, con rabia.

Terminaron el trayecto empapados en lágrimas y, tras salir del asiento, se abrazaron con esa intensidad que comparten los corazones que necesitan colocar todas las emociones estancadas que han acumulado por no detenerse a escucharlas.

28. Se acabó

Una de las noches más horribles de mi etapa madrileña sucedió la tercera semana de ese mes de ensueño, quizá el refrán de algunas de mis vecinas del pueblo «cuando suceden muchas cosas buenas, algo malo te está esperando a la vuelta de la esquina» fuera cierto.

Esa mañana había ido con Adelina al mercado. Compré unas chuletas de cerdo, patatas, tres tomates rojos que daban ganas de comérselos a bocados y una botella de vino tinto. Quería prepararle a Pedro una cena especial después de la jornada de taberna que le esperaba. Sin embargo, la sorpresa más desagradable me la llevé yo.

Andresín se había ido de nuevo al cine con mi asturiana del alma, al final le pillaron el gusto a esas sesiones a última hora de la tarde. Fue Rafael quien me abrió la puerta. Su camisa lucía lamparones en distintos tonos, me atrevería a jurar que hacía días que no tocaba el agua. La llevaba mal abrochada y uno de los faldones quedaba fuera del pantalón marrón que tampoco mostraba mejor pinta. El pelo se le veía grasiento y un pestazo a *vinacho* le hacía las veces de aura.

Le saludé aguantándome la respiración. Me dirigí al salón y el estropicio con el que me encontré me revolvió el estómago. Sin mediar palabra, corrí la cortina raída que ocultaba la minúscula cocina, si es que se le podía llamar así, coloqué la compra en el único hueco de la encimera que no estaba mojado y saqué una bolsa de basura para adecentar ese vertedero antes de que mi poeta regresara.

Abrí también las ventanas, a pesar del aire seco que corría, era mejor morir de calor que de olor a alcohol y sudor rancio. Rafael se quedó en el marco de la puerta mientras yo iba recomponiendo aquel bodegón dantesco.

No lo vi venir.

Estaba de rodillas recogiendo las colillas que había desparramadas por el suelo cuando se me echó encima. Sentí su asqueroso cuerpo como si una losa de hormigón armado me hubiera aplastado. Intenté zafarme, pero me aprisionó las muñecas.

—Rafael, por favor —le rogué con una templanza que no sé de dónde leches saqué.

—Con el inútil ese bien que gritas, y yo sé que solo lo haces para provocarme, como el primer día que apareciste con la tetona. ¿A quién quieres engañar con esa pinta de no haber roto un plato cuando eres la puta más barata?

—¡Que me sueltes!

—Sigue moviendo el culo así, eres tú la que me lo estás pidiendo, yo solo te estoy haciendo el favor.

Dejó caer su peso con más fuerza para liberar una de sus manos y subirme la falda. Tiró de mis bragas de golpe, yo no paraba de gritar, intentaba revolverme, pero no conseguía desplazar su sucia carne ni un mísero centímetro. Cuando escuché el sonido metálico de su cinturón sobre las baldosas, supliqué morirme allí mismo.

La puerta del piso se abrió de golpe y mis gritos, que ya me habían pelado la garganta, se unieron a los de Pedro. Escuché los golpes, cómo la mesa coja se estampaba contra la pared, los insultos. Me hice un ovillo sin parar de llorar. Los mocos y las lágrimas viajaban en un mismo río que se convirtió en un océano inmenso en ese suelo que aborrecí con toda mi alma.

—Ya está, corazón mío, ya está. —Me abrazó con ligereza, supongo que con miedo a que me partiera en mil pedazos más—. Se acabó, se acabó. Ese malnacido no va a volver a tocarte jamás ni a pisar esta casa.

Se sentó en el suelo y me dirigió a sus brazos donde me dejé mecer. No recuerdo cuánto tiempo estuve en ese duermevela oscuro en el que me mantenía repasando cada palabra, cada gesto. ¿De verdad había sido culpa mía?

—Vamos a ir a denunciarlo. —Me colocó un mechón de pelo tras la oreja, yo seguía hipando, mi mirada se había quedado clavada en los desconchones de la pared.

—¿Y quién me va a creer? Me van a humillar todavía más, ¿no lo ves? ¿Qué hago yo aquí si no estamos casados ni prometidos?, ¿qué hago metiéndome en tu cama cada noche?

—Eso no es así, María, mírame. Tú no has hecho nada malo.

—Pero eso no es lo que van a pensar de mí, no vivimos en un país tan moderno como te crees. La culpa siempre será mía.

—Pues tendrán que escucharnos. —El que lloraba era él—. Yo he sido testigo del delito, eso tiene que valer para que se haga justicia.

—Esto no es uno de tus versos, la justicia para las mujeres no existe.

Esa noche le hice prometer que no le contaría a nadie ni una palabra de lo que había ocurrido entre esas paredes, ni siquiera a Andresín y Adelina. No le di otra opción, si quería seguir compartiendo la vida conmigo, aunque fuese sin etiquetas ni planes de futuro, tenía que enterrar cada imagen, cada palabra, cada lágrima.

Inventamos una nota de Rafael en la que decía que se marchaba ahogado por las deudas que había dejado en varios bares, y que además le debía dinero a gente turbia y, antes de que lo quitaran del

camino, se marchaba él. A nadie le pareció extraña esa mentira, no dudaría que, incluso, escondiera cierta verdad.

Como había aprendido en el pueblo, me dibujé una delgada línea en los labios y maquillé la realidad hasta que yo misma creí que esa tarde de agosto no había ocurrido. A las únicas que no conseguí engañar fueron a las pesadillas que, durante años, me vinieron a visitar.

29. El Escorial

—¿Estás seguro de que tienes carné? —dijo Adelina después de varios minutos de viaje y unos sonidos rasposos con las marchas.

—No exactamente. —Pedro se encogió de hombros.

—¿Qué quiere decir eso? —Adelina se asomó entre el hueco de los asientos.

—Pues lo que he dicho, no exactamente.

—Pedrito de mi alma, me cago en tu cara y en la de Andresín por dejarme convencer.

—Relájate, mujer, que no va a pasar nada.

—Eso mismo dijo un *mozu* de mi pueblo y míralo, diez años criando malvas.

—A saber si lo que llevaba era un tractor en vez de un coche, que te gusta exagerar. Yo sé conducir, lo único que el papelito, pues no lo tengo.

—María, ¿y no piensas decirle nada? El desgraciado este no sabe qué hacer para que publiquen algunos de sus versos. Óyeme bien, como sea mi lápida el primer lugar en el que los coloquen te juro que te arrastro desde el más allá.

—Al menos no está muy lejos, ¿no? —me limité a añadir.

—¿El más allá? —Adelina me miró extrañada.

—No, El Escorial —respondí simulando una sonrisa.

—Poco más de cincuenta kilómetros, relajaos que lo vamos a pasar en grande —añadió Andresín que le dio a su amigo un par de palmadas en el hombro desde el asiento del copiloto.

—Virgencita, no nos lleves pronto —murmuró la asturiana antes de cubrirse el rostro con las manos.

Esa escapada a San Lorenzo de El Escorial se le había ocurrido a Pedro una semana después del incidente con Rafael y a tres días de que regresara la familia de Tenerife. Supongo que fue una de las tantas formas con las que intentó devolverme la luz al rostro. Por fortuna, el viaje en aquel seiscientos abollado en color crema, que el poeta había pedido prestado a su jefe, terminó sin estamparnos ni en el cuartelillo.

Los residuos de aquella horrible tarde seguían tan candentes, que a veces me parecía que me iba a quemar viva, solo conseguía esconderlos manteniéndome activa. De ahí que las caminatas a solas por mi querida Madrid se hubieran vuelto una necesidad y mi ritmo

de limpieza en la casa se hubiera disparado, incluso sin que hubiera nadie para revolverla, hasta el punto de llegar a sangrarme las uñas.

A donde no había vuelto era al portal rojizo. De hecho, nunca más lo hice. A Pedro no le agradecí tanto esa escapada a El Escorial como que a finales de septiembre se mudara con Andresín de ese piso a otro, todavía más pequeño, a un par de calles de la cuna de mis primeras veces y, también, de mis demonios.

Entramos en el municipio alrededor de las once de la mañana. El sol subía su fiereza, ni una brizna de aire nos recibió. Paseamos por sus calles buscando la poca sombra que nos ofrecían. Como me ocurría en la capital, mi imaginación se perdió entre las fachadas con algunos balcones acristalados. ¿Qué recuerdos les quitaría el sueño a sus habitantes? En una de las calles más céntricas encontramos unos soportales con columnas de piedra que fueron durante algunos minutos nuestro resguardo.

—Ya nos podríais haber llevado a la playa, ¡qué calor!

—La que has montado y estábamos a un verbo, si nos vamos a Valencia igual sí que no regresamos —le respondió Andresín.

Deambulamos un rato más hasta que encontramos un bar con una pequeña terraza a la sombra de unos árboles tupidos. Los cafés cargados y los vasos de agua que nos bebimos sin respirar ayudaron a que el sofoco se aplacara. Seguimos caminando por aquellas calles empedradas, el par de tortolitos con sus idas y venidas habituales, Pedro y yo esquivando las palabras.

Nunca imaginé que el monasterio fuese tan imponente y sobrio, como una montaña cerrada a cal y canto que rezumaba orgullo y solemnidad. Aproveché aquella maravilla que teníamos ante los ojos para escudriñar sus recovecos y los de mi silencio.

Me fijé que, a pesar de la dureza de sus muros, algunas grietas se habían abierto paso. Respiré profundo varias veces, solté el aire despacio empujando con la barriga hasta quedarme completamente seca y fue justo ahí donde me dije que yo misma sería ese muro y si no dejaba que nadie se colase lo suficiente en el fondo, no verían que había una grieta que me afanaba por ocultar. Así que me prometí a mí misma que, ya que la justicia no me iba a brindar ningún tipo de consuelo, tampoco permitiría que el infierno se convirtiese en el protagonista de mi vida.

30. Renacer

El año siguiente bailó con una melodía similar. Pedro seguía sin publicar absolutamente nada y yo sin dejar de ahorrar, la idea de crear un negocio que fuese mío pasó de ser uno de los sueños por los que me marché del pueblo a convertirse en una obsesión desde la tarde en la que el mundo se me cayó encima. No quería depender de nadie más que de mis manos.

Me convertí en una mujer más madura y también desconfiada, los ruidos secos me crispaban los nervios, pero cada mañana me repetía la misma promesa que me hice en El Escorial: que ninguna grieta rompiera mi fortaleza. Con mucha paciencia y pasitos todavía más pequeños que los que me ayudaron a iniciarme en el mundo del amor, conseguí recuperar las ganas de explorar mi cuerpo y el de Pedro. Exprimir ese presente sin futuro en el horizonte.

Hubo rachas en las que la alegría me asustaba y el corazón se me encogía por si otro zarpazo volvía a aparecer. Aprendí a ahuyentarlos rápido y a convertirlos en el extremo opuesto. La efusividad del comienzo se diluyó y esas noches en las que salía a hurtadillas de la casa de Mercedes y Ricardo fueron cada vez más escuetas, aunque más intensas, como si temiésemos que la grieta, que le hice jurar que enterraría, pudiese tornarse en un socavón que nos dejase sin puente con el que entrelazarnos.

Mis hermanos tampoco habían contestado a ninguna de mis cartas, continuaba escribiéndolas y maquillando la realidad con los colores más bonitos con la esperanza de que después de tanto clamar esa felicidad sin parches consiguiera alcanzarla. Hasta que una mañana de principios de octubre decidí que estaba cansada de vivir a medias.

Aproveché que no había nadie en la casa para sacar mi ropa del armario, incluso los zapatos. Lancé todo el contenido a un cubo metálico que usábamos para lavar a mano las prendas más delicadas, rebusqué en la cocina hasta dar con las cerillas. Me dirigí al patio y les prendí fuego. En ese beso asfixiante lancé también los retazos de un diario que había estado escribiendo con las 378 pesadillas que me habían apretado la garganta durante meses.

Yo no había hecho nada malo.

Yo no había buscado ningún castigo ni divino ni terrenal.

Yo no había provocado a nadie con mi cuerpo ni con mis ganas de amar.

El fuego se consumió, continué mirando las cenizas como si esos rescoldos ardientes, que había sentido meses atrás que me hacían arder viva, se hubieran trasladado al cubo, liberándome. Una especie de silbido me sacó del trance, no conseguí descifrar si había sido un pájaro o simplemente el viento, no importaba, tomé esa señal como el pistoletazo de salida: renacer o morir, y tenía claro que si no me había muerto cuando se lo supliqué al cielo, era hora de ser ave fénix y emprender un nuevo vuelo.

31. Verdades a medias

31 de octubre de 1972

Queridos hermanos:

¿Qué tal estáis? ¿Habéis empezado a recoger la aceituna? El frío ya se ha instalado por aquí, aunque algunas tardes el sol todavía calienta lo suficiente como para pasear sin una bufanda de lana.

Adelina llevaba meses diciéndome que debía visitar un templo egipcio que habían inaugurado en julio, pero tenía tantos quehaceres y un poco de mal cuerpo, supongo que fatiga y algún virus, que he preferido dedicar este tiempo a descansar más. Pero ahora ya me siento como nueva, así que ayer cogimos un trozo de bizcocho de limón, que sobró de hace un par de días, y nos fuimos a merendar a ese sitio precioso.

Ojalá pudieseis venir.

Nos sentamos en un banco y mordisqueamos el bizcocho mientras veíamos a las familias pasear. Charlamos sobre las nuestras, y bueno, tengo que reconocer que le mentí, le dije que me contestabais a veces, aunque supongo que no me creyó. No importa, no pierdo la esperanza de volver a reunirnos como niños y desayunar chocolate con churros en algunas de las terrazas.

Intento gastar lo justo para ahorrar y poder tener algún día mi propio negocio, pero de vez en cuando sí que me doy un lujo, como merendar en la Plaza Mayor o comprarme alguna blusa bonita. De hecho, esta semana tuve que comprarme bastante ropa porque se debió colar un ratón en casa y me hizo pedazos la mayoría de mis prendas. Aunque creo que lo que más os gustarían son los coches. Cada día hay más, tantos que parecen ríos de colores adornando las calles.

Qué ganas tengo de saber de vosotros, por favor, escribid pronto.

Os extraño.

María.

32. Un desayuno con vistas

Estaban emocionalmente exhaustos y el viaje solo acababa de comenzar, todavía les faltaba aterrizar en Tenerife y cruzar los dedos para que María siguiera viviendo en el mismo domicilio que constaba en el remitente de su última carta. Después de dormir la excitación del parque de atracciones, el lunes se levantaron con un espíritu más animado. Era su último día en Madrid.

—¡Abuela! Si eso está aquí al lado —gritó Rebeca tras leer la carta de ese día—. ¿Por qué no desayunamos en el Templo de Debod? Seguro que os va a encantar.

—Así me gusta, con alegría en el cuerpo.

Aprovechando que la tanda de siete duchas iba para largo, Ana preparó un bizcocho para compartirlo con las mismas vistas que un día disfrutó María. El olor a limón y harina se adhirió a esas cartas rebosantes de recuerdos que descansaban esparcidas en la mesa del salón. El calor del horno subió un par de grados la temperatura del diminuto piso, pero a nadie le importó. De alguna forma, sentían que tanto ese bizcocho como los lugares que visitaban les acercaban más a María, a quién fue y por dónde pasó.

El aroma a masa dulce se entrelazó también con otros recuerdos que Paco sí tenía de esa hermana que durante años trajinó en la cocina de sus padres. La última tarde que estuvo con ella también comieron bizcocho con chocolate, María lo preparaba como nadie. Lo que no imaginó entonces es que en cada bocado de esa masa amarillenta iban lágrimas de despedida.

Metieron el bizcocho en un táper y compraron batidos de chocolate y cafés para llevar en el supermercado del final de la calle. El cielo estaba limpio, ni una sola nube se atrevió a mancharlo. Hicieron el recorrido de Lavapiés al Templo de Debod con calma, fijándose en cada uno de los edificios con los que se cruzaban, prácticamente los mismos que durante una etapa vieron cómo la esperanza de María volaba por el cielo efervescente de Madrid. Imaginaban a una muchacha jovial a la que cada paso que daba le seguía un toque de gracia, un cuento de hadas perfecto salvo porque había tanta información omitida en esas misivas que casi eran dos vidas paralelas.

Matilde observaba los detalles sumida en sus pensamientos, de fondo el trajín de la ciudad y las conversaciones alegres de su familia sobre la tarde anterior en el parque de atracciones. Ese reto juguetón

que le propuso a su nieto en un arrebato, lo percibía como un trozo del iceberg que había intentado ocultar, pero que finalmente había conseguido desprenderse para recordarle que todavía había tiempo.

Se imaginó más joven saltando de ciudad en ciudad, atreviéndose a ser la mujer con la que soñaba despierta y en esas calles madrileñas, que guardaban miles de secretos y besos apasionados, se prometió que después del viaje iba a apostar por ella, por esa lista de ilusiones que no tenía por qué dejar sin cumplir.

Paco no lo compartía con nadie, ni siquiera con Matilde, pero el pensamiento recurrente de qué hubiera pasado si hubiera conocido en el momento preciso el contenido de esas palabras que su hermana les enviaba, seguía apretándole el pecho como un lazo que esperaba no terminase siendo negro. Se aferraba al optimismo de su familia, ellos creían que María seguía viva. Él a veces lo dudaba, tenía miedo de llegar a Tenerife y volver con las manos gélidas. Ansiaba poder abrazar de nuevo a su niña María, que le perdonase, incluso a Sebastián.

Desde que descubrió que su hermano mayor le había negado el amor de la pequeña, un agujero de odio se expandía sin control. Quería entenderlo, comprender cómo percibía el atrevimiento de su hermana a cumplir sus sueños. Intentaba afanarse en que el sentimiento de protección había cegado la noción de su hermano, que no era tan despiadado como lo pintaba el resto de la familia, aunque seguía sin conseguir perdonarlo, cincuenta años de mentiras eran demasiados. Dentro de esa madeja de rencor, también había un pequeño esqueje adherido a María, ¿por qué no le habló con franqueza, a cara descubierta?

Subieron hasta el Templo de Debod por las escaleras cercanas a la Plaza de España. Las vistas impresionaron a los abuelos, se abrazaron por el costado y Paco le besó la coronilla a su mujer. No habían sido unos grandes exploradores del mundo, sin embargo, Matilde pensó que habían conseguido mantener fuerte las semillas de la unión, el respeto y el amor profundo y, aunque no pareciera tan atractivo como vivir sin anclarse en un mismo lugar, había sido también una buena vida.

Se sentaron en un par de bancos bajo el amparo de la sombra de unas ramas, repartieron el bizcocho y dejaron que la guitarra de un chico, que cantaba a lo lejos, pusiera la banda sonora al rastro de María.

33. Hay que celebrar

Mayo de 1973 arrancó con una noticia que llevaba años deseando escuchar. Pedro me pidió que quedáramos en El Retiro con la excusa de que hacía demasiados meses que no recorríamos nuestros rincones favoritos. Llevaba razón. Desde que conseguí arrancar la culpa y la vergüenza de mi piel, nos habíamos limitado a crear nuevos recuerdos en calles y plazas que antes no habían visto pasear nuestro amor. No fui consciente de ese detalle hasta que él propuso volver al parque en el que descubrí qué sabor tenían sus labios.

El olor a polen se intensificó al traspasar las puertas del que fue mi oasis durante los primeros meses en Madrid. Llegué media hora antes para disfrutar de mi rincón a solas, desconocía que Pedro se guardaba un as en la manga.

Deambulé por los caminos de tierra con paso lento, casi arrastrando los pies. Me iba fijando en cada detalle: los distintos tonos de verdes, cómo cambiaba la luz al filtrarse por las hojas, los rostros tan dispares con los que me cruzaba. Una sensación de calma me invitó a sentarme unos minutos sobre la hierba apoyando la espalda contra el tronco de un gran árbol.

Cerré los ojos para grabar ese instante. La corteza rugosa traspasaba la tela suave del vestido, se clavaba en mi piel. Acaricié la hierba con la yema de los dedos, despacio, absorbiendo cada pliegue. En un impulso, todavía con los ojos cerrados, me descalcé y hundí los pies hasta que noté cómo la hierba daba paso a una tierra fría y húmeda.

Un par de lágrimas resbalaron por mis mejillas sonrosadas, estaba viva. Cada poro me gritaba, no iba a permitir volver a desconectarme. Me incorporé borracha, recuperé los zapatos y llegué al Palacio de Cristal en una danza hipnótica que solo comprenderá quien haya bailado con el campo.

—Estás radiante. —Pedro me abrazó con fuerza, incluso con ansia.

—Me siento bien, no, más que bien. —Me enganché a su cuello, le besé con ganas.

—Ya veo. —Ese beso fue más ligero, como si reconociéramos nuestros labios—. Este lugar siempre me va a saber a ti.

—Tus versos también están esparcidos por estos jardines. ¿Me vas a dejar leer alguno nuevo como aquella tarde?

—Mejor, tengo algo que contarte. —Sus ojos se iluminaron como si

un cielo repleto de estrellas se hubiera cobijado en ellos—. Lo he conseguido.

Se llevó las manos a la espalda, vi como tiraba de algo que tenía remetido en el pantalón. Un pequeño libro verde con las letras doradas apareció en sus manos.

—*Primavera encendida,* de Pedro Romero —leí en voz alta—. ¡Oh, Dios mío! ¡Pedro, es tuyo! —Lo abracé tan fuerte que se tambaleó.

—Abre la primera página.

—«A María, por recordarme la magia de los jardines escondidos».

Nos fundimos en un beso bañado en lágrimas, suyas y mías. Un mar agitado que arremolinaba tantas vivencias… Solo habían pasado poco más de dos años y medio desde que mi asturiana querida cruzó nuestros caminos, sin embargo, el peso de lo aprendido sumaba décadas.

—¡Esto hay que celebrarlo! —dije apartando las lágrimas con ambas manos.

—¿Qué te apetece, corazón mío?

—Lo que sea, pero contigo. —Me enganché de nuevo a su cuello—. Es tu gran momento, sé lo duro que has trabajado para conseguirlo. ¿Cómo se celebra un sueño?

34. El mar

Los tímidos rayos de sol me despertaron. Al abrir los ojos una franja de un azul oscuro con algunas vetas plateadas me quitó los resquicios de sueño.

—Buenos días.

—No he sido muy buena copiloto, ¿verdad? —dije moviendo el cuello—. ¿Cuánto rato he estado durmiendo?

—Prácticamente desde que salimos de Madrid, no te preocupes, conducir de noche tiene una ventaja: no hay casi coches con los que chocarse. —Se rio.

—Creo que tu vena romántica me gusta más que la sarcástica.

Era la primera vez que veía el mar, otra más con Pedro. El poeta parecía afanado en completar el álbum de primeras veces cuanto antes, y en esta ocasión merecía la pena mentir por el premio. Cuando me propuso que nos fuéramos un par de días a Gijón pensé que se había vuelto loco, sin embargo, la idea de explorar el mar junto a él y, en un momento tan dulce, me llevó a aceptar ese plan descabellado.

A Ricardo y Mercedes les dije que necesitaba ausentarme con urgencia unos días de Madrid para resolver unos asuntos personales. Crucé los dedos para que no me pidieran detalles, no quería mentirles descaradamente; no hicieron preguntas. Qué cielo de familia, cuánto me ayudaron a lo largo de los años. Pedro no me quiso contar la milonga que le explicó a su jefe para que, además de darle unos días libres, le volviera a prestar el coche. Lo preferí así. Oídos que no escuchan, carga que no lleva el alma.

Aparcamos junto al paseo marítimo, bajé del coche sin apartar la vista del siseo de las olas que se perdían en la orilla. Nos acercamos a la barandilla blanca y contemplamos cómo el sol se terminaba de desperezar.

—Es increíble. —Se me había tatuado una sonrisa tan intensa que me dolían los carrillos.

—Ahora es más bonito. —Acarició mi espalda con suavidad—. ¿Te apetece desayunar?

—¿Te importa si vamos en un rato? —respondí sin apartar la vista del mar.

—Espérame aquí, no tardo. —Me besó en la mejilla y se marchó.

No sé cuánto tardó en regresar, apenas me resultó un suspiro. Apareció con una bandeja de aluminio con dos tazas de café con

leche, tres bollos de mantequilla y un semblante tierno que me hacía ronronear.

—¿Y esto?

—De ese bar. —Apuntó a la acera que quedaba a mi espalda—. Les he dicho que es la primera vez que mi novia ve el mar. ¿No te apetece desayunar en la arena? No sé tú, pero yo detesto el café frío.

—¿Has dicho novia? —Nunca había puesto esa etiqueta—. Eres tan…

—Guapo. —Me guiñó.

—Y modesto. —Me contuve las ganas de hacerle cosquillas por miedo a que el desayuno terminara en el suelo.

Nos acomodamos cerca de la orilla, colocamos la bandeja entre nosotros. Pellizqué los bollos sin ni siquiera mirarlos, el café lo bebí a sorbitos sintiendo el contraste del calor de la loza con la humedad que traspasaba mi ropa. Más de una hora con la banda sonora de los graznidos de las gaviotas y el murmullo de las olas. Más de una hora preguntándome cómo cogía tanta felicidad en el pecho.

35. Atardecer de colores

Si Madrid me sobrecogió en su primer atardecer, Gijón lo sobrepasó. El cansancio del viaje no era capaz de doblegar al imán que ejercía el mar sobre mí.

Después de tres horas buscando alojamiento, encontramos una pensión pequeña pero cerca del centro en la que no hacían preguntas y el precio era aceptable para lo que ofrecía. Coloqué mi maleta vieja sobre una silla de madera oscura que había junto a la ventana. Pedro depositó su macuto en el suelo. Nos acurrucamos en esas sábanas blanquecinas que olían a lejía y deseé que se detuviera el tiempo.

Inicié un reguero de besos suaves sobre su cuello. Subí hasta la mandíbula, la oreja. La piel de Pedro se erizaba, le siguió el resto del cuerpo. Me senté a horcajadas, me desabroché el cinturón que marcaba mis delgadas curvas y me saqué el vestido de flores pálidas por la cabeza.

Nuestras miradas se sonrieron.

Le ayudé a desvestirse con parsimonia, regodeándome en tocar esa piel morena que me había enseñado a vibrar. Nos bañamos en caricias y besos lentos, no había prisa, nadie nos esperaba, contábamos con el regalo de nuestra propia burbuja.

Salimos de la pensión con las huellas del amor todavía incandescentes, el sol cerraba los ojos. Lo arrastré con prisa hasta la playa, no quería perderme el juego de colores, cómo era ver dormir al mar. Me descalcé y agradecí el frío del agua lamiéndome los pies. De pronto, una idea infantil ocupó mi mente. Salté, moví las piernas elevando la espuma y dando vueltas sobre mí misma con los brazos abiertos.

—¡Vamos, ven!

—¿No te había dicho que no me gusta el frío? Esa agua debe de estar congelada.

—Anda, no seas miedica, ¡ven! —Le lancé agua con las manos—. No me hagas que te meta a la fuerza.

—Primero tendrías que alcanzarme. —Corrió paralelo a mí sin rozar la zona más húmeda de la orilla.

Me abalancé sobre él, jugamos al pillapilla durante un buen rato, nuestra respiración se agitaba, los gritos provocándonos se sumaban a la fiesta. Apenas quedaban los últimos trazos de luz que convirtieron

el cielo de Gijón en un festival de tonos rosáceos, anaranjados y con pequeños toques violetas. Me detuve extasiada ante ese cine natural. Pedro se acercó creyendo que no saldría de mi ensoñación, sin embargo, a unos centímetros, me lancé sobre él. Caímos en la arena mojada, varias olas terminaron por empaparnos.

—Te atrapé.

—Desde el primer día.

36. Poemas escondidos

—¿Qué te parece si dejamos uno de tus poemas escondidos en la ciudad?

—No te sigo. —Se acercó el tenedor a la boca con un trozo de pescado.

—Saca uno de esos papeles que siempre llevas encima y escribe el primer poema que escuches en tu cabeza. Olvídate de pasarlo por los filtros de calidad, solo escribe.

Pedro extrajo del bolsillo del pantalón uno de sus tantos lápices mordidos y una libreta diminuta de la que arrancó un papel. Me miró fijamente. Acercó el lápiz varias veces a la hoja amarillenta, no plasmó ni una letra. Le dio un trago largo a la cerveza, recorrió mi rostro y dirigió la vista hacia la oscuridad en la que se había convertido el horizonte.

Escribió del tirón. Divisé al menos cinco líneas antes de que lo plegara.

—Déjame leerlo.

—No. Has dicho que lo íbamos a esconder, ¿no? —Asentí—. Pues lo vamos a colocar en el rincón que tú quieras de esta ciudad, pero tendremos que regresar para que sepas lo que pone. ¿Hay trato? —Me dedicó una sonrisa canalla.

Después de cenar en un bar junto al paseo marítimo, echamos a andar en busca del lugar perfecto para guardar ese pequeño tesoro, otro de nuestros tantos secretos. Media hora más tarde, en una calle estrecha cercana a la Iglesia de San Pedro, vi un ladrillo suelto en la pared. Al moverlo, migajas de cemento cayeron al suelo. Le pedí el papel, lo besó y me lo entregó. Yo también dejé un beso prendido en esos trazos. Lo introduje y, con cuidado, volví a colocar el ladrillo.

—Ya estoy deseando volver para saber qué versos hay aquí guardados.

37. Un libro cualquiera

El desayuno en el Templo de Debod, igual que ocurría con cada uno de los lugares que habían visitado siguiendo el rastro de las cartas, los dejó descolocados y con la mente perdida en qué se encontrarían al llegar a Tenerife. Todavía les quedaba el resto del día para desgranar Madrid y esta vez fue Ana la que, siguiendo el ejemplo de su hijo la tarde anterior, decidió que ya habían experimentado suficientes emociones a través de las misivas de María, debían escoger su propio itinerario.

—¿Os apetece ver uno de mis rincones favoritos? Encima hay aire acondicionado y cafetería, así que no caben las quejas por el calor o el cansancio.

—¿No será ir a una de esas tiendas pijas que te ponen tarta y café? En la maleta no me entran ni unas bragas.

—Me gustan más cosas además de la ropa, mamá. Además, ¿a qué tiendas vas tú?

—¿Yo? Si de la de Sagrario no salgo, pero las he visto por la tele y claro, como siempre vas tan estilosa y ayer estuvimos bromeando con lo del cambio de *lu* ese, pues digo, esta muchacha se ha venido arriba y en vez de irme para Tenerife con el pelo rosa, lo hago con un cambio de armario.

—Eso lo dejamos para la vuelta, si te apetece.

—¿Entonces a dónde vamos, tita?

—¿Te gustan los cuadros?

Ana los condujo hasta el Paseo del Prado, la mirada le brillaba como a los niños de excursión. Compraron unos polos de limón en un quiosco frente a Cibeles y posaron con las lenguas fuera como les pidió Nacho para otra de las tantas fotos que colmaron ese primer viaje familiar. Quizá no encontrasen a María, pero sus cartas habían conseguido que los Manzano volvieran a recordar el poder y la felicidad que reside en una familia que se quiere, a pesar de las diferencias y las heridas que, sin ser intencionadas, marcan las relaciones.

—¿Estáis preparados para descubrir cómo hablan los cuadros?

—Mamá, tampoco te flipes tanto que son dibujos enmarcados.

—¿Dónde está el niño que le fascinaba venir aquí conmigo? ¡Que me lo devuelvan! —respondió con una mezcla de broma y verdad oculta—. Si queréis, os puedo explicar algunos o que cada cual vaya a

su ritmo y nos vemos en dos horas en la cafetería.

—Yo creo que con media tenemos de sobra.

—Niño, ¿quieres dejar de ser tan respondón? —Matilde le dio una colleja.

Si la fachada del edificio había sorprendido a los nuevos en la ciudad, cuando traspasaron la puerta, el recibimiento que les dio el museo consiguió que abrieran varias veces los ojos, incluso sin entender el trasfondo, la belleza de las salas era evidente.

—Ana, ¿este cuadro qué significa?

—¿Qué ves tú?

—Pues un montón de gente desnuda bien contentos de lucir cuerpo. Esos sí que no estaban preocupados con la dieta del verano. Bueno, una lleva como una corona, ¿no? Eso de ahí. —Apuntó con el dedo índice—. Igual es una de esas bacanales que hacían los reyes.

—Se trata de *El juicio de Paris*, de Rubens. Lo que quiere transmitir es la belleza del cuerpo, especialmente el femenino, por eso nos las muestra desnudas, para que podamos contemplar cada pliegue de piel. Mira, fíjate, ¿ves cómo los cuerpos están más iluminados que las zonas de la naturaleza? Así nos ayuda a poner el foco en lo importante.

—¿Cómo lo que dijiste el otro día con la comida y la decoración de los restaurantes?

—Algo así. —Sonrió y pasó el brazo sobre el hombro de su madre —. Ven, te voy a enseñar otro, a ver si crees que es del mismo pintor.

El tiempo en el museo parecía haberse detenido. Ana les mostró algunas de sus obras favoritas como *El jardín de las delicias,* de El Bosco; o *La virgen en meditación,* de Sassoferrato. Tras la visita a gran parte de las salas se percataron de que Carlota ya no estaba con ellos. Rebeca y Nacho bajaron hasta la cafetería por si su prima había tomado la palabra de esperar allí, no la encontraron. Conchita, con las manos sudorosas y llamándola entre susurros con una voz más aguda de lo normal, repasaba las salas de la izquierda por donde habían pasado, tampoco. Matilde y Ana se acercaron hasta la salida, los guardas de seguridad no la habían visto. Paco fue el que la encontró sentada en el suelo, prácticamente camuflada entre las piernas de los visitantes, frente a un cuadro repleto de luz y color en el que aparecían tres chicos desnudos en la orilla de la playa.

—Corazón, ¡qué susto nos has dado! —Se agachó hasta que sus miradas se encontraron.

—Pero si no me he movido de aquí. Siéntate, abuelo. —Paco se deshizo de su prudencia a destacar en un lugar público y sucumbió a la petición de su nieta—. El agua parece real, me encantaría pintar así.

—Hablaremos con tu madre para que te apunte a clases de pintura, ¿qué te parece que sean mi regalo de cumpleaños adelantado?

—¿De verdad? —Lo abrazó—. ¡Podría pintar tu historia de la tía

María en el río! Así no te daría pena no tener una foto.

—¿Cómo puedes ser tan especial? —Le besó en la frente y permanecieron unos minutos más en silencio observando el cuadro de Sorolla.

Cuando se reunieron con el resto, los rostros se relajaron y decidieron que era buena hora para que el aire, aunque fuese seco y abrasador, les despejara. Deshicieron el camino y siguieron subiendo por el Paseo de Recoletos para ir a un restaurante cercano en el que cocinaban una de las mejores tortillas de patatas. Antes de alcanzar la calle Prim, vieron bastantes carpas blancas dispuestas a los lados, era el primer día de una feria del libro antiguo y de ocasión.

—¿Podemos comprar un libro para el vuelo? Con las prisas no he cogido ninguno —preguntó Carlota a su madre.

—Claro, echa un vistazo a ver si te gusta alguno.

Los colores de las portadas habían perdido parte de su brillo, sin embargo, ese olor tan hipnótico de los libros en papel pululaba como hadas invisibles. Se detuvieron en varios puestos, Ana aprovechó para hacerse con las novelas *Jane Eyre* y *Mujercitas*. Carlota no terminaba de decirse por ninguno. En el último puesto, su dueño se había entretenido en ordenar los libros según sus colores. La pequeña de los Manzano divisó un cómic con medio cuerpo fuera y decidió que ese libro la estaba llamando.

Al sacarlo con demasiado ímpetu, varios libros verdes cayeron al suelo, uno de ellos quedó abierto por la primera página: «A María, por recordarme la magia de los jardines escondidos».

—¡Mira, abuelo! Este libro está dedicado a una chica que se llama María, ¡qué casualidad!

—Déjame ver. —Abrió un par de páginas al azar, después cerró la tapa, unas letras doradas decían: *Primavera encendida,* de Pedro Romero—. ¿Te apetece que lo compremos? Es de poesía.

—Yo nunca he leído poesía, abuelo, pero me gusta que se lo hayan dedicado a una María. ¿Te imaginas que fue a la tía?

—Sería mucha casualidad, pero quién sabe. —No quería romper la inocencia de su nieta, ¿o acaso el destino estaba jugando con ellos? Se lo tendió al librero junto con un billete de diez euros—. Toma, corazón, tu primer libro de poesía.

—No lo voy a olvidar jamás, abuelo, te lo prometo.

38. Raíces

No llegaron a cincuenta horas las que estuvimos en Gijón, regresé a Madrid sintiendo que los pies se alejaban del suelo como si un globo se hubiera apoderado de mí, esa levedad me maravilló. No quería que se detuviera ni siquiera al rozar la luna.

La imagen de esas casas de colores que conformaban una postal de cuento también se coló en la maleta de los recuerdos. Ojalá hubiera tenido una cámara para trasladar a papel el brillo de su mirada, nuestras carcajadas, los besos que nos regalamos en cualquier esquina. Me limitaba a vivir sin pensar en el mañana, atesoraba momentos, no fotografías. Lo curioso es que mientras viví en el pueblo fui protagonista de más retratos familiares que en mi paso por Madrid. De la familia, que de alguna forma estaba creando, solo estaban los sentidos adheridos a fogonazos de la mente. Supongo que por eso el tono de esas casas de colores no siempre lució con el mismo brillo.

A las tres semanas de nuestra aventura, Pedro presentó su libro en una pequeña librería del centro especializada en poesía. El local, a pesar de su estrechez, era acogedor, o quizá fue el orgullo de ver cómo uno de sus sueños se había cumplido lo que cubrió de una pátina más elegante aquella librería que pisaríamos bastantes más tardes.

Adelina y Andresín me acompañaron. Nos quedamos de pie junto a la última fila de sillas plegables que habían colado. No quería perderme ni un detalle, captar las reacciones de los asistentes a la lectura de los poemas *Caléndulas*, *Brotes* y *Espinas*; los gestos de Pedro mientras se dirigía al público. Su cuerpo estaba más erguido, apenas elevaba los labios para sonreír. Ese aspecto bohemio le dotaba de un misticismo atrayente cuando su voz fuerte se alzaba a través de los versos. Era como si nos hiciera el amor a todos los que allí estábamos sin ni siquiera rozarnos.

Faltaron sillas y las personas rezagadas se acomodaron en los huecos que quedaban libres junto a las estanterías, eso me hinchó todavía más el pecho. ¿Llegaría lejos? En esa tarde no contaba con la respuesta, pero estaba segura de que había nacido para escribirle al mundo.

—¿Qué os ha parecido? —dijo al acercarse tras la presentación. Apenas quedaban un par de personas más hablando con el dueño.

—Estoy tan orgullosa de ti, ha sido precioso. —Le apreté con fuerza la mano.

—Disculpa. —Interrumpió una chica de larga melena rubia—. Quería decirte que me ha fascinado tu poemario. Es desgarrador, pero a la vez tiene tanta esperanza. Como la propia naturaleza, ¿no? Muere en cada ciclo para renacer en el siguiente.

—Así es, por mucho que queramos aferrarnos a la eternidad se nos escapa entre las manos, incluso esos momentos que nos marcan se desvanecen como los pétalos al tocarlos. En cuanto somos conscientes de nuestra felicidad, la perdemos.

Hablaron unos minutos más sobre *Raíces*, el poema que más había atravesado a la chica, según dijo. Vi cómo lo miraba con admiración, incluso conteniendo las ganas de lanzarse a sus brazos o quizá fue simplemente uno de esos instantes que había mencionado Pedro; la primera vez en la que me fijaba cómo lo observaba otra mujer.

—Qué bien te sienta el papel de poeta melancólico —le pinchó Adelina en cuanto la chica rubia se marchó.

—Aquí el muchacho cuando quiere hacerse el duro saca la artillería pesada para hacer temblar las piernas. Con esa pinta vas a vender libros como churros, te lo digo yo. —Andresín lo cogió por el cuello—. Anda, vamos a brindar, que tantas letras me han dejado la garganta seca.

39. Más lecturas

La acogida del libro fue bastante buena, aunque no tanto como para dejar la taberna. Esa etiqueta de novia que pronunció en Gijón hizo que le hablase de Pedro a Mercedes, no quería seguir mintiendo para escabullirme entre semana. Por lo menos durante las tardes de lectura, las noches de duermevela sí que las atesoraba, no quería que me viesen como una fresca que se aprovechaba de su confianza.

Redescubrí la ciudad a través de esas lecturas. Me quedaba al fondo de las librerías o cafés literarios a los que acudía a presentar su poemario. Deseaba que absorbiera cada pizca de triunfo, yo no era la protagonista por mucho que me lo hubiera dedicado, él tenía la gracia en las manos, yo solo había entrado en su vida como lo podía haber hecho otra y, desde luego, admiradoras no le faltaban.

Conforme aumentaban las ventas de libros gracias al boca a boca, también lo hacían las muchachas que lo arrinconaban al final de las veladas. No sentía celos, si habíamos conseguido superar aquella grieta profunda que abrió Rafael, por qué iba a temer que otras mujeres alabaran su trabajo. Aunque tampoco era ciega, y en más de una ocasión estaba convencida de que si no llega a ser por esa etiqueta de «novia» que pronunció en Gijón, otra musa tendría en la cabeza, como esa chica rubia de la primera presentación que no había faltado a ninguna otra.

Cuando la veía entrar apretando el libro contra el pecho y los ojos acaramelados, una ternura extraña me invadía. Seríamos de edad similar, unos veintidós años, pero me parecía que de la inocencia que ella desprendía no me quedaba ni el envoltorio. Sabía que no tenía ningún sentido, pero en momentos como ese la incertidumbre de cómo hubiera sido mi camino en el pueblo me acechaba. ¿Mantendría esa mirada infantil o también se me habría partido el alma?

Desde que habían arrancado las lecturas, los sueños de Pedro de marcharse al extranjero habían vuelto a resurgir, esta vez, con más ansia. Lo dejaba divagar entre esos planes sin cuerda a la que agarrarse, no creía que fuese tan terrible que mirase lejos, aunque mucho tendrían que cambiar las cuentas para que hiciéramos las maletas.

Mientras él volaba entre letras, yo lo hacía con las pesetas. Todavía no sabía qué negocio quería abrir, la única certeza era que necesitaba cuanto más dinero mejor debajo del colchón. No tenía familia, ni

avales, ni mucho menos opción para abrir ninguna cuenta bancaria. Entendía que Pedro se sintiera tan libre y despreocupado, no llevaba falda.

Una tarde de primeros de septiembre, en uno de sus cafés literarios favoritos, me pidió que lo esperase con el par de cafés que nos acababan de servir. Se miró en el espejo rectangular, que quedaba a mi espalda sobre una pared revestida de madera, se estiró la camisa y se dirigió hacia una mesa cercana a la puerta principal en la que un hombre con un traje oscuro, pelo engominado y bigote denso leía el periódico.

El hombre misterioso le invitó a sentarse, llamó al camarero y minutos más tarde este apareció con un par de vasos de un líquido caramelo, supuse que güisqui. La segunda vez que los rellenaron, decidí beberme los cafés que teníamos sin tocar en la mesa, poco me importaba que estuvieran como el hielo.

Intenté descifrar la conversación, solo percibía risas y alguna palmadita en los antebrazos. Desistí de ser espía y me concentré en ese lugar que tanto maravillaba a mi poeta. Las cortinas rojas, a juego con la tapicería de las sillas, contrastaban con las columnas marfil y las lámparas doradas. Algunas plantas frondosas, repartidas por las esquinas, eran la única nota que rompía el juego cromático. Cuando Pedro volvió a sentarse frente a mí, ya me había imaginado si era capaz de dirigir un negocio así. No tenía saldo suficiente, al menos no en Madrid.

—Perdona, ¿te has aburrido? No imaginé que la conversación se alargara tanto.

—Tranquilo, te he ahorrado pasar por el trago frío del café.

—Te has molestado. —Se llevó la mano a la barba, ese gesto que repetía cada vez que intentaba contener una emoción—. Lo siento, quería que fuese una tarde especial.

—Da igual, ¿quién era?

—Un editor, uno muy gordo. Me lo encontré aquí hace unas semanas y le di mi libro.

—¿Así que la tarde especial era para intentar coincidir de nuevo?

—No, no. —Movía la cabeza—. Bueno, sí, quería pasar una tarde contigo y qué más daba ir a una cafetería que otra. Así mataba dos pájaros de un tiro.

—Ahora soy un pájaro, te está quedando una tarde para enmarcarla.

—María, entiéndeme.

—Sí lo hago, y por eso siempre voy a apoyarte a cada lectura que puedo, pero lo que no me parece es que me tomes por idiota. No me vendas la moto de una tarde bonita los dos solos y me traigas como

excusa para hacer negocios.

—Lo siento, lo siento. —Me sujetó las manos—. La próxima sin adornos, lo prometo.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Habrá un segundo libro? —Las aparté.

—Lo está barajando, quiere ver más material, asegurarse de que no soy escritor de un único poemario. ¿No es increíble? Uno de los editores más importantes de este país se lo está pensando.

—Llámame aguafiestas si quieres, pero del pensar al publicar hay un camino largo. Quizá es mejor no hacerse ilusiones, ir paso a paso.

—¿Y qué es una vida sin ilusión? Vacío.

—O un ahorro de tortazos.

—Siempre tan prudente, va a salir bien, ya lo verás, y antes de lo que imaginas voy a dejar de servir cañas y nos vamos a ir de aquí. Te lo prometo, María, no te va a hacer falta limpiar más.

—Pedro, tus éxitos no tienen que apagar los míos, ya te lo he dicho, no dejé a mi familia para ser otra vez la chacha de nadie.

—No quiero que seas mi criada, pero tampoco que te deslomes quitándole la mierda a los demás.

—Ya abriré algo mío.

—Pero entonces no podremos recorrer Europa, estarás anclada a un mismo sitio.

—¿Y qué tiene de malo asentarse?

—No es lo que quiero, ya lo hemos hablado otras veces y pensaba que estabas de acuerdo. Deseo ver el mundo contigo. ¿Por qué hay que conformarse con ser un obrero más? Somos jóvenes, salgamos de esta represión y exprimamos los días.

—Es mejor que dejemos la conversación aquí, ya veremos cómo encajamos el futuro.

40. Nos vamos de boda

—Me caso.

Un trozo de churro se me fue por el otro lado. Bebí un trago de agua intentando que bajara, los ojos se me humedecieron.

—¿Cómo que te casas?

—Pues que me caso.

—Adelina, pellízcame porque no me lo creo. ¿Con Andresín?

—*Mocina*, ¿con quién va a ser?

—¿Pero no decías que solo era un amigo para jugar hasta hartarte?

—Se dicen tantas cosas… si para algo están los refranes, nunca digas de esta agua no beberé.

—Estoy… ¡felicidades! —La abracé sin digerir la noticia—. ¿Cómo ha sido?

—¡De repente!

—No hace falta que lo jures. ¿A qué viene tanta prisa? Ay, Adelina, no me digas que estás embarazada.

—Calla, calla, toquemos madera. Ayer estuvimos dando un paseo por la Casa de Campo y a bocajarro me soltó que ya llevábamos muchos años de catar, pero sin avanzar. Y que él quiere abrazarme cada noche y no solo algunas. Así que el bandido hincó rodilla y me lo pidió, eso sí, no te enseño anillo porque no tengo, está más tieso… Y la verdad, yo también estoy cansada de tanto trajín, me lo he pasado en grande estos años y si me viera la Adelina de los veinte se daría la vuelta, pero siendo sincera, estaba deseando que me lo pidiese.

—¿Y dónde vais a vivir? ¿Se va a venir a la casa?

—No, a ver cómo te lo digo. —Se estrujaba las manos—. He hablado con Mercedes esta mañana y le he pedido que me deje seguir trabajando aquí, pero durmiendo fuera. Nada tiene por qué cambiar. Además, nos seguiríamos viendo cada día y hasta que la cosa esté más boyante viviría en el piso de Andresín.

—¿El que comparte con Pedro?

—Ajá, no es el sueño de mi vida, *mocina*, pero el alquiler está imposible y tampoco me apetece comer arroz con habichuelas todos los días. Total, Pedro tampoco está mucho por casa ahora que lo reclaman con los poemas.

—Si tú eres feliz así, yo también, aunque te voy a echar mucho de menos. —Se me saltaron un par de lágrimas—. Anda, ven y dame un abrazo.

El 13 de enero de 1974 Andresín y Adelina se dieron el sí quiero. Esa mañana, el frío se podía mascar como si fueran terrones de azúcar. Fue una boda preciosa y muy íntima, tan solo acudieron dos primas de Adelina, que vinieron desde el pueblo en representación de la familia, su padre había fallecido hacía años y la madre no contaba con la salud suficiente para un viaje tan largo; Mercedes y Ricardo, que solo se quedaron a la misa, Pedro y yo. Por parte de Andresín no apareció nadie.

Mi asturiana del alma irradiaba una luz especial, le reía el cuerpo. Fuimos los padrinos de boda, además, me empeñé en regalarle el vestido de novia a esa muchacha que había revolucionado mi vida. Nunca le podría agradecer que se convirtiera en una hermana, que me condujese hacia el amor y me descubriese lo bien que sentaba desmelenarse. Sin ella, quizá desprenderme de la estrechez de mira del pueblo me hubiera costado más de tres vidas.

El vestido era sencillo, de manga larga, corte a la cintura y falda *evasé*; me prohibió que me gastase ni una peseta más. El pelo lo llevaba recogido en un moño alto en el que se sujetaba el velo. Cuando la vi caminar hacia el altar, aunque le había ayudado a vestirse y ya había llorado lo indecible, volví a convertirme en una Magdalena. No le hizo falta ni una joya para ser una reina.

Andresín vestía un traje negro con una corbata a juego, se había esmerado con el afeitado y el pelo. Antes de que apareciera Adelina por la pequeña iglesia, no paraba de mover el peso de una pierna a otra. Cada pocos segundos se giraba hacia la puerta, creo que hasta él dudó si la asturiana no echaría a correr.

Después de la misa, fuimos a un restaurante cercano donde no faltaron las raciones ni la cerveza; Adelina había preparado su propia tarta. Ese día no hubo grandes lujos, pero la felicidad que irradiaban no la hubiera incrementado habernos hartado de gambas.

—No me puedo creer que te hayas casado. —La abracé extasiada con las cervezas de más—. ¿Qué voy a hacer ahora sin ti?

—*Mocina*, que no me mudo de ciudad, solo de casa.

—Pero se me acabó el chollo de que me cubran las espaldas.

—Anda, quién sabe, igual eres la siguiente.

—Entonces sí que no entramos en el piso. —Llovieron las carcajadas.

—Además, Mercedes es un cielo, seguro que te da cuartelillo alguna noche. Tú dile que te vienes a cenar con nosotros y, para no volver muy tarde, pues que ya pasas la noche. Seguro que no pone pegas.

—Ya veremos. —La volví a abrazar—. ¡Qué bien te queda el vestido!

—Este lo tiño y para la próxima celebración. —Me guiñó.

Se me descompuso el cuerpo, a mi mente nublada acudieron las imágenes de mis vecinas del pueblo ayudándome a teñir los vestidos tras la muerte de mis padres.

—¿Estás bien? Te has puesto más blanca que la pared.

—Sí, sí, la cerveza, que se me ha ido de las manos.

—Cómete un trocito más de tarta y ya verás cómo te sube el azúcar y los colores. Voy a pedir otro plato.

La novia más guapa se marchó llamando a uno de los camareros. Ni cinco segundos habían pasado desde su ausencia cuando mi poeta me cogió por la cintura. El traje, similar al del novio, le hacía parecer un galán. Por una vez se había arreglado la melena rizada y la barba, le brillaban hasta los zapatos.

—¿Con ganas de ir a bailar? —dijo antes de besarme.

—Me duelen los pies como si estuviera andando sobre clavos ardiendo.

—Pues quítate los tacones. —Se encogió de hombros—. Así estarás como nueva cuando vayamos a la sala de fiestas.

—No sé si tengo cuerpo.

—Es la boda de tu mejor amiga, seguro que sacas las ganas. Todavía no se me ha olvidado lo bien que bailabas la primera Nochevieja sobre la mesa.

—¡Calla! —Le tapé la boca—. Fue tu culpa que no dejabas de traerme botellines.

—Y sin ellos también me encanta cómo te mueves. —Me mordió en el cuello.

—Pedro, ¡para! —Una mezcla sofocante entre cosquillas y sacudidas me recorría el cuerpo—. Que todavía estamos con la tarta.

41. Café con hielo

La mañana había sido bastante intensa tras el desayuno en el Templo de Debod, la visita al Museo del Prado, la compra de libros en Recoletos y el banquete de tortillas de patatas sencilla y rellena de jamón york y queso, pero era su último día en la ciudad y querían exprimirlo al máximo, no solo por construir más recuerdos sino porque Matilde había llegado a la conclusión de que cuanto más cansados estuvieran para el día siguiente, menos miedo les daría volar.

Se sentaron en una terraza en una plaza cercana a donde habían almorzado, pidieron cafés cargados con hielo y batidos para los niños. Una escueta pero gustosa brisa se paseaba aliviando la temperatura infernal de las cuatro de la tarde.

—Entonces, ¿os ha gustado Madrid? —preguntó Ana antes de llevarse el café a los labios.

—¡Me ha encantado! No me extraña que no quieras volver al pueblo, ¡si esta ciudad no duerme! Eso sí, a ver si conseguís un pisito más amplio que podamos haceros visitas sin estar como sardinas en lata —respondió su madre.

—Para unos días no está mal, pero no me veo viviendo con tanto ruido.

—Bueno, Conchita, nadie te ha dicho que te mudes.

—Eso no es verdad, cada vez que puedes bien que me sueltas una pullita de que no avanzo.

—Perdóname, no quería ofenderte. No me refiero exactamente al pueblo, ya me entiendes. —Con un movimiento rápido, Ana se fijó en Carlota, que cerraba los ojos para abrir una página al azar del libro de poesía que le había regalado su abuelo, y leer el poema que tocase—. Os merecéis más, solo digo eso y si es en el pueblo, pues fenomenal, pero que sea porque te nace de dentro, no porque no te quede otra opción.

Conchita sorbió su café, se subió las gafas de sol y se dio un toque en su pelo a lo *garçon*.

—Estoy en ello.

—Si necesitas ayuda, estoy aquí, lo sabes, ¿verdad? —Ana acercó la mano hasta la de su hermana que, por una vez, no la apartó.

—No os imagináis lo feliz que me hace veros más unidas —añadió Paco—. Prometedme que no vais a dejar que las diferencias os

separen, no quiero que seáis tan estúpidas como yo, que por no ver quién era en realidad mi hermana, la perdí.

—Papá, todo saldrá bien, ya lo verás.

—Seamos realistas, han pasado cincuenta años y mucha suerte deberíamos tener para que María no se haya mudado.

—Paco, no seas aguafiestas, nosotros llevamos desde que nos casamos en la misma casa y sin ninguna intención de cambiarla, aunque a ver si le damos un meneo al salón y a la cocina, que hay que modernizarse.

—Hablando de modernizarse, ¿sería mucho pedir, mamá, si cogemos el metro? Me apetece que volvamos a la Casa de Campo, pero en vez de ir al parque de atracciones, me gustaría que diéramos un paseo, ver el lago, vamos, un poco de tranquilidad y sombra que hoy me encuentro un poco cansada de asfalto.

—¡Nada de barcas! Avisados estáis.

Caminaron unos diez minutos hasta la parada de metro de Tribunal y ahí tomaron la línea azul hasta la parada de Lago. El vagón en el que entraron no contaba con demasiados pasajeros: una pareja de adolescente comiéndose a besos, un guiri rojo como un tomate echándose una siestecita, una muchacha vestida completamente de negro sumida en un libro y un escueto grupo que acababa de salir de la oficina. Solo fueron tres paradas, pero a Matilde le parecieron tres años.

—Una no valora el aire fresco hasta que lo pierde, yo creo que sería mejor que dieran desodorante en vez de periódicos por las mañanas.

—Ya verás que merece la pena.

Se acercaron al lago, un equipo de remo estaba entrenando, tres chicas pasaron a unos metros con las bicis de montaña y una decena de personas practicaban yoga en el césped.

—Qué gusto le ha cogido la gente al deporte.

—Abuela, porque no viste el triatlón del año pasado. Papá lo terminó y le dieron una medalla —dijo Rebeca con los ojos ilusionados.

—Vuestro padre es que siempre ha sido muy sano, cuando hables con él le das un beso de mi parte, ¿vale?

Un silencio agridulce se expandió durante unos minutos. Pablo, el exmarido de Ana, había sido uno más de los Manzano. Matilde evitaba mencionarlo, pero a escondidas, para evitar ofender a su hija, lo llamaba una vez al mes.

—*Cucha*, ¿ahora la gente se casa los lunes?

Una pareja de novios se acercó hasta el lago seguidos de un fotógrafo y un par de ayudantes con dos discos dorados.

—No, mamá, estarán con la postboda.

—¿Eso qué es? De verdad, la juventud tenéis una tontuna en lo alto…

—Se hacen un reportaje antes de casarse, otro durante la boda y el último unas semanas después. Yo creo que está bien, así los invitados no están esperándolos antes de que comience el banquete y disfrutan más del día.

—Lo que yo digo, mucha pamplina. Haced caso a los que ya nos crujen los huesos que para algo hemos vivido más, menos perder el tiempo inventando poses de felicidad y más sentirla.

Un pensamiento que Matilde no se había planteado hasta entonces se dibujó a pleno color: ¿Se habría casado María?, ¿cómo sería su marido, si es que lo tenía? Repasó mentalmente las 135 cartas, no recordaba que en ninguna de ellas se mencionara a un hombre. ¿Acaso no se había enamorado nunca o es que no quería hablarle a sus hermanos de algo tan íntimo?

A Matilde también le costó mencionar a Paco en su casa, era hija única y su padre no quería que se lanzara a los brazos del primer mozo que le dijese cuatro palabras bonitas. El día que se lo presentó creyó que el aire se había agotado en el mundo. Paco, un muchacho alto y espigado con la piel marcada por las horas de sol en el campo, fue a comer un domingo con la intención de demostrarle a su futuro suegro que ella no era un capricho para pasar el invierno sin frío, que él se había enamorado desde el primer día que la vio en una de las fuentes del pueblo, aunque necesitara un año más para dirigirle la palabra. Ella intentó resistirse a que le temblaran las piernas cuando se lo cruzaba en algunas calles, tampoco le confesó que acudía con más asiduidad a esa fuente para disponer de la excusa de verlo sin esconderse.

Apartó un instante el viaje a sus comienzos en el amor y se fijó en el Paco que estaba apoyado en la barandilla del lago riendo con sus nietos, mientras hacían cábalas de qué muchacho subido en una de esas cáscaras de pipas de colores estridentes sería el vencedor de la serie del entrenamiento. Su piel contaba con más surcos, distintos tonos oscuros narraban las horas de trabajo, pero, en el fondo, seguía siendo ese muchacho que, incluso en los momentos más complicados, le demostró que él quería toda una vida con ella y no tan solo una estación.

«Ojalá María haya disfrutado del amor tanto o más que yo».

42. Patatas y cebollas

Desde que Adelina se mudó hacía seis meses, la casa me comía por las noches. Ella llegaba cada mañana a las seis y se encerraba en la cocina para preparar el desayuno y los almuerzos que se llevarían los niños a la escuela. Y de ahí al mercado, las cazuelas y un sinfín de tareas que ella había incrementado, como hacer pasteles especiales una vez en semana, que la mantenían de aquí para allí casi sin poder tener una conversación tranquila.

—No hay quien te siga el ritmo, ¿para qué tanta prisa? —le dije fregando los platos de la comida.

—Pues porque no quiero que echen en falta que me voy a las siete de la tarde. Me carcome la culpa de marcharme antes de la cena, ¿y si contratan a otra? Bastante apretados vamos como para que me quede sin sueldo.

—No seas exagerada, si están encantados, además, yo me ocupo de servirles la cena y dejar la cocina y el comedor que ni una hormiga tendría nada que rascar.

—¿Y si quieren los niños un vaso de leche a media noche?

—Sigo estando yo. Relájate, ¿dónde está esa amiga que dice que a los problemas se les hace frente conforme lleguen y no antes? —Me sequé las manos con un trapo y me acerqué a la mesa en la que Adelina pelaba patatas para la tortilla de la cena.

—Ay, *mocina*, yo no sé qué me pasa, pero hay noches en las que me ahogo.

—¿No estás feliz con Andresín? —Cogí otro cuchillo y una de las patatas grandes que quedaban en el escurridor.

—Sí, pero a veces me entran los miedos de si no me habré equivocado y terminaré siendo una desgraciada como mi madre.

—Para. —Le sujeté la mano—. Ese hombre bebe los vientos por ti, si hasta ha encontrado un trabajo decente y tú misma me dijiste que se ha vuelto tan ahorrador que ni prueba la cerveza. Estoy convencida de que cuando podáis tener vuestra propia casa, sin que ni Pedro ni yo estemos pululando por allí, vas a estar más relajada.

—Ojalá. —Se levantó a tirar las cáscaras al cubo de la basura y trajo un par de cebollas—. Aunque en realidad me preocupa otra cosa. —Se mordió el labio—. No sé si debería decírtelo, a ver si son imaginaciones mías que con el lío que llevo en la cabeza desde que soy una señora casada, sigue sonando raro, ¿verdad? Señora.

—Al grano —le corté—. ¿Es por Pedro?

—¿Por qué lo preguntas? —Me miró recelosa.

—No te lo tomes como un reproche, por favor, pero desde que te marchaste solo nos vemos los domingos y alguna tarde suelta, y bueno, no sé si es la obsesión por conseguir sacar el segundo libro adelante o yo, que estaba muy mal acostumbrada a verlo casi que cuatro noches a la semana, que lo noto extraño, como si estuviera lejos.

—¿Tú te has tomado una copa de más? Si cada vez que voy a hacer la colada estoy harta de encontrarme papelitos con poemas de amor en los bolsillos. Ese hombre lo que tiene es perdida la cabeza contigo, que las poesías están muy bien, pero a ver si da el paso de una vez y deja esa imagen de alma en pena.

—Eres más exagerada, si está así es porque el editor al que lleva persiguiendo todo este tiempo le ha cerrado la puerta de golpe. Supongo que se habrá cansado de encontrárselo con tanta casualidad. —Me ardían los ojos con las cebollas y un par de lágrimas me escurrían por las mejillas. Me levanté a refrescarme la cara.

—Qué ganas de complicarse la vida, yo no sé por qué no sigue tan tranquilo en la taberna, si su jefe lo quiere como a un hijo.

—Adelina, a lo que íbamos, que al final te vas y no me cuentas, ¿de qué te has enterado que te tiene tan alterada?

—Son Ricardo y Mercedes —dijo bajando la voz—, el otro día los escuché discutir en el despacho y no es la primera vez. No entendí muy bien de qué iba el tema, pero creo que se van a mudar.

—¿A dónde?

—Ni idea, pero ¿y si se van a una casa más pequeña y no les hacemos falta?

—¿Tú te crees que se van a poner a cocinar y limpiar a estas alturas? Lo dudo.

—Los niños ya se manejan mejor y son algo más obedientes, quién sabe.

—Escúchame, ellos se han portado de maravilla con nosotras, si cada vez que viene un día especial tenemos algún dinerillo extra, no sé si tú lo habrás vivido en otro sitio, pero ya te digo yo que cuando servía en casa de doña Rosa daba gracias de que no se le cruzara el cable y a la muy señorona no le diera por pagarnos menos porque habíamos comido de más. No nos van a dejar en la estacada, Adelina, seguro que entendiste mal la conversación.

—Lo que tú digas, pero abre bien las orejas mientras yo no esté por aquí.

43. Se avecinaba tormenta

Las paranoias de Adelina se incrustaron en mi piel, observaba cada gesto de Ricardo y Mercedes, incluso los de los niños. Me di cuenta de que cuando Ricardo estaba en casa pasaba mucho más tiempo en el despacho que antes, especialmente después de que sus hijos se acostasen. También empezaron a ser más frecuentes las llamadas de Ignacio, el hermano de Mercedes.

Como conocía el temperamento incendiario de mi amiga, no le quise decir nada hasta confirmar qué pasaba, porque a ver si es que nos habíamos vuelto adictas a las situaciones imposibles y, como el amor parecía que marchaba sin grandes novedades, nos estábamos inventando fantasmas con los que entretenernos, o sí que había un problema, pero de alcoba, y, para ser sincera, nada pintábamos nosotras metiéndonos en las sábanas de nadie.

Ese verano marcado por las sospechas nos quedamos sin el amado mes de agosto de «vacaciones», de hecho, nos tocó trabajar el doble. Ignacio junto con su mujer Graciela vinieron a pasar unas semanas en familia y a terminar de preparar el pastel que se estaba cocinando fuera de los fogones de Adelina, y que nos servirían al final de su estancia con cubiertos de plata.

—¿Podéis preparar una cafetera bien cargada y servirla en el despacho? —pidió Mercedes antes de llevarse de paseo a su cuñada y los niños.

—Claro, enseguida, ¿unas pastas o un trozo de bizcocho? Adelina ha sacado del horno uno de chocolate hace una hora.

—No creo que tengan mucho interés en comer, pero bueno, un trocito de chocolate siempre sienta bien, ¿verdad? —Sonrió—. ¿Necesitáis alguna cosa?

—No, gracias —titubeé—. Que paséis buena tarde.

Cuando cerraron la puerta el rugir de los niños se diluyó, igual que el taconeo de sus sandalias.

—¡Ves cómo llevan meses tramando algo! ¿Cuándo se ha ido a pasear y nos ha preguntado si necesitamos algo? Ay, *mocina*, esta es nuestra ruina —bramó Adelina cerrando la cafetera.

—¿Te quieres controlar? Seguro que lo ha hecho para que su cuñada vea lo amable que es.

—Pero si Mercedes es un cielo, ya se podría parecer la tal Graciela

a ella que desde que llegó hace dos días no deja de ponerle pegas a la comida. ¿Cuándo no he cocinado rico? Dímelo, porque yo no entiendo a esa flacucha. Que mi cocina no tiene sabor, la madre que la parió, verás que le pongo una fabada con doble de chorizo y se va a acordar de Madrid, de agosto y de la cocina asturiana toda su vida.

—Adelina, que te va a dar algo. —Le tendí un vaso de agua—. Quédate aquí que ya sirvo yo el café.

Preparé una bandeja con la cafetera, una jarra de leche, un par de tazas de porcelana azul y un plato con pequeños trozos de bizcocho. Me sacudí los nervios, saqué pecho y mi mejor sonrisa. Cuando me acerqué al despacho, el tono de la conversación subía. Me pudo la curiosidad por saber si iba a tener que echar mano de los ahorros una temporada.

—Ricardo, es el momento ideal. El turismo está subiendo como la espuma y, si los rumores son ciertos, muy pronto este país va a respirar con cierto alivio.

—Si veo la oportunidad y es golosa, pero me tendría que hipotecar hasta los ojos.

—¿Y por qué no vendes parte de la empresa? Eso te daría liquidez.

—No me hagas reír, sabes lo mucho que me ha costado sacarla a flote, es como un sexto hijo, no pienso tirar media vida de trabajo.

—Pues vende esta casa.

Un estallido me sobrecogió, se me había caído la bandeja de las manos. El suelo de mármol blanco lucía una flor negruzca con trozos de porcelana y chocolate desparramados.

—¿Qué ha pasado? —Salió Ricardo sobresaltado.

—Lo siento, lo siento, me he resbalado y se me ha escapado la bandeja. —De los nervios por quedarme sin un techo comencé a llorar desconsolada.

—Tranquilízate, mujer, un traspiés lo tiene cualquiera, no llores. Además, esas tazas no me gustaban mucho, me has ahorrado el mal trago de decírselo a Mercedes.

—¡María! —Apareció Adelina con la mano en el pecho—. ¿Qué has hecho? ¿Y por qué estás llorando?

—Nada, que estoy tonta perdida, mira que me dijiste que me comprase otros zapatos que estos ya tenían la suela muy desgastada, y por no hacerte caso, la que he armado. —Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano—. Ahora mismo traigo otra cafetera.

Recogimos el estropicio con un silencio de miradas cargadas, en menos de diez minutos regresé al despacho con otro juego de café, esta vez no me quedé a escuchar.

—¿Me puedes explicar qué ha sido eso?

—Ay, Adelina, que tenías razón, están tramando algo e incluso Ignacio le ha sugerido que venda la casa para no sé qué inversión.

—¿Y qué le ha respondido?

—No le ha dado tiempo porque es cuando se me ha caído la bandeja del susto.

—Qué oportuna. —Daba vueltas con las manos en las caderas mientras yo seguía sentada en una de las sillas de la cocina tamborileando los dedos contra la mesa—. Pensemos con calma o vamos a terminar las dos malas de los nervios. ¿Quién va a comprar una casona como esta? Muy *pocus,* porque con el dineral que tiene que valer y el país tan pelado en el que estamos… Así que hasta que consigan venderla tenemos tiempo de idear un plan.

—Tienes razón. —Di un golpe con los nudillos sobre la mesa—. Si en peores situaciones hemos terminado riendo, además, con lo buena que es Mercedes no la venderían sin avisarnos.

—Esa es otra, si lo estaban hablando los dos a escondidas eso es porque ella no sabe ni una jota del asunto. Y le encanta esta casa, ¿tú te crees que se va a querer mudar a una más pequeña por una inversión? Si ya les va de cine.

—A Andresín y a Pedro ni una palabra, bastante tengo con el halo melodramático que lo envuelve con el segundo libro como para añadir más astillas. Quién sabe, Adelina, si todavía no volvemos a ser compañeras de casa.

—Al menos esta vez no sería de cuarto. —Me lanzó un trapo que le quedaba a mano y reímos soltando los nervios.

44. La gran verdad

Las semanas siguientes con Graciela fueron un suplicio. La canaria se quejaba por cualquier detalle, desde que la carne estaba muy cruda hasta que los cojines no estaban lo suficientemente ahuecados, y a eso había que sumarle la certeza de que igual nos quedaban los días contados en esa casa.

Después de mi primera reacción bochornosa, me reprimí a mí misma por ponerme a llorar como si tuviera cinco años y me hubieran quitado mi caramelo favorito. Estaba aterrada de empezar de nuevo y más cuando no era yo la que quería dar el paso. Claro que anhelaba disponer de mi propia casa, mi negocio y mi vida de ensueño, pero no quería que las prisas ajenas me hicieran tomar decisiones de las que arrepentirme, como verme en la necesidad de pedir asilo en la habitación de Pedro y comerme los ahorros de años mientras encontraba otro trabajo.

Lo amaba con todo mi corazón, lo amaba tanto, que incluso en algunos instantes durante el duermevela me parecía que quizá era una señal para dar un paso al frente y formalizar nuestra relación. Al fin y al cabo, más allá de aquel «mi novia» en Gijón, no habíamos avanzado mucho más. De hecho, como le dije a Adelina antes de que la casa se llenase de invitados, sentía a Pedro cada día más lejos. No sabía si era porque nuestros enfrentamientos sobre qué camino tomar se calentaban con mayor asiduidad, sobre todo desde que dejé de callarme para hacer valer también mis deseos; o porque realmente el desgaste de encontrar un refugio para su segundo poemario le había hecho perder fuelle.

—María, Adelina, ¿podéis venir un minuto al despacho, por favor? —Mercedes nos llamó desde el marco de la puerta de la cocina.

—Sí, apago la olla y vamos.

Adelina y yo nos miramos descompuestas, Ignacio y Graciela se marchaban al día siguiente y parecía que la sentencia había llegado. Mi asturiana se limpió las manos en el mandil y, a continuación, se santiguó. Cogí todo el aire que pude y lo solté despacio, me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y salí la primera.

Los niños se habían marchado con sus tíos a dar un paseo, así que en el despacho solo estaba Ricardo, sentado detrás de su escritorio, y Mercedes de pie junto a él. Había bastantes papeles sobre la mesa, supuse que cartas de recomendaciones para que nos buscáramos otra

casa en la que servir. Las cortinas estaban sujetas con unos cordeles a los laterales de los grandes ventanales, la luz que entraba realzaba el brillo de los muebles. También me fijé en cómo Ricardo tenía el rostro sereno, pero unas pesadas arrugas alrededor de los ojos se habían acentuado. ¿Por qué se nos quedan grabados unos detalles y no otros?

—Sentaos. —Ricardo acompañó la petición con un movimiento de la mano derecha—. Y relajad esa cara que parece que habéis visto un fantasma. —Se rio y yo estiré mis labios como si fueran un chicle. ¿Por qué estaba de tan buen humor? ¿Tanta gracia le hacía echarnos? —. Voy a ser directo, ya sabéis que no me gustan los rodeos y viendo vuestros ojos de pánico creo que es mejor así. Nos vamos a Tenerife.

—Oh, vaya, muchísimas gracias por estos años, ha sido un placer trabajar con vosotros. —Adelina arrancó a llorar y las palabras se le enredaron en su lengua pastosa, yo me quedé rígida asimilando el golpe, me acababa de quedar sin trabajo y, aunque llevaba semanas esperando la noticia, albergaba la esperanza de estar equivocada.

—Para, para, Adelina. —Mercedes le ofreció un pañuelo—. Mi marido ha ido tan al grano que creo que no lo habéis entendido, ese «nos vamos a Tenerife» también os incluye a vosotras, si es que queréis, aunque entendemos que un cambio así de repentino necesite tiempo para pensarlo.

—Cierto, me he pasado de directo. A ver si esta vez me explico mejor. Ya sabéis que Ignacio regenta un hotel en la zona sur de Tenerife. —Asentimos—. El negocio crece a un ritmo de vértigo y ha decidido ampliar las instalaciones y ofrecerme ser socio. —Miró a su mujer con una sonrisa acaramelada—. Nos ha costado muchas noches en vela decidirnos, pero creemos que puede ser una oportunidad perfecta y que si la dejamos escapar nos arrepentiremos en el futuro. Aunque habrá que hacer ciertas concesiones porque el capital que debemos desembolsar es considerable.

—Queremos que os vengáis con nosotros —continuó Mercedes—, pero no a casa. Queremos que trabajéis en el hotel.

—Confiamos plenamente en vosotras y necesitamos que las personas que remen, especialmente los primeros años, se dejen la piel. Para el servicio de casa podemos contratar a quien sea, no importan tanto los errores, pero no es así en un hotel de lujo como el que queremos crear.

—¿Y qué vamos a hacer nosotras exactamente? Nunca hemos trabajado en uno.

—María, sería parecido a lo que hacéis en casa. Habíamos pensado que Adelina entrara a formar parte del equipo de cocina, ahora mismo hay otras dos personas que llevan en ella desde que Ignacio lo inauguró. Y en tu caso sería como una de las gobernantas.

—Madre mía, yo no sé qué decir, Andresín acaba de empezar en un

trabajo…

—Eso también lo hemos barajado, le dijiste a Mercedes que era muy manitas, ¿no es así? —Adelina afirmó con la cabeza—. ¿Qué te parece si fuera uno de los encargados de mantenimiento?

—Esto no es una broma, ¿verdad?

—No, Adelina, es real. —Mercedes le acarició la mano.

—Dios mío, ¡claro que quiero! —gritó poniéndose de pie de golpe—. Y Andresín seguro que también, ¡gracias, gracias! Y yo que pensaba que nos ibais a echar, Dios mío, ¿cómo os lo vamos a agradecer?

—Trabajando con la misma fiereza que aquí. María, ¿tú qué dices?

Estaba intentando asimilar la avalancha de información, me costaba creer ese golpe de suerte. Una sonrisa sincera se abrió paso, un pálpito de que Tenerife iba a ser el siguiente trampolín para alcanzar mi gran sueño.

—Estoy tan abrumada que no sé si lo habéis mencionado o es que no me ha quedado claro, pero ¿dónde viviríamos?, ¿en el hotel?

—Ignacio nos ha dicho que hay un par de casas cercanas al hotel que se alquilan por un precio decente, si queréis, podrían ser vuestras.

—¿Una para cada una? —insistí.

—Sí, María, tu propia casa. —Mercedes dibujó una sonrisa amplia e hizo que un reguero de lágrimas se escurriera por mi cara. Estaba convencida de que nadie me creería, pero el tono de su voz y esa forma tan maternal de mirarme fue como si mi madre me hubiera abrazado diciéndome que todo estaba bien, que todo iría bien.

—Dios mío, esto es… —Me aparté las lágrimas, pero no la sensación de que mi madre me sostenía.

—¿Eso es un sí?

—¡Por supuesto! —La abracé con fuerza como si en realidad fuese otro cuerpo el que rodeaba. Teníamos una relación cercana, pero no tan íntima, me dio igual en ese instante sobrepasar cualquier límite—. Tengo otra pregunta y juro que es la última, sabéis que Pedro es mi novio —me costó decir esa frase en alto delante de Ricardo—, él trabaja en una taberna y no sé si habría alguna posibilidad de que también tuviera un puesto en el hotel, así podríamos dar el siguiente paso. —Me envalentoné con el futuro que estaba dibujando.

—Creo que no habría ningún problema, siempre se necesitan camareros.

—Vale, hablaré con él, pero contad conmigo hasta el fin del mundo.

—Tranquila, hay tiempo. Las obras van a comenzar la próxima semana y calculamos que, como muy pronto, no nos trasladaremos hasta febrero del próximo año.

—Adelina —Mercedes tomó la palabra—, me gustaría preparar una

cena especial para celebrar las buenas noticias y, también, para despedir a mi hermano y mi cuñada como se merecen.

Minutos después de esa reunión en la que un cambio de timón nos había puesto rumbo a un nuevo destino, me uní con Adelina para ir al mercado en busca de la mejor carne. Necesitaba que la caminata sosegara el ritmo desbocado de mi mente.

—¡*Mocina*! —gritó nada más salir del portal—. ¡Que nos vamos a Tenerife! ¿Te lo puedes creer? ¿Y nosotras inventando misterios? Estamos para que nos cuelguen. ¡Ay, mi Andresín cuando se lo cuente! ¡Encargado! ¡Que va a ser encargado!

—Te juro que no sé cómo no me caigo al suelo con lo que me tiemblan las piernas.

—Esta es la señal para que Pedro dé el paso, ¿no lo ves? Que vamos a ser vecinas y con dinero en la cartera. Vamos, te invito a un café con porras después de comprar, yo no me aguanto las ganas de celebrar.

45. Tengo algo que contarte

Esa noche Adelina se quedó para servir la cena. Antes de regresar del mercado, pasamos por su casa y dejó una nota para que Andresín no se volviera loco, pero tampoco le puso en aviso del barco que estaba a punto de zarpar.

—Tengo algo que contarte —dijo Pedro con la cara iluminada cuando me vio entrar al salón acompañada de Adelina.

—Yo también. —Me sonreía cada poro—. ¿Te apetece que vayamos a dar un paseo? Así le dejamos espacio a los tortolitos, que los pobres se van a olvidar de lo que significa intimidad.

Nos cogimos de la mano nada más pisar la calle. Hacía una noche preciosa de últimos de agosto, una tímida brisa había bajado lo suficiente la temperatura como para ponerme un echarpe por los hombros.

—Empieza tú —le animé mientras buscaba las palabras.

—¡Va a haber segundo libro! —Se detuvo y me besó con ansia—. Al final he decidido aceptar la oferta de la editorial con la que publiqué *Primavera encendida*, me hubiera encantado dar el salto a una de las grandes, pero bueno, estoy convencido de que este segundo poemario me va a abrir muchas puertas.

—¡Felicidades, mi amor! —Lo abracé absorbiendo cada nota de su aroma masculino—. Hoy es el día de las grandes noticias.

—¿Ah, si? ¿Qué más vamos a celebrar esta noche? —Me dejó un camino de besos por el cuello.

—Voy a tener un nuevo trabajo y, si tú quieres, podríamos trabajar y vivir juntos. —Me miró desconcertado así que proseguí—. Mercedes y Ricardo nos han dicho que se van a asociar con el hermano de esta para ampliar el hotel que regenta en Tenerife y convertirlo en uno de lujo. Necesitan gente de confianza y han pensado en nosotras. Adelina en la cocina, Andresín como encargado de mantenimiento, tú podrías trabajar como camarero y yo como gobernanta. —Tomé una bocanada de aire y seguí, Pedro no había movido un músculo—. Pero lo mejor no es eso, es que han encontrado unas casitas cerca del hotel a muy buen precio y podríamos vivir allí, ¿no es lo que querías?, ¿dormir juntos cada noche?

—¿Y qué pasa con mi libro?

—¿Qué va a pasar? Nada, puedes seguir escribiendo y publicando sin la presión del dinero. Es una oportunidad única.

—Yo no lo tengo tan claro. —Se revolvía inquieto—. Ya has visto cómo con el primero me he pasado meses haciendo presentaciones y lecturas para conseguir abrirme un hueco y es precisamente gracias a ese boca a boca, a no dejar de moverme de una librería a otra, de un café literario a otro, persiguiendo editores, periodistas y gente del mundillo como he conseguido que para esta Navidad vayan a publicar el siguiente. ¿No te das cuenta de que si me voy a una isla estaré atado?

—¿Estar juntos es estar atados?

—No, no me estoy refiriendo a nosotros. —Me sujetó las manos—. Claro que me muero por estar contigo, quiero pasar cada día a tu lado, que nos hagamos viejos, pero no quiero irme a una isla en la que no está el epicentro de la poesía. María, si ya me cuesta hacerme sitio en plena capital, irme a un lugar tan recóndito será mi suicidio como poeta.

—No creo que sea así, estoy convencida de que podemos encontrar la manera de promocionar tus libros, aunque no estés en Madrid.

—¿Qué gracia tiene acudir a un recital si no está el autor? —Volvió a moverse de un lado para otro de la acera—. No quiero depender de nadie, te lo dije desde el primer día, mi sueño es recorrer Europa, pisar el suelo de los grandes, alimentarme de lo que vieron y escribir hasta que me sangren las manos.

—¿Y eso en qué lugar me deja? —Me crucé de brazos y apreté la mandíbula.

—A mi lado, no te vayas a Tenerife. Encontrarás otro trabajo aquí, múdate esta misma noche a mi cuarto y cuando hayamos ahorrado lo suficiente, haremos las maletas. ¿No lo ves, María? —Cogió mi rostro entre sus manos, apenas unos centímetros separaban un beso que hacía horas había imaginado más dulce, cargado de miel, y no de regusto amargo—. ¿Por qué vamos a conformarnos con ser peones que cumplen los sueños de otros? El hotel es cosa de ellos, no nuestra.

—Pero es un clavo seguro, estoy convencida de que es un puente. Fíjate cómo he ido mejorando desde que me fui del pueblo, irnos a Tenerife nos daría una casa propia, dinero, solvencia para crear lo que nos dé la gana. Podríamos abrir un negocio juntos y, así, cuando publicases tus libros, no tendrías que darle explicaciones a nadie para marcharte a promocionarlos, serías dueño al mismo nivel que yo. Hay vías para que los dos tengamos lo que queremos sin tener que renunciar a amarnos. ¡Están ahí! ¡Vamos a buscarlas!

—¿Hay que decirlo todo hoy? —dijo dando por terminada la discusión. Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz.

—Supongo que no —se me apagó la voz.

46. Bocadillo de calamares

—¿Qué os apetece cenar en nuestra última noche en Madrid?

—¡Bocadillo de calamares! —gritó Matilde.

—Ja,ja,ja, ¡qué te gusta el pan con cosas! Vamos a ir a un bar diferente al que os llevé el otro día, hay que hacer transbordo en el metro, pero, mamá, te aseguro que va a merecer la pena.

—Más te vale.

Veinte minutos después, salían de la estación del Arte. Los últimos rescoldos del día teñían el cielo de púrpura y naranja, la silueta de la luna llena se dejaba entrever. Anduvieron cinco minutos hasta alcanzar la Plaza de Juan Goytisolo, había un par de mesas libres, eligieron una de las que quedaban más cerca a la fachada del Museo Reina Sofía. Pidieron, como no, bocadillos de calamares, dos raciones de bravas y una ensalada mixta para confirmar que habían ingerido algo de verdura entre tanta grasa saturada.

—¿Por qué lo más rico siempre tiene que ser lo que más engorde? —farfulló Matilde con el paladar dando saltos.

—Las verduras también están buenísimas y son muy sanas. —Ana pinchó un par de bravas.

—Claro, por eso te estás apretando un plato de brócoli cocido. —Matilde se reía—. A mí con los nervios el cuerpo solo me pide comida que haga *balate* y me sujete bien el estómago, no quiero ni pensar en el vuelo de mañana.

—Mamá, va a ir de maravilla. El avión es uno de los medios de transporte más seguros, ¿cuántos accidentes ves por la tele? Y, sin embargo, ¿cuántos ocurren con el coche?

—Ana, lo que tú quieras, pero del amasijo ese de hierros no se escapa nadie.

—De verdad, no es para tanto, si no hay turbulencias es que ni os vais a enterar.

—¿Qué pasa con las turbulencias? —A Conchita se le atragantó un trozo de calamar.

—Nada, nada, solo que se mueve un poquito el avión, nada de qué preocuparse. Os lo prometo, nuestro vuelo no creo que pase de las tres horas y yo he hecho muchísimos viajes de más de doce, que no os extrañe que después del trajín de estos días caigáis como troncos.

—Mientras que el avión no sea el que se caiga.

Cenaron un par de minutos más en silencio. Matilde movía la

pierna derecha con un traca traca, que comenzó imperceptible, pero que se tornó en taconeo flamenco. Conchita se mordía el labio inferior una y otra vez, sus ojos se perdían en la mesa de aluminio. Paco se movía incómodo en la silla, se toqueteaba las gafas en cada cambio de posición, un par de suspiros sonoros escaparon de sus pulmones abatidos. Carlota estaba absorta con la batalla Pokémon que disputaba su prima. Nacho tampoco soltaba el móvil, deslizaba el dedo en automático por las publicaciones de Instagram y comía sin ni siquiera levantar la vista de la pantalla, de modo que dos lamparones de aceite terminaron vistiendo sus vaqueros claros.

—¿Cómo os imagináis a la tía María después de tantos años? —Ana buscaba cambiar el foco del miedo a volar.

—Yo creo que será un mujerón con buen porte y un par de ovarios bien puestos. Vosotras tenéis mucha suerte de haber nacido en esta época en la que no está mal visto que una mujer se dedique a sus sueños, en la nuestra era otro cantar.

—Tampoco te creas que los tiempos han cambiado tanto, las mujeres, en general, seguimos soportando el peso de la casa, los niños y, encima, trabajamos fuera como si no llevásemos esa carga extra. Solo tienes que echarle un vistazo a cualquier estadística de conciliación.

—Pero tú has tenido mucha suerte con Pablo.

—Sí, y seguimos siendo un equipo, pero no quita que no sea la norma general.

—Y si no, miradme a mí —intervino Conchita con una media sonrisa.

—Eso nunca ha sido culpa tuya. —Ana la miró con ternura—. Pero sí que ya va siendo el momento de que te liberes de ese lastre, no tienes que decidir nada hoy, pero estamos aquí, ¿vale? —Todavía no habían conseguido traspasar la barrera de abrazarse, pero, al menos en sus miradas había vuelto la empatía y del rencor quedaban tan solo unas gotas.

—Supongo que la María con la que me crie habrá cambiado bastante, aunque espero que ese alma dulce y risueña que tenía no la haya perdido. Se parecía mucho a mi madre, recuerdo alguna foto y si las colocabas juntas no sabías distinguir quién era quién. Dicen que las hijas envejecen como las madres, si es así, María seguirá siendo delgada, pero con elegancia natural. Sus ojos miel se habrán aclarado y no demasiadas arrugas vestirán su rostro. Mi madre no usó nunca una lágrima de crema y parecía diez años más joven de lo que era.

—¿Tendrá hijos? —preguntó Rebeca que, tras perder la batalla Pokémon, se había interesado más por la conversación.

—Eso sí que no lo sé. Nunca la escuché hablar de niños, supongo que todos dimos por hecho que en algún momento se casaría y

formaría una familia.

—En las cartas tampoco lo menciona —añadió Matilde—. Esta tarde en el lago me he preguntado lo mismo al ver a los novios de las fotos, aunque también puede ser que no quisiera contaros sus amoríos, yo por lo menos no lo hubiera hecho.

—Yo tampoco, si estuviera en su lugar y me hubiera marchado del pueblo para sentir más libertad, no les diría a mis hermanos mis aventuras, y más si no estaba recibiendo cartas de vuelta.

—Me da igual si tengo sobrinos o un cuñado a los que abrazar, solo quiero que mi niña María siga viva, recuperarla.

—Y la vamos a encontrar, Paco, ya lo verás. La vida nos debe más de una alegría y ya es hora de que hagamos cuentas. —Matilde le sonrió con la mirada y los labios—. Oye, ¿qué os parece un postrecito para rematar el día?

47. Un otoño enrarecido

—¿Qué te ha dicho Pedro? —Adelina rompió un par de huevos para el bizcocho.

—Discutimos, no quiere ir, aunque dijo que ya hablaríamos con más calma, que no había que decidirlo en una noche. —Seguí recogiendo la cocina. Me pesaban los ojos y un color grisáceo acentuaba las ojeras de haber dormido tan solo un par de horas dibujando distintos escenarios.

—A ese chico le falta un tornillo, ¿es que solo se puede escribir en Madrid?

—Yo entiendo que marcharse a una isla le limita, seamos razonables, aquí con un coche, por viejo que sea, te plantas en cualquier parte; aunque también pienso que no es blanco o negro, que hay posibilidades para que los dos podamos ser felices. ¿Crees que debería quedarme con él hasta que despegue su carrera y después emprender la mía?

—Ahora la que ha perdido la cabeza eres tú.

—A ver, Adelina, lleva razón cuando dice que puedo encontrar otro trabajo en cualquier parte y lo de los libros fuera de Madrid, pues es más complicado.

—*Mocina*, yo no soy nadie para dar consejos, y sino mira el libro de familia, pero ¿crees que servir en otra casa te va a dar la sonrisa que tenías ayer? Porque lo dudo mucho, esa te salía de las tripas, y las tripas nunca engañan.

—No lo sé, estoy hecha un lío. Hay momentos en los que lo veo clarísimo y me quiero ir a Tenerife, seguir subiendo, darme algún lujo, pero ha llegado un punto que me aterra que Pedro no siga a mi lado y eso me agobia todavía más.

—Mira, tiempo al tiempo, dijeron que como muy pronto hasta febrero no nos íbamos, hay meses de sobra para saber qué te pide el cuerpo, aunque, *mocina*, si no lo puedes tener todo tendrás que ver a qué te duele menos renunciar.

Tal y como nos había informado Ricardo, las obras comenzaron la primera semana de septiembre y, con ellas, la cuenta atrás para tomar una decisión. Llegué a desear que se retrasaran para que así la marcha definitiva no fuese en febrero sino después de verano; para entonces,

las presentaciones y lecturas del segundo poemario estarían más que hechas.

Mientras los días corrían demasiado veloces, me tragué el orgullo e hice de tripas corazón para que la relación con Pedro no se enturbiara más, me centré en su carrera como escritor y evité cualquier conversación que se saliera del distrito editorial. Estaba entusiasmado con mi cambio de tónica, se lo notaba en el tono de voz y en su mirada enérgica. No quería compartir con él los nubarrones que habían diluido mi emoción inicial, a Adelina tampoco quería darle más fichas con las que juzgar mi estado, ella contaba con el apoyo férreo de su marido y tampoco hacía por ponerse en otros zapatos.

Me fui plegando con la esperanza de que así los días estuvieran marcados por la felicidad y la algarabía, y no por la desidia. Pensaba que, si me alejaba de los enfrentamientos y las conversaciones que rajaban sin levantar heridas visibles, podría averiguar cuál era la decisión adecuada.

Mi asturiana había vuelto a canturrear mientras cocinaba, hasta el sabor de sus platos era todavía más delicioso. Pedro desbordaba ideas para las próximas lecturas y Andresín no cesaba en contar a cualquiera que lo quisiera escuchar que iba a ser encargado en un hotel de lujo. Todos estaban pletóricos con sus caminos abiertos al futuro y, en cambio, yo me sentía una prisionera que no conseguía discernir qué tormento iba a ser menos doloroso.

¿Quedarme en Madrid y buscar sabía Dios qué trabajo, pero con el hombre que me había enseñado a amar?

¿Construir un hogar propio, pero sola?

¿Convencerlo a dar su brazo a torcer después de que publicase el libro?

Las hojas de ese otoño enrarecido caían sin cesar como un reloj de arena natural que no se iba a detener por mucho que yo necesitase una bocanada de aire extra. El tiempo y sus caprichosos juegos.

—He quedado esta tarde con el editor para pulir un par de detalles del libro, no me puedo creer que en dos meses vaya a ver la luz. ¿Te apetece venir?

—No sé si molestaré. —Por no decir que me estaba empezando a quemar su éxito, ¿podía ser posible que quisiera verlo feliz, pero a la vez deseara que todo se malograra para que la decisión de Tenerife fuera más sencilla?

—Quítate esa idea de la cabeza. —¿Me había leído la mente?—. Tú nunca molestas.

—No, ve tú, así estarás más tranquilo. Creo que voy a aprovechar el resto del domingo para descansar, están siendo unas semanas de mucho trabajo.

—Como quieras. —Me besó suave—. Si cambias de opinión estaremos en el café de siempre.

Después de un almuerzo tardío en el que apenas picoteé un poco de pan y queso, me lancé a la calle con la pretensión de encontrar la lucidez que había perdido. Octubre se vistió de tormentas y ráfagas de viento helado, yo ya iba destemplada desde finales de agosto.

Deambulé durante horas sin rumbo fijo, solo quería que las dudas y miedos se quedasen anclados al asfalto, recuperar mi temple. Al pasar por la Plaza del Dos de Mayo me acordé de Isabel, ¿qué sería de ella?, y también me vino a la mente la sentencia de que en el momento en el que despegase los pies del suelo perdería la claridad: ¿y en ese instante dónde los tenía, en el suelo o volando?

Un mareo extraño me revolvió, entré en una cafetería cercana deseosa de un café que me levantara el ánimo. Después de que el camarero depositara un café con leche tan caliente que me pelé el paladar, saqué del bolso un papel en blanco para escribirles otra carta más a mis hermanos.

Escribí el encabezado.

Lo taché.

Suspiré con una bocanada sonora.

El peso de su negativa me estaba haciendo más daño de lo habitual, en seis meses haría cinco años en Madrid y ni una maldita carta había calentado el buzón, aunque fuese para pedirme que dejase de escribirles. ¿Merecía la pena seguir esforzándome por conseguir también su perdón?

Estaba empezando a cansarme de ser un camaleón que se amoldaba a patrones ajenos para que nadie se incomodase, había perdido la noción de si la piel que habitaba era mía o una prestada con la que complacer al resto.

—¿No piensas comer más? —Adelina desprendía un gesto serio al observar mi plato prácticamente intacto—. Estás más delgada que nunca, si hasta la falda te queda como a un santo dos pistolas.

—No es para tanto, estoy desganada. —Removí un poco más la cazuela de fideos.

—Me pone enferma la tontuna que llevas encima. —Me quitó el plato de malas maneras—. Toma una decisión ya y apechuga con las consecuencias, porque fustigándote con la comida lo único que vas a conseguir es que, además, te enfermes.

—Adelina, ¿qué dices?

—Tú te piensas que nací ayer, por mucho que te hayas convertido en devota del silencio, los ojos hablan y, *mocina*, los tuyos dan pena mirarlos.

—No es eso, Pedro me ha invitado a una quedada informal con

otros escritores de la editorial y no sé qué ponerme.

—Y encima pretendes que me lo crea, da igual, si es que no hay más ciego que el que no quiere ver. —Preparó tila y sirvió dos tazas—. El vestido moteado no falla, andando, una cosa menos en la que pensar. ¿Y ahora vamos a hablar de lo que importa o seguimos haciendo como si aquí no se cocieran habas?

Me coloqué el vestido que había mencionado Adelina durante el almuerzo y salí apretando el paso, me había retrasado divagando si me apetecía ir a una fiesta en la que yo no tenía nada que celebrar. Esa tarde de finales de octubre hacía más frío de lo normal. Un viento gélido me subía por las piernas y se acunaba en mi espalda. Un escalofrío me hizo temblar.

Entré en el bar que me había indicado Pedro con el regusto amargo de la conversación con mi amiga. Estaba repleto de hombres, apenas divisé un par de mujeres más, busqué entre esas barbas y bigotes la asilvestrada de mi poeta, no la veía. Me acerqué hasta la barra, todavía con el abrigo puesto, y justo cuando iba a pedir lo vi en la esquina más oscura.

—¿Qué haces aquí solo? —No me miró.

—Ponme otra —le indicó al camarero haciendo un gesto circular con la mano.

—¿Estás borracho? Si no son ni las siete.

—¿Y qué más da la hora? El tiempo se marchita igual.

—¿Qué ha pasado? —Tenía los ojos vidriosos, perdidos en el cuello de la botella. Su espalda estaba tan encorvada que era como si su alma se hubiera recluido entre barrotes de alcohol.

—No lo van a publicar.

—¿Qué estás diciendo? Si mencionaste que para Navidad estaría en la calle. ¿A qué viene ese cambio tan repentino? —Me senté en el taburete contiguo y me quité el abrigo sin dejar de observar su cuerpo desvalido.

—Me lo han comunicado esta tarde, dicen que se sienten muy ofendidos con que haya estado intentando irme con la competencia, incluso después de firmar el segundo contrato con ellos. Así que «adiós, muy buenas». Les ha faltado darme una patada en el culo, me han echado como un perro. —Le dio un trago largo y golpeó con fuerza el botellín sobre la barra.

—Creo que es mejor que dejes de beber. —Intenté quitárselo.

—Déjame. —Me apartó.

—Pedro. —Respiré para armarme de paciencia y no gritarle—. Sé que has trabajado muchísimo, pero quizá la vida te esté abriendo otra puerta. Hay más editoriales.

—No hay tantas y menos que publiquen poesía. Estoy acabado.

—¿Y por qué no nos vamos a Tenerife y empezamos de cero? —Era mi oportunidad para convencerlo—. Un cambio de aires les sentará bien a tus poemas, se alimentarán y crecerán con más fuerza. Estoy convencida de que es una oportunidad para que seas un escritor con más recursos.

—No te habrás confabulado con ese Dios en el que crees para arrastrarme hasta esa maldita isla, ¿verdad? —No reconocí su mirada turbia, no permití que sus palabras me amilanaran, tenía claro que era otro indicio más que nos empujaba a marcharnos.

—Confía en mí, nunca rezaría para hacerte daño.

Salimos media hora más tarde de aquel bar. Echó su brazo sobre mis hombros, él arrastraba los pies y su pena, yo caminaba con firmeza y una sonrisa involuntaria. Lo había vuelto a recuperar, la vida me había dado ese empujón para decidir. Intenté que no se percatara de mi júbilo, en ese instante no hubiera comprendido que ese rechazo editorial era lo mejor que nos podía pasar. Mi corazón me decía que él marcaría su nombre con mayúsculas, pero no ese otoño del 74.

48. Dos caras de la misma moneda

Durante las tres semanas siguientes a la ruptura del contrato con la editorial, Pedro apenas sonrió y las ojeras oscuras se tragaron cualquier vestigio de luz que alcanzaba sus ojos melosos; sin embargo, los poemas brotaban de cualquier parte, como si ese rechazo le hiciera de manantial.

Éramos dos caras de la misma moneda.

Le di espacio durante unos días para que digiriera que podía salir de la cruz para encontrarse con esa oportunidad de frente. Mantenía una fe ciega en su resiliencia, ya habíamos pasado por situaciones similares y en cuanto vaciara el pozo de frustración retornaría mi poeta de las caricias y las noches en vela.

—Había pensado que el domingo podíamos hacer un picnic en el Retiro o en la Casa de Campo, parece que no va a llover.

—No me apetece acabar helado. —Llevaba dos horas sin parar de escribir, a su alrededor había desparramadas decenas de bolas de papel.

—¿Y si vamos al cine? —Pasaba las páginas de uno de los libros que me había dejado, no recordaba ni la última frase que había leído. Mi mente se centraba en su silencio, en la distancia que se había instalado desde esa tarde sombría.

—No hay ninguna película que me apetezca ver.

—¿Merendamos en ese café que tanto te gusta?

—Prefiero quedarme en casa.

—Ya veo que es mejor que te deje solo, aunque si me lo pidieras, nos ahorraríamos bastantes interrogatorios. —Abandoné el libro sobre la cama, cogí el bolso y el abrigo. Me acerqué hasta él y le deposité un beso ligero en la sien. Ni se inmutó.

Solté una bocanada profunda tras cruzar el portal, «aguanta un poquito más, se le pasará». Cuando descubrí su manera de afrontar los rechazos me sorprendió, pero en ese instante la sombra que se ceñía sobre su cabeza me era indiferente, contaba con la certeza de que tarde o temprano saldría del letargo absurdo en el que se sumía y que la opción de irnos a Tenerife era la correcta, ¿por qué le costaba tanto aceptar que era nuestra mejor baza?

Podría crear obras increíbles sin verse arrastrado por las puertas que se cerraran a lo largo del camino. Tenía la solución justo delante,

solo necesitaba que limpiase los cristales con los que la miraba y yo iba a conseguir que lo hiciera, remaría por los dos hasta que el Pedro pasional retornara de la caverna.

Igual que oculté la ansiedad de tener que elegir entre Pedro y mis sueños desde que la opción de emprender un nuevo capítulo se tornó amarga, intenté mantener a raya el jolgorio que me bailaba en el cuerpo, solo faltaba que mi poeta malinterpretara las señales y sintiera que yo misma le había puesto una piedra que malograra su camino literario.

A unas calles del piso, me topé con un salón de belleza en el que no había reparado antes, supongo que no entraba en mi rango de posibilidades y mi mente me había ahorrado hasta entonces tener que resignarme a no cruzar la puerta, pero ese día creí que me merecía colmarme de mimos, que si me repetía en un monólogo interior constante que debía ser la dueña de mi vida, entonces no tenía sentido que siguiera alimentando mi cuerpo solo con caricias ajenas, por mucho que vinieran de las manos experimentadas de Pedro.

Entré con decisión. Me sorprendió la explosión de color, las columnas verde albahaca eran calcadas al tono de la solería. Las paredes cremosas ayudaban a acentuar el resto de las notas de color. Junto a la entrada había un par de sofás oscuros con cojines naranjas chillones en los que dos chicas esperaban a que se quedaran libres alguno de los tocadores del fondo.

Las empleadas vestían una bata blanca con un cinturón de la misma tela, las uñas largas y en un tono salmón idéntico al de los labios. Una de ellas se acercó y me preguntó qué quería hacerme. Estaba indecisa, esa chica morena me explicó los distintos tratamientos y terminé por aceptar una mascarilla facial antes de pasar por las tijeras. Me acompañó a otra sala en la que presidía una camilla y una estantería repleta de tarros de cristal y artilugios que parecían del espacio.

Me tumbé, cerré los ojos y me concentré en el flujo de mi respiración. Las manos aterciopeladas de esa muchacha recorrieron mi rostro, me dejé llevar haciéndome creer que esos lujos eran mi pan habitual. Un olor mentolado subió de intensidad conforme mi piel se cubría de una pasta fría. También acepté un masaje de pies mientras esperaba a que la mascarilla hiciera su efecto.

Un placer distinto me abrazó.

¿Qué dirían mis vecinas si me vieran como una señorona untada en caprichos? ¿Tendría que pagar más penitencias de las que ya había abonado?

Salí dos horas más tarde con la melena y la piel resplandeciente, también con un buen pellizco en la cartera. Me dieron igual las pesetas de menos, había ido sorteando cada problema con las pocas herramientas de las que disponía, pero si algo me estaban recordando

esas semanas es que si necesitaba dibujarme la sonrisa, entonces ese no era el camino.

49. Bailemos bajo la lluvia

Después de la sesión de belleza, estuve algo más de dos semanas sin hacer por ver a Pedro. Si mi apoyo no lo había hecho reaccionar, quizá lo consiguiera enfrentarse a la posibilidad de perderme.

Ricardo y Mercedes nos comunicaron que las obras marchaban a buen ritmo y que la próxima semana comenzarían las visitas para vender la casa, Ignacio les había encontrado otro hogar no muy lejos del hotel. Diciembre estaba a la vuelta de la esquina, debíamos empezar a preparar la mudanza, no sería fácil desmontar un piso con siete habitaciones, cuatro baños, despacho, dos salones y varias terrazas, pero yo sabía bien que para poder avanzar primero había que cerrar la puerta que se dejaba atrás.

—Buenos días, *mocina*. Pedro me ha pedido que te entregue esto. —Me tendió uno de esos papeles amarillentos doblado por la mitad. Era el quinto.

Cada día que paso alejado de ti me pesa un lustro, por favor, no sigas ignorándome, necesito verte. Te espero a las seis en la cafetería de siempre. Te quiero.

Habíamos pasado tantas tardes en ese café literario, en el que provocó decenas de encuentros fortuitos con editores, que había terminado siendo nuestra cafetería. Cuando crucé la puerta principal y me recibieron las cortinas rojas a juego con las sillas acolchadas, las lámparas doradas y las paredes crema caí en la cuenta de que la impronta de Pedro se había adueñado de cualquier rincón de Madrid, incluso de mi amado Retiro.

Estaba sentado junto a uno de los ventanales. Varios papeles y una taza de café, que todavía humeaba, cubrían la mesa. Tenía la vista clavada en el trajín de los viandantes, no se había quitado la chaqueta cámel y su melena rizada se veía encrespada con la amenaza de tormenta. No se percató de mi llegada hasta que me acerqué a la mesa.

—Hola, Pedro. —Moví la silla que quedaba frente a él, dudé si besarlo; finalmente, decidí sentarme.

—Hola, María. —Me cogió las manos, las suyas estaban heladas—. ¿Cómo estás?

—Supongo que bien, ¿y tú?

—Te he echado de menos, siento mucho haber estado ausente

durante tanto tiempo, ya sabes lo importante que es la poesía para mí. —Asentí—. He estado pensando, quizá tienes razón y cambiar de aires pueda ayudarme a escribir, siento que solo me brotan las mismas ideas, ¿y si es por eso por lo que no querían publicarme? ¿y si llevaba razón ese editor que temía que fuese poeta de un único poemario?

—Si no te atreves a dar el paso supongo que nunca sabrás que podría haber pasado.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—No, estoy agotada, Pedro, que es diferente. Cansada de que cualquier movimiento que nos brinda cierta estabilidad juntos lo veas como una derrota, cansada de que para ser feliz tenga que pagar siempre un peaje. ¿Quién no desfallecería de luchar a contracorriente? —Desvié la vista a las cristaleras, las primeras gotas mojaron el suelo.

—Mírame, te prometo que lo haré mejor, no quiero perderte. ¿Sigue en pie la oferta de Tenerife?

—Nunca llegué a decirles que no querías venir. —Movió su silla hasta que chocó con la mía, tomó mi rostro y me besó con delicadeza —. ¿Estás seguro?

—Sí, María, apostemos por el siguiente paso. —Esa frase me liberó una sonrisa profunda—. ¿Sabes que Andresín ha empezado a dar clases de conducir?

—Adelina no me ha comentado nada.

—Es que es una sorpresa, dice que, como va a tener un buen trabajo, por fin va a poder comprarse un coche con el que viajar con su mujer.

—Y si es una sorpresa, ¿cómo pretendías que lo supiera?

—*Touché*. —Se toqueteó la barba—. Estoy pensando que yo también me lo podría sacar y dejar de tentar a la suerte.

—Sería estupendo, nos daría libertad para recorrer la isla, seguro que hay cientos de rincones preciosos.

—Incluso podrías hacerlo tú también.

—Difícil lo tengo, hasta donde yo sé, necesito la autorización paternal o marital y no cuento con ninguna de las dos figuras.

—Una de ellas se puede arreglar.

¿Habíamos pasado de vivir con un muro de hielo a sugerir que nos casáramos? Dios, qué tonta había sido, lo que necesitaba para abrir los ojos no era que escuchara sus lamentos en silencio, sino hacerle espabilar. Al final mi asturiana tenía razón.

Pedimos otros dos cafés y anotamos cada idea que se nos ocurrió sobre nuestro futuro en Tenerife, llenamos tres papeles amarillentos, pero, sin duda, lo que me hacía más ilusión era contar con mi propia casa. Un hogar igualitario en el que por fin se rompiera esa tradición absurda que llevaban demasiadas generaciones perpetrando: renunciar a la libertad de elegir por ser la esposa y madre perfecta. Pedro y yo

seríamos un equipo, uno invencible.

La tromba de agua nos sorprendió diez minutos después de salir del café. Eché a correr buscando un soportal que nos hiciera de paraguas, pero Pedro me cogió de la mano y me detuvo.

—¿Me concedes este baile?

—¿Bajo la lluvia?

—Cualquier tiempo brilla si estás conmigo.

50. Más que maletas

Faltaba un mes para que rozáramos el suelo canario. Pedro había vuelto a ser ese chico rebosante de pasión y energía que había conocido hacía más de cuatro años. El baile bajo la lluvia selló el abrir de esta etapa que estábamos a un paso de emprender. Desmontar el enorme piso de Mercedes y Ricardo me tenía agotada, pero gracias a ese futuro, que ya podía acariciar con la yema de los dedos, me levantaba cada mañana al alba con la fuerza de un huracán.

Ese invierno en Madrid fue de los más fríos que había vivido desde que llegué a la ciudad, aunque lo sobrellevé gracias al calor de mi poeta y a las propias brasas que me prendían el alma imaginándome como gobernanta de un hotel de lujo, con mi propia casa y, en breves, hasta con un marido que me tratara como a una igual.

La Navidad del 74 fue de las más bonitas y mágicas. Nos disfrutamos con ansia, visitamos nuestros lugares favoritos, creamos nuevos recuerdos en otras calles. Nos comimos sin empachar. Me parecía un sueño brindar por la entrada al 75 con un horizonte tan vibrante y lleno de color. En ese brindis, en el que se cruzaba el año que se despedía con el que despertaba, abracé a la María tímida pero decidida que huyó del pueblo. Lo habíamos conseguido, habíamos madurado, atravesado espinas y caricias, luces y sombras, pero lo importante era que por fin las semillas de esa idea tan grande que me hizo mudar de piel, habían dejado de echar raíces para comenzar a elevar sus tallos, solo restaban las flores por aparecer.

Durante esas semanas de villancicos y chocolate caliente, la familia se marchó a Tenerife para disfrutar de unos días de vacaciones, y también para que Ricardo pudiera supervisar el tramo final de las obras. A los niños ya los habían cambiado de colegio y se quedarían con sus tíos tras aquellas semanas festivas para que arrancaran el segundo trimestre desde el comienzo y no a mediados; Mercedes y Ricardo volverían pasado Reyes para ultimar la mudanza y firmar el contrato de venta a una pareja alemana. Todos volaríamos a Tenerife a primeros de febrero, incluso se habían hecho cargo del pago de nuestros billetes, esa familia era una bendición.

Hasta el más mínimo detalle estaba pensado, solo nos quedaba exprimir las últimas semanas en Madrid.

Aquel domingo de enero, Adelina preparó un banquete en el piso,

en el que vivía con Andresín y Pedro, para celebrar que en menos de dos semanas dejaríamos el aire gélido de Madrid y nos tostaríamos bajo el cielo canario. Un jarrón de flores frescas presidía la mesa. Jamón del bueno, queso manchego, boquerones en vinagre, ensalada de tomate y una fabada asturiana cargada de chorizo y morcilla pusieron a prueba la capacidad de nuestras cremalleras. Para rematar, arroz con leche.

—Adelina, no puedes seguir cocinando así de bueno y contundente o vamos a tirar el avión con las lorzas que nos van a salir.

—Qué sabrás tú de lorzas, *mocina*, si nada más que tienes huesos y pellejo. Tampoco te pienses que la cartera se puede estirar de esta forma todas las semanas, pero un día es un día. ¿Queréis café? ¿Un chupito de hierbas?

Le ayudé a preparar la cafetera mientras que los chicos recogían la mesa. En menos de cinco minutos volvimos a estar los cuatro reunidos envueltos en el aroma del café negro.

—Tengo un regalo para vosotras. —Pedro fue hasta su habitación y regresó con dos paquetes planos envueltos en papel de estraza marrón. Adelina y yo nos miramos como dos niñas en el día de su cumpleaños —. Venga, abridlos.

Dos cuadros, de unos veinte centímetros, con el marco plateado. Cuando los giramos, dos poesías nos sonrieron.

—Las he escrito personalmente para vosotras, algún objeto tenía que ser el primero que decorase las casas, ¿no?

Leí la mía antes de abrazarlo envuelta en lágrimas.

Las estaciones han cambiado,
decenas de ellas vistieron las paredes.
Flores, hojas, nieve y tormenta.
Rosa, amarillo, blanco y grisáceo.
Pero ninguna había sido hogar
hasta que tus manos las acariciaron.

Adelina leyó la suya junto a Andresín.

El prado verde los vio crecer.
El mar los meció al atardecer.
Las estrellas les cubrieron los sueños.
Pero el trazo que los unió
fue esa pasión que los llevó lejos.

—¡Eres un bandido! —Adelina se incorporó y lo abrazó, para, a continuación, soltarle una colleja—. No me hagas llorar así que pierdo la fuerza por los ojos. Cómo me alegro de que te decidieras y vayamos a ser vecinos.

—Más que vecinos, Adelina. Familia, sin sangre, pero familia igualmente. —Agarré fuerte la mano de mi amiga que ya era como una hermana—. Anda, saca el orujo que ya rematamos la fiesta.

51. Un vuelo con destino esperanza

La familia Manzano llegó a Barajas por segunda vez en cinco días, esta vez sí tenían la llave que los acercase hasta esa isla en la que habían depositado sus esperanzas.

—Disculpe, lleva cinco kilos de más. Puede sacarlos o pagar diez euros por cada kilo —informó una chica pelirroja con un tono de voz áspero como una fregona vieja.

—Mamá, ¿qué has metido en la maleta?, ¿piedras? Si la ropa de verano apenas pesa —preguntó Ana sorprendida.

—Jamón y queso que me traje del pueblo, no me mires así, ya verás como cuando nos crujan las tripas os vais a acordar de mis táperes.

—Anda —contenía la risa—, saca los táperes y vamos a repartirlos, que a este paso todavía nos quedamos en tierra.

Aunque la muchacha les taladró con la mirada y con unos cuantos dardos envenenados para que se hicieran a un lado de la fila, abrieron las maletas sin inmutarse por bloquear la facturación.

Matilde tuvo que sacar bragas, combinaciones, vestidos y algún bañador para dar con sus deliciosas fiambreras. Los pasajeros, estresados con la parsimonia de la familia Manzano, bufaban y se quejaban a la chica pelirroja que ya no solo contaba con un ardor intenso en su pelo, también le había descendido hasta la cara.

—Señora, ¿se puede echar a un lado, por favor? Llevan más de diez minutos entorpeciendo a otros pasajeros que quieren llegar a su destino.

—Me parece genial, pero hasta que no terminemos no nos movemos, ¿o es que te crees que me vas a mandar al final de esa fila que ya le da la vuelta al mostrador? Vamos, ni de broma, bastante que me habéis hecho esperar cinco días para coger ese avión del demonio, y si no haberme dejado pasar con los táperes.

—Disculpe a mi mujer, señorita, es que está siendo una etapa complicada, enseguida recogemos.

—¿Complicada? Complicado es que tu novio de toda la vida te plante en el altar y encima tenga la poca vergüenza de irse a esa luna de miel fabulosamente cara con la que se suponía que era tu mejor amiga —estalló la pelirroja en llamas.

Con llantina mediante, colocaron las maletas en la cinta y salieron corriendo por la terminal sin querer meter más leña a ese fuego que

tardaría muchos meses en despejarse.

—Disculpen, ¿de quién es esta mochila? —preguntó un señor barrigón con cara de necesitar una dosis extra de azúcar.

—Mía —respondió Nacho.

—¿Te importaría abrirla?

—Verás que lleva droga, Paco, este niño está desatado —susurró Matilde.

—¿Pero te estás oyendo? ¿Cómo va a ser un drogata si solo es un crío?

—Uy, cómo se nota que no has paseado por el Parque de la Esperanza, ya te digo yo que allí se fuman algo más que la pipa de la paz.

—¿Esta navaja es tuya?, ¿eres menor?

—Nacho, ¿para qué quieres eso? —gritó su madre.

—Ay, disculpe, señor agente —interrumpió Paco—, no le eche la culpa al chiquillo, es mía. Es que estos días han sido muy emotivos y se la di como recuerdo.

—¡Papá! ¿Para qué necesita un adolescente una navaja? Déjate de recuerdos que no te estás muriendo.

—Perdonen, las riñas familiares tendrán que continuar al cruzar el arco de seguridad, eso sí, sin navaja —afirmó subiéndose el pantalón por encima de la abultada barriga.

Nadie se atrevió a rechistar. Ya al otro lado del arco aligeraron el paso, se les hacía tarde y el remate que les faltaba era perder el avión. Cuando estaban a punto de alcanzar la puerta de embarque, se dieron cuenta de que se habían confundido de compañía y su vuelo a Tenerife embarcaba por otra puerta que estaba en la zona opuesta de la terminal.

Lo que al principio eran pasitos cortos se tornaron en pequeñas carreras por un pasillo interminable repleto de pasajeros tan nerviosos como ellos. Los primeros en llegar a la puerta fueron los jóvenes de la familia, minutos más tarde, el resto.

Todavía faltaban unas veinte personas para embarcar y otro agarrotamiento de corazón.

—Buenos días, ¿tarjetas de embarque e identificación, por favor? —pidió una chica delgadísima y muy rubia.

Cada uno fue entregando su documentación y su billete de avión, faltaba el de Paco.

—Matilde, ¿tienes mi billete? No lo encuentro —susurró rebuscando en los bolsillos.

—¿No me digas que lo has perdido? ¡No podemos irnos sin ti!

Abrieron la maleta de mano, tampoco estaba allí. La agente de pasaje les anunció que quedaban solo un par de minutos para que el embarque cerrase, o se daban prisa o no volaban.

—Por el amor de Dios, ¿es que esta familia no puede tener un día tranquilo?

Paco estaba ardiendo en fiebre al imaginarse que, de nuevo, un papel lo alejaba de su hermana. Se sentó con las manos cubriéndose la cara intentando recordar dónde había visto por última vez el condenado billete.

—¡Abuelo! Tranquilo, lo tengo también en el móvil —recordó Nacho—, para que luego digáis que estoy todo el día pegado a una pantalla, ¿eh?

Su abuela le besó la frente y le dio una colleja como premio. Por fin cruzaron, empapados y con la resaca de una taquicardia general, la pasarela que les acercaba a Tenerife.

Casi tres horas más tarde, aterrizaron en la isla de sus sueños con el cuerpo todavía revuelto. Para la gran mayoría de miembros de la familia Manzano, excepto Ana y sus hijos, era la primera vez que volaban.

Una espiral nerviosa danzó en sus estómagos junto con las palpitaciones de casi no conseguir traspasar la puerta. Se abrocharon los cinturones con fuerza, no fuera a pasar como en un accidente de la feria de julio en el pueblo que, por no cerrar bien la barra de seguridad, un par de borrachos pillaron un revolcón contra el suelo.

Durante el vuelo, pasaron por varias turbulencias que sacudieron el avión como si estuvieran en una cama elástica. Se agarraron con fuerza a los asientos, especialmente Conchita, que estaba aterrada con la idea de volar, incluso soltó alguna plegaria y un par de lágrimas. Si no fuera porque adoraba a su padre, ella por ese trance no pasaba.

—Bueno, parece que se calma la cosa, ¿no? —comentó Matilde con el último arreón—. Por un minuto he pensado que hincábamos el pico en medio del mar, y mira que es grande el jodido, de ahí no recuperan ni las entrañas del avión.

—Eres más agorera, mamá. —Ana se reía—. Las turbulencias son normales, no pasa nada. Anda, relájate y disfruta de las vistas.

La confirmación por parte del piloto de que aquella montaña rusa había llegado a su fin destensó el ambiente. Matilde y Paco se pegaron a la ventana maravillados con los algodones de azúcar blanco que había al otro lado.

—Bienvenidos al aeropuerto de Tenerife Norte, la temperatura exterior es de 28 ºC, un día perfecto para disfrutar de las vacaciones. En nombre de la tripulación que los ha acompañado durante el viaje, les deseamos una feliz estancia.

Conchita no besó la pista de aterrizaje por vergüenza, el susto le duraría un par de horas más en el cuerpo. Los demás estaban pletóricos de haber conquistado esa meta. Recogieron el resto de las

maletas y se dirigieron a la salida.

—¿Y por dónde buscamos a la tía María? —preguntó Carlota.

52. Soltar

Me desperté aquel seis de febrero con el corazón sobresaltado, era nuestro último día en Madrid, a la mañana siguiente un vuelo con destino a Tenerife nos esperaba. El rugir de los nervios se había convertido en un canto habitual de los últimos días, especialmente por el hecho de montar en avión por primera vez, otra más de la mano de Pedro.

Esa felicidad espumosa sí que era elevarse sin rozar los pies con el suelo.

El olor a café me guió hasta la cocina, allí se encontraba mi asturiana del alma trasegando con platos que se le escurrían de las manos y vasos de leche a medio llenar. Me acerqué rápida a sacar un pan de la sartén que se estaba quemando.

—Ponme la mano en el corazón, me va a dar un infarto y no sé qué le pasa hoy a la casa, todo me sale del revés, yo creo que se está vengando de que nos vayamos.

—Qué cosas tienes, eso son los nervios, Adelina. Relájate, todo va a salir bien. Venga, sírveles el desayuno mientras recojo el lío que has armado. —Le di un golpe en la cadera con la mía.

—¿Vienes más tarde conmigo al mercado? Hay que comprar poca cosa, pero yo necesito que me dé el aire. Los aviones son seguros, ¿verdad?

—Si hemos sobrevivido a las excursiones con el poeta sin carné llegaremos vivas a Tenerife, no es la primera vez que pilotan un avión. —Se me escapó una carcajada.

—No te rías, que te lo estoy diciendo muy en serio, a ver si nos va a tocar un piloto novato, que digo yo que de alguna forma tendrán que aprender.

—Anda ya, que se va a enfriar la leche y luego no quieres que te llamemos exagerada.

Media hora más tarde, cogimos un par de cestos de mimbre y nos dirigimos al mercado. Parloteamos como loros sobre cómo serían nuestras casas, el hotel, la gente, la comida; incluso hubo momentos en los que dimos pequeños aplausos cuando uno de esos detalles, que nos hacían chisporrotear de felicidad, nos resultaba todavía más exótico.

—Adelina, voy a acercarme a la taberna, no me aguanto las ganas

de ver a Pedro.

—Ve tranquila, yo termino la compra. No llegues más tarde de las doce, que quiero que me ayudes a preparar una pata hermosa de cordero que he visto en el puesto de Trini, y también había pensado en hacer una tarta de tres pisos.

—¿Tres? ¿Acaso vamos de boda?

—De alguna manera habrá que despedirse.

—Creo que con un bizcocho borracho es más que suficiente, pero tranquila, para las doce estoy más que de vuelta.

Diez minutos después, pasaba por Plaza de España, continué por Gran Vía a paso ligero y en Callao me desvié hacia la Puerta del Sol. Aunque la temperatura era soportable, un reguero de sudor descendía por mi columna como una serpiente. Cada trayecto de ida y vuelta eran algo más de cincuenta minutos caminando, apenas me quedarían otros veinte para ver a Pedro, me bastaban.

Cuando sentí el Barrio de las Letras en mis pies, el pecho se me hinchó y una sonrisa boba era mi respuesta para todo aquel con el que me cruzaba. El frescor de las calles más estrechas me ayudó a sosegar la excitación de abrazar a mi poeta.

En la esquina antes de entrar en la taberna, me alisé el uniforme y me pasé las manos por el pelo recogido para recolocar un par de tímidos mechones que se habían soltado del moño bajo. El interior estaba repleto de objetos antiguos relacionados con la vendimia. Las paredes, en un amarillo intenso, reflejaban la luz que entraba a raudales por las enormes ventanas. Al fondo, un cliente con una copa diminuta rellena de un líquido transparente; Pedro, en la zona de la barra más cercana a la puerta, estaba secando unos vasos con un trapo azulado. Lo observé unos segundos, estaba tan concentrado en su tarea que no levantó la cabeza cuando traspasé la puerta.

—Buenos días —dije casi cantando.

—Hola, ¿qué haces aquí?, ¿ha pasado algo?

—No, tranquilo, solo quería verte, no me aguantaba hasta la tarde.

—Qué susto me has dado, nunca vienes por aquí. —Entorné los ojos y le mandé una sonrisa picarona para que saliera de detrás de la barra—. Braulio —gritó a su jefe que estaba en la cocina—, salgo un momento, no tardo.

—¿Ya lo tienes todo listo? —Le di un beso fugaz. Cuando nos separamos se toqueteó la barba, soltó una bocanada de aire y dejó caer el peso contra la pared.

—No voy a ir.

—¿Qué estás diciendo? Está todo preparado: la casa, el vuelo, si hasta firmaste el contrato de trabajo. ¿Qué pasa? —Una bola pesada oprimía mis pulmones, la cabeza me daba vueltas.

—María, te quiero con toda mi alma y por eso mismo me voy a

quedar aquí.

—Esto no puede ser verdad, ¿qué sentido tiene que me quieras y no estés conmigo?

Me abrazó con fuerza, apoyó su cabeza sobre la mía, yo quería salir corriendo, recuperar la felicidad de hacía tan solo unos minutos. Debía estar soñando, eso es, seguía sumida en una terrible pesadilla.

—Te amo, María, te amo tanto que prefiero que vivas lejos de mí, pero recorriendo ese camino que ansías tanto. Llevo semanas con pesadillas, no me las puedo quitar de la cabeza. Si me voy a Tenerife no seré feliz, me ahogaré y no quiero que mi amargura al comprobar que mi carrera como escritor no despega por sentirme enclaustrado en el mar te arrastre conmigo, no me lo perdonaría.

—No me puedes estar haciendo esto, ¡eres un cobarde! —Le golpeé con fuerza en el pecho mientras el reguero de lágrimas corría salvaje. Cerró los ojos anegados, me volvió a entrelazar entre los brazos, noté cómo aspiraba mi olor.

—Te juro que lo fácil sería seguirte, pero te convertiría en una infeliz en unos años, mírame. —Me sujetó por el mentón—. Eres el amor de mi vida, eres la persona que ha conseguido demostrarme que merece la pena entregar el corazón, y te prometo que un día entenderás que renunciar a ti es el mayor acto de amor que puedo darte.

Me besó con necesidad, me dejé vencer y me entregué a sus labios suplicando que me quedara adherida a ellos para siempre, que al abrir los ojos todo hubiera sido una jugarreta del destino para compensar la felicidad que nos esperaba juntos.

—Por favor… no me sueltes.

—Vuela, María, vuela tan alto como deseas, siempre te estaré sosteniendo, aunque mi piel no se funda con la tuya.

53. El destino en una carta

Todos los miembros de la familia Manzano se miraron intentando ordenar los últimos acontecimientos y así discernir cuál iba a ser el siguiente paso. Estaban cansados y todavía les faltaba buscar alojamiento, con los nervios de la aventura se olvidaron de ese pequeño detalle.

—¡Claro! —gritó Ana—. ¡La carta, la carta que mandó desde Tenerife! ¿No os acordáis? ¿Cómo se me ha podido olvidar? Déjame el cofre, papá.

Se puso de rodillas en el suelo de una de las esquinas de la salida del aeropuerto, usando su maleta grisácea con diminutas flores blancas como mesa improvisada. Fue colocando cada una de las 135 cartas con mimo hasta que encontró el faro que necesitaban.

Algunos de los pasajeros, que recibían el abrazo caribeño de Tenerife al cruzar el arco de salida, se dejaban los ojos descifrando el juego de cartas blancas que esa familia tan variopinta dibujaba. Ni en sus mejores sueños hubieran cantado bingo.

—Ella envió esta última carta desde —leyó la dirección— El Médano, ese es el lugar al que tenemos que ir.

—Si es que te tenemos que querer. —Su madre le apretó entre los brazos—. Venga, vamos a coger un taxi que nos lleve a, ¿dónde has dicho?

—Mmm, estoy mirando en Google Maps y el taxi nos va a salir por una pasta, abuela, el sitio que dice mi madre está a casi a una hora de aquí.

—¿Y un autobús? —propuso Conchita.

—Mejor nos alquilamos un coche que así no dependemos de nadie, además, seguro que encontramos muy pronto a la tía María y nos da tiempo a hacer un poquito de turismo por la isla, ¿a que sí, papá? —le chinchó Ana.

Paco estaba serio, la frente le sudaba miedo y humedad canaria, no quería cargarse de ilusiones como las que brillaban en los ojos de su familia y que la cruda realidad fuese más dura que golpearse a máxima velocidad contra un muro de hormigón.

—Si tú lo dices, cariño, seguro que es la mejor opción. —Dibujó una sonrisa tímida que no llegó ni a calentar sus mejillas.

—Así me gusta, una familia con recursos e ideas. Venga, vamos a buscar ese coche, no veo la hora de llegar a... ¿dónde has dicho, niña?

—El Médano, mamá.

Después de casi dos horas de espera, y más de una cara de impaciencia y hambre, consiguieron introducir por fin la llave en el monovolumen verde aceituna de siete plazas. Ana iba al volante con una energía festiva y tarareando a media voz una canción de Mecano. Matilde, de copiloto, con los ojos chisporroteando con cada kilómetro que recorrían, no se podía creer que no solo había salido del pueblo, sino que había cogido un avión y, además, estaba inmersa en una auténtica aventura como las de las novelas que le gustaba leer antes de dormir.

Los tres adolescentes estaban situados en los asientos de en medio junto con un par de maletas en los pies que no entraban en el maletero. Nacho y Rebeca, enfundados en sus cascos, no apartaban la mirada de los vídeos de Tik Tok, ajenos a la música ochentera que le fascinaba a su madre. Carlota estaba justo detrás de su abuela, y las dos, emocionadas, se cogían de la mano o se ponían a dar palmas cada vez que descubrían un paraje diferente.

En la zona norte, cercana al aeropuerto, una selva de palmeras, plataneras y vegetación rebosante de verdor vestía cada centímetro de tierra. La brisa aumentaba su cadencia arrastrando con ella a nubes de terciopelo. Conforme pasaban los kilómetros y se acercaban más hacia el sur de la isla, la espesa vegetación se tornó en una más desértica. Los tonos ocres, marrones y anaranjados formaban un puzle perfecto junto al azul vivo del mar bravío.

Matilde volaba con la intensidad de los colores y el aire salado que envolvía el coche cada vez que bajaba la ventanilla para, durante unos segundos, asomar el rostro. Cerraba entonces los ojos y se fundía con esa sensación de gratitud y calma que empezaba a cobijarse en su cuerpo.

Por el contrario, Paco y Conchita ocuparon, cabizbajos, los dos últimos asientos. Paco no conseguía encontrar la grandeza de aquel lugar de ensueño, ni el sol que les acariciaba a través de los cristales le quitaba el invierno que se había adherido a sus huesos. Nunca había sido demasiado positivo, solo cuando estuvo decidido a conquistar a Matilde, en el resto de las ocasiones se había acogido al rebufo que dejaba su mujer. No sabía si era peor no encontrar a María o localizarla y que ella lo despachara sin corazón. ¿Qué le iba a pedir después de cincuenta años?

Conchita estaba cansada de viajar, del trajín de una punta a otra del país. Se miraba las arrugas del vestido de lino blanco, que le había prestado su hermana para que estuviera más cómoda durante el vuelo, y su malestar se acentuaba. Ella quería un verano tranquilo, de huerta y siestas al ventilador; para ella las novedades no eran buenas consejeras ni los atrevimientos excelentes presagios. Su vida marcada

por la tranquilidad de saber lo que va a ocurrir, de tener el control de cada pliegue, del orden milimétrico con el que mantenía su día a día era el único Valium que la calmaba.

Maldecía el momento en el que se quedó a dormir en casa de sus padres pudiéndose haber ido a la suya, pero claro, su hermana había organizado una fiesta veraniega con los niños y ella no quería ser otra vez la aburrida de la familia. Maldecía la mañana siguiente, ojerosa y con el alma agotada de haber bebido más mojitos de la cuenta —si es que para qué le hacía caso a la extravagante de su hermana— en la que su madre había descubierto la dichosa caja verde. Maldecía esos días por Madrid en los que se le había revuelto la idea de rehacer su vida, por mucho que su hermana y su madre insistieran en que debía avanzar, no era tan sencillo como colocarse un vestido prestado.

Tenía miedo al cambio, al suyo y a que su padre quedase tocado y hundido porque no veía claro eso de encontrar a una persona después de tantos años sin contacto. ¿Y si se había cambiado de isla o, peor, y si había cruzado el charco? Un ataque de pánico se anidaba en su estómago cada vez que imaginaba que tenían que meterse de nuevo en un pájaro de hierro y cruzar el Atlántico.

—¡Hemos llegado! —señaló Ana emocionada.

Aparcaron cerca de la Plaza de Galicia y se adentraron por unas calles vacías siguiendo las indicaciones que les marcaba el móvil hasta que alcanzaron una sin salida con forma de embudo. En la parte más estrecha, junto a un par de bloques de tonos indefinidos y desgastados por los años y el mar, se encontraban un par de casitas bajas que destacaban por sus colores primaverales.

Se acercaron hasta el número 18 con el corazón acurrucado, expectante de salir corriendo a refugiarse. Permanecieron unos instantes anclados al asfalto, que devolvía el calor que le regalaba el sol, hasta que Matilde se alisó la blusa, se atusó el pelo y se adelantó decidida arrastrando a Paco con ella.

Tocó varias veces el timbre, nadie respondía. Probó con un tamborileo energético sobre la puerta de madera clara. Tampoco. Cinco minutos más tarde, mientras debatían si montar guardia en aquel lugar o marcharse a comer algo, se abrió la esperanza.

—Hola, ¿os puedo ayudar? —dijo un treintañero con rastas y una camiseta negra sin mangas algo roída junto con una sonrisa tranquila.

—¿Conoces a María Manzano? —disparó Matilde cavilando si aquel muchacho sería su sobrino.

—Ni idea, yo he llegado hace pocos meses a la isla. Quizá las vecinas puedan ayudarles, creo que son de aquí.

La impaciencia de Matilde provocó que el muchacho de las rastas no terminase de cerrar la puerta cuando hizo sonar el timbre de la casa colindante. Surgió una señora más o menos de su edad, con un

vestido vaporoso en un tono anaranjado y un par de rulos que le sujetaban el flequillo cobrizo.

—Buenas tardes, señora, perdone que la molestemos, pero estamos buscando a María Manzano, ¿la conoce?

—¿La peninsular? ¡*Agüita*, cómo olvidarla! —respondió llevándose las manos al pecho.

—¿Y sabe dónde la podemos encontrar? —Ana se acercó a punto de dar saltos de alegría.

—Ojalá, pero la muchacha se marchó hace por lo menos… —Puso los ojos en blanco intentando ubicar la fecha—. Sí, por lo menos treinta años, porque todavía no habíamos reformado esta casa. Vino a despedirse una mañana, la muy condenada se hacía de querer, aunque era más cerrada que una almeja para sus cosas.

—¿Y no le dijo a dónde iba? —inquirió Ana que sujetaba el brazo de su padre medio desfallecido.

—Nada, ya le digo que era muy metida para dentro. Solo sé que cogió una *guagua* porque mencionó que necesitaba darse prisa o la perdía.

—¿Una *guagua*? —miró extrañada Matilde.

—Ay, sí, un autobús le llaman ustedes. Ella trabajó desde que se mudó a este barrio en el hotel El Señorial, está junto a la playa grande. Pobrecita mía, terminaba deslomada, pero ni un día se quejó, siempre atenta con los vecinos, una mano para quien la necesitase. Una chiquilla única, igual que el otro matrimonio con el que vino de la península, aunque de ellos tampoco les puedo decir mucho, se marcharon hace unos años también. Querían cambiar de aires, no dieron muchas explicaciones a las vecinas y, ojo, que cotillas tampoco somos. Igual en el hotel sí saben algo.

—Gracias por su tiempo —musitó Matilde a la que le picaban los zapatos de tacón ancho por correr hasta la siguiente casilla del parchís.

Nacho introdujo la dirección del hotel en su móvil y siguieron la estela de la flecha roja cruzando los dedos para que esa visita fuese más fructífera. Cinco minutos después, empapados en sudor y con una fiesta pagana montada en las tripas, alcanzaron uno de los edificios más resplandecientes de los que habían visto hasta el momento en esas calles famélicas de gente.

Blanco como recién pintado y con unas cristaleras de espejo que vestían la fachada principal. Unos jardines espesos se arremolinaban alrededor del edificio que se abría en forma de barco al mar que le saludaba. Decenas de surferos vestían de colores las olas, y al fondo, una pequeña montaña de color rojizo coronaba esa estampa idílica. La playa, a los mismos pies del hotel, estaba cuajada de turistas y locales que se dejaban querer por un sol que a la familia Manzano había

dejado deshidratada. El viento huracanado, que habían ido esquivando al cobijarse entre los edificios, les revolvió el pelo y les acentuó la necesidad de descansar.

—¿No podemos comer algo antes de seguir con la búsqueda del tesoro? —pidió Rebeca mientras se dejaba caer en una de las sillas de madera oscura de la terraza que había en la entrada del hotel.

—Venga, que no decaiga el ánimo —dijo Ana viendo las caras descompuestas, especialmente la de su padre—. Si queréis pasamos la abuela y yo a hablar con el director y, mientras, le echáis un vistazo a la carta. ¿Os parece?

El resto asintió en silencio e imitaron el gesto de Rebeca. Ana y Matilde traspasaron las puertas automáticas con determinación, necesitaban una buena dosis de suerte y, también, un poquito de aire acondicionado.

La recepción era pura fantasía. A la izquierda había una fuente con distintos chorros y alturas que envolvía la estancia en una sintonía de placer y calma. Detrás de ella se vislumbraban unos sillones mullidos en blanco, a juego con las paredes y la fachada del hotel, y un jardín flotante idéntico al que descansaba tras el mostrador en el que un chico moreno con un fuerte acento canario las recibió.

—Buenas tardes, bienvenidas al hotel El Señorial, ¿en qué puedo ayudarles?

—Hola, necesitamos hablar con el dueño, es un asunto delicado —comentó Matilde bajando el tono con las últimas palabras y comprobando si alguien la escuchaba. Bastante tenía con los juicios sin pedir que recibía en el pueblo.

—Deme un minuto. —Descolgó el teléfono y, sin apartar la vista de esas dos mujeres con el pelo encrespado y unas ojeras que empezaban a acentuarse en sus rostros rosáceos, habló con su jefe—. El señor Berriel les atenderá en unos instantes, si quieren, pueden acomodarse en los sillones contiguos.

—Muchas gracias, muchacho, y ya si no es mucho pedir, ¿una botella fresquita de agua sería posible? —Matilde le guiñó.

Pocos minutos más tarde, se acercaba un hombre de casi metro ochenta con pelo rubio encaracolado que intentaba domarlo con la mano derecha. El traje oscuro, impecable, acentuaba sus facciones nórdicas.

—Buenas tardes, soy Bruno Berriel, el director del hotel, ¿en qué podría ayudarles?

—Hola. —Ana aceptó la mano que le ofreció como saludo—. Es una historia un tanto larga, pero estamos buscando a una mujer que nos han dicho que trabajó aquí durante algunos años. Se llama María Manzano, llegó en el 75.

—Tendría que consultarlo con mi abuelo Ignacio, fue él quien

fundó el hotel diecisiete años antes de la fecha que me comenta. Suele estar en la cafetería supervisando el servicio, no hay forma de que se jubile —respondió con una gran sonrisa—. Síganme, por favor.

Matilde no dejaba de hincarle el codo a su hija con cada detalle, la emoción le sobrepasaba los poros, ella estaba convencida de que esa excursión iba a tener un final feliz. Cruzaron el ancho pasillo, que comenzaba a la derecha de la recepción, vestido con cuadros llenos de luz y color, retazos de los rincones más mágicos de la isla. Al final de este, unas enormes puertas francesas daban paso a la cafetería que olía a pastas recién hechas, a café, a mantequilla derretida e incluso a agua salada. En la esquina más cercana a la enorme cristalera que se abría a una parte de la playa grande, estaba el abuelo de Bruno.

Matilde calculó que sería, como mínimo, diez años mayor que ella. Vestía un traje oscuro similar al de su nieto, el poco pelo que le quedaba, blanco como el resto del hotel, y su mirada avellana, escondida entre los pliegues de la edad, les recibió con la curiosidad de un niño.

—No me digan que vienen a quejarse de mi nieto —habló entre risas—. ¿Hay algún problema con la habitación?

—Ni se imagina, no tenemos ninguna y encima somos siete. El resto están fuera, reponiéndose del viaje —replicó Matilde colocando los brazos en jarra.

—Bruno, eso es intolerable —endureció el tono.

—Ay, no, no, disculpe a mi madre, no es culpa de su nieto —aclaró Ana acentuando la negativa con sus manos—. Es cierto que no tenemos habitación, pero porque con los nervios del viaje se nos ha olvidado reservar, eso es culpa nuestra. Le querríamos robar un minuto por otra razón.

—Usted dirá.

—Estamos buscando a mi tía María Manzano, trabajó aquí durante unos años. Llegó a este hotel desde Madrid en el año 75, ¿la recuerda?

Ignacio las invitó a sentarse y pidió café mientras hacía memoria. Se acariciaba la barbilla, los ojos fijos en el reflejo de las olas que se acercaban a la orilla llenándola de espuma. Matilde se mordía el labio por dentro, las piernas inquietas le hacían moverse en la silla como si un nido de pinchos le atravesara.

Ana se agarró a la taza de café con el nombre del hotel grabado en azul intenso en cuanto la pusieron sobre la mesa, tampoco apartaba la mirada de Bruno, que se había quedado a conocer la historia de aquellas mujeres que le habían sacado de la rutina veraniega.

—Sí, ya me acuerdo. Perdonen la espera, los años pesan más en la memoria de lo que me gustaría, pero cuando atrapo el retazo que busco no lo dejo escapar. —Ana dibujó una media sonrisa intentando ser lo más empática posible, sin perder la paciencia por apremiar a ese

viejito entrañable del que dependían—. María vino con otra muchacha, cómo se llamaba, mmm Adelaida, no, Adela, no. Déjenme pensar, Adelina, eso, Adelina. Las dos trabajaban en la casa de mi hermana en Madrid, yo había abierto este hotel unos años antes y cuando se presentó la oportunidad de ampliarlo y alzarlo a lo grande, mi cuñado se convirtió en mi socio y se volvieron a la isla. Dos chicas muy trabajadoras, impecables, discretas; estaba encantado con ellas. Igual que con el marido de Adelina, menuda entrega, mi cuñado tuvo buen ojo con ellos.

—¿Y sabe por qué se marchó María? Una vecina nos ha comentado que quizá podía ayudarnos, ella lo único que nos ha dicho es que una mañana se despidió sin dejar dirección.

—Lo lamento mucho, no se imagina lo que me gustaría ayudarla. La baja de María fue repentina y nos dejó un buen vacío cuando más falta nos hacía, era nuestra mejor gobernanta. De hecho, juraría que no hemos vuelto a tener a nadie con su temple e invisibilidad.

—¿No dio ni una explicación? —se impacientó Matilde.

—Mencionó que quería empezar un negocio propio, de cero, juraría que al despedirse pronunció entre dientes algo sobre recuperar el control de su vida, pero ya les digo que aquí tampoco dejó dirección alguna. Lo que sí sé es que vino con el corazón roto.

»Tenía un novio que la plantó a última hora, igual que a nosotros. Iba a ser uno de los camareros, pero la pobre chiquilla fue la que tuvo que dar la cara ante mi hermana para explicarle que no iba a venir, hasta se ofreció a abonar el billete de avión que le había pagado mi cuñado. Esto ya son suposiciones mías, perdonen que parezca un maldito viejo cotilla, pero esa criatura llevaba dibujada la pena en los ojos.

»Aparecía la primera en el hotel y no le importaba irse la última, se ofrecía a cualquier recado que surgiese, como si no quisiera volver a casa. Yo la entiendo, cuando perdí a mi Graciela el trabajo fue la mejor medicina para no sentir. Aunque, ahora que lo pienso. —Se rascó la barbilla y le dio un trago largo al café—. Sí que hubo una época en la que no paraba de sonreír, juraría que fue meses antes de su marcha. Igual se volvió a enamorar, quién sabe.

—¿Y dónde podemos encontrar a Adelina o a su marido? Quizá ellos sepan algo más. —Ana siguió insistiendo.

—Ay, querida, un par de años antes de que se jubilaran, a Adelina le dio un cáncer de pecho fulminante. Nos comunicaron que se mudaban al norte a disfrutar de los meses que les quedaban juntos. De su marido no tengo ni idea de si se quedó en la isla o volvió a la península. No se imagina cómo me entristece no poder ayudarla.

—No se preocupe, gracias por su tiempo, a los dos —contestó Ana con un latigazo de decepción en la voz.

—Antes habéis mencionado que no disponéis de alojamiento —intervino Bruno—, he consultado con recepción y hay un par de cancelaciones de última hora, al menos en eso sí os podemos ayudar.

Durante la cena la desazón de su mesa contrastaba con la algarabía del resto de huéspedes. Matilde se llevó a Paco a por una segunda ronda de buffet con la excusa de que quería probar el pavo relleno que acababan de servir.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Rebeca—, ¿no hay otra carta, mamá? Creo que deberíamos revisarlas por si se nos ha escapado algún detalle.

—Corazón, no hay ninguna pista, las he vuelto a repasar en la habitación antes de bajar a cenar y nada. —Intentó hacer un amago de sonrisa.

—Me da mucha pena ver al abuelo así, ¿no hay nadie más a quién le podamos preguntar? —sugirió Carlota.

—A ver, yo cuando quiero encontrar a alguien lo busco en redes sociales, ¿no hay alguna red social de abueletes? —apuntó Nacho.

—¡Eso es! —exclamó Conchita saliendo del trance de melancolía en el que llevaba sumida toda la tarde.

—¿Facebook? —Ana arqueó una ceja.

—Más viejo todavía, ¡las páginas amarillas y, si no, las blancas! Ese señor os ha dicho que ella quería montar algo por su cuenta, ¿no? Pues, hermanita, ¿dónde se buscaban antes los teléfonos?

—¿Qué red social es esa? —Rebeca miró extrañada.

—Dios Santo, ¡qué viejas nos hacen estos niños! —Rieron su madre y su tía por primera vez en horas—. No es ninguna red social, son una especie de libros en los que se buscaban los teléfonos de negocios o particulares.

—¿Y de dónde sacamos una cosa tan rancia como esa? —exclamó Nacho.

—Anda, baja esos humos de juventud que Internet tiene cuatro días, a ver si ahora los únicos modernos sois vosotros.

—Mamá, decir eso te hace todavía más mayor.

—Serás... ¿desde cuándo cuarenta y seis años es ser mayor? —Le lanzó una miga de pan a la cara.

—¿Ya estáis empezando el escándalo de turno? ¿Qué pasa, que como desde que hemos llegado a Tenerife no habéis montado ningún circo queréis estrenaros? —sentenció Matilde soltando un par de platos rebosantes de pavo relleno, patatas asadas, gofio y un par de trozos de jamón.

—No, mamá, tranquila. Hemos encontrado una solución. ¿Y si buscamos el nombre de la tía en las páginas amarillas?

—O en las blancas —apuntó Conchita.

—¡Al fin una salida! Brindemos a ver si esta vez el de arriba nos

echa una mano, que parece que se ha encariñado con hacernos danzar sin rumbo. Paco, alegra esa cara, que esta noche me encomiendo a todos los santos si hace falta, pero ya te digo que encuentras a tu hermana. Alguna vez me tendrán que hacer caso, ¿no?

54. Arranca la búsqueda

Las habitaciones eran espaciosas, una cama extragrande presidía la estancia cerca de un balcón con vistas al mar. Junto a la puerta, un baño blanco con pequeños destellos azulados que acentuaban la grifería dorada.

Una suave brisa acariciaba el cuerpo descansado de Matilde. Abrió los ojos sin esfuerzo, buscó a su marido entre las sábanas de algodón impoluto, no estaba. Giró la cabeza hacia el foco del frescor y halló a Paco apoyado sobre la barandilla negra contemplando los primeros rayos de sol que elevaban el telón de la siguiente pista para encontrar a María.

—Tan madrugador como siempre. —Se acercó sonriendo.

—¿Te he despertado? —Le besó la coronilla y volvió a fijar la mirada en el horizonte.

—¿Qué te preocupa? —respondió con un tono dulce.

Paco soltó la bocanada de aire intacta, como si no hubiera llegado a rozar sus pulmones. Apretó la barandilla y esas palabras que se le hacían bola en la garganta se escaparon entre sus labios.

—Tengo la sensación de revolcarme en la orilla, cada vez que voy a poner un pie y levantar la cabeza para verla, otra ola me sacude y me arrastra hasta el fondo alejándome de ella. Intento agarrarme a que está viva, porque si la vida me ha dado esta oportunidad para encontrarme con una placa de mármol, hubiera preferido no mover ni un dedo; la ilusión de imaginarla como una aventurera me hace más feliz.

—Paco, estoy convencida de que está viva, lo siento aquí —dijo apuntando al pecho—, y ya sabes que soy un poco bruja.

—Ya —soltó una tímida carcajada—, pero vamos a suponer que la encontramos, que difícil me parece tirando de unos viejos listines de teléfono, ¿y si no quiere saber nada de mí por haberla ignorado durante tanto tiempo?

—Mira, Paco, quítate esa nube negra que llevas arrastrando desde que salimos del pueblo porque si no te la voy a arrancar yo de un *bocao*. Es tu hermana, por el amor de Dios, ¿cómo no va a querer verte? Así que ya puedes estar espabilando, te das una ducha caliente o fría, lo que te venga en gana, pero cuando salgas por esa puerta quiero un *Lluvia de estrellas* y a mi Paco siendo la viva imagen de la alegría.

Bajaron a desayunar con una sonrisa amplia, sin ojeras y con la ropa recién planchada. El resto de la familia Manzano los esperaban en la misma mesa en la que habían cenado la noche anterior.

—Buenos días, ¿habéis dormido bien? Papá, parece que hoy tienes mejor cara —puntualizó Ana.

—De maravilla. —Sonrió mirando a Matilde.

—¿Habéis pensado cómo vamos a conseguir las páginas amarillas o las blancas? A ver qué nostálgico guarda algo tan viejo —dijo Matilde mientras cogía uno de los croissants de chocolate que acababa de traer Rebeca a la mesa.

—Le he preguntado a Bruno y me ha comentado que por mucho que ha rebuscado en el almacén, solo ha localizado unas páginas blancas de hace diez años. No pongáis esa cara, por lo menos, además del teléfono, está indicado el pueblo; no es la dirección exacta, pero algo acotamos —comentó Ana sin dejar de darle vueltas al café.

—Crucemos los dedos para que funcione —respondió Conchita encogiéndose de hombros.

Desayunaron sin dejar ningún bollo, fruta o tostada por probar para no repetir el ayuno intermitente del día anterior. Una vez que no les entraba una miga más en el estómago, salieron a punto de rodar en busca de esa guía que Bruno había depositado en la recepción.

Se sentaron en la terraza de la entrada del hotel, el barullo de los turistas, que comenzaban a plantarse como setas en la playa, se entremezcló con cada uno de los gritos ahogados que soltaron al encontrar a tres Marías Manzano.

Antes de comenzar el periplo telefónico, Ana invitó a los adolescentes de la familia a darse un baño, desde ese punto de la terraza los podían vigilar sin problema y pensó que así los pobres también pasarían un rato divertido entre tanto sobresalto.

—Vale, tenemos a una en Vilaflor, otra en Santa Cruz de Tenerife y la última en Tajao. Voy a empezar la ronda de llamadas. —Ana sentía cómo le apretaba un nudo en el estómago.

Conchita estaba sentada a su izquierda removiendo un poleo menta helado y la mirada fija en la orilla, el vestido chocolate que había escogido le hacía mimetizarse con el mobiliario de la terraza. Matilde y Paco se encontraban a la derecha, cogidos de la mano y dejando un reguero de miradas cómplices imposibles de no detectar.

Ana llamó seis veces al primer número, nadie descolgaba. Intentó una última más antes de pasar a la siguiente María Manzano. Con cada pitido veía como su madre apretaba más y más el puño izquierdo en el pecho sin soltar con el otro a su padre. Temía que de tanto ímpetu acabase arrancándole la mano.

—No contesta, no pasa nada, vamos a ver si las otras dos mujeres responden al teléfono y, si no, cogemos el coche hasta la localidad que

indica la guía.

Asintieron sin emitir sílaba alguna. Marcó el número de teléfono implorando a cada dígito. Piii, piii, piii.

—¿Sí, dígame? —Ana se quedó muda por un instante, ¿y si esa voz cansada era la de su tía?—. ¿Hola? —repitió la mujer desconocida.

—Hola, buenos días, me llamo Ana Manzano, estoy buscando a mi tía María Manzano y he encontrado su número en la guía de teléfono —la voz agotada interrumpió de golpe su discurso.

—Lo siento, creo que se ha equivocado de persona, yo soy hija única. Perdone, no le puedo seguir atendiendo, me esperan para pasar consulta. Buena suerte. —Colgó.

El rostro pétreo de Ana congeló la sangre del resto. Permaneció unos segundos callada, asimilando la abrupta conversación. Cuando reaccionó, tachó el nombre con un boli negro y llamó a la siguiente. Cinco intentos después continuaban en la misma casilla de salida.

—A ver, vamos a hacer una recapitulación —arrancó a decir—: de las tres posibles Marías Manzano, una ya está descartada, así que también es algo positivo. Obviamente sabíamos que las tres no podrían ser la que nosotros estamos buscando.

—¿Quieres ir directa a las otras dos? Ana, es que no tienes compasión, llevas media hora pegada al teléfono sin soltar prenda, ¿quieres que nos dé un infarto? —repuso su madre.

—Creo que la única opción es que vayamos a Tajao y Vilaflor para comprobar si alguna de ellas es la tía María.

—¿Esos pueblos están muy lejos? Sigo con el cuerpo revuelto y lo peor es que hay que volver a coger el maldito avión. —Conchita sintió cómo un escalofrío le recorrió la espalda con las últimas palabras.

—Chicas, vamos a relajarnos —se adelantó Paco—. Nos quedan varios días hasta que tengamos que volver a casa, no hay que buscar a esas dos mujeres de una sentada, esta tarde podemos intentar localizar a la que se encuentre más cerca y mañana a la siguiente.

—¿Cómo que esta tarde, Paco? Nos vamos ahora mismo, yo le doy una de mis pastillas para el estómago y se le pasa la tontería. Arreando, llamad a los niños, voy a por el bolso.

Una hora más tarde, la familia Manzano al completo iba camino de Tajao. Habían tomado las mismas posiciones en el coche que el día anterior, como si ese amago de rutina diera cierto toque de cordura a la persecución del fantasma de las cartas.

—¿Y ese pueblo es muy grande? —preguntó Matilde.

—No lo sé —repuso Ana con la mirada fija en la carretera.

—¿Y cuánto habéis dicho que tardamos en llegar? ¿Y habrá algún sitio bueno para comer? —Matilde continuó con el interrogatorio que su hija no era capaz de contestar.

—Os voy a informar porque os veo más perdidas… Yo no sé para

qué tenéis móvil —chuleó Nacho—. Tajao está a menos de veinte minutos del hotel, cuenta con algo más de dos mil habitantes y a finales de septiembre serán las fiestas patronales en honor a San Miguel Arcángel.

—Vaya, qué pena que nos lo vayamos a perder, con lo bien que hubiera estado ver las verbenas de otros pueblos.

—No me cortéis con cada dato porque entonces esto es eterno —se quejó—. A ver por dónde iba, sí, aquí dice que Tajao está formado por cuatro núcleos de población y que su playa es de callaos y arena negra.

—¿Qué son callaos? —volvió a apuntar Matilde—. Porque no me imagino una playa repleta de bastones, sería raro, ¿verdad?

—Abuela, por favor, déjame terminar.

—Chiquillo, te escueces con nada. Anda, sigue, sigue.

—También es conocido por ser un pueblo ideal para relajarse y comer buen pescado.

—¡No nos podemos ir sin probarlo! ¿Cuál será el pescado típico?

—¡Se acabó! Ya no leo más. —Nacho soltó un bufido y se cruzó de brazos.

—Eres más picón. —Su hermana le dio un codazo.

—Que me dejes en paz, estúpida. —Él la pellizcó.

—¡Ahhh! Qué me haces daño.

Carlota se acurrucó hacia la ventanilla para esquivar los manotazos que sus primos estaban regalando, Conchita y Paco intentaban calmarlos y Matilde no cesaba en criticar el comportamiento infantil de ambos. De pronto, Ana se metió en uno de los desvíos en los que se encontraba una marquesina para el autobús y frenó en seco.

—Estoy hasta el mismísimo moño de quejas y peleas. Lo que queda de viaje nos vamos a comportar como adultos y el que se atreva a decir una palabra más alta que otra se queda sin móvil el resto del año. Avisados estáis.

Nadie pio en los diez minutos que faltaban para llegar a Tajao.

Dejaron el coche de alquiler en un descampado desde el que se veía el mar. La mayoría de las casas se arremolinaban alrededor de la línea de la playa y en una colina cercana a esta. Algunas de ellas destacaban por los colores alegres que contrastaban con el azul intenso que se extendía hasta alcanzar el horizonte y el marrón pardo de las rocas.

Ana hizo un último intento telefónico, nadie saludaba al otro lado. Decidieron adentrarse en el pueblo, preguntar a quien se cruzasen, la guía los había llevado hasta Tajao, pero no detallaba el domicilio.

Dos calles más allá del descampado hallaron una especie de taberna en los bajos de una de esas casas alegres frente al puerto. Un olor embriagador a comida casera, el tronar de los vasos y las risas de los clientes fueron suficiente señal para traspasar la puerta. En cuanto lo

hicieron, esa algarabía enmudeció y una nube de ojos curiosos se posaron indiscretos sobre ellos.

Se adentraron hasta el fondo en el que, tras una barra de madera oscura, se encontraba un señor de unos sesenta años con barriga como para tres cuerpos. Matilde se adelantó.

—Buenas tardes, estamos buscando a María Manzano, ¿sabe dónde podríamos encontrarla?

—¿María Manzano? A mí no me suena ninguna María Manzano en el pueblo. —Le dio un trago largo al vaso de cerveza que escondía tras la barra.

—Es una mujer mayor de unos sesenta y nueve años, vino de la península hace bastante tiempo y hemos averiguado que reside aquí en Tajao —intervino Ana.

De entre unas cortinas de tiras de plástico turquesa apareció una señora que podría ser la propia María Manzano con una redecilla blanca en el pelo y un mandil rosa con algunas manchas de salsa tomate.

—¿No será la Chata? —se dirigió a ese señor barrigón que era su marido.

—¿La de Vito? La primera noticia que tengo de que se llame María.

—Tampoco tiene que ir pregonando su nombre si todo el mundo la conoce por la Chata, que pareces nuevo.

Esa pintoresca pareja se enzarzó en una discusión de nombres, parentescos y lugares hasta que Matilde, harta de esa verbena que parecía no terminar nunca, carraspeó.

—¿Y saben dónde podemos encontrar a esa Chata?

—No tiene pérdida, sigan esta calle hasta que se abra otra a la izquierda. Cogen esa salida todo recto hasta que pasen dos calles a la derecha, ahí giran y bajen un par de metros pegados a la playa. Verán una casa naranja, esa no es, continúen un poco más y encontrarán unas escaleras entre un restaurante y una casa blanca. Súbanlas y al fondo se darán de frente con otra casa naranja, esa sí es la de la Chata —contestó la mujer de la redecilla.

No se atrevieron a pedir de nuevo las indicaciones por no confundirse más de lo que ya estaban, lo único que habían sacado en claro es que buscaban una casa naranja.

—Muchas gracias —dijo Paco.

—No es nada, vénganse con la Chata a comer, hoy tenemos costillas con papas, puchero canario, bacalao encebollado y un par de quesos que reviven a los muertos.

Deambularon más de lo que les gustaría reconocer, retrocedieron varias veces y no fueron capaces de ubicarse a pesar de ser un pueblo tan pequeño. El sol, rozando las dos de la tarde, los tenía secos y malhumorados.

—¿Otra vez por la playa? Si ya hemos pasado tres veces y no tiene salida —contestó Rebeca con la frente algo quemada.

—¿Qué hemos dicho en el coche de quejarse? —replicó su madre —. Todos estamos cansados, pero no hemos venido hasta aquí para irnos sin encontrar a la Chata.

—Yo voy a tocar el timbre de esa casa de la esquina, a ver si nos indican mejor —alegó Matilde.

Una mujer con los labios rojos como las amapolas, el pelo encaracolado y un vestido de lunares blancos y negros surgió tras la puerta.

—Buenas tardes, ¿nos podría decir dónde está la casa de la Chata? No hay manera de encontrarla. —Matilde elevó los brazos clamando al cielo.

—Ay, mi Chata querida. ¡Está muy cerca! Les acompaño —contestó cogiendo las llaves.

—No, mujer, no la queremos molestar —intervino Conchita.

—Ni molestias ni nada, así aprovecho y estiro las piernas. Además, hace ya varios días que no veo a mi amiga.

En realidad, ni la Chata era su amiga ni la visitaba a menudo, pero esa oportunidad de ser testigo de cualquier chisme le ardía las venas. No paraba de parlotear sobre cotilleos del pueblo que la familia Manzano no entendía, se limitaban a asentir por educación y con la esperanza de alcanzar lo más pronto posible la dichosa casa naranja.

No les hizo falta llamar a la puerta, la Chata estaba recogiendo la ropa tendida en un par de cuerdas en el lateral de la entrada.

—Chata, tiene visita —elevó la voz la señora de los labios rojos.

—¿Y quiénes son? —Usó las manos como visera para mitigar el reflejo del sol.

—Eso lo sabrá usted, yo solo los he acompañado porque los pobres estaban más perdidos que la *guagua* de las tres.

—Hola —interrumpió Matilde—, ¿es usted María Manzano?

—Depende de quién lo pregunte, ¿qué quieren?

La Chata era una mujer recia, con el pelo muy corto y negro como la noche igual que el vestido suelto que portaba. Unos diminutos ojos marrones estudiaban a esos extraños que la buscaban. Matilde había imaginado a su cuñada más delgada y elegante, con una tez blanquecina y ojos vivarachos repletos de aventuras y lugares. Sin embargo, la mujer que tenía delante era una especie de grajo que cortaba cada sílaba con un hacha entre los dientes. En ese instante una idea le cruzó la mente, claro que María podía ser así, se parecía a Sebastián y la fotografía de la misteriosa caja verde que reflejaba a esa chiquilla menuda tenía más de cincuenta años. También suponía que era lógico que estuviera recelosa, ella misma lo estaría si siete almas chorreantes con acento andaluz se hubieran plantado sin avisar.

¿Y si los había calado desde el principio y al final Paco tenía razón y los quería despachar sin desvelar su identidad?

—Disculpe no queremos importunar —comentó Conchita dulcificando las palabras—, estamos buscando a mi tía María, se marchó hace unos cuantos años y hemos recorrido media España tras su paradero.

—¿Y por qué la buscan ahora? —La Chata seguía sin acercarse, calibrando.

—Ojalá hubiéramos podido acudir antes, pero hasta hace unos días no descubrimos cómo encontrarla —contestó Paco cruzando los dedos para que aquella mujer hermética dejase entrever la luz que anhelaba.

La Chata dudó durante unos instantes, dejó el par de prendas negras que tenía en las manos sobre el alfeizar de la ventana y se acercó unos pasos. Los contempló uno a uno sin disimular su escrutinio y tomó una decisión.

—Sí, soy María Manzano, aunque no tengo ni idea de quiénes son ustedes.

—Soy Paco, tu hermano, ¿no te acuerdas de mí? —contestó abrazándola sin poder contener el impulso.

—¿Paco? —Lo observó extrañada—. ¿Qué Paco?

—¿Cómo que qué Paco? —bramó Matilde—. ¿Cuántos hermanos tienes que se llamen Paco?

El corazón le latía desbocado, no se podía creer que su cuñada siguiera haciéndose la loca, ¿no veía el sufrimiento en sus caras? ¿No era consciente del esfuerzo que habían hecho por encontrarla? ¿Acaso tendría principios de alzhéimer y por eso no recordaba a su Paco del alma?

—Yo no tengo ningún hermano que se llame Paco —repuso la Chata retrocediendo unos pasos hasta que estalló en un redoble de carcajadas.

Todos los allí presentes, incluida la vecina cotilla, que anotaba mentalmente cada detalle para retransmitirlo en el café de las cinco, se quedaron cuajados. ¿A qué venía ese cambio de actitud? ¿Qué tenía de gracioso no tener un hermano llamado Paco?

—A ver, yo no me estoy enterando de nada y estoy harto de pasar calor —intervino Nacho enfadado—. ¿Entonces quién es usted?

—María Manzano, ya lo he dicho.

—Sí, sí eso ha quedado claro, pero ¿qué María Manzano y por qué nos está dando largas?

—¡Nacho! —gritó su madre—. No seas maleducado.

—No, el chico tiene razón. Disculpen, pensaban que eran otras personas, asuntos pendientes que dejó mi Vito. Una no sabe quién se esconde detrás de unos rostros aparentemente inocentes.

El pastel se destapó y, con él, el globo de los sueños se desinfló sin

necesidad de aguja. Una decepción más que añadir a la lista, otra que dolía como la primera; pero cada uno a su modo, intentó animarse, todavía quedaba una última posibilidad, había que ir a Vilaflor a comprobar si esa María Manzano era por fin la certera.

—¿Y no van a contar cómo ha sido la búsqueda? —preguntó la vecina cotilla—. Ay, no nos pueden dejar así.

—Anda, vamos a comer al sitio ese, a ver si las penas, las tragedias y las odiseas griegas con comida casera y charla pesan menos —sentenció Matilde harta de tantas horas al sol.

55. Bollos de chocolate

Regresaron al hotel ya caída la tarde, el almuerzo tardío con la Chata y la vecina cotilla se había alargado entre postres y chupitos de ron más de lo que habían previsto. Narraron su aventura familiar, cómo había aparecido la misteriosa caja verde y después esas 135 cartas que casi se sabían de memoria. Los ojos de los allí presentes eran luceros sin compuertas; con cada sobresalto, un chupito de ron para bajar los nervios, lo que provocó que poco le faltara a Matilde para comenzar una verbena en el pueblo como la que se celebraría en un mes.

A pesar del hachazo de frustración que le sangraba en el costado, se agarraba a ese lema de tazas de desayuno «todo va a salir bien». No podía ser de otra forma, muy cabrón había que ser para mantenerlos en una partida de ajedrez eterna en la que iban a terminar hincando rodilla ante su adversario. No, Señor, ella quería que ese nudo que le hacía vivir con una taquicardia constante fuera un buen presagio.

No apartó la mirada de Paco durante ese guateque improvisado, estaba tranquilo. ¿Serían los efectos de la buena comida, de la charla que mantuvieron esa mañana o simplemente del alcohol? Porque claro, Paco con dos cervezas se entonaba y la botella de Arehucas, que estaba plantada en la mesa, apenas contenía un dedo de líquido acaramelado.

Matilde estaba equivocada, no era culpa de los brindis ni las penas compartidas. En ese encuentro con otra María Manzano, que también había puesto tierra de por medio para cubrir heridas y ser feliz, fue consciente de que recuperase o no a su hermana, ella había sido mil veces más valiente que él, y solo por saber que no vivió enterrada en un pueblo del interior, ahogada por sueños tornados en pesadillas y vecinos que no entendían sus altas miras, sabía que había merecido la pena el precio de tal viaje.

Para el camino de vuelta condujo Conchita que, prevenida con la última resaca de mojitos, quiso ser la cuerda y dejar a sus padres y a su hermana que dieran rienda suelta a su lado salvaje. No pudo aguantar las risitas con los tres borrachines que iban cantando a pleno pulmón los grandes éxitos de Raphael, si la celebración había sido así de ceremoniosa sin haber encontrado a la tía María, ¿qué no harían de hallarla?

Nacho grabó ese espectáculo de variedades, no como pensó su hermana Rebeca para hacer chantaje, sino para atesorar esos

momentos en los que su familia sonreía y no había problemas a la vista como el divorcio de sus padres.

Carlota también cantaba animada, aunque no se supiera la letra, deseaba con todo su corazón que sus abuelos encontrasen a la tía María; mientras tanto, se aferraba a esos días familiares en los que después de tantos meses estaban juntos. A ese hito de ser la primera aventura unidos fuera del pueblo. Ella no se atrevía a hacer conjeturas con el resultado, le bastaba con ver cómo el amor, incluso después de cincuenta años, era capaz de mover a familias enteras a sortear cualquier charco.

Cruzaron el umbral del hotel con los efectos secundarios de las carcajadas todavía en los labios. Bruno estaba en la recepción dejando unos papeles y no pudo evitar contagiarse de la comparsa que traían, aunque solo dio las buenas tardes casi noches con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal ha ido la búsqueda? —preguntó con interés.

—¿La verdad? —Matilde se colocó en el mostrador apoyando la cabeza en la mano izquierda—. Fatal, eso sí, muy buena gente la de Tajao y *tajá* también buena la que traemos. —Dos carcajadas tronaron en los carrillos de Matilde cuando fue consciente del chiste tan malo que había hecho—. Yo creo que no nos va a quedar más remedio que venir en carnavales.

—¿Y eso por qué, mamá? —A Conchita le saltaron las alarmas al imaginar otra aventura en avión.

—Chiquilla, pues a disfrutar, si en un rato me lo he pasado como en años, ¿cómo no será un carnaval en el mismísimo corazón de Tenerife? Oye, qué gusto eso de que no te conozca nadie, al final en vez de reformar el salón y la cocina lo mejor va a ser que nos mudemos de pueblo.

—Hoy no tenemos carnaval, pero, si les apetece, después de la cena habrá música en directo en la terraza —propuso Bruno.

—¡Paco, que al final sí hay verbena! —chilló entusiasmada.

Subieron a sus habitaciones a darse una ducha para quitarse el calor pegajoso y los restos de ron canario. Volvieron a cenar en la misma mesa de los últimos días planeando el siguiente asalto.

—Esta noche vamos a pasarlo en grande, estoy convencida de que mañana vamos a encontrar a María en el otro pueblo que dijiste. Señor, lo que me cuesta aprenderme los nombres.

—Vilaflor —contestó Ana aguantándose la risa.

—Si es que encima tiene un nombre preciosísimo, ¿cómo no vamos a encontrar allí a María? Así que vamos a celebrar por adelantado y eso que no nos quita nadie.

Estaban relajados y satisfechos, se contagiaron de ese torbellino de positividad y salieron a la terraza envueltos en un aura diferente a la del primer día. Los adolescentes no conocían la mitad de las canciones

de aquella verbena hotelera, no les importó, hasta ellos estaban de buen humor.

Bailaron, rieron y bebieron como si María les fuera a abrir al día siguiente las puertas de su hermosa casa y, por supuesto, las de su corazón. Los tres borrachines del principio aprovecharon el despeje mental de la cena para lanzarse algo repuestos a por los cócteles multicolores que preparaba un pedazo de rubio.

—Ana, ¿le has visto las manos? ¡Madre del amor hermoso!

—¡Mamá! —exclamó tapándose la cara unos instantes.

—No vayas a hacerte la mojigata, qué tiempos los vuestros.

Estallaron en una carcajada que casi las lleva en volandas al cuarto de baño y se abrazaron fuerte, tanto, que pasaron de la risa al primer llanto.

A la mañana siguiente los ibuprofenos y zumos de naranjas, por muy recién exprimidos que fueran, no conseguían disiparles la nebulosa mental con la que se habían levantado.

—Buenos días, trasnochadores. Parece que os haya arrollado un tren —chinchó Conchita.

—Ay, ni me hables. Recordadme que los cócteles los carga el diablo por muy vestido de niño guapo que vaya. ¡Qué dolor de cuerpo!

—A mí me encantó verte tan alegre, abuela —repuso Carlota.

—Sí, hija, pero prométeme que nunca vas a sacar esta vena mía de catar hasta el último vaso, mira luego qué pintas.

—Bueno, seguro que se te pasa cuando encontremos a la tía María —aplaudió Rebeca.

—En serio, no es necesario hacer tanto ruido —añadió Ana que acababa de acercarse a la mesa con el segundo café cargado—. Conchita, ¿conduces hoy también? No puedo con mi alma.

—Mmm, es mejor que no desayunéis mucho —interrumpió Nacho poniéndose de morros mientras consultaba el móvil.

—¿Qué pasa? —respondió Paco llevándose un trozo de tortilla de patatas a la boca con la que intentaba rellenar el agujero que tenía en el estómago.

—Pues que no sé si os habéis fijado, pero Vilaflor es uno de los pueblos más altos de España, así que fijo que hay muuuchas curvas —acentuó el final de la frase haciendo eses con las manos.

—¡Dejad ahora mismo lo que estáis comiendo! —gritó desesperada Matilde—. Y coged un par de bolsas de plástico, que el Señor nos pille confesados.

El trayecto de unos cuarenta minutos que separa El Médano de Vilaflor, se tornó en algo más de una hora. Hicieron varias paradas técnicas, unas más urgentes que otras, y respiraron profundo para calmar los nervios y los restos de la verbena.

Conforme se aproximaban a Vilaflor, se adentraron en un mar de pinos y vegetación de alta montaña que parecía no tener fin. Un pulmón natural que invitaba a bajar la marcha. Aparcaron cerca del centro del pueblo, casas blanquísimas con tejados de teja rojiza destacaban en aquel vergel.

—Qué lugar tan bonito para vivir —dijo Rebeca—. Seguro que la tía María es muy feliz aquí.

—Claro, cariño. —Paco la abrazó por el costado—. Venga, vamos a preguntar a algún vecino, parece más pequeño que Tajao, así que la localizaremos enseguida. —Le guiñó.

Vieron a unos señores mayores sentados a la sombra en una pequeña plaza de piedra grisácea y árboles frondosos, se acercaron hasta ellos.

—Buenos días, ¿nos podrían indicar dónde vive María Manzano? —Paco tomó esta vez la iniciativa.

—Buenos días, la señora María vive cerca del ayuntamiento, pero la encontraran a estas horas en su panadería, solo tienen que seguir esa calle.

«¡Qué rapidez!», pensó Matilde. Al fin sus oraciones habían sido escuchadas y mira qué bien que su cuñada regentara una panadería, el ridículo desayuno que había tomado ya lo llevaba en los talones.

Caminaron en silencio apenas un par de minutos, cuando vislumbraron un pequeño cartel amarillo con las letras redondas y negras: «Panadería María Manzano, el mejor pan para nuestros hermanos».

Matilde apretó la mano de Paco, se miraron unos instantes con la ilusión al máximo de brillo y cruzaron la puerta haciendo sonar una pequeña campana de latón. Una señora de pelo claro, ojos vivarachos y cuerpo delgaducho les recibió. No se fijaron en la cantidad indecente de barras de pan, bizcochos y dulces que rebosaban sobre el diminuto mostrador. Se habían quedado congelados.

—Disculpen, ¿les puedo ayudar? —volvió a preguntar—. ¿Hablan español?

—Perdone, perdone —se adelantó Matilde—, ¿es usted María Manzano?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntan?

—¿Y tiene usted dos hermanos? —continuó Paco con pies de plomo.

—Sí —respondió recelosa—. ¿Les ha pasado algo? Me están asustando.

—No, no, tranquila, están bien —prosiguió Matilde que miró a Paco invitándole a que se dejara de dar vueltas y disparase a bocajarro, no aguantaba más las ganas de abrazar a su cuñada.

—Soy Paco, tu hermano.

María Manzano se apoyó contra la pared con el cuerpo rígido y los ojos desconcertados. Las manos, sudorosas, dejaron una huella líquida sobre los azulejos color crema mientras hacía cábalas sin despegar los labios. Paco se quedó tieso, al final se había hecho ilusiones y no esperaba que esa sensación de pánico que destilaba la cara de María fuese la reacción a su bienvenida. Matilde se acercó unos centímetros más hasta el mostrador, debatiéndose entre traspasarlo y sacar del trance a su cuñada o esperar a que se abriese el cielo y dijera algo.

—¿Cómo que mi hermano? —titubeó María después de un par de minutos eternos.

—Hace tantos años que es normal, pero ¿no te acuerdas de Paco, tu hermano mediano? —dijo Matilde muy despacio por si la conmoción no le permitía comprender.

—Es que no puede ser —respondió ella sin apartarse de la pared.

—¿Es porque no te contesté a ninguna carta? De verdad que lo siento, María, no te imaginas cuánto, pero hasta hace unos días no supe de ellas. ¿De verdad que no te acuerdas de mí o de Sebastián?

—¿Quién es Sebastián? —Puso las manos sobre el pecho temiendo que esa pareja de extraños le hicieran algo más que camelarla con historias del pasado.

—Ay, María, este *chock* es más fuerte de lo que pensaba, hija, normal, después de cincuenta años y con lo que habrás sufrido —siguió Matilde.

—Es que no sé de qué me están hablando.

—María, corazón, no venimos a pedirte nada, solo a verte y que tu hermano pueda charlar contigo, aunque solo sea una vez más.

El ansia estaba ganándole el pulso a Matilde, traspasó el mostrador y abrazó con fuerza a esa cuñada que no quería reconocerlo. Fue tan solo un segundo, absorbió el aroma a azúcar y harina de su pelo, el calor que emanaba de aquel cuerpo raquítico.

—¡Suélteme, señora! —María se apartó.

—Paco, sí que tiene carácter tu hermana.

—¿Qué está pasando aquí? —Nacho entró a la panadería seguido por el resto de la familia Manzano que esperaba nerviosa en la puerta.

—¿Y ahora estos quiénes son?

—Chiquilla, pues el resto de la familia, si es que estábamos locos por conocerte. Paco, ¿no vas a abrazar a tu hermana? Está un poco tímida, pero yo creo que son los nervios, igual si nos tomamos una copita de anís se calma. ¿Hay algún bar por aquí cerca?

—¡Señora! ¡Que no es mi hermano!

—Vamos a ver María, no tiene sentido que lo sigas negando cuando nos has reconocido que tienes dos hermanos y que eres María Manzano. Blanco y en botella.

—Matilde, déjala —susurró Paco recobrando el aliento.

—Señora, la que no lo entiende es usted —se envalentonó a pesar de que en su pequeñísima panadería no había ni un hueco libre que no hubieran ocupado aquella gente extraña. Los gritos fueron subiendo de tono hasta que la marabunta de curiosos, y no precisamente para comprar pan, se arremolinó en la puerta—. Que sí, que soy María Manzano, pero no la que buscan.

Ese golpe fue peor que mil jarros de agua gélida. Paco, que ya hacía un par de minutos que se olía que se estaban topando contra el muro equivocado, agachó la cabeza y se abrió paso hasta la puerta sin decir adiós. Matilde, incrédula, no dio por terminada la batalla.

—¿De verdad que no eres María Manzano hermana de Paco y Sebastián, hija de Pilar y Agustín?

—Así es.

—¡Pues menuda mierda! —soltó Nacho enfurecido—. Ahora sí que no tenemos nada que hacer. —Salió rojo de ira siguiendo los pasos de su abuelo.

—Discúlpenos —comenzó Ana intentando reconducir la situación —, llevamos unos días muy estresados buscando a mi tía y usted era nuestra última oportunidad. Siento que se nos haya ido la conversación de las manos.

—No pasa nada —musitó María con cierto alivio—. Un malentendido, no le den más vueltas.

—Pues, hija, qué pena que no seas mi cuñada porque ya te había cogido hasta cariño. En fin, lamento el espectáculo, pero mira, ya que estamos, dame un par de bollos de esos de chocolate para que pasemos el mal rato.

Cabizbajos y con un trozo de torta de chocolate en la mano se sentaron en un par de bancos de hierro cercanos a la panadería de la última María Manzano de la lista.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Rebeca—. ¿Seguro que no hay otra salida, mamá? Tú siempre encuentras todo lo que buscas.

—Esta vez me temo que no, cielo.

—Entonces, ¿el abuelo no va a poder abrazar a su hermana? —Carlota empezó a hacer pucheros.

—Tranquila, tranquila. —Paco la abrazó—. No te preocupes, hemos hecho lo que hemos podido, con eso me basta.

—Papá, lo siento mucho —susurró Conchita intentando contener las lágrimas.

—¿Y si contratamos a un detective? —propuso Matilde—. O mejor, ¿y si vamos a la tele? He visto varios programas en los que reúnen familias, no es que me apetezca que todo el pueblo conozca nuestras andanzas, pero llegados a este punto…

—Matilde, déjalo, nuestra aventura buscando a María termina aquí. Os agradezco en el alma todo lo que habéis hecho para que me vuelva

a reunir con mi hermana, pero contra el destino no se puede luchar. Venga, volvamos al hotel y disfrutemos del par de días que nos quedan hasta regresar a casa.

Nacho no había abierto la boca desde que salió cabreado de la panadería, ese año las malas noticias se le estaban acumulando. No despegó la cabeza del móvil en toda la tarde, ni siquiera los piques de su hermana le hicieron reaccionar. Pasó horas y horas viendo vídeos de YouTube sobre la isla, buscando en redes sociales; no encontraba esa luz que tanto necesitaban.

Lanzó el móvil contra la cama maldiciendo su mala suerte, se metió en la ducha dejando que el agua fría le despejara. ¿Cómo era la vida tan perra? ¿Por qué les daba un poquito de miel para arrebatarles el bote cuando casi podían rozarlo? Se tumbó en la cama con la toalla a modo de falda y el pelo chorreando. Recuperó el móvil y comenzó a cotillear las vacaciones familiares de sus compañeros de clase hasta que, de pronto, un anuncio de Instagram le hizo levantarse de golpe. Tenía que hablar con su madre.

Cazó la primera camiseta que encontró desparramada en su maleta, unos pantalones cortos vaqueros y las chanclas. En menos de dos minutos había volado hasta la piscina del hotel donde estaba el resto. Bajó el ritmo de sus pasos, respiró un par de veces para calmar la tronera que estaba armando su corazón y se sentó disimuladamente en la hamaca blanca contigua a la de su madre.

—Mamá —susurró—, necesito enseñarte una cosa, pero no se puede enterar nadie.

—¿Qué pasa, Nacho?

—Baja la voz, ven conmigo a la cafetería y te lo cuento. —Nacho se levantó carraspeando—. ¿Alguien quiere que le traigamos algo de beber? Vamos a por un par de cócteles sin alcohol —recalcó.

—Qué *bonico* eres cuando quieres —contestó su abuela—. Tráeme otro, el que más rabia te dé, pero le dices al rubio de las manos grandes que le ponga doble de ron.

—Yo quiero un batido de chocolate —contestó su hermana.

—¿Nada más? —dijo esta vez Ana—. ¿Nada? Vale, ahora venimos, si se os antoja algo tenemos el móvil, no hace falta que os levantéis.

—Mamá, ¿a qué viene ese comentario? Te estás delatando —indicó Nacho mientras se alejaban.

Ana se estaba muriendo de la risa viendo cómo su hijo miraba cada dos pasos si alguien les seguía. La condujo hasta la mesa más alejada de la cafetería, la única que no daba a las cristaleras. Antes de sentarse, volvió a revisar que nadie los escuchase.

—¿Y bien? —dijo su madre mordiéndose la lengua.

—Creo que tengo una pista para encontrar a la tía María.

—Nacho, yo sé que este año está siendo difícil, especialmente para ti, pero no quiero que te obsesiones…

—Mamá —le cortó—, no es momento de sermones, estoy convencido de que la he encontrado.

—Explícate. —Ana se dejó caer contra el respaldo de la silla. Se cruzó de brazos y observó intrigada el nerviosismo de su hijo.

—He estado toda la tarde en redes.

—¿No dijiste que te ibas a dormir? Al final te voy a tener que poner un límite.

—En serio, mamá, déjame que termine y ya si quieres me castigas mañana. El caso es que he encontrado una pista que tiene que ser sí o sí de la tía María.

—¿Y qué es?

56. Todo a las estrellas

Ana no podía creer lo que le estaba contando su hijo, era un clavo ardiendo, el único que les quedaba para agarrarse. Aparecieron de nuevo en la piscina con una sonrisa tonta imposible de disimular.

—Familia —dijo Ana mientras colocaba las bebidas en una mesita auxiliar junto a las hamacas—, Nacho ha encontrado un pueblo precioso para que mañana hagamos un poquito de turismo.

—¿Te parecen pocos tumbos los que ya llevamos en el cuerpo? Me gusta más el plan de cócteles y playa.

—Venga, mamá, habrá que aprovechar para conocer otros sitios, además, he estado mirando y hay un par de restaurantes que te van a maravillar.

Conchita se olió que la proposición inocente de su hermana escondía algo más que buenas intenciones.

—Vale, seguro que es un planazo.

—¡Claro que sí! —Paco se levantó de la hamaca—. Ya está bien de lamentos y ron canario.

—Ana, ¿me puedes acompañar a la habitación? Necesito que me prestes otro de tus vestidos para la cena de esta noche, no he elegido la mejor ropa para esta humedad.

—Sí, claro, vamos.

Las dos hermanas subieron hasta la habitación en silencio. Conchita cerró la puerta con llave para que nadie las interrumpiera, necesitaba descubrir qué había detrás de esa ansia por conocer otro pueblo.

—¿Qué os traéis entre manos?

—Hacer un poco de turismo, ya os lo hemos dicho antes.

—Ana, ¿crees que soy tonta? Llevas todo el viaje diciendo que estás a mi lado si lo necesito, te hago una pregunta y no confías en mí, ¿cómo pretendes que te pida ayuda si ni siquiera eres capaz de incluirme en tus planes? —Conchita abrió la cristalera, se estaba ahogando, su hermana se sentó sobre la cama.

—Perdóname, es solo que no quiero que nadie más salga herido.

—¿Y crees que puedes protegernos con una mentira?

—Es Nacho, ha encontrado una pista sobre la tía María. —Ana le explicó cada detalle, Conchita abrió los ojos incrédula.

—Tienes razón, es mejor que nadie más lo sepa, por lo menos hasta que estemos seguras, no sé si papá soportaría otro golpe. Gracias por contármelo.

—Siento si te he hecho daño este tiempo con mis comentarios, solo quería que espabilaras. Conchita, eres una mujer increíble, con una fuerza descomunal. Fíjate cómo has sacado adelante tú sola un negocio agrícola y a una niña extraordinaria. Te mereces ser feliz.

—Y lo intento, pero ¿sabes lo duro que es que te comparen constantemente con la estilosa y moderna de tu hermana?

—No escuches los chismes de nadie, no saben hacer otra cosa que malmeter. Tampoco es fácil soportar la presión de estar siempre perfecta, de no fallar en nada, aunque de poco me ha valido para mi matrimonio. ¿Y si empezamos de cero? Sin secretos. —Conchita la abrazó como respuesta.

A la mañana siguiente pusieron rumbo a Garachico. Nacho, para disimular, siguió la misma tónica que con los otros dos pueblos que habían visitado; comenzó a leer en voz alta los datos más relevantes de Garachico, aunque ya se los sabía de memoria.

—La erupción del volcán de Trevejo devastó el pueblo casi por completo en 1706, pero fue reconstruido y ahora es uno de los pueblos con más encanto de la isla, hasta tiene piscinas naturales y acantilados con vistas alucinantes.

—Niño, pues sí que pinta bien ese sitio —le cortó su abuela.

En otro momento se hubiera quejado por la interrupción y porque le acabase de llamar niño, con lo que lo detestaba, sin embargo, estaba tan emocionado que hizo oídos sordos y siguió con su vena de guía turístico.

—Fue declarado Bien de Interés Cultural en 1994 gracias al rico patrimonio arquitectónico de los siglos XVI y XVII. Buah, mira las fotos, abuela, es una pasada. —Le tendió el móvil.

—Nacho, qué bien eliges los sitios.

Entre halagos, risas distendidas y la alegría de otra aventura en familia, aparecieron en Garachico cada uno con el corazón encogido por una razón distinta.

Durante la primera hora, estuvieron paseando por la zona costera. Vieron a bastantes bañistas en la piscina natural El Caletón, se hicieron una docena de fotos en la escultura de mármol *Puerta sin Puerta* que hay en el espigón del puerto, y se sentaron a contemplar el mar. A Nacho se lo comían los nervios, intentaba mantener la mente fija en el movimiento de las olas, pero ese trance en el que parecía que habían entrado sus abuelos, cogidos de la mano, él lo sentía como un tictac ensordecedor.

El olor a sal y la humedad que besaba sus pieles, los abrazó a su llegada y no se desprendió de ellos ni cuando se adentraron en esas calles coloridas, rebosantes de historias y vidas pasadas.

Cada rincón que recorrían de aquella pequeña localidad canaria les

ofrecía un regalo visual. Deambularon entre palmeras y casas cargadas de alegría mientras que Nacho los guiaba disimuladamente hasta el Parque de la Puerta de Tierra. Allí se toparon con la terraza de un bar, se congregaron alrededor de una mesa de aluminio bajo una amplia sombrilla granate, y pidieron algunos refrescos y un par de cafés.

Nacho había insistido en que sus abuelos se sentaran de cara a unas casas de dos plantas en amarillo pálido con unas ventanas enormes de madera oscura. Entre ellas, destacaba otra en blanco impoluto con los marcos en azul intenso como ese mar que mecía a Garachico.

Las copas de los árboles de la plaza tapaban parte de la fachada blanca de la que Nacho no apartaba la vista. Las piernas le rebotaban contra el suelo de piedra mientras su madre le sujetaba la rodilla intentando infundirle calma. Una brisa enérgica movió las ramas y abrió, durante unos segundos, una puerta nítida a esa casa blanca. Un cartel que reflejaba una noche estrellada junto con unas letras redondas y doradas le cortó la respiración a Matilde.

—¿Habéis visto lo que pone en aquel cartel? —Apretó las manos contra el pecho.

—No —respondió Rebeca despreocupada llevándose a los labios su refresco.

—No puede ser —siguió Matilde, moviendo la cabeza para ahuyentar esas visiones que le estaban calentando las entrañas.

—Yo también lo he visto. —Paco clavó los puños contra la silla y se incorporó asustado.

—¿Qué pasa, abuelo? —Carlota se dio la vuelta para observar qué era lo que había despertado la curiosidad de sus abuelos.

Nacho, Conchita y Ana se miraban sin saber qué decir, si moverse o seguir anclados a la silla, hasta que Matilde decidió por ella y por todos sus compañeros.

—¡Tiene que ser una señal, tiene que ser una señal! —gritaba mientras echaba a andar hacia la casa blanca.

El resto la siguió hasta que se detuvo a unos metros de la entrada.

—¡Atizas! ¡Atizas! —Matilde había entrado en bucle—. Paco, ¿no lo ves? —gritaba zarandeándolo—. ¡Atizas!

Una gota de sudor frío arrancó en la frente de Paco y se coló sigilosa empezando a empapar el cuello de su camisa de cuadros.

—Es imposible.

Lo que tenían ante sus ojos no era una simple casa, era el hotel Atizas, un hotel con el mismo nombre que el de su pueblo, ese pueblo que abandonó María.

Matilde agarró a Paco del brazo y lo arrastró a la carrera hasta la entrada. Esa ansiedad que le estaba cosiendo los pulmones, dejándolos sin apenas unas gotas de oxígeno, la estaba cegando. Necesitaba descubrir si todo era una pesadilla o, por fin, el giro de suerte por el

que rezaba cada noche se cumplía.

Tras el umbral encontraron un patio exuberante de macetas y pequeños limoneros en el que desembocaban las habitaciones. El golpe de frescor los acogió junto con el hilo de música suave que envolvía cada estancia. Un par de bancos de madera oscura estaban en uno de los laterales. A la izquierda de la puerta por la que habían entrado, apareció una voz masculina que los devolvió a la tierra.

—Buenas tardes, bienvenidos al hotel Atizas, ¿en qué puedo ayudarles?

—Dime que este hotel es de María Manzano —espetó Matilde, no tenía tiempo para buenos modales.

Ese muchacho treintañero, con pelo negro muy corto y barba de dos días, no tuvo opción de responder cuando a la espalda de Matilde y Paco apareció una sombra que provocó que se giraran hacia ella.

—¿Por qué buscan a María Manzano?

Una hermosa mujer, cercana a la edad de Matilde, les observaba a unos pasos. Portaba un largo vestido blanco con flores naranjas y amarillas, el pelo plateado le caía como una cascada salvaje hasta mitad de la espalda, apenas unas gotas de maquillaje. Desprendía un olor afrutado y una mirada penetrante.

—Soy Paco, ¿eres mi hermana?

No contestó, se lanzó a sus brazos. Lo apretó fuerte contra su cuerpo, con miedo de que aquel espejismo fuera un oasis que se esfumase en cuanto abriese los ojos. Matilde se apoyó en sus hijas que se acercaron hasta ella sigilosas, sus nietos se abrazaron entre sí sin apartar la vista de aquel núcleo que había vuelto a resurgir.

Todos lloraban; lágrimas dulces y saladas, lágrimas suaves y a dentelladas, lágrimas de amor y de rabia, lágrimas que poco a poco limpiaban para sembrar un nuevo jardín en el que ahora ninguna silla quedaba vacía.

57. Epílogo

A principios de octubre, regresé al pueblo del que me había marchado hacía cincuenta años. Había roto esa promesa que me hice aquella noche de abril, pero mereció tanto la pena que no sería la última visita a las casas encaladas que me vieron crecer.

Nada y todo había cambiado.

La imagen de aquella mañana en la que recuperé a mi hermano del alma y gané una nueva familia se había prendido a mi ser como una rosa que no cesaba en derramar su perfume intenso.

Salí de mi despacho hacia a la recepción para reunirme con Simón, el hijo de mi asturiana querida, y comprobar las reservas de ese día. De repente, escuché que pronunciaban mi nombre con un fuerte acento andaluz. Ni en mis mejores sueños imaginé que esa voz me fuese a dar uno de los regalos que más había deseado.

Cuando ese hombre alto se giró y pregunté por qué buscaban a María Manzano, el corazón me dio un vuelco. Me perdí en sus ojos, estaba segura de que era él, pero me aguanté las ganas de sentir su piel hasta que confesó que era mi hermano; ahí ya no hubo razón que me anclase al suelo. Me lancé a sus brazos con necesidad, con miedo a que se diluyese entre mis dedos.

Era real, ¡era real!

Una cascada salvaje arrambló mis ojos, su voz rota susurrando sin cesar «mi niña María, mi niña María» la alimentaba. En ese instante, entre la marabunta de emociones, una reflexión ocupó mi mente: si me moría allí mismo, me daba igual, la mayor de mis penas se había resuelto.

Después de unos minutos, nos apartamos unos centímetros y nos observamos. No necesitamos que salieran las palabras a través de los labios, nuestras miradas hablaron con amor, con esperanza, sin resentimiento ni quejas. Paco había vuelto y esta vez sería para siempre, esta vez no dejaría que fueran unas cartas las que guiasen nuestro destino.

También regresé al pueblo por dos razones más: la primera, para ver de nuevo a Sebastián. Me prometí dejar a un lado el rencor y el odio que me tiñó las venas cuando Matilde me confesó que fue mi hermano mayor el causante de esa ausencia que me había ahogado durante años. Nos merecíamos esa conversación los tres, nos merecíamos poner fin a la incertidumbre de porqué no le dio las cartas

a Paco; quemaba demasiado.

Y la certeza fue completa cuando lo vi derrumbarse en el patio de casa de nuestros padres. Los tres lo supimos, aunque apenas farfulló unas palabras. Sebastián había acarreado su propia condena. ¿De qué nos servía seguir adheridos al pasado cuando la vida nos regalaba una oportunidad, desde la madurez y la templanza que otorgan los años, para replantar los esquejes de esa familia que debió comprender más y juzgar menos, que debió hablar con más franqueza y menos miedos?

La última razón que me hizo volver al pueblo fue por un sueño de Matilde. En una de las tantas llamadas que habíamos mantenido desde esa mañana de agosto en la que recuperé a Paco, me contó que, mientras me buscaban, no dejó de pensar en cómo hubiera sido su vida si también se hubiera atrevido a dejar el pueblo, y que en pleno corazón de Madrid, se prometió apostar por los sueños que todavía podía cumplir.

Me pidió que la acompañara, las dos solas. Quería experimentar esa camaradería que nunca había tenido antes. Y cómo le iba a decir que no si era un reflejo de mi Adelina, de esa hermana elegida que me dejó un hueco profundo demasiado pronto. A veces me la imaginaba con esa efusividad suya charlando con mi madre allá dónde estuvieran.

Así que no lo dudé y me sumé a esa idea loca de mi cuñada. De alguna forma sentía que ayudándola en una de sus ilusiones, podría agradecerle la perseverancia y el empuje que tuvo para que encontraran mi rastro.

Pero de ese viaje en el que mi corazón resignado se enamoró por tercera vez, de cómo fue mi vida y la de mi asturiana querida en Tenerife, de cómo Matilde cumplió un sueño y de cómo siguió el camino del resto de los Manzano te lo contaremos más adelante en *Aquel viaje a París*.

—¿Estás segura, Matilde? —Le apreté la mano unos segundos antes de traspasar las puertas del avión que nos llevaría directas a París.

—Nunca lo he estado tanto.

Agradecimientos

Gracias a mi familia, en especial a los que escucharon con los ojos vidriosos cómo les leía cada capítulo de esta historia. Esas tardes de invierno no se me olvidarán, me hicisteis sentir más única que nunca.

Gracias a mi gran estrella en el cielo, siento con mucha fuerza cómo me envías amor y luz cada día. No podré brindar contigo físicamente, pero cuando escucho en mi cabeza cómo pronunciabas la palabra «Atizas» es como si me cogieras de la mano.

Gracias a Loren, el amor de mi vida, por apoyarme en cada paso, por creer en mí, incluso cuando a mí me aterraba hacerlo. Eres el mejor compañero de viaje.

Gracias a Dánae por ser hermana elegida, por esa intuición tan mágica y esas fotos con mensajes en las que me llegan tus abrazos sin importar la distancia.

Gracias a María, mi florecilla del campo, por esa alegría e ilusión con la que recibes cada palabra. Gracias por sentir esta historia tan fuerte, eres un regalo.

Gracias a Óscar por los ánimos, por los momentos de crítica y las conversaciones locas que me alegran el día. La vida contigo es una verbena.

Gracias a Pilar, Mariluz, Nuria y Beatriz por haber leído con tanto cariño esta novela. Gracias a vuestras recomendaciones, a vuestros mensajes llenos de amor y cariño, y a vuestro apoyo he conseguido que *El misterio de la caja verde* brille más bonito. Sois únicas y yo muy afortunada de que también os pueda llamar amigas.

Gracias a Emma y a Rubén por guiarme en Tenerife, por vuestros consejos y risas. Ese almuerzo está grabado a fuego.

Gracias a Azaroa por corregir este libro con tanto cariño, por ayudarme a ver más allá, por las conversaciones que han traspasado la pantalla. Bendito día en el que te conocí.

Gracias a Pedro por crear una portada tan bonita, por escucharme y darme luz cuando más perdida estaba.

Gracias a Lucía por ayudarme con los poemas, por hacerme creer que las personas llegan a nuestra vida cuando tienen que llegar por muy cerca que hayan estado.

Gracias a ti, lector@, por elegir esta historia entre las miles que hay en el mercado. Gracias por leerme y apoyar mi trabajo, sin tu tiempo

y cariño los libros se quedarían huérfanos, y yo no seguiría cumpliendo sueños.

Gracias a todos por dejarme besaros con letras.

Si *El misterio de la caja verde* te ha gustado, ayúdame a que otros lectores disfruten de esta historia dejándome una reseña en Amazon, compartiendo una foto del libro en redes sociales o regalándoselo a otro amante de las letras.

Amor y luz.
B♥□